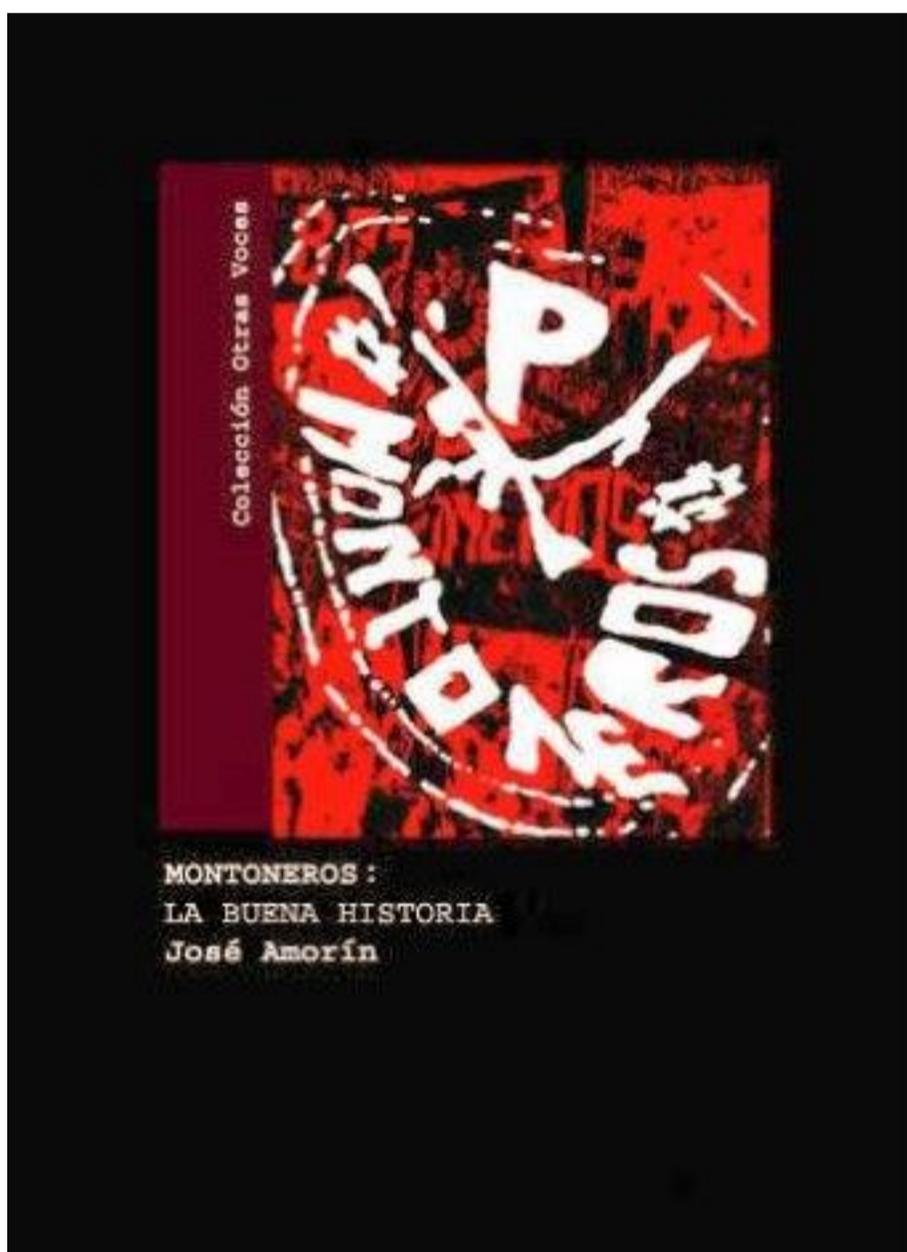


José Amorín

MONTONEROS

“La Buena Historia”



Primera Parte

ACERCA DE NOSOTROS

Capítulo 1 – Nosotros

Nosotros...

De nosotros siete, el primero en morir fue el Negro Sabino Navarro: durante una semana se batió con la policía a lo largo de doscientos kilómetros, entre Río IV y Calamuchita; murió desangrado en Aguas Negras, pero pasó casi un mes antes de que encontraran su cuerpo, en agosto del '71. Treinta y tres años después de su muerte, de nosotros siete, solamente sobrevivo yo.

Tal vez también Julia. Pocos meses después de la noche del alunizaje, ¿fines del '69?, ¿principios del '70?, sobre una mesa escondida en la vieja Perla del Once, los ojos negros de Julia se sucedieron sobre los ojos del Negro, de Leandro, de Tato y, por último, se clavaron en los míos: reflejaban desesperación, locura, nuestra desesperación y nuestra locura. Dijo: "siento que ustedes están locos, que yo estoy loca, para mí no va más", dijo, se levantó y se fue. Me quedó la imagen de sus piernas, maravillosas, al alejarse de nosotros. Perdí su rastro, nunca más la vi. Cuando volví del exilio, mayo del '83, alguien asimiló su descripción a una compañera que lideraba la comisión interna de una fábrica textil en Avellaneda. Desaparecida en el '76. Como Tato e Ilana. Ilana, me contaron, puso un kiosco en un barrio de Merlo e intentó pasar desapercibida. No lo logró, la marcaron por casualidad. A Tato lo venció la nostalgia por sus hijos: se lo llevaron de la casa una noche que fue a visitarlos. Leandro y la Renga¹ también murieron en el '76: Pepe Ledesma y Ernesto Jauretche, en este orden, me describieron su muerte en algún momento de nuestro exilio en México Distrito Federal. El ejército los emboscó en una casita de Paso del Rey y ellos, a los balazos, cara le hicieron pagar su muerte. El Negro, Julia, Ilana, Tato, Leandro, la Renga. Y yo, el Petiso, José Amorín: me torturaron, estuve preso, tengo la piel marcada por las cicatrices de cuatro balazos y al alma la tengo signada por la muerte de mis compañeros. No los recuerdo con tanta intensidad como los sueños. Y a veces los sueños se me confunden con los recuerdos. Recuerdo a Ilana y su atelier de pintora vocacional en cuyo caos la nochevieja del '68 tomó el toro por las astas y me enseñó a hacer el amor. Sueño que Leandro arruga la cara en una sonrisa sin dientes, me guiña un ojo y, ante una de mis tantas cagadas que yo presumo sin retorno dice "no te calientes Petiso, de ahora en más controlá un poquito las liberaladas". Recuerdo el llanto de la Renga, mediodía, diciembre del '75, una pizzería de Liniers, encuentro casual, cuando dije "ya no estoy en la orga": sin darse cuenta volcó la botella de coca cola, se levantó, tropezó con la silla y se fue pero, al llegar a la puerta, volteó: lánguida la mano, dolor en la mirada, me dijo adiós. A Tato lo sueño en un abrazo, una especie de reencuentro entre dos amigos que no se ven desde hace años, y él me lleva a su casa, un salón ubicado abajo de un edificio antiguo una de cuyas paredes es un ventanal que da a un lago gris: "aquí vivimos los muertos", dice Tato y, mientras limpia sus anteojos culo de botella, sonrío la sonrisa bonachona de toda su vida y yo lo abrazo para decirle "no, no ves que estás vivo" pero, de repente, entre mis brazos se transforma en Amílcar Fianza², mi entrañable compañero de aventuras durante el exilio, tan maltratado por la vida, muerto en mala muerte hace un par de años. Y me despierto, y la duermevela me deriva la memoria hacia Julia: no puedo recordar sus rasgos pero sé que era bella, una belleza sólida, felina, animal. Recuerdo sobre todo su olor, almizcleño, y mi deseo.

Incontenible la tarde del dos de mayo del '69 cuando fuimos a verificar el frustrado estallido de una bomba voladora sobre la Regional San Justo de la Bonaerense y nos vimos obligados a actuar una pasión -existió en mí, y aún existe en mi memoria-para zafar de los policías que vigilaban el lugar donde habíamos puesto la bomba: su olor me quedó en la piel. Pero la vehemencia de mi actuación detonó una crítica feroz por parte del Negro. A quien a veces sueño, y siempre pienso. Entre el Negro y yo había una intimidad contradictoria de la cual no participaba el resto del grupo. La sublime inteligencia del Negro -que posibilitó la resurrección de Montoneros cuando todo estaba perdido, cuando no quedábamos más de diez o doce combatientes arrinconados por la represión-contrastaba con sus carencias teóricas. De las cuales él, inteligencia mediante, era consciente. Pero jamás confesaba. Excepto con Leandro o conmigo. En alguna reunión se mencionaba la revolución francesa o la toma del Palacio de Invierno. El Negro imperturbable. Pero después de la reunión me invitaba a un café -él café, yo ginebra-: "Petiso, contame de la revolución francesa, del Palacio de Invierno". Ternura. Ternura y admiración. Hoy, a mis cincuenta y ocho años, aquel muchacho treinta años menor, hace estallar mi ternura y confirma mi admiración. El Negro confiaba en mi discreción, y en mi valentía, pero desconfiaba de mi compromiso. De nuestro grupo original, para 1969 yo era el único que no había abandonado la carrera universitaria. A tropicónes, pero seguía. E insistía en seguir. Para el Negro era incomprendible: uno se recibía para ganar plata, ¿de qué revolución me hablás, Petiso?. El 12 de octubre del '69 -lo recuerdo porque ese día cumplí 24 años el Negro me puso entre la espada y la pared: "dejás la carrera o te vas del grupo". "Dame dos meses, dos", pedí. Me faltaba rendir 17 materias. Para el 17 de diciembre había rendido -anfetaminas mediante y con el fallido asalto a un destacamento policial incluido-16 materias. Pero al Negro le dije: "cartón lleno, me recibí, carrera abandonada". Y el Negro dijo: "tenemos un compañero doctor". Sin convicción alguna,

¹ Los nombres reales de cada uno de ellos y algunos detalles personales se detallan en el próximo ítem.

² El polémico "Pepe" Fianza perteneció a la Tacuara revolucionaria de Baxter. Acusado de participar en el asalto al Policlínico Bancario, estuvo dos o tres años preso en la década del '60. Al salir de la cárcel integró el grupo fundador de las Fuerzas Armadas Peronistas. Pergeñó los términos de "oscuros" e "iluminados" para definir, ironía mediante, a los sectores en que se dividieron las FAP. El, por supuesto, era un "oscuro". Pero, por esas cosas de Fianza que sólo entendía Fianza, se quedó con los "iluminados". Político y periodista, poeta inédito, tomador y mujeriego, gran seductor, valiente sin vueltas y paradigma del chanta, sólo su generosidad competía con su ego. Murió en la extrema pobreza pero rodeado de amigos entrañables.

por supuesto. A la noche, en nuestra contradictoria intimidad, ginebras mediante, ironizó: "¿y ahora qué, vas por la guita, doctor?". El mismo desestimó con un gesto la pregunta pero agregó: "no te entiendo, no entiendo por qué estás aquí". Qué pregunta, qué pregunta esa del Negro. Qué difícil de responder. Especulaciones y vaguedades aparte, con el alma qué difícil de responder. Un liberal en sus costumbres, ajeno a cualquier tipo de convicción cristiana o marxista, crítico respecto de Perón y el peronismo, indisciplinado, amante de las mujeres y el vino... ese era yo.

Entonces, ¿qué hacía ahí?. Qué pregunta la del Negro. ¿Por qué yo era montonero? Aunque el nombre todavía no existía, ni siquiera en la imaginación de los primeros que lo imaginaron. Entonces, ¿qué hacía ahí? ¿Por qué era guerrillero?. Porque quería la justicia, la igualdad. Porque quería la revolución.

Porque amaba el riesgo y la aventura, y si ellos tenían un sentido, una justificación social, muchísimo mejor. Nunca había reflexionado al respecto, era algo natural, el devenir obligado de mi propia historia. Nunca me había hecho la pregunta. Ni había cuestionado mi presencia "ahí". Ni me imaginaba que alguna vez me lo cuestionaría. Sin embargo, llegó un momento en que me lo cuestioné. Por primera vez me lo cuestioné dieciséis meses después de la charla con el Negro, con la garganta oprimida y a lo largo de un llanto entrecortado que duró una larga e insomne noche a mediados de febrero del '71. Paradojas de la vida: la mañana posterior a esa noche atroz, el Negro me abrazó. Él, un tipo parco, para nada inclinado a las demostraciones de afecto, me estrechó entre sus brazos y emocionada la voz, dijo: "Petiso, sos todo un montonero, de los mejores, da gusto militar con vos". Y yo me sentí feliz. Y sentí que no cuestionaba, no me cuestionaba, mi pertenencia a la Organización. Si algo me había cuestionado, por unas horas me había cuestionado, era el hecho de vernos obligados a matar. Pero así era la Revolución. El camino que habíamos elegido para cambiar la vida. Así era la vida. O con gloria morir.

Capítulo 2 - Los compañeros del "grupo Sabino"...

El Negro, José Sabino Navarro, delegado sindical metal mecánico y peronista de toda la vida, fue el jefe de Montoneros a partir de la muerte de Abal Medina y hasta julio de 1971 cuando, sancionado por la Conducción Nacional, debió trasladarse a Córdoba y Firmenich ocupó su lugar. El Negro, cuando se organizó nuestro grupo en enero de 1969, habitaba una casilla prefabricada en San Miguel y tenía 26 o 27 años. Era dirigente de la Juventud Obrera Católica y poseía un gran prestigio en el universo del Peronismo Combativo. Prestigio bien ganado por sus luchas sindicales pero, tal vez más, debido a la feroz paliza que propinó al secretario general de los mecánicos, José Rodríguez, por haber traicionado una huelga. Tenía una pinta a toda prueba y yo lo veía idéntico a Emiliano Zapata. Las no muy numerosas minas que había en nuestro ambiente morían por él. Estaba casado y tenía dos hijos, pero jamás dejó de usufructuar su pinta. Me consta.

Ilana, Hilda Rosenberg, pocos meses menor o mayor que el Negro, pintora, divorciada, dos hijos y mi pareja hasta mediados del '71-había pasado por la izquierda tradicional pero sin establecer grandes compromisos hasta ingresar en nuestro grupo. cursaba quinto año en un colegio nocturno y me la presentó, en abril del '68, Gustavo Oliva: un flaco jodón -de a ratos poeta y de siempre tomador-que era su compañero en el colegio y mi compañero en el servicio militar.

Tato, Gustavo Lafleur, un tipo risueño y serio quien después se casó con su novia eterna, la más que bancadora Helena Alapín, era maestro mayor de obras, segundo de Gustavo Rearte en la Juventud Revolucionaria Peronista e íntimo amigo de Envar El Kadri. A sus 23 años, poseía la mayor capacidad política y experiencia militante de nuestro grupo. También tenía un considerable prestigio en el mundo del Peronismo Combativo. Cuando lo conocí, en 1968, daba clases de peronismo en el sótano de un edificio que se caía a pedazos. Almagro o el Centro, no recuerdo. Sí recuerdo que asistí a una de sus clases gracias a un aviso publicado en "Che Compañero". Una publicación semi-clandestina de la cual yo compraba varios ejemplares para distribuir entre mis compañeros del servicio militar. Una mañana, durante la formación de la compañía de Policía Aeronáutica en la cual revistaba, el sargento enarboló un ejemplar de "Che Compañero" y ladró: "quién trajo esto aquí". Me cagué en las patas, pero di un paso al frente: muchos de los compañeros sabían que era yo, y mi prestigio estaba en juego. "Fui yo, sargento ayudante", grité mientras intuía el peor de los destinos. Sin embargo, el milico se limitó a decir "no lo haga más, reclutón", me entregó el periódico y me hizo volver a la fila. No me castigaron. Pero, cuando llegó el momento, no me dejaron jurar la bandera. Para ellos, el peor de los castigos. Para mí, un premio: me evité horas de pie cargando con no sé cuántos kilos del anacrónico máuser de los desfiles. Por supuesto, continué la distribución del periódico aunque con mayor prudencia-hasta que leí el aviso, conocí a Tato y, esa misma noche, entre ginebras y café, sumamos fuerzas, armamos nuestro primer "grupúsculo político-militar" y decidimos comenzar la lucha armada.

Leandro, quien después fue conocido mediante los pseudónimos Pingulli y Diego, se llamaba Carlos Hobert, era empleado público, dirigente universitario en la Facultad de Historia y, a sus 22 años, el más sensato de nosotros: fue el jefe real de Montoneros desde 1971 hasta su muerte en 1976. Formalmente, Firmenich era el número uno de la Organización y Leandro el segundo. Pero lo cierto es que los cuadros medios (jefes de columna, de unidades de combate y responsables de los frentes de masas) nos referenciábamos en Hobert. Quien más de una vez, en momentos de decisiones trascendentales, jugó la propia y le pasó por encima a

Firmenich. Todo lo cual constituía un acto de justicia elemental: Firmenich, en realidad, quedó como número uno por casualidad.

Aunque la casualidad, como casi siempre, tiene nombre. En este caso nombre y apellido: tragedia y estupidez. En agosto de 1970, Abal Medina estaba en primer lugar, el Negro Sabino segundo, Gustavo Ramus tercero y Hobert cuarto. El quinto era Firmenich. Dos o tres meses antes, cuando nuestro grupo se integró con el de Abal, estructuramos una jerarquía en la cual se alternaban, uno a uno, los compañeros de los dos grupos que conformaron Montoneros en Buenos Aires para la época del Aramburazo. La tragedia: En septiembre de 1970, en Willam Morris, murieron Abal y Ramus. En consecuencia, el Negro pasó al primer lugar. Y a Leandro le tocaba el segundo, en reemplazo de Ramus. La estupidez: en un exceso de buena leche o generosidad, para "respetar" el acuerdo inicial de la integración, decidimos que Firmenich ocupara el lugar de Ramus ya que ambos procedían del mismo grupo. Y claro, cuando murió el Negro Sabino, pasó a ser el número uno. Reinterpreto, en mis palabras, una frase de Jorge Dorio: "cómo habría cambiado la historia si ustedes no hubiesen sido tan estúpidos".

Yo, en 1968 -conscripto, estudiante de medicina y dirigente del proto peronismo universitario en La Plata-, tenía la misma edad que Leandro pero, con cierta frecuencia, pecaba de insensatez. De Julia no tengo datos pero, además de poseer una belleza felina que volvía loco a cualquiera, entendía de política, entendía de sensatez y era la menor del grupo. De la Renga, Graciela Maliandi, tampoco tengo datos biográficos aunque sé que antes de morir se cargó a un oficial del ejército. Se casó con Hobert y tuvieron dos hijos que fueron criados por una abuela en la ignorancia de sus orígenes. Hoy el pibe, Diego, es músico. Y la nena, Alejandra, bailarina de tango. Cosas de la vida o, para ser un poquito más cursis, la vida es un pañuelo: mi hijo menor -Diego también-y Alejandra Hobert, como bailarines de la compañía Tango-Danza, compartieron una gira por los Estados Unidos. Meses. Y nunca llegaron a enterarse de la relación entre sus padres. El mundo es un pañuelo obscuro y mal planchado.

Mi madre, Dora Neri, quien en nuestros primeros tiempos y al volante de su Ford Falcon nos hacía de posta sanitaria cuando nos tocaba realizar algún operativo armado, conoció a los seis compañeros. Pero sólo recuerda en detalle a Hilda Rosenberg y a Hobert. De Hobert, a veces dice: "te cuidaba cuando estabas enfermo, era un ser humano excepcional".

Entre mediados y fines de 1969, también se incorporaron como combatientes Tito Veitzman, el Pelado Ceballos y Carlos Falaschi, "Mauro", aunque en la intimidad yo le decía el "Boga". Tito era psiquiatra y provenía de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional. El Pelado Ceballos era dirigente del sindicato de la Fiat Caseros, encuadrado en la Corriente Clasista y Combativa aunque al igual que su secretario General -Palacios, desaparecido por la Triple A en 1975-había pasado por la Juventud Obrera Católica. Tito se suicidó en 1971 y el Pelado murió en combate un par años después.

Hasta hace poco suponía que el "Boga" estaba desaparecido. Pero vive, es docente universitario y, a sus muy largos 70 años, todavía milita en la provincia de Neuquén. Tenía 36 años, hijo de obrero y obrero el mismo, inició su militancia en los tiempos de la Resistencia. Antes de recibirse de abogado, fue sindicalista del gremio de la alimentación y luego de la rama docente (CONET) de la Unión del Personal Civil de la Nación. Militó en el grupo de la Juventud Obrera Católica que dirigía el Negro Sabino a quien, además, representó como abogado cuando el Negro fue despedido de Deutz. Estaba casado, tenía tres hijos, casa, auto, y una humilde quinta -sería mejor decir casita-de fin de semana: una vivienda precaria, un galpón y un terreno chico en el cual intentaban crecer cuatro árboles frutales. De más está decir que tanto su auto como la casita de fin de semana estuvieron a nuestro servicio a partir del primer día en que se integró el "grupo Sabino". En verdad, desde el comienzo y hasta la ejecución de Aramburu, cuando se vio obligado a pasar a la clandestinidad, fue nuestra principal infraestructura, algo así como nuestro "amparo" incondicional. No sólo en lo material, también en lo afectivo. Además, y él mismo hace hincapié en ello, no le hacía "asco" a los fierros. Siempre y cuando fueran usados, en sus palabras, "con fundamento político y aún constitucional, prudencia y sabiduría". Vamos, de él se puede decir lo que digo de muy pocos: era un buen combatiente. Y, de hecho, más de una vez el Negro Sabino lo subió a su Peugeot rojo para que, en el rol de custodia, lo acompañara durante sus interminables viajes por el interior del país. De su calidad como combatiente -la cual siempre relumbra cuando es necesario improvisar-da fe la "historia" que viene a continuación. En esta "historia" el personaje del "Boga" corresponde a Falaschi y el de "Pepe" a Firmenich. Está basada en hechos reales -el asalto montonero a la Quinta Presidencial, verano del '71- apenas distorsionados por algún bache de la memoria y los obligados sesgos del "estilo" con el cual están narrados.

Capítulo 3 - Cosas increíbles que pasan en Montreal...

Acaba de ver, en la pantalla de la tele el tipo acaba de ver "Montreal, 1971". Y se dispara. Bebió mucho, fumó porro, el tipo se dispara: ¿qué estaba haciendo el tipo en 1971?. En 1971, mediados del '71, una mina le voló la cabeza. Recuerda el tipo, la ve: aparece en la pantalla sentada frente a él mesa por medio en "La Perla del Once". El tipo la mira a los ojos, sin dejar de mirarla abre el sobre de azúcar, se lo pone en la taza, le revuelve el café y dice: "nunca vi ojos como los tuyos". Lo decía en serio: tres días antes estaba en la cárcel y, cuando veía,

sólo veía ojos de mierda. Ojos duros, locos, desvaídos, contritos, huidizos, rencorosos, apagados. Ojos de mierda, mejor no mirar. Y antes, poco antes de la cárcel, había visto ojos muertos. Los ve el tipo en la pantalla, ahora los ve de nuevo: ojos muertos. Poco antes de la cárcel, el tipo mató a otro tipo.

Cuando se inclinó sobre él para el tiro del final, el tipo ya sin verlo lo miraba, los ojos muertos. Era un cana, petiso, aindiado, fibroso, suspicaz, ladino, nervioso.

El tipo no lo conocía, sólo lo había visto tres veces. No lo conocía, lo suponía solamente de verlo mientras lo vigilaba. Horas lo vigiló cuando el cana hacía guardia en la esquina de la quinta presidencial: Malaver y Maipú. Entraba y salía de la garita, manoseaba la metralleta, apuntaba al pedo, miraba con desconfianza a cualquiera que pasara cerca, relojeaba de costado, se daba vuelta de golpe. Recién ahora, frente a la pantalla, el tipo piensa: "como si esperase la muerte, como si la supiera agazapada". Recién ahora. Pero en el '71 sólo pensó "es un negro jodido". Y previó. El tipo previó que si el otro tipo, el cana, estaba de guardia cuando ellos asaltarán la quinta, las cosas iban a salir mal. Y lo planteó: los compañeros consideraron que era razonable y decidieron asaltar la quinta durante la guardia de otro cana, uno jovencito, carucha de inocente, se pasaba la guardia papando moscas. Pero a la hora de la hora el inocentón no estaba, estaba el otro tipo, el indio, pleno de furia contenida, como siempre. Entonces el tipo sintió la mano del miedo apretándole las tripas y propuso "suspendamos". Pero Pepe, el jefe, se negó: "está todo listo, contención, sanidad, montarlo de nuevo es un quilombo, se hace", decidió Pepe. Y el tipo -bebió mucho, fumó porro y está solo, viejo y solo-se ve en la pantalla: avanza a lo largo de la avenida Maipú, faltan veinte o treinta metros para llegar a la esquina de la quinta presidencial, viste de cafetero, una bolsa con cuatro termos de café le cubre el pecho, pero no son termos, son bombas molotov. "Estaba pirado", piensa el tipo ahora, "un balazo, un tropezón y me convertía en bonzo" piensa el tipo frente a la pantalla. Pero en la pantalla se lo ve sonriente. No se ve su mano derecha, la que empuña una pistola amartillada y está oculta detrás del bolso con las molotov. Se lo ve a él, sonriente mientras cruza la calle Malaver y avanza sobre la garita, mientras se acerca al cana, sonriente el tipo. Le sonreía al otro tipo, al cana, mientras con la mano izquierda sacaba del bolso de cafetero un vasito de plástico y con los ojos le ofrecía "¿quieres un cafecito?". Pero el otro tipo, cuando apenas los separaban tres metros, achinó los ojos, se puso rígido, cortó cartucho, apoyó el culatín de la metralleta en su cintura y lo apuntó. "Soy bonzo", pensó el tipo, con la mano izquierda agitó el vasito de papel vacío y en voz alta, demasiado alta y aguda, dijo "quiere un cafecito" mientras deslizaba la mano derecha hacia abajo, detrás del bolso, para sacar la pistola y ganarle de mano al cana, disparar primero. Aunque sabía que era imposible: el cana lo apuntaba al centro del cuerpo, a menos de tres metros, los ojos desconfiados y fijos no en los suyos sino en el bolso de cafetero como si esperase que asomara la pistola, como si supiera, como si la desconfianza lo dotara de precognición, sexto sentido, sabiduría secreta. La desconfianza, piensa ahora el tipo, me salvó su desconfianza, piensa y ve en la pantalla como, de repente, el cana desvía la mirada y la metralleta hacia el costado donde, sobre el asfalto reblandecido de la avenida Maipú, a medio metro del cordón de la vereda y a medias oculto por la garita, un insólito rabino -Pepe disfrazado de rabino, barba postiza y sombrero de hongo-desenfunda una pistola y lo apunta. Y disparó. Recuerda el tipo que ambos dispararon, el cana y Pepe, al mismo tiempo. Pero de la pistola de Pepe no salió ninguna bala. Salió sí la pistola disparada por el aire mientras Pepe se agarraba la mano herida por uno de los balazos de la metralleta y caía o se tiraba al piso detrás de la garita. Al mismo tiempo ambos dispararon. Y también él, el tipo, al mismo tiempo sacó su pistola de atrás de la bolsa de cafetero, en un salto cubrió el metro y medio que lo separaba del cana, lo aferró por el cuello con el brazo izquierdo, le hundió el cañón de la pistola en la espalda y le pegó dos tiros. El cana, aún aferrado por el cuello, se aflojó, desmañado y tembloroso. Desarticulado como un títere a quien el titiritero le suelta los hilos al finalizar la función, el cana de a poco se deslizó hacia el piso y arrastró al tipo con él. Quedaron uno encima del otro: el tipo encima del cana, separados apenas por la bolsa con las molotov. El dedo índice derecho del cana se había pegado al disparador de la metralleta y las balas salían para cualquier lado, al azar. Con el puño izquierdo, el cana golpeó al tipo en el hombro. Entonces el tipo se incorporó: uno de sus pies aplastó contra el piso el brazo derecho del cana y después se inclinó sobre él. Miró su rostro: de la boca se escurría una baba rojiza y tenía los ojos agrandados, desorbitados, ya no parecían indios, no parecían nada. "Son ojos muertos", pensó el tipo mientras se inclinó un poco más, llevó el cañón de la pistola al entrecejo del cana, miró sus ojos muertos y justo en medio de ellos, disparó el tiro del final. El tipo después dirá, para justificarse o entenderse, el tipo dirá: "la sangre enturbiaba todo, hervía la sangre, y además estaba muerto: cuando lo decidimos yo sabía, todos sabíamos que ese tipo estaba muerto". Pero eso lo dirá horas después. En ese momento ya no pensó ni dijo nada. Se limitó a arrancar la metralleta de la mano del cana y colgársela del hombro. Luego abrió la cartuchera del otro, extrajo su pistola y se la puso en la cintura.

Escuchó a Pepe: "tirá las molotov, rápido tiralas", gritó Pepe y el tipo lo imaginó correr hacia uno de los autos, el estacionado sobre Malaver. No perdió tiempo en mirar ni en responder: la comisaría de Vicente López estaba a cinco cuadras, en menos de tres minutos llegarían a Malaver y Maipú. En la mano derecha mantenía su pistola amartillada -"quedan once balas en el cargador" pensó el tipo-y con la izquierda lanzó una de las molotov por encima del muro que separaba la quinta de la calle. A su espalda sintió la llamarada que se levantaba en el interior de la quinta mientras extraía de la bolsa otra molotov y la arrojaba sobre la garita de la esquina. En ese instante escuchó la sirena y a través de las llamas y el humo negro que envolvían la garita percibió un camión blindado: por Malaver cruzaba Maipú en dirección a la esquina de la Quinta. A su izquierda sintió el repiqueteo de una ráfaga de ametralladora que provenía del blindado. "Yo sabía que terminaba bonzo" pensó el tipo y descolgó de su cuello el bolso de cafetero con las dos molotov que restaban. "Muerto pero no a lo bonzo", se dijo el tipo y arrojó el bolso sobre el capot del camión. "Mueren quemados, en pleno febrero y a mediodía mueren quemados", pensó mientras la parte delantera del blindado quedaba envuelta en

llamas. Fue lo último que pensó el tipo, al menos lo último que ahora recuerda que pensó. Ahora, frente a la pantalla ciega de la tele. Y se siente un poco mareado. Por el porro y la ginebra y la desmemoria. O la memoria. La memoria de un par de ojos muertos que desde la pantalla de la tele lo observan desorbitados. Un par de ojos muertos detrás de los cuales discurren imágenes de Montreal, en 1971. "¿Qué mierda pasaba en Montreal durante febrero del '71?. Qué carajo me importa lo que pasaba en Montreal", piensa el tipo y cierra sus ojos para no ver los del otro tipo, los del cana, los del cana muerto que él mató. Que lo vio -cierra los ojos con fuerza el tipo-, que lo vio, sí, lo vio morir mientras lo mataba. "Pero no", grita, "estaba muerto", repite el tipo lo que dijo frente a los compañeros poco antes del informativo vespertino. "Ese tipo estaba muerto", dijo mientras pugnaba por despojarse de las manchas de sangre estampadas sobre su ropa.

Manchas imaginarias -ya se había duchado y cambiado y hasta había quemado la ropa ensangrentada en la parrilla del patio de la casa-. Manchas imaginarias, pero indelebles. Quería decir, decir a los compañeros "no me las puedo sacar, las manchas, no me las puedo sacar". Pero se mordió la lengua porque sabía que era su imaginación. Y tal vez lo hubiera dicho pero, en ese momento, el Boga ocupaba el micrófono por segunda o tercera vez para contar cómo había subido el auto de contención sobre la vereda de Maipú para cruzarlo, sobre Malaver, frente al blindado mientras Tato lo ametrallaba a través de la ventanilla trasera. El Boga sonrió y le dijo al tipo: "Eso te dio tiempo para cruzar la calle y zambullirte de cabeza en tu auto: las piernas te quedaron afuera y arrancaron mientras vos pataleabas como loco", dijo el Boga. Y el tipo abre los ojos, sin mirar la pantalla de la tele abre los ojos, esboza una sonrisa y recuerda las palabras del Boga. No porque las recuerde de antes, del verano del '71, sino porque el Boga se las repitió hace poco: en la cocina de una casa de Flores, lavados mates por medio, cuando se reencontraron treinta y tres años después. Está viejito el Boga, ya tiene más de setenta, pero sigue igual: la misma placidez, los mismos gestos, lentos y amables, la misma parsimonia y cierta lejanía en la mirada, como si sobrevolara las circunstancias, más allá de todas las broncas, reflexiona el tipo y recuerda que el Boga habló de Pepe, ya sin bronca, sin la bronca con la que hablaba de Pepe hace más de treinta años, pero con algo de desprecio: "qué diferentes eran ustedes, fierreros pero diferentes; vos eras buen tipo, esa tardecita, la de la Quinta, me di cuenta de que vos eras un buen tipo", dijo el Boga, en la cocina de Flores, antes de despedirse. Y ambos recordaron el noticiero vespertino. El noticiero que comenzó cuando el Boga finalizaba su relato: por tercera vez nunca supo cómo hizo atravesar el auto entre un poste telefónico y la pared para sobrepasar al blindado y cruzarlo por adelante. El noticiero cuyo comienzo impidió que el tipo insistiera con aquello que lo obsesionaba: "compañeros, no me puedo sacar las manchas". El noticiero del Siete, o del Nueve, el tipo no recuerda. Pero treinta y tres años más tarde vuelve a sus ojos una pantalla de tele que muestra la foto del otro tipo, del cana, achinados los ojos y suspicaces, la mirada viva, en el ceño la furia. La foto del otro tipo, del muerto, que se difuminó -en la pantalla del Siete o del Nueve, no importa- para mostrar a una señora que vestía un batón raído. Una señora oscura y crispada. Una señora que abría la boca para hablar e imperaba el silencio: "se quedó -pensó el tipo, los ojos clavados en la pantalla del Siete o del Nueve-en el gesto: la desesperación no la deja hablar, ni siquiera la deja llorar". La señora, en la pantalla rodeada por varios pibes compungidos, borrosos, no saben bien todavía qué pasó, todavía no se dan cuenta que mataron al padre, que un guerrillero fusiló al padre frente a la garita de guardia en la esquina de la quinta presidencial. "Ya estarán alrededor de los cuarenta, deben ser cuarentones esos pibes: ¿serán canas? ¿cartoneros? ¿habrán zafado? ¿tendrán alguna idea sobre el motivo de porqué fusilaron al padre? ¿alentarán venganza acerca del tipo que lo fusiló?", reflexiona ahora el tipo que lo fusiló. A sangre fría lo fusiló, con una pistola ametralladora checoslovaca o israelí, de última generación, supersofisticada, dijo el noticiero vespertino de la tele desde una pantalla que mostraba al detalle el escenario de la miseria que ese guerrillero, el fusilador, el tipo, se había juramentado a erradicar. O morir en el intento. Pero murió el otro, el miserable, el sujeto de la miseria. Y al tipo se le cerró la garganta, imposible hablar. Hasta que al rato, al rato de haber finalizado el noticiero, Pepe se acercó al tipo para que le cambiara el vendaje: uno de los disparos del cana le había atravesado la mano. Y dijo: "tranquilo che, no te lo tomes así, es la revolución, caemos nosotros, caen ellos y siempre hay una primera vez: así es la vida, che", dijo Pepe. Y el tipo pasó la mano sobre su regazo, sobre los pantalones, acarició las manchas de sangre y dijo: "no Pepe, así es la muerte". Y se puso a llorar: sollozos roncós, entrecortados, contenidos, lloró el tipo esa noche bajo la implacable mirada de unos ojos muertos. Lloró. Hasta que logró dormirse y, consuelo de la vida, amaneció febrero, despertó verano, siguió la vida y con ella, el día a día, los locos días de la revolución. En uno de esos locos días, poco más o menos tres meses después, el tipo cayó en cana: lo sorprendieron sin armas cuando estaba a punto de subir en un auto robado. Lo llevaron a la comisaría de Vicente López y lo torturaron en el destacamento de Villa Martelli.

Era insoportable. El tipo a cada instante, con cada toque de picana, con cada descarga de electricidad sentía que no aguantaba más: quería hablar, quería confesar todo lo que había hecho, y lo que no había hecho, lo que no había hecho también quería confesar. Pero cada vez que el tipo estaba a punto de abrir la boca aparecían los ojos muertos, los del otro tipo, los del cana que había matado en la esquina de la quinta presidencial. Y el tipo sabía, porque le habían contado, porque lo intuía, que cuando uno empieza a hablar no para, cuenta todo. Y si contaba del cana muerto, el muerto era él. El tipo mantuvo los ojos muertos frente a sus ojos, y no habló. El miedo a la muerte era más fuerte que el dolor. El tipo no habló. Durante tres días no habló y a la cana no le quedó otra alternativa que comunicarlo con el juez quien le dictó prisión preventiva por el presunto robo de un auto y lo mandó a la cárcel. Allí, el tipo estuvo un tiempo, poco más de un mes. Un tiempo. El suficiente para ver ojos, ojos de mierda: duros, locos, desvaídos, contritos, huidizos, rencorosos, apagados. Ojos de mierda, mejor no mirar. Y no miró. Hasta esa tarde, tres días después de salir de la cárcel cuando enfrentado a esos ojos, los más bellos que había visto en su vida, no pudo evitar mirarlos y mantener la mirada: se le voló la cabeza, se enamoró sin remedio y ahora, viejo y solo, del pico de la botella bebe un trago largo de ginebra y,

sobre las imágenes de Montreal , 1971, dibuja la mirada más maravillosa del mundo y no logra explicarse cómo se le fue. Cómo la perdió. Bebió mucho, fumó porro y tanto como para despojarse de sus pérdidas, en la soledad de su cuarto, frente a la pantalla de la tele, exclama "qué mierda pasaba en Montreal durante el '71". Cierra los ojos y se dice "Montreal, 1971, un lugar como cualquiera y un tiempo como todos", se dice el tipo. Un lugar y un tiempo en el cual, con seguridad, algún tipo mató a otro tipo y lloró por haberlo hecho pero después se enamoró de una mina, hizo el amor, caminó por las estrellas, la mina lo dejó pero vinieron otras, maravillosas todas, en la textura de su piel conoció la urdimbre del cielo, el sentido de la vida. Y aunque la muerte nunca dejó de estar agazapada en algún rincón oscuro de su alma, el tipo de Montreal pensó poco en ella, la mantuvo a raya, se dice el tipo. Y se repite, frente a la tele, que Montreal es una ciudad como tantas en la cual durante el '71 un tipo mató a otro y lo vio morir mientras lo mataba, en fin, cosas increíbles pasan en todos lados y a cada rato, también en Montreal. Cosas increíbles, como esta que le pasa ahora, como que más de treinta años después -bebió mucho, fumó porro, el tipo-la pantalla de la tele muestre el rostro del otro tipo, el cana, signado de cicatrices, las cicatrices de la miseria, las cicatrices del dolor, las cicatrices de su vida que ya no es, que se le fue hace treinta y tres años a través de sus ojos muertos. Y se da cuenta que dentro de pocos años o días, mañana tal vez, sus ojos se van a ver igual que los del otro tipo: otros los van a ver, no él. Se da cuenta, el tipo, de que ya no podrá ser marinero ni polizón, que ya no podrá dar la vuelta al mundo ni caminar por las estrellas ni vestir su piel con la urdimbre del cielo. Porque está viejo y solo y ya no puede ser otra cosa que lo que ahora es: un tipo que mira la tele acompañado por un tipo muerto, un tipo que no está a su lado sino adentro suyo, y a veces sale. El tipo muerto sale, lo mira y el otro tipo llora y se pregunta sino será que están los dos muertos y llora: un poco por el cana que no deja de mirarlo desde ese lugar increíble llamado Montreal y mucho por él. Se dice, el tipo se dice "estoy borracho" y arroja la botella de ginebra contra la pantalla de la tele que estalla en mil pedazos. "Estoy borracho" se repite el tipo, cierra los ojos y manda al otro tipo a cagar. Manda la muerte a cagar.

Capítulo 4 - La artera senda de la angustia...

No sólo el Negro, en su momento, me preguntó "qué hacía ahí", por qué era montonero. Fue también la primera pregunta que me hizo Cayetano De Lella a fines de 1972: "¿Por qué sos montonero?". Hacía un mes yo había recibido cuatro balazos durante un operativo que, en realidad, fue una encerrona, y una estupidez. Una barrabasada política, un sin sentido tan cargado de sentidos que con mucho esfuerzo -la experiencia llega tarde y cuesta mucho-recién pude entender años después.

Teníamos que tomar la guardia de la fábrica Santa Rosa, ubicada en La Matanza, a las seis de la mañana, hora en que ingresaban los obreros del primer turno. Su objetivo aparente, aparte de expropiar las armas del personal de guardia como era de rigor en todos los operativos en los cuales hubiera gente armada, consistía en propagandizar el primer regreso de Perón... quince días antes de que regresara.

En términos políticos, carecía de sentido: ¿qué falta hacía propagandizar el regreso de Perón? ¿Para que el pueblo supiera que promovíamos el regreso de Perón?. Ridículo. Desde el día en que ejecutamos a Aramburu, el pueblo sabía que el regreso de Perón a la Argentina y al Poder, era el principal e irrenunciable objetivo de Montoneros. Ello estaba avalado por centenares de operativos realizados a lo largo de casi tres años. Y firmado con sangre. Con nuestra sangre. El tema como mucho daba para realizar un acto relámpago protagonizado por la Jotapé en el cual se distribuyeran unos cuantos panfletos que convocaran a los obreros para recibir a Perón en Ezeiza e incluyeran la obligada consigna "FAR y Montoneros son nuestros compañeros".

Y, si el caso era obtener armas, existían objetivos más redituables que asaltar la garita de guardia de una fábrica. Sobre todo si se trataba de un operativo en el cual iban a participar más de veinte compañeros. Ello sin contar con la posibilidad de un tiroteo: una bala perdida, un obrero herido, y el costo político del operativo se nos volvía en contra.

Tales fueron los argumentos que esgrimí para oponerme a la realización del operativo. Del cual, por ser el combatiente más antiguo y responsable de la unidad de combate más experimentada y numerosa -la unidad Norte-, a priori me correspondía ser el jefe. Y el operativo jamás se hubiera realizado si no fuera porque de él participarían aspirantes a combatientes de las tres zonas, o unidades de combate, que integraban nuestra columna³, la Norte-Oeste del Gran Buenos Aires. La unidad Noroeste estaba a cargo de un cuadro proveniente de la Resistencia, el Nono Lisazo, "Nono" porque tenía alrededor de cuarenta años. El Negro Sebastián -quien provenía de Santa Fe y murió en la toma del cuartel de Formosa-dirigía la unidad Oeste. Muerto Capuano Martínez, nuestro jefe de Columna que nunca fue, compartían conmigo la planificación y la decisión de realizar

³ En octubre de 1972 existían tres columnas en la Regional Buenos Aires: las columnas Sur y Norte-Oeste del Conurbano y la columna Capital. Cada columna, a su vez, estaba integrada por un mínimo de dos y un máximo de cuatro unidades de combate. Capuano Martínez fue designado jefe de la Columna Norte-Oeste, pero la policía acabó con su vida antes de que se hiciera cargo. En realidad nadie llegó a hacerse cargo de la columna: a fines del '72 Descamisados y Montoneros se fusionaron en una sola Organización y la Columna Norte-Oeste se dividió en dos: la Oeste, a cargo de Sebastián y el gordo Fernando Saavedra (proveniente de Descamisados) y la Columna Norte.

el operativo el Nono y Sebastián. A quienes mis argumentos no hicieron mella. Y no hicieron mella porque, en realidad, los objetivos del operativo no eran, exclusivamente, los declarados.

Existía una controversia política que se arrastraba desde que Montoneros había tomado la decisión de participar en el proceso electoral: "Cámpora al Gobierno, Perón al Poder". Decisión que no era compartida por la totalidad de la Organización. De hecho, en los diferentes niveles de conducción, éramos pocos los compañeros que promovíamos con entusiasmo nuestra participación en las elecciones, lo cual implicaba desplazar nuestra prioridad de las acciones políticomilitares, a las acciones políticas. Muchos tenían dudas y unos pocos estaban en contra. El Negro Sebastián aceptó la decisión y la consigna sólo de la boca para afuera. Oportunismo puro. Tengo la impresión de que Sebastián, en términos políticos, era un tipo elemental, y sin los fierros se sentía nadie. En todo caso, sostuvo que había muchos aspirantes a combatientes que debían ser promovidos a combatientes, y para ello debían participar en un operativo que los pusiera a prueba y les diera al menos una mínima experiencia. El Nono, por su parte, si bien coincidía con nuestra participación en la lucha electoral, tenía la certeza de que a Perón no lo iban a dejar siquiera tomar el avión. La lucha armada continuaría, ya sea a través de la estrategia de guerra popular prolongada o por la vía insurreccional y su obligada continuidad: la guerra civil. Por lo tanto, también para el Nono, formar nuevos combatientes era indispensable. La controversia fue feroz. Y la zanjó el Nono: "¿qué pasa, Petiso, arrugaste?; hay compañeros que piensan que desde hace un tiempo venís arrugando... ¿querés darles la razón?", dijo el Nono. "¿Quién, quién piensa que yo arrugo? ¿vos pensás que yo arrugo, Nono? Vos, vos que operaste conmigo más de diez veces, que me viste ir al frente y salir el último, que me viste cagarme a balazos hasta el último cartucho, vos, ¿vos pensás que yo arrugo?", pregunté, a los gritos, furioso, de mala manera. "Yo, yo ahora no sé qué pensar... hace unos días no quisiste hacer un auto, te rajaste", dijo el Nono, miró al piso y yo bajé el tono. "No, Nono, no quise hacer un auto con vos, vos y yo solos, a las diez de la noche y a media cuadra de la avenida Maipú, sin contención, sin que nadie supiera, y sólo porque se te ocurrió, sobre la marcha se te ocurrió: las cosas no se hacen así, Nono", expliqué, calmo, respetuoso, el Nono merecía mi respeto por su valentía a toda prueba y por sus quince años de trayectoria: el Nono ponía caños cuando yo aún no había terminado la primaria. "Necesitábamos un auto, Petiso, para la mañana siguiente necesitábamos el auto, a primera hora, vos sabías", dijo el Nono y me miró a los ojos, desde arriba me miró, el Nono era alto. "Nono, se planifica, y si no se puede planificar, si no se pueden prever los riesgos, se suspende: es lo único que nos mantiene con vida", dije.

Pero las palabras del Nono me habían tocado, habían hecho pulsar una cuerda en mi interior, una cuerda metálica y delgada que pulsaba con la agudeza disonante de un violín desafinado: qué artera es la angustia. La quinta presidencial, la tortura, el calamitoso asalto al cuartel de Zárate, la muerte de Sabino, Burgos, Escribano, la de Capuano Martínez apenas días atrás, las muertes, todas las muertes, y una hijita de tres meses a quien quería ver crecer.

Cuánta razón tenía el Boga Falaschi: las armas, sí, pero con prudencia y sabiduría. Extrañé al Boga: ahora estaba en Chile, sus insalvables controversias con el Pepe Firmenich lo fletaron para Chile; es decir, lo fletaron Leandro y Tato: el Pepe lo quería fusilar.

Un tenso silencio se estableció entre Sebastián, el Nono y yo. En silencio nos pasábamos el mate, evitábamos cruzar las miradas. "¿Sentir miedo es cobardía? ¿Ser prudente es arrugar?", pregunté sin mirar a ninguno de los dos.

"¿Ustedes nunca sintieron miedo?", desplazé la mirada sobre ambos. Y la fijé sobre los ojos del Nono: "¿además de vos, quién dice que arrugo?". El Nono esbozó una sonrisa, "Petiso, Petiso" musitó, y miró a Sebastián. "Primero, yo no tengo miedo. Segundo: si vos arrugás, yo no sé, yo no afirmo nada, no te conozco lo suficiente; pero una persona que te conoce bien está muy preocupada: dice que cambiaste, que estás raro, nervioso, qué sé yo", dijo Sebastián. Aparentaba estar concentrado en el mate pero me miraba de soslayo.

No dijo ni compañero ni compañera, una persona dijo, una persona que me conocía bien. Y yo no tuve la más mínima duda de que era una mujer, una mujer que militaba en el Oeste y él, Sebastián, había entrenado: Ana, la mujer que tenía los ojos más maravillosos del mundo, mi mujer. Qué joda: Sebastián había ganado una discusión que pretendía ser política, estratégica y táctica con sólo diez palabras que hacían a mi vida personal. "Primero, Sebas, si vos no tenés miedo, sos un peligro de un metro ochenta, y segundo: esa persona preocupada por mí... ¿tenés pensado que participe del operativo?", pregunté a Sebastián: no hacía falta especificar quién era la persona, sabíamos los dos. "Sí, por supuesto, Ana es de primera: sabe usar la metra y manejar, conviene en la contención", respondió Sebastián. "Se hace, entonces: bravo, Petiso, yo sabía que no nos ibas a fallar", al Nono una amplia sonrisa le abrió la cara y me extendió la mano.

"La puta que te parió, Nono, me metés en cada quilombo", rechacé su mano, me incorporé y lo abracé con fuerza. Es el último abrazo que recuerdo del Nono: lo agarraron en el '76, le arrancaron la piel a tiritas, pero murió sin decir una palabra. Supongo que lo habré abrazado en otras oportunidades -lo quería mucho, y me salvó la vida, dos veces me salvó la vida-, pero aquella es la última vez que recuerdo haberlo abrazado. Mientras nos abrazábamos le dije al oído: "lo hacemos pero sigo pensando que es una mierda, me da mala espina". Luego, en algún momento durante la discusión acerca de los detalles del operativo, pregunté: "¿tienen pensado que participe Emilio?".

Emilio militaba en una de las ubeerres⁴. No recuerdo si era una de las que manejaba el Nono o de las de Sebastián. No tenía mucha injerencia en el trabajo político de los frentes de superficie. Alto, gordo, rubio, sanguíneo, se auto definía como un herrero vocacional. Y así se lo aceptaba porque era de los pocos que sabían mucho de armas. En aquel tiempo cada vez que le entregabas una pistola a un aspirante, te hacías la señal de la cruz y le pedías a dios que no se pegara un tiro a sí mismo. Dios no nos hacía mucho caso. Las heridas en las nalgas o en las manos no eran excepcionales: calzaban la pistola en la parte posterior de la cintura, amartillada y sin seguro, o cortaban cartucho y luego sostenían la pistola por el cañón mientras apretaban el disparador para bajar el gatillo a medio punto: pum, pum. Esto cuando un compañero no le pegaba un tiro a otro. En 1970, Gustavo Ramus durante una práctica con armas supuestamente descargadas, le pegó un balazo en el estómago a un compañero de las Fuerzas Armadas Peronistas. Uno o dos años después, justo en el momento en que iniciábamos un operativo, a un compañero se le escapó un disparo que fracturó el fémur de Cristina Liprandi⁵ quien se había fugado, en medio de un tiroteo infernal, de la cárcel de mujeres. Indemne. No fueron los únicos casos, pero son los que recuerdo por una cuestión íntima, personal, de esas que uno se anima a contar porque alcanzó la edad en la cual sobrevuela la vida y sabe que no hay historias más valiosas que aquellas referidas al amor. Cristina durante más de un mes estuvo enyesada de la cintura para abajo y yo la cuidé durante días y días en los cuales nos hablamos todo. Inevitable que me enamorase un poquito. Tal vez un poquito nos enamoramos los dos. En el "hospital" de las Fuerzas Armadas Peronistas conocí a Adriana Martínez y a Marcela Durrieu, barbijos nos cubrían los rostros, pero sus ojos, sus voces, el dibujo de sus cuerpos, me sumían en un sueño de las mil y una noches. Precisamente, la voz de Marcela Durrieu hace poco tiempo, comentó: "a los milicos les hubiera bastado con darnos unos cuantos fierros y dejarnos solos". Lo cierto es que muchos compañeros, la mayor parte tal vez, no sabían siquiera cambiar una lamparita. Exagero. Pero, como en un chiste de gallegos, para cambiar una lamparita se necesitaban tres compañeros: uno verbalizaba la justificación política y otro daba las instrucciones prácticas mientras el tercero se quejaba de que la lamparita no se dejaba enroscar.

No era éste el caso de Emilio. Ni John Wayne lo superaba en destreza con los fierros: había sido policía. Un año. El tiempo del servicio militar. ¿Y qué tipo con una mínima sensibilidad revolucionaria opta en forma voluntaria por hacer el servicio militar? Antes de ser sorteado ¿qué revolucionario opta por ser un servidor de la policía? No pequemos de maniqueísmo. Pero tampoco pequemos de boludos. Dejemos un lugar, aunque sea pequeño, para la suspicacia, para la sospecha. Y yo, cuando supe que Emilio había sido policía, sospeché un poco.

Cuando supe que no se las ingeniaba bien con el trabajo político, sospeché un poco más. Y le presté atención. En la medida que podía: no estaba en mis ubeerres, y lo veía en contadas ocasiones. En una oportunidad, mes y pico antes del operativo Santa Rosa, teníamos que participar de una reunión en una casa que él no conocía ni debía conocer. Emilio estaba sentado al lado del chofer en el auto que nos conducía a la casa. Tabicado: la cabeza inclinada hacia abajo y los ojos cerrados hasta llegar. Yo conocía la casa, estaba sentado detrás de Emilio y, sospechitas mediante, no dejaba de observarlo. En cierto momento vi que levantaba la cabeza y miraba. Lo hubiera dejado mirar hasta que llegáramos.

Pero, por un lado pensé que era un riesgo para la gente de la casa, simples colaboradores que nos prestaban el lugar. Y, por otro, me resistía a pensar que era un infiltrado. De hecho, el operativo de La Calera⁶ terminó en un desastre porque un boludo miró, reconoció la casa, no dijo nada y, un par de sopapos después de ser detenido, emuló a Pavarotti. Así que le di un coscorrón -no cualquier coscorrón: uno asimilable a un culatazo- y le dije: "bajá la cabeza, boludo, bajala y cerrá los ojos". La bajó, claro. Y yo me quedé sin pruebas. Pero las sospechas acerca de Emilio se me hicieron carne. Entonces, en la reunión con Sebastián y el Nono, pregunté "¿tienen pensado que participe Emilio?". "Por supuesto, después de Ana y el Bocón⁷, encabeza la lista de candidatos a combatientes, es un cuadro de primera, duro, disciplinado, sabe de fierros", respondió Sebastián. No sé qué será para vos un cuadro, pensé. Pero sólo dije: "es importante que ningún compañero sepa cuál es el objetivo hasta por lo menos una o dos horas antes del operativo".

El Nono estuvo de acuerdo: después de que yo acepté, el Nono estaba de acuerdo con todo lo que planteaba. Para él lo importante era tomar Santa Rosa.

En aquel momento inferí sus motivaciones. Pero ya no las recuerdo. Había algo relacionado con su larga militancia, con el gremio metalúrgico y con esa fábrica en particular. Un cuadro proveniente de la Resistencia, víctima indirecta de los fusilamientos en José León Suárez, formado en los criterios del Peronismo Revolucionario, perseguido por un vandomismo que fue particularmente cruel en la zona norte, amigo de

⁴ "Ubeerre" significaba Unidad Básica Revolucionaria, constituía el nivel intermedio entre las Unidades de Combate y los frentes de masas. Estaban a cargo de un combatiente y las integraban aspirantes a combatientes, compañeros que se encargaban del trabajo político en una determinada zona y recibían un precario entrenamiento militar. A medida que la Organización se desarrollaba, los aspirantes pasaban a ser combatientes (integrar una unidad de combate) y manejar su propia ubeerre.

⁵ Cristina Liprandi de Vélez: una de las fundadoras de Montoneros en Córdoba, fue detenida después de la Calera y logró fugarse con otras compañeras de la cárcel del Buen Pastor durante un operativo organizado por las Fuerzas Armadas Peronistas en el cual colaboraron FAR y Montoneros. Participó del sector "movimientista" de la Organización y, en 1974, la dejó para militar en Lealtad. Me han dicho que ahora vive en la Patagonia.

⁶ La toma del pueblo de La Calera fue el segundo operativo de carácter público de Montoneros, en 1970, un mes después de la ejecución de Aramburu.

⁷ "El Bocón", Carlos Arias, capitán de la marina mercante, perteneció al sector "movimientista" de Montoneros y, en 1974, pasó a Lealtad. Ese año fue detenido y, luego de pasar unos meses en la cárcel, fue puesto en libertad pero quedó "fichado". A mediados del '76 facilitó mi fuga de la Argentina pero él optó por quedarse. En 1977, cuando regresó de un viaje de ultramar, fue detenido y desapareció. Durante la tortura, permaneció en silencio.

Blajakis y Salazar, no podía menos que estar atragantado con el gremio metalúrgico. Tomar Santa Rosa, una de las fábricas más grandes de la industria metalúrgica, para el Nono era una reivindicación mayor. Si yo no estaba de acuerdo, lo habría hecho igual, con su grupo, en solitario, pero lo habría hecho. "Me parece bien", dijo. Pero Sebastián aclaró que él ya lo había hablado con su gente, aunque sin especificar que se trataba de Santa Rosa. Una fábrica en la Matanza, metalúrgica además, pero sin definir hora, día y lugar. Algo es algo, me dije, y pensé en la inquebrantable discreción de esa mujer quien, aunque no me había comentado una palabra, para mí poseía, aún poseía, los ojos más maravillosos del mundo.

"Del Norte, como aspirante sólo va a participar Estela, dirige una uberre en San Miguel: geográficamente pertenece a tu zona Nono, pero se extiende para Escobar y Tigre, así que... Nono, vos la conocés Nono: de fierros, poco; en política un balazo", dije. Y, sobre un mapa precario bosquejado por el Nono, señalé una mancha en medio de la calle: entre la garita de guardia y una parada de colectivo. La mancha era un colectivo. Idea del Nono: robar un colectivo a las cuatro y media de la mañana, subir a los compañeros en lugares preestablecidos, descender en una parada de colectivos situada justo frente a la garita de guardia, reducir a dos policías de consigna ubicados allí como vigilancia externa de la fábrica y, con los dos policías al frente, ingresar a la fábrica y sorprender a los cinco o seis guardias que estaban en la garita. "Al fondo y a la izquierda del colectivo tiene que estar el Paragua, con una metra, cubriendo la ventanilla trasera y las últimas de la izquierda", dije.

El Paragua era un veterano. Veterano entre nosotros. Pero antes de incorporarse a la Orga había sido uno de los pocos sobrevivientes de la guerrilla paraguaya del Partido Radical Auténtico. Mediano de estatura, oscuro, muy flaco, la ropa le ondeaba. Tenía la virtud de pasar desapercibido, jamás perdía la calma y era un mentiroso fenomenal. La Orga -caprichosa como siempre-, a mediados del '72 ordenó que todo el mundo trabajara, hasta los clandestinos: con el Paragua nos inventamos una empresa de pintura en la cual él era el profesional, el "pintor": no sólo a los potenciales clientes les vendía que era pintor, me lo vendía también a mí. Hasta que nos llegó el primer contrato: pintar un departamento, antiguo pero chico, en Palermo. El dueño era un tano, viejo y buenazo, que nos pagó la mitad del presupuesto por adelantado no tanto por el bajo precio que pasamos como por la seguridad con que el Paragua detalló los diversos aspectos del trabajo que íbamos a realizar. Además de pintar teníamos que restaurar las molduras de yeso que adornaban la parte superior de las paredes y reemplazar los azulejos del baño. El día que empezamos el trabajo, luego de comprar los materiales y proteger el piso con periódicos, el Paragua, quien para el caso era el jefe, me dijo: "Vos, Petiso, encargate de los azulejos".

"¿Yo que me encargue de qué?", pregunté asombrado. "De los azulejos, chamigo", respondió, autoritario, el Paragua: "¿No sos azulejista vos chamigo?"

¿no era que te enseñó mi paisano, chamigo?". En los sesenta, otro paraguayo, Fernández, quien dirigía nuestra agrupación peronista en la Facultad de Medicina de La Plata, se ganaba la vida como azulejista y, como yo necesitaba dinero, intentó enseñarme el oficio. Pero ante mi torpeza, aunque compartí una parte de sus ganancias en un par de trabajos, él decidió que me dedicara a cebar mate.

También tuvo que enseñarme a cebar mate, pero eso aprendí. "Paragua, te lo conté como anécdota, pero nunca te dije que sabía poner azulejos", respondí.

"No sabés entonces; yo tampoco, pero no te hagas problema: lo solucionamos rápido y baratito", dijo, trajo un compresor y en un rato pintó los azulejos del baño: quedaron de un verde sucio, grumoso, parecía un vómito desparramado, desparramado con minuciosa desprolijidad. Al tercer día llegó el Tano y el Paragua lo barajó en la puerta: "tengo una sorpresa, patrón: vamos a terminar antes y le va a salir más baratito". El Tano no llegó a ver el baño: entró a la sala y quedó petrificado. Las molduras de yeso habían desaparecido, la superficie de las paredes parecía un mar picado y no había dos que tuvieran el mismo color.

"Má, ¿ustedes son pintores?", preguntó tembloroso, pálido, al borde de un colapso. Yo pensé que, si en ese instante no moría de un infarto, salía a los piques para llamar a un policía. Así que decidí contarle la "verdad". Éramos estudiantes de medicina, necesitábamos plata para pagarnos los estudios y suponíamos que eso de la pintura se nos iba a dar bien. "Le devolvemos el adelanto, y disculpe", propuse. "Qué adelanto ni adelanto, me destrucheron el departamento", gimoteó el Tano y se sentó en el piso con la cabeza entre las manos. "Quédense con la plata, y vía, vía; má, hacánme un favore: estudiemo mucho porque si de medicina sabeno como de pintura, póvera humanidad, póvera".

Agarramos nuestros bolsos, silbando bajito hicimos mutis por el foro y durante dos cuerdas tuve que aguantar las recriminaciones del Paragua: "porqué no me dejaste hablar, Petiso, al Tano ése yo lo convencía y terminábamos el trabajo, chamigo".

El Paragua, el Paragua... ¿qué será de su vida? ¿habrá sobrevivido?

Sospecho que sí. Como pintor era un desastre pero como guerrillero tenía muchos recursos, más que cualquier otro combatiente de nuestra columna. Por ello lo quería en el operativo, un operativo en el cual tendríamos que reducir a, por lo menos, ocho personas armadas, tal vez más. Un operativo de envergadura, peligroso, del que participaríamos sólo tres combatientes: el Nono, el Paragua y yo. El resto eran aspirantes. Compañeros que tenían un entrenamiento casi virtual y jamás se habían probado en una situación de auténtico peligro. Cuando sonaban los balazos o se daba una situación imprevista durante la planificación, la reacción de los compañeros primerizos era imprevisible. Podían quedarse paralizados o correr a ciegas o actuar con un heroísmo desmedido, nefasto para ellos mismos y para los demás. Por eso lo quería al Paragua al fondo y a la izquierda del colectivo: desde allí podía cubrir, a una altura de dos metros a partir del piso, la garita de guardia y la calle atrás del colectivo. El Nono conduciría el colectivo -era el único con experiencia en manejar cualquier tipo de vehículo de transporte-lo cual le permitía controlar la parte delantera de la calle. Y yo bajaría por la puerta

delantera derecha seguido por el Bocón Arias, tal como lo harían dos pasajeros comunes, para sorprender y desarmar a los dos policías de guardia en la parada. El Nono ubicó el móvil de contención, a cargo de Ana, una cuadra delante del colectivo, unos veinte o treinta metros después de la primera esquina. Le dije que ubicara otro móvil una cuadra atrás del colectivo, equipado con una Itaka, por si aparecía un patrullero.

Al Nono le pareció una exageración, ya estaba el Paragua con su UZI, pero yo insistí: el maldito operativo me daba mala espina y cualquier precaución me parecía poca. "Ese auto tiene que estar a cargo de Emilio", planteó Sebastián. Y, ante mi expresión interrogativa, agregó: "es el único que sabe controlar una Itaka". Sebastián y el Nono sabían que Emilio no me caía bien, pero no tenían idea acerca de mis sospechas, nunca las había comentado: acusar a un compañero de ser un posible infiltrado era algo muy grave, y mis sospechas no tenían otro asidero que mi "olfato". El equipo de sanidad estaría ubicado en una furgoneta a unas treinta cuadras del operativo, entre las estaciones de Ramos Mejía y Morón. Al finalizar el operativo -a más tardar a las 6:45 de la mañana-, el Nono y yo nos encontraríamos con Sebastián en la estación de Morón. Veinte minutos antes del operativo, en un auto legal y acompañado por el Bocón Arias, yo haría una pasada frente a la fábrica y por sus alrededores: si veía algo raro, cualquier cosa que no concordara con lo que teníamos previsto, yo levantaré el operativo.

A las seis menos veinte de la mañana del 30 de octubre, el Bocón y yo a bordo de una Renoleta que estaba a mi nombre, pasamos frente a la fábrica. Las luces de la garita no estaban encendidas. Los dos policías que deberían hacer guardia en la parada del colectivo brillaban por su ausencia. Después del portón de la fábrica, los dos faroles que iluminaban la calle hasta la esquina, estaban apagados. Antes de llegar a la esquina, sobre la acera de la izquierda había dos autos estacionados y, sobre la derecha, primero una camioneta y después, casi sobre la esquina, un Fiat 1.500. La camioneta estaba estacionada de contramano. Por lo demás, no se veía un alma y el silencio era casi total. Raro, muy raro. Había pasado por el lugar, a la misma hora, en dos oportunidades. En ambas estaban los policías en la parada, había luz en la garita y en la calle, y no se veían autos estacionados, ninguno. A la altura del Fiat frené la Renoleta, me bajé y fingí revisar los neumáticos. Mientras lo hacía, miré a través de las ventanillas del Fiat: sobre su asiento trasero se veía un bulto, una manta debajo de la cual las formas delataban la existencia de cajas rectangulares de diverso tamaño, o herramientas tal vez... ¿armas largas? Subí a la Renoleta, emprendí la marcha y pregunté: "¿qué te parece, Bocón? ¿ves algo distinto? ¿hay algo que te llame la atención?". El Bocón guardó silencio. Entonces lo miré y percibí que estaba tenso, duro como una tabla. "¿Estás nervioso, Bocón?". "No, no, bueno sí, un poco", respondió. "No te preocupes, todos estamos nerviosos antes de un operativo, qué digo, estamos cagados, recagados hasta las patas, pero cuando la opereta empieza se nos pasa, como por arte de magia, sin que te des cuenta se te pasa", dije para tranquilizarlo un poco, pero era cierto, siempre era así. "¿Y Bocón? ¿cómo lo ves? ¿qué te parece?", insistí. "Nada, todo parece tranquilo ¿no?", dijo. "¿No te parece demasiado tranquilo, diferente?", pregunté. "No sé, Petiso, no estuve antes, ni sabía el lugar exacto del operativo", reconoció el Bocón. Y yo decidí levantar el operativo, a las puteadas, me iban a cuestionar por cobardía: puta madre, no era el Bocón quién tenía que estar ahí, el Nono tenía que estar, el Nono tenía que apreciar la situación con sus propios ojos. Además, era lo que correspondía: las evaluaciones previas las hacían el primero y el segundo, y decidían entre los dos. Pero el Nono era el único que sabía manejar un colectivo, y no podía dejarlo sin chofer con los compañeros arriba. Tampoco correspondía que el Nono hiciera de chofer. Sólo en forma excepcional el segundo actuaba de chofer. Bueno, esta era la excepción, mierda.

A unas diez cuadras de la fábrica nos encontramos con el Nono. El colectivo estaba en marcha y él me esperaba abajo, en la puerta. Conté lo que había visto, "me huele a trampa", dije y propuse: "levantemos por hoy, lo volvemos a estudiar unos días y, si todo está bien, lo hacemos". "Petiso, todo lo que viste puede ser pero ¿un Fiat con armas?... eso es tu imaginación, dejate de joder, estás viendo fantasmas", dijo el Nono. Ambos, sin mirarnos, guardamos silencio, un minuto, más. Después el Nono me apoyó la mano en el hombro, apretó fuerte y dijo: "lo siento, en el alma lo siento, pero con Sebas previmos que vos levantarás el operativo en el último minuto y decidimos que si lo hacías yo te reemplace". Su tono me dejaba espacio como para que yo cambiara de parecer, como para que dijera "estaba oscuro, podría ser mi imaginación, arriba, vamos, adelante que se hace tarde". Pero me limité a subir en el colectivo y encaré a los compañeros: "hay cambios: el Nono pasa a ser el jefe del operativo, le sigue el Paragua y después yo; si hay tiros antes de entrar en la fábrica, los compañeros ubicados a la izquierda, de Estela para el fondo, concentren el fuego sobre el portón de la fábrica; los que están a la izquierda adelante, concentren el fuego sobre dos autos que van a ver estacionados cerca de la esquina; y los compañeros de la derecha disparen sobre una camioneta y un Fiat que van a ver estacionados adelante, cerca de la esquina; ojo ustedes al tirar que la contención está también adelante, en la otra cuadra pero en la misma dirección... digo, si el Nono está de acuerdo". "De acuerdo; revisen las armas, compañeros: empuñadas y en medio punto", gritó el Nono: sentado frente al volante, puso primera, aceleró y avanzamos hacia nuestro destino. Trágico. Pero no tanto por terrible como por inexorable.

Me ubiqué entre el Nono y la puerta delantera. A través del parabrisas, en el cielo se insinuaba el amanecer. Dentro del colectivo imperaba el silencio. Al punto de que podía escuchar la respiración agitada del Bocón: parado a mi espalda, su cuerpo me rozaba cuando el colectivo daba algún barquinazo.

Delante nuestro, a ciento y pico de metros, el auto a cargo de Ana mantenía con rigor la distancia estipulada. "Paragua ¿viene la contención trasera?", grité sin sacar la vista del frente. "Viene, chamigo, viene, pero lejos", respondió el Paragua y su tono me dio a entender "demasiado lejos". Ya estábamos en la calle de la fábrica: a través del parabrisas la esquina de la fábrica se encontraba en sombras y las luces de la garita seguían apagadas. En la parada del colectivo, apoyada sobre una pared se veía la figura de un policía. Unos treinta

metros antes de llegar a él, el Nono disminuyó la velocidad. "¿Preparado, Petiso?", preguntó el Nono y mientras frenaba frente a la parada agregó "te dije, fantasmas, fan... ¡mierda!". Sobre el mierda del Nono alcancé a ver, de refilón alcancé a ver mientras bajaba del colectivo, una serie de sombras que salían de las esquinas y tomaban posición detrás de los autos estacionados. Y al policía situado frente a mí -a él lo vi, clarísimo, en él concentré mi atención-que extraía su pistola de la cartuchera. "Quieto, no lo hagas", grité, salté hacia adelante y extendí la mano izquierda para apartar su pistola. Pero el policía retrocedió, extendió su brazo derecho con la pistola empuñada, apuntó a la altura de mi cabeza, y disparó. Yo también disparé, varias veces y, mientras caía o me echaba al piso, vi al cuerpo del policía salir impulsado hacia atrás, rebotar contra la pared y caer a un costado. A partir de ese momento, ya no pude ver las cosas como yo mismo. No pude ni puedo: las veo como imágenes más o menos cortadas de una película, como si yo no fuera yo sino otro tipo, parecido, igualito a mí en realidad, al que todos llaman Petiso y...

...piensa, extendido boca abajo sobre la vereda mientras trata de apuntar con su pistola a un policía al cual no logra ver pero lo sabe tirado a pocos metros, el Petiso piensa que le dieron en la cabeza y está ciego. Atina a frotarse los ojos con la mano izquierda y, gracias diosito, ve. Sangre, sangre se me metió en los ojos, piensa mientras ve al policía, tirado de espaldas apenas a un par de metros delante suyo, levantar un brazo vacilante y disparar en su dirección, una vez, dos veces. El Petiso apunta al bulto y dispara, dos veces consecutivas. El cuerpo del policía se sacude y su brazo cae al piso. Pero no suelta la pistola. Y de inmediato vuelve a levantarla, oscila la pistola, trata de apuntar. Entonces el Petiso centra la mira en la frente del policía, oprime la cola del disparador, y la cabeza del policía cae sobre la vereda, su cuerpo se relaja, se aplasta, de su mano abierta se desliza la pistola. El Petiso se arrastra hasta el cuerpo caído para tomar su pistola. Son tres o cuatro segundos apenas, vitales para subir al colectivo y rajar: es una trampa, hay que rajar, piensa el Petiso, pero los hábitos pueden más, que esto no haya sido para nada, por lo menos una pistola. Con la mano izquierda empuña la pistola del policía y, cuando voltea para dirigirse al colectivo, sólo ve su parte trasera, alejándose, cada vez a mayor velocidad: parado sobre el primer escalón de la puerta delantera, el Bocón lo mira, desorbitados los ojos, la boca abierta, duro como una tabla. "La contención, me levanta la contención", piensa el Petiso al tiempo que intenta protegerse con el cuerpo del policía muerto: las balas que provienen desde la camioneta y la puerta de la fábrica pican a su alrededor. Varias dan en el cuerpo del policía. En algún momento, fugaz, percibe de refilón el rostro del policía y se da cuenta de que es imberbe. Es un mocoso, lo pusieron de cebo por mocoso, cruza por su cabeza el pensamiento y, ¡puta madre!, a toda velocidad pasa el auto de contención frente a sus ojos, ¡puta madre!, estoy solo, perdido. Y no piensa, sabe y siente, siente que fugarse para atrás es constituirse en un blanco móvil. No le queda otra que fugarse hacia adelante, hacia el corazón del enemigo: no lo van a esperar y, en todo caso, morirá matando. Se pone de pie y, mientras dispara las dos pistolas, corre hacia la camioneta detrás de cuya puerta abierta hay un policía de civil que tira a través de la ventanilla. Mientras corre algo golpea su pecho y pierde la pistola que empuñaba en la mano izquierda: la siente rebotar contra sus piernas. Después sabrá que un balazo se incrustó en el Seiko de acero de su muñeca cruzada sobre el pecho, a la altura del corazón, un hematoma dejó constancia: nunca sabrá porqué, casualidad, destino, quién sabe. Después. Ahora patea la puerta de la camioneta: el policía que estaba refugiado detrás de ella es impulsado hacia el interior y cae atravesado sobre el asiento, entre el volante y el respaldo. Es un policía gordo, grandote, cuyas piernas quedan fuera y la puerta del vehículo rebota contra ellas. El Petiso rodea la puerta, apunta al pecho del policía, al instante percibe que su pistola está descargada y la arroja contra la cabeza del tipo. Quien absorbe el golpe y, de abajo hacia arriba, enfoca el cañón de su arma sobre la figura del Petiso. No piensa el Petiso. Transpira adrenalina. Es un cuerpo apenas, en máxima tensión: sólo actúa por reflejos. Es un reflejo su mano izquierda cuando aferra la garganta del policía. Y otro reflejo, la derecha cuando intenta agarrar el cañón del arma que lo apunta. No puede, pero con la palma lo desvía cuando el arma dispara. Y un reflejo su cabeza cuando estrella la frente contra la nariz del policía mientras, con la mano derecha, trata de apropiarse de su arma. Pero a la altura de su mano sólo hay un vacío, un hormigueo que se extiende a lo largo del brazo. Me dio, alcanza a pensar cuando siente que alguien lo agarra por el cuello de su campera y oye a otro alguien gritar "tirale, tirale", y otro "no puedo, si lo atravieso le doy a...". Nunca recordará el Petiso como llamaron al tipo que estaba debajo suyo, el gordo a quién él todavía aferraba del cuello. Y siente que, desde atrás, lo sacan de la camioneta, y con él sacan al policía que lo había herido -al cual ahora abraza con fuerza, es su única oportunidad-quien no cesa de bufar -desesperada la voz, afónica, entrecortada-, no cesa de bufar a sus compañeros: "no tiren, no tiren, me dan a mí, no tiren". Es una confusión total: dos tipos se arraciman sobre el Petiso y el otro policía: tratan de separarlos. Uno de ellos intenta poner una pistola en la cabeza del Petiso, pero el Petiso la esquiva, mueve la cabeza para todos lados, se agacha y suena un disparo. "Me diste, boludo", dice alguien, no el gordo, otro, el que estaba a su espalda e intentaba volarle la cabeza. Es un instante de silencio e inmovilidad.

Que el Petiso aprovecha para soltar al gordo -quien se desparrama en el piso, su respiración es un ronquido entrecortado-y echarse encima del tercer cana, aún atónito después de su disparo. Empuña la pistola con el brazo flexionado, el cañón apunta hacia arriba y el Petiso, con la mano izquierda, trata de quitársela.

Pero es un tipo duro y, en el forcejeo, la pistola cae al suelo. "Te tengo", exclama el cana y agarra al Petiso por los hombros. Es un tipo alto y sus brazos parecen de acero. Pero el Petiso -en este caso su estatura es una ventaja-se agacha e impulsa hacia atrás: el policía se queda con su campera en las manos mientras el Petiso cae de culo sobre la vereda y le hace una zancadilla al cana quien cae de costado. Quién sabe cómo, ambos se han desplazado hacia el medio de la calle, a la altura del lugar donde había quedado el cuerpo del canita muerto. El Petiso, cuya última esperanza radica en hacerse de la pistola que dejó caer el cana durante el forcejeo, no logra verla. Sí ve, como sombras que surgen de una niebla gris, varios hombres armados que, desde la esquina,

avanzan hacia ellos. Que me maten, por la tortura no paso más, que me maten de una vez, piensa el Petiso mientras se incorpora dispuesto a correr, a correr en sentido contrario y dar la espalda a los hombres armados. Blanco móvil. Pero el cana, quien se incorporó al mismo tiempo que él, con unas manos del tamaño de palas y una fuerza imposible de imaginar agarra sus brazos y, más que decir escupe sobre su rostro; agarra sus brazos, saliva su rostro y dice: "rendite, estás muerto, rendite".

Rendite dice en el momento en el cual el Petiso, sobre el medio de la calle y detrás de los hombres armados que atraviesan la niebla, ve avanzar una sombra negra. "Ríndanse, ríndanse ustedes, están rodeados", grita el Petiso apenas un par de segundos antes que, desde alguna de las ventanillas del lado izquierdo del colectivo, el Paragua dispare su metralleta sobre los hombres de la niebla, los oscuros hombres armados que avanzan a través de su niebla. La niebla del Petiso. La niebla que ocupa la mente del Petiso mientras el Nono lo sostiene y pregunta: "¿estás bien, Petiso? Pregunto boludeces, estás como el orto", dice el Nono mientras el aire reverbera con las sirenas policiales. Está mareado el Petiso, muy mareado. Siente el pie izquierdo inutilizado, a duras penas lo puede apoyar. Como en sueños escucha: "se paró el colectivo, no arranca". Como en sueños percibe la figura del Bocón: plantado en medio de la calle apunta de frente y con rictus asesino, a un coche que pasa por casualidad. El coche frena a medio metro del Bocón y el Petiso, como en sueños, piensa: pasó la prueba, pasó el Bocón. Como en sueños, sueña que el Bocón lo carga al hombro y lo sube en el asiento delantero del auto. A su costado, frente al volante, está el Nono. Parte del sueño, piensa y dice: "la campera, Nono, perdí la campera". "Y eso qué carajo importa", dice el Nono y aprieta el acelerador a fondo. "Las llaves, Nono, de la Renoleta, en el forro de la campera, las prendí con un alfiler de gancho". "¿Y eso qué importa, Petiso?: buscamos un cerrajero, hacemos un puente, qué importa, lo que importa es que vos te pongas bien, a la mierda con la Renoleta", dice el Nono, condescendiente, abuelito consuelo, en otra cosa, concentrado en apretar el acelerador para poner distancia de las sirenas que ensordecen. Si ensordecen, no están muy lejos. "Las llaves, Nono, las llaves están numeradas, y en un llavero están", dice el Petiso, pastosa la voz, le cuesta hablar, se marea, cada palabra lo marea, quiere vomitar. "Están numeradas, y en un llavero, y las perdiste: está bien, tranquilo, en dos minutos llegamos a la posta sanitaria, y en unos días te dejan tan hinchado como siempre ¿de acuerdo?"

el Petiso de siempre ¿sí?", dice el Nono, y no continúa porque desde el asiento de atrás el Bocón advierte que la cana se acerca, no un patrullero, ahora son dos, uno de civil. "Dales Paragua", dice el Nono. Y el Paragua estampa el culatín de la metra contra la luneta trasera y dispara un par de ráfagas cortas. "Añá, ahora que lo sigan a añá", dice el Paragua. "Nono, dame bola, el llavero, el llavero es de la concesionaria, hace un mes la compré la Renoleta, me identifican, en dos horas me identifican, que Ana levante la casa, hay medio millón de dólares bajo el sofá ¿entendés, Nono?, el llavero, Ana, la casa ¿entendés?", dice el Petiso, alcanza a decir antes de sumirse en la inconsciencia que lo persigue desde el primer balazo, el del canita imberbe, en la cabeza, imberbe, un mocoso, de cebo, de cebo lo pusieron, qué hijos de puta, piensa el Petiso, lo mandaron al muere, y yo lo maté, piensa pero ya no puede articular las palabras, farfulla. "Quiero un arma", dice luego de farfullar, en voz alta, autoritario, es el jefe qué joder. Pero cuando el Nono saca su pistola y la deja sobre el regazo del Petiso, el Petiso la acaricia con ligereza, esboza una sonrisa, deja caer la cabeza sobre el pecho y pierde el conocimiento.

Capítulo 5 - Lecciones acerca de Perón sobre una cama de hospital...

El viejo Aristóbulo Barrionuevo era médico, sanitarista y traumatólogo.

Como sanitarista fue uno de los alfiles de Ramón Carrillo y mi primer maestro en los menesteres de la Salud Pública. Pero yo lo conocí como traumatólogo: en diciembre del '72 me operó la muñeca destrozada por uno de los balazos policiales que recibí en el operativo de Santa Rosa. En rigurosa clandestinidad, por supuesto. Para hacerlo me registró con otro nombre en un sanatorio, Del Valle, ubicado sobre la avenida Córdoba. En la operación lo ayudó Gianni Villani, médico radiólogo aunque, para el caso, ofició de anestesista. La mujer de Aristóbulo, psicóloga, se improvisó como ayudante de cirugía e instrumentista. Los tres tenían alrededor de sesenta años, algo más tal vez, y no era la primera vez que lo hacían. De hecho, eran veteranos de la Resistencia y Gianni, por su parte, había sido voluntario en la guerra del petróleo entre Bolivia y Paraguay. Del lado paraguayo, no hace falta aclarar. La experiencia guerrera de Gianni, además, me salvó el brazo cuando se gangrenó después de la operación: exhumó unos polvos rojos que había descubierto en el transcurso de la guerra del petróleo, los volcó en abundancia sobre la herida, la vendó y dijo: "en siete días veremos qué pasó, pero en el Paraguay yo con estos curaba infecciones peores que la tuya": a los siete días la herida estaba curada, se veía horrible pero curada. No obstante lo cual quedé con una deformación en la muñeca derecha que aún el día de hoy provoca, en quienes no conocen mi historia, la siguiente pregunta: "¿qué te pasó en la muñeca, tuviste un accidente?"

Estuve internado en el sanatorio durante dos o tres días, y ellos se turnaban para cuidarme. Como yo necesitaba estar lúcido frente a la eventualidad de verme obligado a usar la pistola que ocultaba bajo la almohada, pese al dolor casi insoportable había estipulado que no me doparan.

Tal vez para hacerme más soportable la situación, y también porque los "viejos" de la Resistencia admiraban a los jóvenes montoneros, Gianni y Aristóbulo pasaban sus "turnos" relatándome anécdotas acerca de la guerra, el primer peronismo y la Resistencia. Hoy ya no recuerdo la mayoría de ellas.

Pero algunas me quedaron grabadas.

Por ejemplo, para el viejo Barrionuevo había dos Perón: el de la década del '40 que luchaba por obtener y consolidar el poder, y el de los '50, tan poderoso que se sentía Dios: como tal, se rodeaba de ángeles -esto es: pícaros, boludos y chupamedias-y no se dignaba a ver la realidad. A este Perón ensoberbecido -él, Barrionuevo, tanto o más peronista que cualquiera hacía responsable de la derrota del '55. "Fíjese, Amorín, hasta el día de hoy y después de todas las que pasó, el General se sigue comparando con Dios: si Dios bajara a la tierra...", mal imitaba la voz de Perón el viejo Barrionuevo: "Hasta que la historia no le dio un sopapo, y el sopapo fue tan fuerte que recién se despertó en la cañonera paraguaya, no quiso escucharnos, y entonces ya era tarde". La opinión de Aristóbulo me hizo reflexionar sobre el origen de la archiconocida frase con la que Perón, en aquel tiempo, aleccionaba a la juventud: "la experiencia cuesta mucho y llega tarde". Ahora pienso que debió pergeñarla en la cañonera.

Pero Aristóbulo, sin desmedro de sus opiniones acerca del General, no eludía su responsabilidad como cuadro político y dirigente peronista. Unos cuantos dirigentes, por lo menos en el nivel intermedio, se daban cuenta de lo mal que venía la mano a partir del '53, de cómo el peronismo se aislaba de los sectores políticos y sociales con los cuales se podía llegar a acuerdos de convivencia democrática, de cómo, día a día, el peronismo avanzaba hacia su propia tragedia. Pero, por diferencias personales o políticas, y también por comodidad o por cobardía, no hacían nada para organizarse y llevarle a Perón un planteo sólido acerca de la realidad. Sólo algunos lo hacían, en solitario: eran escuchados con atención, despedidos con una amplia sonrisa por parte del General y, en el mejor de los casos, olvidados apenas cruzaban la puerta de la Casa Rosada. En esos dos o tres días que estuve internado en el Sanatorio del Valle, Aristóbulo me enseñó más acerca del peronismo que todo lo que había aprendido en mis diez años previos de militancia.

Sin embargo, la historia que más recuerdo de las contadas por Aristóbulo, sucedió antes del '45, durante la segunda guerra mundial, cuando Perón era Secretario o Ministro de Guerra. Aristóbulo era oficial de reserva del ejército y su familia, originaria del Sur, estaba emparentada o era muy amiga de la familia de Perón, razón por la cual se conocían y el General -por entonces, Coronel-tenía confianza en Aristóbulo y lo trataba como un tío o un padrino.

Un día, del '43 o del '44, Perón le pidió que se presentara en la Secretaría de Trabajo. Allí lo recibió un teniente coronel -no recuerdo su nombre-quien le planteó que el Coronel lo necesitaba para realizar una delicada misión, una misión que exigía de su parte el más absoluto de los secretos. Se trataba de organizar la adquisición de productos químicos necesarios para la elaboración de medicamentos -entre ellos fósforo proveniente del Brasil-, con la tapadera de montar un laboratorio en Argentina.

Una vez reunidos y embalados los productos en el ficticio laboratorio, debía trasladar los mismos a un pequeño puerto situado en el sur de la provincia de Buenos Aires. Allí serían cargados, de noche y con mucha discreción, en barquitos pesqueros. Una vez en alta mar, la carga sería trasladada a un barco o un submarino alemán. Aristóbulo no conocía el detalle porque su misión finalizaba al zarpar los barquitos.

Para colaborar con Aristóbulo se había seleccionado un grupo de suboficiales de la mayor confianza. Una vez ultimados los detalles del operativo, el teniente coronel dijo: "doctor Barrionuevo, espere aquí un rato que hay una persona que lo quiere saludar". Al rato se abrió la puerta del despacho y apareció Perón: lo abrazó, sin entrar en los detalles del operativo preguntó si para Aristóbulo estaba todo claro y, cuando éste afirmó, le dijo que todavía faltaba algo, lo más importante. "Cuando yo salga va a entrar una persona que se va a quedar a solas con vos. A esa persona la tenés que tener informada día a día de como marcha todo. Y apenas finalice tu misión, lo llamás por teléfono y le respondés todo lo que te pregunte", dijo Perón y se fue. Pocos minutos después ingresó al despacho un hombre de mediana edad, alto, rubio, elegante. Se saludaron, intercambiaron alguna trivialidad y Aristóbulo notó que el hombre hablaba el castellano con un fuerte acento inglés. Y, el número telefónico que le proporcionó para comunicarse con él, correspondía a la embajada de Gran Bretaña. "Para Perón, Inglaterra era una aliada: se complementaba con la Argentina en algunos aspectos y, además, era un imperio en decadencia. Inglaterra no era un peligro para Perón, al contrario. El peligro era Norteamérica, y Alemania le importaba tres carajos", dijo Aristóbulo y me dio la mayor lección acerca del pensamiento peronista. Y sus paradojas, incomprensibles para quien no haya vivido el peronismo desde adentro.

Pero de mis paradojas, con Aristóbulo, nunca hablamos. Me cuidó como un padre. En ese momento: mal herido y buscado por la policía en todo el país.

Me cuidó en el '74 cuando, luego de irme de la Organización, estuve acosado por derecha y por izquierda. Y, por fin, contribuyó a salvar mi vida cuando la policía federal dio conmigo en abril del '76. Pero jamás se le ocurrió preguntarme por qué era montonero. Esa pregunta, así, textual, me la hicieron pocos días después de que Aristóbulo me diera de alta.

Capítulo 6 - ¿Por qué sos montonero?

Cuando Cayetano De Lella me preguntó ¿por qué sos montonero?, hacía un par de meses que todos los policías del país portaban una foto mía en la mano y yo veía policías por todos lados: vamos, estaba muerto de miedo.

Paranoia, fue el diagnóstico institucional. Esto es, la conducción montonera decidió que yo me había vuelto paranoico. Probablemente si yo no hubiera sido un socio fundador de la Organización, jefe de la unidad de combate de zona norte, primer suplente y potencial miembro de la conducción nacional, el diagnóstico habría sido más peyorativo. Y, por supuesto, más cercano a la realidad. Pero no fue así y, en lugar de darme vacaciones hasta que se me pasara la diarrea, me mandaron a psicoanalizar con Cayetano De Lella. Quien, luego de los preliminares de rigor, me preguntó por qué me hice guerrillero.

No esperaba la pregunta, y ni siquiera cuando me la hizo el Negro medité una respuesta. Era porque era y estaba porque estaba. ¿Dónde podía estar un tipo con dos dedos de frente y un poco más de dignidad que cobardía en aquellos tiempos? Para mí, ser montonero era lo normal, lo natural. Era una pregunta que no me hacía. Por lo tanto, no ameritaba respuesta. Pero el consultorio de Cayetano era otro contexto y, de última, el tratamiento, demolido como me sentía, un acto de militancia: él preguntaba, yo respondía. Así que, luego de varios "estes", de golpe, espontáneo, sin pensarlo, me salió: "porque no soportaba a mi padre".

No soportaba -dije frente a Cayetano a fines del '72 e imbuido tal vez por cierta regresión que con frecuencia acompaña a la irracionalidad del miedo-su solemnidad, su autoritarismo, su mundo limitado al ámbito académico en el cual se desenvolvía, su acatamiento a las convenciones sociales, su rechazo a lo diferente. No soportaba vivir en el mundo que él representaba y, para no vivir en ese mundo, tenía que cambiarlo. Era un mundo de títeres que se movían, espasmódicos, de acuerdo a los caprichos de un titiritero cruel y omnisciente.

Sentía que la generación de mi padre era una generación de títeres, más o menos conscientes de que lo eran. De hecho, mi padre, nacionalista y forjista en su juventud, me inculcó los criterios de honestidad y de justicia, y en su vida personal fue y es un hombre honesto. Pero, en lo político y lo social, al igual que la mayor parte de los hombres y mujeres bien intencionados de su generación, no hacía nada para cambiar algo más allá de la fina retórica del radicalismo balbinista. Para mí, la generación que representaba mi padre era una generación resignada, títeres. Y yo no quería ser un títere. ¿El titiritero, entonces? No era imprescindible. Se puede romper el teatro y acabar con la antinomia -como hoy intenta mi hija que comparte luchas y esperanzas piqueteras en uno de los grupos del MTD-. Pero para hacerlo hay que disputar el poder con el titiritero. Y cuando se trata del poder... ¿no fueron como títeres manejados por una conducción equivocada pero omnisciente los últimos montoneros? ⁸ ¿No me verá mi hija como un títere de los dos mil -un poco cascarrabias, viejo y consciente de la injusticia-, un títere que limita su práctica a desgranar recuerdos sobre el teclado de una computadora?

Lo cierto es que el rechazo que sentía por el mundo de mi padre contribuyó a detonar mi rebeldía adolescente la cual, acompañada por los exabruptos emocionales propios de mi escasa experiencia y de mi mucha inseguridad provocó, a su vez, el rechazo de mi padre hacia el confuso mundo de mis deseos. En todo caso, mi rebeldía era también la de un adolescente que desde su infancia deseaba, soñaba, vivir aventuras como las del Príncipe Valiente, el Corsario Negro, los Tres Mosqueteros, los primeros exploradores del África, Garibaldi y los brigadistas internacionales de la guerra civil española, en particular el héroe de "Por quién doblan las campanas". En ese orden cronológico. Un adolescente que, al adentrarse en la primera juventud, esto es, los últimos años del bachillerato, comenzó a tomar conciencia de un contexto político y social caracterizado por una sucesión de dictaduras militares, por una moral represiva, por la injusticia social -sobre todo por la injusticia social-, y de un mundo en el cual no eran pocos los que luchaban con denuedo y heroísmo contra ella. En mi primer año de la universidad, tomé plena conciencia de que vivía en un país donde muy pocos se beneficiaban del esfuerzo de muchos y de que esos pocos recurrían a cualquier método para mantener su poder.

Tomé conciencia de que vivía en un país donde todos los intentos de cambiar algo a favor de las mayorías eran abortados mediante la violencia. Para este muchacho rebelde que era yo, no fue difícil llegar a la conclusión de que la única forma de lograr justicia era a través de la violencia: a diferencia de muchos otros, a mi no me resultó difícil la decisión de tomar las armas.

Además, para un tipo que a sus cincuenta y ocho años mantiene vivo en su interior al adolescente soñador de aventuras, en aquel tiempo, qué duda cabe, la revolución era una aventura posible. En realidad, la única que valía la pena.

La psicoterapia con Cayetano se limitó a unas pocas sesiones en las que -por lo poco que recuerdo- jugamos con la figura del padre, Perón, Freud y la revolución, descartamos mi paranoia en favor de un sano instinto de supervivencia y editamos en mimeógrafo un periodiquito clandestino destinado a la militancia barrial: "Voz Peronista" se llamó el primer número; el tercero y último se llamó "Voz Montonera". Acerca del motivo, la razón, la causa original que me llevó a ser montonero no sacamos nada en limpio -más allá de lo ideológico y de una incierta sensación, transformada poco tiempo después en la metáfora generacional de que había que tirar a los viejos por la ventana-. Pero, en los setenta, eso carecía de importancia. En todo caso, me resulta útil

⁸ "Con estas manos de enjugar sudores,/ con esas manos de parir ternura,/ con esas manos que envolvieron nuestra primavera/ bordaba la esperanza montonera./ Qué buen vasallo sería/ si buen señor tuviera". "La Montonera", Joan Manuel Serrat.

ahora para esbozar una hipótesis "psicologista" sobre el fenómeno montonero y su vinculación con la ruptura generacional de las representaciones políticas.

Una hipótesis con tanta connotación subjetiva que la hace muy susceptible a críticas de todo tipo. De hecho, coincido con Matilde Ollier en que "no hay identidad política explicable por reduccionismos psicologistas que obvian la cultura y la dinámica política e institucional de las sociedades en las cuales las identidades políticas se forman... Desde el punto de vista psicológico individual, este proceso seguramente puede explicarse en cada sobreviviente de manera diferente".⁹ Al respecto considero que la identidad política -en nuestro caso una identidad revolucionaria que, en términos metodológicos, incluía el uso de la violencia para obtener sus objetivos-se adquiere a partir de una relación dialéctica entre múltiples factores: psicológicos, familiares, culturales, profesionales y políticos, en el entendimiento de que la política, tal vez desde 1810 y hasta los '80, no sólo fue una parte de la vida de la mayoría de los argentinos sino que la constituyó. Dos siglos durante los cuales la política argentina estuvo signada por la antinomia, la confrontación y la violencia. Por la dialéctica, en palabras de Feinmann, entre la sangre derramada y la venganza por la sangre derramada. En este contexto de antinomia y sangre nos educamos los montoneros y, por encima de nuestras vocaciones, de las elecciones que cada uno de nosotros había imaginado o proyectado para su vida privada y / o para su accionar público, asumimos a la política como la razón de nuestra vida -esto era, para nosotros, luchar por un cambio en pos de la justicia y la igualdad-. Y con la política asumimos la violencia que en nuestro país implicaba su práctica.

Al respecto, es importante describir el "clima político" que vivíamos los argentinos para la época de la Revolución Libertadora. Particularmente para quienes transitábamos la infancia. Y más importante que describirlo -una descripción por más adecuada que sea no siempre permite, a un lector ajeno a la experiencia, aprehender el fenómeno que se describe-es lograr que el interlocutor lo sienta, de alguna manera que experimente a nivel emocional lo que el escritor desea transmitir. Para lograrlo, en el marco de este libro, un ensayo histórico, inserté un "cuento", un texto literario basado en hechos y personajes reales pero reconstruido a partir de la imaginación.

Capítulo 7 - Murió por Perón...

En la década del cincuenta, en mi barrio los chicos hacíamos la guerra.

No sé si en todos los barrios. Tal vez no en Palermo Chico o en Villa Devoto, barrios ricos. Los chicos de los barrios ricos durante el día vivían en sus colegios, los fines de semana en sus clubes y, además, no tenían enemigos.

No cerca, ni siquiera en perspectiva. En cambio, en mi barrio -tres o cuatro manzanas ubicadas en las imprecisas fronteras de Villa Crespo, Paternal y Caballito-, donde se alternaban departamentos alquilados y casas chorizo de la clase media con inquilinatos habitados por obreros, los chicos expresábamos las contradicciones de nuestros padres, de nuestras clases. Y hacíamos la guerra.

Pujol, mi calle, era de clase media: departamentos tipo casa, casas de departamentos de dos o tres pisos y choricadas construidas en los años veinte con jardín al frente, pasillo emparrado y un patio al fondo en el que casi nunca faltaba un limonero o una higuera o un ciruelo. Abuelos inmigrantes y su nativa progenie -empleados públicos, tenedores de libros e incipientes profesionales y sus familias-vivían en las casas de Pujol. Recién al llegar a la esquina, límite con la calle Galicia, había un conventillo. Y, a partir de allí, sobre Galicia alternaban talleres de confección, tornerías, un corralón en decadencia -hasta los años cincuenta, en Buenos Aires la leche y los cadáveres, la vida y la muerte, se transportaban en carretas-. Entre unos y otros, además, alternaban los conventillos.

En el conventillo de Pujol casi Galicia vivía Juan Domingo, Juancito, un canillita huérfano de padre -un negrito de padre desconocido, decía mi madre-, alto, flaco, fibroso y rubio que voceaba diarios cerca del centro: la quinta y la sexta de La Razón, por la tarde. Por la mañana cursaba tercer grado en el Andrés Ferreira. Como yo, en 1955 tenía nueve años y en octubre cumpliría los diez. La edad era una de las tres semejanzas, solamente tres, que existían entre nosotros. Ya el día de nuestro nacimiento era, por sí solo, una diferencia insalvable. Juan cumplía el 17 de octubre -¿de allí su nombre?: ¿homenaje, deseo?... ¿cruel predestinación?-, y yo el doce. Diferencia y paradoja: los primeros berridos de Juan, alto y rubio, se sumaron al desafinado orfeón con que los negritos se abrieron una puerta para entrar en la historia. Y yo, retacón y morocho, me instalé en la vida para la misma fecha en que los rubios y altos godos conquistaron América. Es más: mi primer berrido -decía mi madre que, sin disimular su orgullo, contaba mi padre-, proferido en una maternidad del Barrio Norte y según mi padre descomunal, convocó la marcha de la futura Unión Democrática que terminó con Perón en Martín García.

La segunda semejanza es que ambos carecíamos de padre. Pero, según mi madre porque el mío había muerto -de su viudez daba fe el hecho de que viviéramos en la choricada de mis abuelos paternos con la sombra de sus parrales sobre los pasillos, limonero, ciruelo e higuera en el patio del fondo, y hasta un cedrón en el jardín del frente: qué mayor evidencia de legitimidad y aristocracia-. En cambio, Juan, así a secas, no tenía padre. O, lo

⁹ Matilde Ollier, *La creencia y la pasión*, Ariel, 1998.

que es lo mismo, el padre de Juan era desconocido. Vamos, que Juan era un hijo de puta. Esto es: mi madre afirmaba que la madre de Juan era puta. Y la madre de Juan, una rubia opulenta, esplendorosa para los cánones del bajo siglo veinte, también sostenía que mi madre era una puta. De tales y recíprocas afirmaciones fui testigo. Fuimos, Juan y yo. Una mañana veraniega del '54 en la feria que los sábados emergía, súbita y mágica emergía, a lo largo de la calle Luis Viale, a una cuadra de Galicia y Pujol.

No recuerdo a Juancito antes del '54. Lo recuerdo a partir de la feria de Luis Viale y del corso de la avenida San Martín. Ambos se sucedieron con pocas horas de intervalo: la feria de día, el corso de noche. A la feria fui de la mano de mi vieja: chiquita, morena, esbelta, elegante. Su aparente discreción albergaba tanta insolencia como la descomedida belleza de la madre de Juan.

Lindas y sin hombre, no tenían por qué saberlo, competían. De mala manera disputaron un lugar en una cola o, tal vez, la sonrisa de un marchante. Puta y mal cogida trallaron el aire y la feria -más allá de la triste, odiosa e impotente mirada que desviamos Juan y yo, cada uno aferrado a la mano de su madre se hizo una fiesta. Una fiesta vecinal como el corso de la avenida San Martín por cuyos meandros murgueros esa noche me dejé arrastrar y, de repente, me perdí. Detrás de una máscara que me suponía pirata o bandolero o alguien así de valiente, me desorientó el confuso remolino de la multitud y me puse a gimotear. Hasta que una careta de diablo, una mano que emergía de un diabólico pedazo de sábana teñido de rojo, me guió, sin amabilidad pero sin violencia, hasta la esquina de Pujol y Galicia. En la puerta de su conventillo, Juancito se sacó la careta. A su lado, su hermana, más chica y tan rubia como él, esbozaba una tímida sonrisa, de ratita. Juan no. Fijó su mirada azul en mis ojos oscuros y la mantuvo hasta que la vergüenza bajó los míos. Se había impuesto en la controversia de nuestro pudor herido. Ni siquiera imaginaba que ese pequeño acto, reivindicativo o solidario desde el lugar en el cual se mire, era una escaramuza, una mínima batalla de la guerra que iba a terminar con su vida.

Nuestra tercera semejanza, la última, era que por la mañana asistíamos a la misma escuela. Pero él a tercer grado, donde era el más grande, en todo sentido: edad, estatura y fuerza. Y yo a cuarto donde, en sentido inverso, era el más chico. Por la tarde, más o menos a la misma hora, tomábamos el tranvía 99. Pero él seguía viaje hasta el centro y yo me bajaba antes, cerca de la facultad de medicina, para practicar natación y boxeo en el club de Obras Sanitarias e incursionar en su biblioteca donde descubrí al mejor novelista del mundo: Salgari. Inspirador de tácticas y estrategias que en las pueriles guerrillas urbanas del '55, cuando en el país y en mi barrio se declaró la guerra, me resultaron catastróficas. También descubrí un libro con fotos de aviones: cazas y bombarderos de la segunda guerra mundial, y ello fue catastrófico para Juan.

A veces, al atardecer y a la vuelta, Juancito de su trabajo y yo de mi club, coincidíamos en el tranvía. En ocasiones hasta coincidimos en el mismo pasamanos, y en el abarrotamiento vespertino era inevitable que nos rozáramos. Pero nos hacíamos los boludos: mirábamos al frente, a través de las ventanillas nuestros ojos insistían en el archiconocido paisaje cotidiano.

Corrientes, Gallardo, San Martín: casi una hora sin mirarnos, ni siquiera en el reflejo de las ventanillas. Por el rabo del ojo, debajo de uno de sus brazos yo percibía una Razón impecable y un paquete de papel blanco con manchas de grasa que contenía facturas o milanesas o empanadas fritas o pizza o un cacho de asado al asador o alguna otra exquisitez que yo no acertaba a imaginar. Y él, a su vez, no podía dejar de percibir bajo mi brazo, algún libro rapiñado en la biblioteca de Obras Sanitarias y un bolsito cuyo contenido, algunas mugrosas y húmedas prendas deportivas, le resultaba un misterio. Era noche cuando bajábamos en la misma parada: Tres Arroyos y San Martín, pero uno por la puerta de adelante y otro por la puerta de atrás. A través de más de media cuadra y como al pasar, antes de entrar en nuestras casas, cruzábamos una mirada. No era una mirada de odio. Supongo que ambos nos sentíamos pares y en la mirada, solitaria y distante, nos medíamos. Con respeto. En parte por los misterios y las distancias compartidas: en el barrio no había otros chicos que hubieran llegado tan lejos. Y los dos que llegamos no conocíamos muy bien las actividades de cada uno en su distancia. Era como un respeto entre capitanes enemigos. Porque, además, estaba la guerra.

No tengo un certero recuerdo de cuándo ni cómo se organizaron los ejércitos y se declaró la guerra. Supongo que nuestro rencor, el de los pibes de Pujol, venía de antes y se originaba en el temor de nuestros padres a la supuesta amenaza que significaban los negros. Un temor que se transmitía a nosotros, los chicos, en la explícita prohibición de salir a la calle sin permiso, incursionar por otras cuadras o hablar con desconocidos, esto es, gente con pinta de pobre. Y que en nosotros, a medida que crecíamos, se alimentaba con la evidente libertad que tenían los negritos para hacer lo que nos estaba prohibido. Se alimentaba con la envidia.

Envidia que eclosionó una tórrida media tarde durante las vacaciones del '55. Los pibes de Pujol estábamos agobiados por el calor, prisioneros en los cien metros de nuestra cuadra y sin nada que inventar hasta las seis de la tarde -hora en que Tarzán cabalgaba a Tantor por radio Splendid-cuando dos chicos, dos negritos, aparecieron por la esquina de Galicia. Agachados sobre el cordón de la vereda y con autitos de plomo rellenos de masilla, corrían una carrera. Durante uno o dos minutos, mientras avanzaban a lo largo de Pujol, tal vez sin darse cuenta de nuestra presencia o, en todo caso, desentendidos de la misma, el tiempo estuvo como suspendido. No me di cuenta de la primera piedra hasta que Bocha -el más grande de nosotros: tenía once, casi doce, pero aparentaba más-gritó "le di, le di", y uno de los autitos salió disparado por el aire. El pibe de Galicia se enderezó de golpe, miró al Bocha, apenas un instante, dio un par de pasos, levantó el autito volcado, clavó la mirada en el Bocha, sin levantar la voz dijo "más pelotudo que grandote" y le tiró el autito por la cabeza. Falló, pero de inmediato sobre los pibes de Galicia llovieron las piedras. Ellos se ocultaron detrás de un árbol e intentaron devolver el fuego.

Pero abrumados por la superioridad numérica y escasos de municiones, retrocedieron y se refugiaron en el conventillo de Juancito. De donde salieron al rato con la cabeza gacha y bajo la protección de una señora vieja y

gorda quien, luego de mirarnos con desprecio, abrazó a los pibes por los hombros y dio vuelta la esquina. Apenas nos mostraron la espalda, el Bocha gritó: "los negros no pasan por nuestra cuadra". Y yo también grité. Grité "muera Perón".

Las represalias no se hicieron esperar. Dos días más tarde, después de la hora de Tarzán, cuatro de Galicia lo agarraron al Bocha en la puerta de la lechería. La lechería, en la esquina de Tres Arroyos y Espinoza, a una cuadra de cada una de las calles en conflicto, era territorio neutral. Pero en las guerras civiles se pierden los códigos, y el Bocha terminó vapuleado. En realidad, no le pegaron: apenas unas puteadas para asustarlo, y unos empujones para tirarlo al piso. Pero, una vez en el piso, lo escupieron y le volcaron encima un tacho de basura. No fue lo peor. Como tampoco lo fue la paliza que le propinó la madre por perder el vuelto, romper las botellas de leche y volver hecho una calamidad. Lo peor fue que esa noche se puso a llorar: a la hora en que nuestros padres se reunían en torno a la radio para escuchar a los Pérez García y frente a los chicos reunidos en el zaguán de su casa para escuchar su historia, al Bocha el llanto no lo dejó terminar. Y yo aproveché esa circunstancial impotencia para desplazar su liderazgo sobre la bandita de Pujol: vehemente desplegué mis salgarianos aprendizajes de tácticas guerrilleras y verbas vengadoras, sin resistencia ni aprobación me nombré capitán, y transformé a la bandita en un ejército. Como, después de la primera emboscada de carnaval, Juancito se vio obligado a hacer con los pibes de Galicia.

Para las emboscadas establecimos un patrón: ataque sorpresa e inmediata retirada a las cuales, si el enemigo nos perseguía, agregábamos el atrincheramiento fortificado y la contraofensiva feroz. Para el atrincheramiento contábamos con un fortín. El fortín era una obra en construcción que se levantaba al lado de mi casa y en cuya entrada había un montículo de cascajo, inestimable para brindarnos protección y municiones a granel. El enemigo se vería frenado por una súbita lluvia de piedras y emprendería la fuga. Momento en el cual nuestro ejército procedería a usar sus hondas para una contraofensiva a la distancia que debería culminar con una feroz persecución hasta la frontera: la esquina de Galicia y Pujol. Dueños de la esquina, la batalla estaba ganada, victoria total.

Decidimos que la primera emboscada sería el viernes de carnaval, durante el desfile del corso, en la avenida San Martín a media cuadra de su intersección con Pujol. Los chicos de Galicia estaban obligados a pasar por allí. Habían organizado una murga y, en los últimos tiempos, todos los días ensayaban en el corralón semi abandonado de la calle Galicia. Durante sus ensayos no podíamos verlos, pero sí escucharlos: De Galicia la primera / esta murga de corralón / aquí está presente / y marcha altanera / porque lleva al frente / un bombo de Perón. Bumbumbum-burumbumbom, infatigable, atronador acompañaba al estribillo un bombo que -según Tato, uno casi tan grandote como el Bocha e igual de prepotente-les había regalado Perón.

Recién los vimos el jueves de carnaval cuando, encabezados por el bombo salieron del corralón, avanzaron por Galicia, dieron vuelta en la esquina y por el medio de Pujol rumbearon hacia la avenida San Martín para sumarse al corso.

La murga no era numerosa: apenas diez o doce, todos pibes y era elemental.

Aparte del bombo tamaño infantil a cargo de Juan -una belleza con los platillos y las campanitas-, y de un triángulo dorado que hacía tintinear su hermana, la murguita era elemental. Los pibes tenían las caras maquilladas con lápiz labial y se uniformaban con camisas adultas y astrosas teñidas de rojo y fileteadas al tum tum en amarillo -en el piletón del conventillo, aseguró mi madre quien, durante el último invierno me había obligado a usar un pulóver viejo teñido de negro en el piletón del patio de mi casa-. Detrás de la murga, festejándola con matracas y unas pocas serpentinas, avanzaban unos cuantos vecinos de Galicia. Y después, no por seguirlos sino porque era la hora del corso, marcharon los vecinos de Pujol.

Los pibes nos quedamos, un rato, sin saber muy bien qué hacer. En algún momento el Bocha dijo: "colorado y amarillo, ni de Boca ni de River, estos no son de nadie, che". "Son negros, son peronistas, ¿de quién van a ser?", dijo Tato. "Son de Galicia, y por Pujol no tenían que pasar", dije yo. Y decidimos la primera emboscada.

Yo no odiaba a los de Galicia. Desde la pelea entre nuestras madres y la humillación que experimenté cuando me ayudó, un año atrás, sentía un poco de rabia por Juan. Contra los de Galicia, lo único que tenía, y tal vez en aquella época no fuera poco, es que eran peronistas. Yo, en cambio, era antiperonista.

Quizás porque carecía de Dios y en algo tenía que creer: mi madre, mi club y un padre comunista de cuya muerte no se hablaba aunque, a veces, mi madre, sin precisar, con deliberada vaguedad, la atribuía a los sicarios de Perón. Pero para mí, en ese tiempo de mi vida, era más intenso y palpable el rencor que sentía por algunos chicos de Pujol. El Bocha, al amparo de su tamaño, me fajó dos veces. Una de ellas me hizo sangrar. Tato lo intentó después. Pero, cuando me tenía de espaldas sobre la vereda, se engolosinó y, con el afán de escupirme en la boca, me acercó tanto la cara que yo casi le arranqué la nariz de un mordiscón. El Bocha, su mejor amigo, al tiempo quiso vengarlo. Pero mi tío Luis, después de las primeras palizas, me instruyó en el arte de la pendencia callejera y, cuando vi venir la provocación de Bocha, sin avisar le aplasté la nariz de una trompada, le hice una zancadilla y, cuando lo tuve en el piso, le apreté los huevos hasta que pidió perdón. El mordisco y la apretada de huevos me hicieron fama de sucio, loco, traicionero y conmigo no se metieron más. Sin embargo, a mí me quedó el rencor. Y la guerra con Galicia para mí fue, en primer lugar, al principio, una revancha con Pujol: la noche de la lechería, el Bocha se achicó, la bandita estaba sumida en la impotencia y yo me moría por ser jefe, por emular al Corsario Negro, fantaseaba con emboscadas.

Dedicamos el viernes a preparar la emboscada. Por la mañana nos agenciamos de anilina negra, la diluimos con agua y llenamos no menos de cien bombitas. Por la tarde definimos el puesto de cada soldado en el fortín y sus alrededores: algunos detrás del montículo de cascajo, otros sobre una montaña de arena y los restantes atrás de los árboles que, a metros del fortín, flanqueaban las veredas. Al lado de cada puesto pusimos un montoncito de piedras especialmente seleccionadas. Poco antes de que comenzara el corso, cargamos las bombitas de

agua negra en tachos y nos apostamos detrás del kiosco de diarios, a media cuadra de Pujol y San Martín. La murguita de Galicia abría el desfile: "y marcha altanera porque lleva al frente" ... Estaban perdidos.

Diez bombitas simultáneas tiñeron de negro a Juancito y el bombo. Preparen, apunten, fuego. Yo no miraba donde caían las bombitas; es más, no tiré ninguna. Me limité a arengar a mi tropa, apunten, fuego, hasta que no quedó ni una bombita. Recién entonces miré y me di cuenta de que las bombitas habían caído no sólo sobre la murga sino también sobre los que estaban a su alrededor. Al grito de viva Pujol, muera Galicia, muera Perón, ordené la retirada y nos reagrupamos en Pujol y San Martín. Allí gritamos: viva Pujol, muera Perón. Y corrimos a refugiarnos en el fortín. Perseguidos por la murga de Galicia, sus parientes y una horda de vecinos indignados y enfurecidos. Nos refugiamos en el fortín. Y a ciegas tiramos una lluvia de piedras. Al pedo. Fuera de nuestro alcance, a treinta metros, dispersos a lo ancho de la bocacalle, sólo estaban los murgueros de Galicia. Al frente Juan, el bombo caído a su lado, los platillos descuajeringados sobre los adoquines, el triángulo perdido quién sabe dónde. De lejos nos miraban: flacos, mojados y oscuros. Silenciosos. Detrás de ellos, sobre la avenida San Martín, seguía el corso. Y ellos, eran como una piltrafa del carnaval.

La hermanita de Juan, el pelo rubio apelmazado por la humedad y manchado de negro, se abrió paso a través de la murga y rastreó entre los adoquines hasta encontrar el triángulo y su baqueta. Lustró el triángulo con su falda, se lo mostró a la murga primero, a nosotros después, lo hizo tintinear y caminó hacia el fortín.

El Bocha, a mi espalda, gritó "avanza el enemigo, apunten, fuego". Pero sus palabras se quebraron como aquellas botellas de leche sobre la vereda el día de su humillación. Las quebró el tintineo del triángulo. Además, no quedaba nadie para hacer fuego: cuando la hermana de Juan pasó frente al fortín, el ejército de Pujol había desaparecido. Ni el Bocha estaba. Sólo yo. Y la fantasmal murga de Galicia: tomándose su tiempo rearmaron el bombo con sus platillos, se alinearon de uno en fondo y sobre los adoquines desiguales de Pujol avanzaron hacia Galicia. Juancito y el bombo cerraban la marcha. En silencio. Desfilaron, solemnes, frente al fortín. Pero cuando Juancito llegó al lugar donde yo estaba, sin mirarme de frente me relojeó y dijo: "compañeros, comenzar", le dió al parche, bumburumbum, y la murga, cadenciosa, afinada por primera vez, lenta y fantasmal, cantó: De Galicia la primera / esta murga de corralón / aquí dice presente / y marcha altanera / porque lleva al frente / un bombo de Perón. Burumbumbumbombombom. Y yo, en mi corsaria soledad, en mi soledad de capitán desairado por su tropa, aprecié su paso y su poesía. La murguita de Galicia, ese viernes de carnaval, se había transformado en un ejército que volvía. Lastimado pero entero: en esa sutileza del sentimiento, del orgullo que poseen quienes hacen lo que saben y saben lo que son, los vencidos nos habían ganado. Cuando faltaba poco para que llegaran a la esquina, con la certeza de que los chicos de Pujol nos observaban escondidos y para resguardar mi autoimpuesta capitanía, advertí: "por Pujol no pueden pasar, no pueden pasar". Juan había llegado a la puerta de su casa.

Otro chico se hizo cargo del bombo y lo entró al conventillo. La hermanita rubia tintineaba el triángulo y fijaba en mí una mirada desvaída, enigmática, mientras el ejército murguero, cual letanía, batía su estribillo al borde de la esquina. "Por Pujol los peronistas no pueden pasar", insistí. La murga se dispersó por Galicia, entraron el bombo al conventillo, la hermanita de Juan se puso el triángulo como una corona en la cabeza y Juancito, por primera vez me miró de frente y dijo: "se la buscaron, la van a ligar". Se dio vuelta y cuando estaba a punto de entrar en el conventillo, como si se hubiera olvidado de algo, algo que, en todo caso, no era muy importante pero tampoco intrascendente, volvió a mirarme y agregó: "viva Perón".

El sábado Pujol festejó la supuesta victoria sobre Galicia. Ninguno se acordó de que me dejaron solo ni de que Galicia para volver a su territorio atravesó Pujol de punta a punta mientras ellos observaban escondidos. Para nuestra bandita la batalla había terminado con los chicos de Galicia al borde del llanto y tan aterrorizados que no se animaron a cruzar los veinte metros que los separaban del fortín. Si no concretamos la contraofensiva feroz fue porque esos negros maricones usaron a sus hermanitas como escudo; entonces, Bocha decidió dar por terminada la batalla. "Los de Galicia tenían tanto miedo que vieron que nos fuimos y rajaron a esconderse en el conventillo de la esquina", dijo Bocha. El triunfalismo de Bocha, apoyado por Tato y su hermano mayor -ya iba a la secundaria y se acercó para felicitarnos por la victoria-, amenazaba mi endeble capitanía. Y reaccioné de la única forma que se me ocurrió: contradiciéndolo. Dije que los de Galicia no pusieron a las nenas como escudo, era sólo una, y no rajaron a esconderse, se fueron caminando y yo lo vi porque me quedé a defender el fortín. No me di cuenta de que contradecir al Bocha era poner en evidencia al resto. Y cuando Tato argumentó que yo me quedé porque estaba paralizado de miedo, porque estaba cagado encima, tan cagado desde el principio que no tiré ni una bombita, nadie lo contradijo y Bocha, de inmediato, propuso repetir la emboscada esa misma noche.

Me opuse. Yáñez, Sandokán y el Corsario Negro coincidían en que los ataques salen bien sólo cuando se hacen por sorpresa. Y esta vez, aunque no tuvieran la más remota idea de quien era Salgari, los pibes de Galicia no iban a ser tomados por sorpresa. Pero apenas lo dije, Tato, inapelable, confirmó mi cobardía. Lo empujé y amagué con trompearlo, pero los pibes se interpusieron y dejamos las cosas como estaban: él se salvó de un mordiscón y yo salvé mi orgullo. Tal vez, también me salvé de una paliza. De todas formas no participé de la emboscada.

A la hora de la merienda, mi tío Luis -troskista, veterano de la guerra civil española y militante de Palabra Obrera, se diferenciaba de Perón pero creía que sólo el pueblo peronista podía hacer la Revolución-se sentó frente a mí y me preguntó: "¿que pasó anoche?". Si mi respuesta se hubiera limitado a decir "una pelea con los chicos de Galicia", yo habría participado de la emboscada y, tal vez, Juancito hubiera esquivado su trágico destino. Pero era mi tío, veterano de guerra, teniente de las brigadas internacionales, y no pude evitar jactarme.

Describí la emboscada con pelos y señales, mi valentía al quedarme solo mientras los de Galicia pasaban frente a mí y mi advertencia final: los peronistas no pueden pasar. "¿Y por qué los peronistas no pueden pasar por Pujol?", preguntó mi tío. Vacilé. Si hubiera dicho la verdad, al menos una pueril aproximación a lo que mi madre consideraba casi una verdad: los peronistas mataron a mi padre. Pero su muerte era algo que yo negaba: nadie me hablaba de ella ni yo quería saber. Si hubiera dicho: la madre de Juan, esa puta del conventillo de la esquina, le gritó mal cogida a la mía, y los del conventillo son peronistas. Si hubiera dicho: los peronistas son la sombra oscura que acecha, son el cuco. Si hubiera dicho algo de todo eso, yo habría participado de la segunda emboscada y la guerra para nosotros, los pibes, esa noche hubiera terminado. Con la victoria definitiva de Galicia, pero hubiera terminado. Y Juan, tal vez, el 17 de octubre de 1955 hubiese festejado su décimo cumpleaños.

Pero carecía de pensamientos claros, de palabras. Y vacilé. Y guardé silencio hasta que mi tío insistió: "¿por qué los peronistas no pueden pasar por Pujol?".

Y yo, apremiado, sin pensamientos ni palabras, recurrí a la metáfora: "porque son negros", dije. Y un sopapo - no cualquier sopapo, el sopapo de un auténtico soldado-me estampó contra el piso de la cocina. Lo cual no me salvó de una furiosa filípica de la que entendí poco y nada, ni de la subsiguiente penitencia.

"Para ti se acabó el carnaval, y el lunes a esta hora y sobre esta mesa, quiero una autocrítica de dos páginas", a pesar de ser porteño por nacimiento y vocación, cuando lo ganaba el enojo se le iba el voseo y el acento se le agallegaba: resabios de la guerra civil. Después me tomó del brazo, me sentó en la silla frente a la mesa y con un trapo limpió el café con leche derramado.

La cara me dolía pero no sentía el orgullo herido: no lastima el sopapo de un soldado cuando uno sospecha que fue merecido. "Tío, ¿qué es una autocrítica?", pregunté. "Que por escrito me explicas que carajos te hicieron los negros a ti para que tu, imberbe cabroncete, los odies", dijo mi tío, sirvió dos cafés y se sentó frente a mí. Los bebimos en silencio. Mientras bebíamos, yo masticaba la vergüenza que iba experimentar el domingo frente a los chicos del barrio. De cagón, por lo menos de cagón, no me bajaba nadie. "Tío, si no voy esta noche, los pibes van a pensar que me cagué, me van a tomar por cobarde", dije. Mi tío terminó su café, se levantó y antes de darme la espalda para marcharse, dijo: "es preferible que los imbéciles te tomen por cobarde a que tu te comportes como un imbécil".

Pero el que esa noche se sentía un imbécil era yo. Tentado por la desobediencia, fui al jardín y estuve a punto de abrir la puerta de calle y mandarme a mudar. Pero no era lo mismo desobedecer a mi madre -a los maestros, a cualquiera, y yo desobedecía no sólo con frecuencia sino con el mayor de los deleites-que a mi capitán. Teniente. Para el caso daba igual: mi tío era un teniente de verdad. De lejos me llegaban los sonidos del corso y yo, desasosegado, tanto como para hacer algo, para descargar de alguna manera mi desasosiego, agarré la honda y, contra blancos imaginarios, tiré piedrita por piedrita hasta que se me acabaron las piedritas. Fui al cuarto de mi tío -el único de la familia que no estaba en el corso, aparte de mi abuela, pero mi abuela no contaba-y le pedí permiso para salir a buscar piedritas en la obra de construcción lindera. Ya no era el fortín, la obra apenas. "Andá, pero cinco minutos, y cuando volvés me avisás". En el montículo de cascajo seleccioné las mejores piedritas y cargué hasta el tope mi bolsa de municiones. A punto de volver a casa, escuché un burunbumbum proveniente de Galicia y vi a la murguita dar vuelta la esquina. Como el día anterior, la encabezaba el bombo y la flanqueaban los vecinos. Pero me pareció que había algo diferente, algo que no cerraba. Volví a casa, "ya volví tío" avisé desde el jardín y me encaramé sobre el muro que lo separaba de la vereda: más o menos oculto por las ramas del cedrón, vi pasar a la murguita. Avanzaban despacio, cantaban desganados, casi ni agitaban las matracas. Eran más pero no muy diferentes que la noche anterior, cuando volvieron después de la emboscada. El mismo sigilo, el mismo alerta, la misma solemnidad. La obscuridad, la misma obscuridad. Y me di cuenta: el viernes atravesaron Pujol a la luz del atardecer, antes de que el corso hubiera comenzado. Cuando la murguita y los vecinos que la escoltaban terminaron de pasar frente a mi casa, cuatro pibes se quedaron rezagados y se apostaron en los alrededores de la obra en construcción que, virtudes de la venganza, otra vez era fortín. Los emboscados de Galicia, ignorantes de mi presencia y a no más de diez metros de donde yo estaba, me daban la espalda. Decía Yáñez: la sorpresa se vuelve en contra cuando no es sorpresa.

Los detalles de la sorpresa sorprendida, de la fracasada añagaza, los supe después. Pero sospeché de su fracaso a partir del momento en que los de Galicia se escondieron en el fortín. Y lo confirmé cuando, desde mi puesto sobre el muro, vi volver a los chicos de Pujol: corrían desesperados y en desorden, con Bocha a la cabeza y perseguidos por los chicos de Galicia pertrechados con hondas y palos. Su única esperanza era el fortín. Pero cuando apenas les faltaban veinte metros, al grito de viva Galicia los emboscados abandonaron sus escondites y dispararon unos hondazos. Los de Pujol, alelados, se frenaron en seco: un grupito arracimado en medio de la calle, patético, tembloroso. Juan, al frente de Galicia, alzó el brazo y detuvo a su banda. Durante unos segundos los actores se congelaron sobre el escenario, y Juan, desde su lugar, gritó: "ríndanse, están vencidos, levanten los brazos". No más de quince segundos, suficientes como para que mis tres primeros hondazos acertaran en los emboscados. Grité: "ríndase Galicia, están rodeados", y seguí disparando, al bulto, mientras imperaba el desconcierto en todas las filas. Los enemigos emboscados, sin ubicar de donde salían los disparos, se desbandaron hacia Galicia, el camino quedó despejado, los soldados de Pujol huyeron hacia delante y -menos Bocha y Tato que pasaron de largo-se refugiaron en el fortín desde donde abrieron fuego sobre los soldados de Galicia: al descubierto y desplegados sobre la bocacalle de Tres Arroyos y Pujol, algunos se echaron cuerpo a tierra y otros se dispersaron para ocultarse detrás de los árboles. E iniciaron la contraofensiva: apuntaban con sus hondas, disparaban, avanzaban un par de metros y volvían a ocultarse.

Además, los emboscados originales habían vuelto y protegidos por los árboles situados detrás del fortín, nos acosaban por la espalda. "Fuego a granel", exhorté desde mi puesto a horcajadas sobre el muro del jardín. Pero la posición de mi tropa era pésima: el enemigo avanzaba paso a paso y la disminuida tropa de Pujol estaba rodeada: el montículo de cascajo y arena ya no nos daba protección. Salté del muro, abrí la puerta de casa y, atropellándose, los chicos de Pujol entraron al jardín. Proveniente de la calle, nos llegó el júbilo de Galicia, los gritos de victoria, el bombo, burumbumbum borombombom, y el estribillo, esta murga de corralón, de Galicia la primera que, en minutos, se difuminó rumbo al curso de la avenida San Martín. La batalla había terminado: los chicos de Pujol, alicaídos y desparramados en el jardín, la habíamos perdido. Pero no éramos un ejército derrotado por completo ni mucho menos: la guerra podía continuar y yo había recuperado el liderazgo, salud mi capitán.

La Nena Tiziano -ceceaba, tocaba el piano, no ocultaba su gusto por las muñecas ni le disgustaba que le dijeran Nena pero tenía una trompada fenomenal-fue el primero en hablar: "loz negroz noz rompieron el upite, una catáztrofe". "Y vos, Nena, ¿qué tenés contra los negros?, ¿por qué negros nena?, los peronistas de Galicia son", le guiñé un ojo y aclaré en favor de la convivencia con mi tío quien a mis espaldas, sentado en el umbral que separaba la casa del jardín, alternaba pitadas de cigarro con sorbitos de ginebra sin perderse una palabra. "Zon loz peroniztaz de Galizia que noz rompieron el upite, una catáztrofe", enmendó Tiziano. "Pudo ser una catástrofe pero al final fue una retirada", dije y todos los pibes se destaparon de golpe.

"Podríamos haber ganado, si los cagones de Tato y el Bocha no se rajaban, nosotros ganábamos", dijo Panqui. Panqui por panqueque, flaquito, estrecho, como aplastado, el más chico de la banda. "El Negro Raúl también ze ezcapó, pero igual no ganábamo", lo contradijo Tiziano. "Empatábamos, si Tato, Bocha y el Negro se quedaban a pelear, empatábamos", dijo el Gordo Hardy y pasó su brazo sobre el hombro de Panqui: andaban en yunta y eran la viva imagen, estilo infantil, del Gordo y el Flaco. Sin pausa se sucedieron las diatribas contra los fugados -eran los tres más grandes y todos habíamos recibido algún maltrato de su parte-e incrementaron su virulencia hasta que el Bizco Miriola estalló: "por culpa de esos tres traidores los de Galicia nos van a tener de hijos durante un año".

Pendiente de mi tío -seguía a mis espaldas sentado en el umbral y el aroma de su toscano apestaba el jardín-, pedí silencio y dije: "el Bocha y los otros dos se portaron como cobardes pero no son traidores, son desertores y hay que hacerles una autocrítica". "Una crítica", interrumpió mi tío: "la auto la tenés que hacer vos para mí y el lunes me la tenés que dar", agregó. "¿Qué ez una crítica?", preguntó Tiziano. Los pibes me miraron y yo, luego de balbucear algo acerca de que los de Galicia no eran negros, me di vuelta y dije: "tío ¿mejor porqué no les explicás vos?". El tío se acercó a nosotros, se puso en cuclillas y nos dijo que críticas era lo que habíamos hecho hasta ese momento y, a partir de ahora, teníamos que ser un poco más hombrecitos y decirles de frente al Bocha y los otros lo que pensábamos de ellos. "Noz van a cagar a piñaz", dijo Tiziano. "Nos dejan los faroles en compota, si les decimos nos dejan", Miriola se tapó con la mano el ojo derecho y clavó en mi tío el ojo torcido. "Usted no sabe lo que son esos, son grandes don Luis", resopló Hardy.

Mi tío se puso de pie y se encogió de hombros. "Si tienen miedo de enfrentarse con sus propios compañeros ¿cómo van a hacer para enfrentar a los de Galicia? los van a tener de hijos nomás", dijo desde arriba, le guiñó un ojo a Miriola, tiró el pucho del toscano y entró en la casa. "Ven, lo que les dije, los de Galicia nos van a tener de hijos, un año, más", se quejó Miriola. "Qué hijos ni hijos, Miriola, si estamos uno a uno, la primera vez ganamos nosotros", mentí. Tenía tanto miedo como ellos, pero si mi ejército se daba por vencido yo dejaba de ser capitán y el Corsario Negro se me escapaba de la vida, volvía a los libros y yo, con él, volvía al ingrato mundo de las fantasías. Entonces mentí.

Traje las fantasías a la vida: planifiqué futuras batallas, hostigamientos, avances, retiradas, capturas de prisioneros y rescates. La guerra era larga, era para siempre, era nuestra razón de ser. "Todos para uno y uno para todos", nos juramentamos, en círculo y con el brazo derecho extendido, como si fueran las espadas de los tres mosqueteros pero sin tocarnos: en el círculo éramos ocho y el largo de los brazos no daba. "Zomoz ocho", dijo Tiziano. "Ocho de acero", exclamó Panqui y palmeó la espalda de Hardy que confirmó "de acero, de acero". "Dije que zomoz ocho, nada maz que ocho y loz maz chicoz", aclaró Tiziano y propuso sumar a los desertores, hablar con ellos. "Si les decís cobardes te van a dejar un ojo en compota", dijo Miriola e inició un debate del cual yo me abstuve: compartía el criterio de Tiziano pero para mí la prioridad pasaba por seguir siendo el capitán. De todos modos, la crítica no hizo falta Las tardes de los domingos había función de cine en la iglesia del barrio.

Imperdibles para los chicos porque, aparte de algunos dibujos animados, pasaban los capítulos de Flash Gordon. Decidimos hablar con los desertores después de la función, sin llamarlos cobardes ni pedir explicaciones acerca de su fuga: eran los más grandes, aún más que cualquier pibe de Galicia. Pero, cuando después de la función nos acercamos a los desertores, ni siquiera aceptaron escucharnos: nos miraron de arriba, pasaron de largo, no nos dieron bola. Y, en esos días, desaparecieron de Pujol. No a causa de las alternativas bélicas recientes, razón que esgrimió -criticó-puertas adentro nuestro ejército.

Nada que ver. Simplemente habían crecido: pelos dispersos y mayor o menor cantidad de granos comenzaban a adornar sus rostros, asistían al último grado de primaria o estaban a punto de iniciar el bachillerato, albergaban nuevas inquietudes y, para ellos, así, de un día para otro, nosotros éramos unos pendejos. Nos miraban desde arriba, como siempre, pero ya no era una cuestión de estatura. Y se sumaron a una barra numerosa de chicos más grandes, donde ellos eran los más chicos. Durante algún tiempo los habrán maltratado como, en su momento, ellos nos maltrataron a nosotros. Así es la vida: crecer tiene un precio que también nosotros, los pibes de Pujol, tendríamos que pagar. Pero, para nosotros, todavía no había llegado el

momento. El momento, para nosotros, era el fin del verano. Y nuestro limitado mundo se extendía, lineal, a lo largo de Pujol, entre Galicia y Tres Arroyos.

Como su cuadra lo era para los pibes de Galicia -negritos, pobres y peronistas con quienes compartíamos la edad. Y, en mayor o menor medida, una guerra que suponíamos interminable. Pero a la cual considerábamos un juego sin darnos cuenta -no teníamos cómo hacerlo-de que, en realidad, nuestro juego era apenas una metáfora de la guerra real que se daba entre las sombras y a nuestro alrededor. Una guerra que tres o cuatro meses después inundaría de sangre las alcantarillas históricas. Sangre roja, como la que corría por nuestras venas, las venas de los chicos de Pujol. Pero que no sería nuestra sangre.

Sería la sangre de Galicia. Sangre de pobres. Sangre de negros.

En todo caso, ello nos era ajeno y durante las pocas semanas que mediaron entre el fin del verano y el comienzo del otoño de 1955, en nuestro juego, en nuestra guerra, se sucedieron las escaramuzas. Hasta lograr una especie de empate permanente. Un equilibrio estratégico, definía mi tío Luis: "Ni ustedes pueden conquistar su territorio ni ellos el de ustedes; ingleses y franceses se la pasaron así durante cien años, no hay en ello ninguna novedad ni creo que ustedes duren tanto", le sobraba ironía al tío, se divertía a mares con nosotros. El equilibrio consistía en que los chicos de Pujol jamás caminábamos por Galicia ni los galicianos caminaban por Pujol. Y sólo se rompía cuando la casualidad nos encontraba en la lechería, territorio sobre el cual ninguno de los guerreros de ambos ejércitos se atrevía a incursionar en soledad. Entonces, cuando nos encontrábamos, todo dependía de la correlación de fuerzas: si ellos eran más, corríamos nosotros. Y viceversa. Empatados en número, podía pasar cualquier cosa, desde miradas feroces hasta peleas violentas que, con nuestro implícito beneplácito, se encargaba de interrumpir el lechero. Una situación al principio divertida pero que se transformó en una gran incomodidad con el pasar de los días. De hecho, nuestras madres, de una u otra calle, a diario nos mandaban a comprar la leche. Incomodidad que se transformó en un verdadero problema cuando empezaron las clases.

En el Andrés Ferreira, galicianos y pujolianos compartíamos grados y recreos. Lo cual no habría sido tan importante si toda la escuela no hubiera estado al tanto de nuestra guerra: disputar de todas y cualquier manera era una obligación para conservar nuestro prestigio. Recriminaciones y penitencias se multiplicaron hasta el día fatal en que, uno de aquellos tranvías vespertinos que nos devolvía a casa -a mí del club y a Juan del trabajo-desocupó al mismo tiempo los dos lugares del asiento a cuya vera, codo a codo y apretujados por la gente, estábamos Juan y yo.

Nos miramos. Juan hizo un gesto para que me sentara primero. Yo no quise ser menos. Y Juan, sin dudar, se sentó primero. "Me gusta la ventanilla", dijo. "A mí también", dije. "Entonces ¿por qué no pasaste primero?", preguntó.

Pensé, por orgullo, pero eso no lo podía decir. Así que dije: "hace mucho que te debo un favor, desde el carnaval, no el último, el otro". Me clavó los ojos, fruncido el ceño, la boca apretada, unos segundos nomás. Después se rió, una risa corta. "Del otro, del otro carnaval digo, me debés las gracias. Pero del último me debés disculpas: hiciste llorar a mi hermanita. Y me diste la ventanilla por joder, para agrandarte. Pero no me importa: seguís igual de Petiso", dijo, y sin dejar de mirarme esbozó una sonrisa torcida. Aparté la vista y nos quedamos en silencio. Un par de minutos. Nunca lo había pensado, había pensado de todo pero eso, eso de haber hecho llorar a una niñita, a una niñita pobre, eso nunca lo había pensado. Algo me apretó las tripas y tuve que tragar en seco para desocupar la garganta. "Nunca quise, nunca pensé, quiero decir, lo de tu hermanita, a mí me gusta tu hermanita...", balbuceé, y quería seguir, dar explicaciones, confusas, yo estaba confuso, por todo, por el asiento compartido, por las gracias que no había dado, por la hermanita tan rubia y linda, fantaseaba con ella desde aquella noche del triángulo perdido, quería decirle, quién sabe que carajo quería decirle cuando Juan estalló en una carcajada y dijo: "cuñado, me gusta eso, vamos a ser cuñados vos y yo, Petiso, mi vieja dice que sos buen pibe, como tu tío el gallego dice que sos, a mi vieja le gusta tu tío, es media loca mi vieja, eso del gallego, loca del todo, vos cuñado y tu tío mi viejo", la risa le agitaba el cuerpo flaco y me encajó una trompada en el hombro. Le devolví la trompada y me reí con él: "ché cuñado, si mi tío es tu viejo yo soy tu primo y tu vieja es mi tía, uy qué quilombo, por mi vieja digo", dije y él dijo "tu vieja está tan loca como la mía, si somos parientes se van a cagar a piñas". Y frente a la mirada crítica de los pasajeros del tranvía no paramos de cagarnos de risa hasta que nos bajamos en Tres Arroyos y San Martín.

Pero esta vez no rumbeamos para nuestras casas. Nos fuimos para el café del barrio, en Beláustegui y San Martín donde mi tío a esa hora, más o menos las ocho de la noche, le daba a la ginebra mientras discutía por horas con los pibes de la Fede de Villa Crespo para convencerlos de que el internacionalismo comunista empezaba con la revolución nacional. El tío Luis -especuladores y brillantes los ojos andaluces, quién sabe si por las ginebras largas o por la expectativa de vernos juntos-nos hizo un lugar en su mesa y nos invitó a un café con "gotas". El primero de nuestras vidas: dijo que era un símbolo, una ceremonia, un rito, que representábamos el futuro de la revolución, la alianza de clases entre la pequeña burguesía y el proletariado.

Hablaba, en realidad, para su limitado público de jóvenes comunistas. Sin desmedro de que también hablaba la ginebra. Para el caso, Juan y yo no entendimos un carajo. Pero esa noche firmamos el armisticio, acordamos encontrarnos para viajar juntos todas las noches y nos hicimos amigos. "¿Te das cuenta, cuñado?: si no hubiéramos sido enemigos, hoy no seríamos amigos", dijo Juan cuando nos despedimos en la puerta de mi casa, minutos antes del sopapo que me encajó mi vieja por llegar tan tarde. Dijo Juan, "amigos", sin saber que nuestra amistad había firmado su sentencia.

Al día siguiente, a la salida de la escuela, organizamos un partido de fútbol en la placita 24 de septiembre: Pujol contra Galicia. Ganó Galicia, por uno a cero, y decidimos hacer un equipo conjunto con los mejores de cada

equipo. Entre nosotros se había sellado la paz. Pero a nuestro alrededor, en el mundo real, la guerra avanzaba y nosotros no teníamos idea.

Nuestra idea, al menos la de Juan y la mía, era conocernos, ser cada vez más amigos, primos y cuñados, aprender el uno del otro, el futuro era infinito, pleno de posibilidades. "En el futuro yo quiero ser escritor, como Dumas, como Salgari", una noche de mayo le dije a Juan en el tranvía y le presté "El príncipe valiente" de Foster porque a Juan, según él me había confesado, no le gustaba mucho leer. Como "El príncipe valiente" traía cualquier cantidad de ilustraciones en blanco y negro, sugerentes, subyugantes, mágicas, abiertas a la imaginación, supuse que Juan se iba a entusiasmar, le iba a despertar las ganas por los libros. No sé si se le despertaron las ganas por los libros -y nunca lo supe: el tiempo había pasado demasiado rápido y ya no hubo tiempo-pero se fascinó con las ilustraciones y los caballeros de la Mesa Redonda. "Vos y yo, con los pibes tenemos que armar una mesa redonda y ser como los caballeros, con palos de escoba fabricamos lanzas y salimos por el barrio a pelear, a defender a los débiles", dijo cuando me devolvió el libro. Y luego de esbozar su sonrisa torcida agregó: "de juego, digo, ahora que somos pibes... de grande quiero otra cosa", dijo y escondió la mirada y la cara se le tiñó de rojo. "¿De grande que querés, Juancito?", pregunté y pensé que por fin lo había agarrado en algo: a Juan, aunque a veces hablaba hasta por los codos, no le gustaba contar sus intimidades, había en él una especie de pudor, pienso ahora, como si sus ambiciones profundas le dieran vergüenza. "Y yo qué sé, ahora soy canilla, vendo diarios pero, pero...", vaciló Juan y clavó la mirada en el techo del tranvía. "Dale, che, decime, yo soy tu amigo, no seas tarado, ¿pero qué? ¿de grande que querés ser?", reafirmé la insistencia con un puñetazo en su hombro. Juan se tomó unos segundos, me miró desde arriba, volvió a apartar la mirada y en un susurro, casi sin abrir la boca, resopló: "Uf... de grande quiero ser aviador, pero jurame que no se lo vas a decir a nadie". "Tenés mi palabra, te lo juro", dije, y nos quedamos callados el par de minutos que faltaban para bajar del tranvía.

Cuando esa misma noche, después de cenar, le conté a mi tío "¿sabés tío?, Juancito quiere ser aviador", el tío bajo sus bigotes de morsa abrió de a poco la boca en una amplia sonrisa, cruzó las manos en un breve aplauso, levantó el puño y exclamó "viva la República". Y después bajó el tono lo suficiente como para que no lo escucharan ni mi madre ni mis tías -estaba harto de sus críticas por las supuestas relaciones que mantenía con esa puta de la esquina, y no quería echar leña al fuego-y agregó: "si los hijos del proletariado hubieran podido ser aviadores, los alemanes de mierda jamás nos hubieran ganado esa puta guerra civil; pero a Juan le va a resultar difícil, no por tonto, que Juan de tonto no tiene un pelo, sino por pobre, va a tener que vencer muchos obstáculos así que vos, Pepito, animalo todo lo que puedas". Las palabras de mi capitán eran órdenes. Así que puse a trabajar la cabeza y recordé el libro sobre aviones de la segunda guerra que juntaba polvo en las estanterías de la biblioteca del club. "Tío, ¿qué te parece?, en la biblioteca del club hay un libro de aviones y yo lo puedo sacar durante una semana y prestárselo a Juancito...", pero el tío interrumpió la propuesta con un enfático "¡jamás!". Luego acercó su boca a mi oreja y dijo: "un libro que tiene tales propósitos jamás se presta: se regala, Pepito, se regala; así que afanátelo que quien roba por la Revolución no es ladrón".

Dos días después, la historia, esta historia, cual una metáfora tardía del '45 y un símbolo profético de los tiempos por venir, completó el círculo de su fatalidad. Y lo hizo a la hora del primer recreo en el patio del Andrés Ferreira y en el preciso instante en el cual yo dije "Juan, tengo un regalo para vos". Y Juan abrió el cielo de sus ojos al vuelo alucinado de los aviones de guerra.

Ese año, el '55, el invierno, en todo sentido, se adelantó al calendario y nos cayó encima con una ferocidad nunca vista. Mi vieja intentaba abrigarme con dos o tres camisas tan gastadas como las de Juan a las cuales ocultaba, suponía ella con elegancia, bajo el pulóver de cuello alto reiteradas veces teñido de negro en la pileta del patio. Para su fortuna, de mí lo único que crecía era la capacidad de transgredir y el pulóver, aunque ya justón y acortado, todavía era útil. Juancito, cada vez más flaco y estirado, con sus pantalones cortos se asemejaba a un huevo en patas. Al amanecer, el agua servida se congelaba a la vera del cordón de la vereda. Y las pocas hojas que quedaban en los árboles, se partían entre nuestros dedos con un crujido casi imperceptible. En esos días, había que estar un poco mal de la cabeza para hacerse la rabona. De la cabeza. Como estaba Juan desde que le regalé el libro. No sólo no paraba de hablar acerca de los aviones, los motores a reacción y la barrera del sonido sino que, rabona mediante, me arrastraba a lo largo de cuarenta o cincuenta cuadras hasta el aeroparque. Mirábamos aterrizar o despegar a los aviones y nos colábamos en los talleres y cobertizos para verlos de cerca. Libro en mano, Juan hacía comparaciones aunque se quejaba de que allí no había aviones de guerra: "para ver aviones de guerra tenemos que ir al Palomar, allí están los Gloster, no tenés idea qué avionazos que son, parecen tiburones".

Pero Palomar, a nuestra edad, estaba muy lejos. Había que tomar un colectivo y después el tren. ¿Y quién tenía guita para eso? Así que Juan iba a ahorrar hasta el último centavo, aunque tuviera que laburar el doble, y además la secundaria la iba a hacer en el industrial "porque para ser aviador hay que entender de fierros ¿cachás, Petiso?", y después del industrial a la Escuela de Aviación. Porque él iba a entrar en la Escuela de Aviación, cueste lo que cueste como decía Evita y aunque se lo tuviera que pedir al General: "si me regaló el bombo cómo no me va a hacer entrar en la Aviación que es mucho más importante".

Ay, Juan, Juancito: si no hubiéramos hecho la guerra, nunca habríamos sido amigos y el libro de los aviones aún hoy sumaría polvo en la biblioteca de Obras. Y Juan no me hubiera dado con ese libro en la cabeza cuando subí al tranvía la noche del quince de junio como una forma de preanunciarme, alborozado, que se habían resuelto todos nuestros problemas. El dieciséis, al mediodía, sobre la Plaza de Mayo iban a desfilar todos, pero todos, los aviones de guerra. Qué oportunidad. Única. Imposible de perder. Imposible de perder.

Garuaba. La mañana del dieciséis estaba gris y, de a ratos, garuaba.

Cuando llegamos a Plaza de Mayo, a Juancito lo ganó la tristeza. "Si esto sigue así no vamos a ver un carajo", dijo, la voz bajita, acongojada. Estábamos a un costado de la Plaza, cerca de la Catedral y de un grupo de gente reunida, también, para ver el desfile. "¿Y si nos volvemos, che?", propuse, no tanto por el estado del tiempo y la probable imposibilidad de ver los aviones como por el consabido sopapo materno que, inevitable, ligaría por no llegar a la hora del almuerzo. "No, no, esperemos un cachito", dijo Juan y en ese momento, a lo lejos, se escuchó un ruido de aviones. "Ya vienen, ya vienen", gritó Juan y me arrastró al medio de la Plaza, cerca de la Pirámide: "desde aquí los vamos a ver mejor", alcanzó a decir cuando a nuestro frente, donde estaba la Casa Rosada, se levantó una columna de humo negro al tiempo que se escuchaba una explosión que nos dejó ensordecidos. Y un instante después otra explosión, más cerca, a un costado: sobre nosotros cayó una lluvia de piedras, y nos envolvió el humo y el polvo. "¡Están tirando bombas, hijos de puta, bombardean!", gritó Juan. La memoria no me da para saber qué pasó en esos primeros minutos. Humo, polvo, cascotes, gritos, confusión, y yo quieto, rígido, paralizado no sé si por el miedo o por el estupor. "¡Rajemos de acá, rajemos de acá, Pepito, al subte, corré al subte!", urgió Juan y se largó a correr hacia la boca del subte que estaba a unos diez o veinte metros de distancia. Pero en ese momento yo estaba inmovilizado por la visión de un brazo sangrante que había caído a mis pies: la sangre me había salpicado los zapatos y las piernas.

Y cuando reaccioné, el humo, el polvo o tal vez mi propio mareo, me hicieron perder de vista a Juan y al subte: allí me quedé, dando vueltas alrededor de mí mismo hasta que apareció Juan y, como aquella noche -cuánto y cuánto había pasado-del carnaval, me agarró de la mano. Y me guió hasta la boca del subte y me empujó hacia abajo. Caí rodando por las escaleras. Un instante después, Juan cayó encima mío. Cuando sentí su peso sobre mi cuerpo, lo abracé y dije "nos salvamos, Juan, nos salvamos" y durante un rato me quedé así, aferrado a él. Un rato largo, no sé cuánto, pero mucho: ya no se oían bombas aunque sí disparos sueltos y el tableteo de ametralladoras. No sé cuánto tiempo. Incluso creo que en algún momento me dormí, o soñé que me dormí. Y desperté, o soñé que desperté cuando escuché las voces: "aquí hay dos pibes, están heridos, hay que trasladarlos, vengan a darme una mano". Alguien me separó de Juan y otro me ayudó a levantarme. "Yo estoy bien, estoy bien, no estoy herido", dije mientras un hombre me tomaba por las axilas y me ayudaba a subir las escaleras del subte. "Este pibe parece que está bien", dijo el hombre que me ayudó a subir. "Este no", dijo otro tipo: "puta madre, este pibe está muerto", dijo el tipo. Y vi a mi costado, a un par de metros de distancia, a Juan, tendido de espaldas sobre el piso, los brazos en cruz y los ojos abiertos. "No es Juan, no es Juan", grité: "Juan tiene los ojos azules". Sentí que un hombre se arrodillaba frente a mí, y vi el rostro de mi tío: los bigotes de morsa le cubrían la boca, la furia y el dolor hablaban en su mirada. "¿Qué haces tu aquí, Pepito?", preguntó, o no preguntó, simplemente dijo lo primero que se le ocurrió para que notara su presencia. "Tío", dije, "no es Juancito, Juancito tiene los ojos azules".

Mi tío se puso de pie, enfundó una pistola en su cintura, me alzó en brazos, la punta del cañón del fusil que llevaba en bandolera me rozó la cara. "Es Juan, Pepito: al momento de la muerte los ojos se nos ponen negros". Me bajó al piso, me tomó de la mano y nos arrodillamos junto al cuerpo de Juancito: sus ojos ciegos buscarían en aquel cielo gris los aviones de guerra que ya jamás se dejarían ver. "Dale un beso, decile adiós", dijo el tío y con un gesto suave de su mano, un movimiento casi imperceptible de sus dedos, bajó los párpados de Juan: "aviador proletario, vete a surcar los otros cielos que aquí en la tierra nosotros te vengaremos". Las lágrimas dejaron un reguero sobre el rostro de mi tío, se deslizaron a lo largo de sus bigotes morsa y en gotas cayeron al suelo.

Yo no podía llorar, tampoco podía hablar: una mano invisible me aferraba la garganta, y aparté la mirada del cuerpo de Juan. En ese momento desde el cielo otra vez se escuchó un ruido de motores: alguien exclamó "a tierra, a tierra, vuelven los aviones".

No logro recordar lo que pasó después. Apenas las palabras con las que me despidió mi tío: "seguí esta calle derecho, siempre derecho, y te vas a encontrar con Parque Centenario; de ahí ya sabés como llegar a casa, y no le digas a nadie que Juancito ha muerto: no quiero que se entere su madre, se lo diré yo, a mi manera", dijo el tío y yo comencé a caminar por esa calle -supongo que era Sarmiento-casi como un autómatas, la mente en blanco aunque a veces, muy de a veces, se deslizaban pensamientos: "qué será de su hermanita, va a llorar, y otra vez soy el culpable, si no le hubiera regalado el libro". También recuerdo que, de vez en cuando, algún camión avanzaba hacia Plaza de Mayo: en su caja se amontonaban hombres que enarbolaban palos y banderas y gritaban "la vida por Perón, la vida por Perón".

El precoz anochecer de junio me sorprendió -a lo largo de mi caminata ni siquiera había notado que oscurecía-frente a mi casa. La puerta del jardín estaba entreabierta. Y la casa en silencio. Sólo percibí un hilo de luz bajo la puerta del cuarto de mi abuela: las veladoras -siempre encendidas y frente a las cuales mi abuela invocaba a sus ancestros y oraba por su alma-dejaban un vacilante hilo de luz bajo la puerta. Excepto mi abuela, y ella no contaba, la casa estaba vacía. "Me estarán buscando", pensé. Y salí a la calle. Pujol estaba vacía, oscura y vacía: nadie me buscaba y yo estaba solo, nunca me había sentido tan solo, ni tan pequeño y abandonado. ¿Mamá, dónde estás mamá? Quería estar con ella, refugiarme entre sus brazos y largarme a llorar y llorar... y comencé a llorar, sollozos primero hasta que de a poco salió un llanto feroz, incontenible, apenas podía respirar.

"Josecito, Josecito ¿qué te pasa, Josecito? ¿por qué llorás así?". Era la voz de mi madre, y sus brazos que me apretaban contra su cuerpo mientras preguntaba "¿qué pasa, mi bebé, qué pasa?". "Murió Juan, mamá, murió Juan" alcancé a decir con la voz entrecortada por el llanto. "¿Quién murió?", preguntó 18 mi madre. "Juan, mamá, Juan murió?". "No, Josecito, que va a morir ese hijo de puta: recién salió por la televisión, acabo de verlo en lo de Marta, ese hijo de puta de Perón no se muere nunca", dijo mi madre. "No mamá, no Perón,

Juancito murió, en la Plaza de Mayo murió Juancito, el tío Luis lo vio" dije y mi madre, no sin cierto esfuerzo, me apartó de su cuerpo. "¿Qué Juancito decís? ¿el de la esquina? ¿ese murió?". "Si, Juancito murió", dije y quise contarle pero ella, incrédula, no me dejó continuar e insistió: "¿Me estás diciendo que se murió el negrito de la esquina?". Tragué saliva, sentí que en mi interior la furia desplazaba a la pena, y ya sin llorar la miré con odio: "lo mataron, a Juancito en la Plaza lo mataron, y no era negrito Juan, era peronista", dije, me di vuelta y entré en la casa. Mientras atravesaba el jardín, de atrás me llegó la voz de mi madre, apenas un comentario, la indiferencia signaba su voz: "qué cosa, che, quién iba a imaginárselo, murió el hijo de la yira". No tengo palabras para describir lo que en ese instante me pasó: fue como un mazazo en medio de la espalda, un mar de sangre que invadió mi cabeza y, de repente, estalló: "¡Yira serás vos!... y Juan, y Juan, carajo ¡Juan murió por Perón!".

Capítulo 8 - Mu-Mu, Meinvielle y la manzana del mal...

Antes de ser montonero, desde ya, adquirí una vocación política.

Vocación que no nació de un repollo: se construyó de a poco. La semilla fue plantada en los primeros años de la escuela primaria. Y su primera expresión activa ocurrió en 1958, durante la confrontación estudiantil de "Laica y Libre.

Algunos cuadros montoneros de mayor edad, aquellos que hoy están alrededor de los sesenta años, durante los episodios de laica y libre estuvieron en bandos enfrentados. No son pocos los montoneros que reconocen como su origen político al humanismo, al nacionalismo católico o, para la época en cuestión, asistían a colegios privados. En consecuencia, se alinearon a favor de la enseñanza libre. Otros, por el contrario, asistían a colegios públicos o adherían a organizaciones de izquierda o, como en mi caso, asistían a colegios privados pero apoyaban la enseñanza laica. Un caso destacable por lo excepcional es el de Alejandro Peyrou, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Peronistas. Me acaba de llamar por teléfono y aproveché para preguntar: "Che, Gordo, ¿qué hacías vos cuando Laica y Libre?". "Apoyaba la Laica pero también iba a las manifestaciones de Libre", respondió. "Tan pendejo y ya eras demente", dije. "Más cuerdo que nunca", aclaró: "tenía doce años y estudiaba en el Nacional Buenos Aires; en consecuencia apoyaba la enseñanza Laica; pero también iba a las manifestaciones de Libre porque las minitas de los colegios de monjas estaban de puta madre. Eso sí, a la hora de tirar piedras, estaba en las de Laica". En todo caso, nuestra adhesión -la de Peyrou y la mía-a la enseñanza Laica era mucho más emocional que política.

Por nuestra edad era muy difícil que entendiéramos la complejidad de las cuestiones políticas que se jugaron en esa lucha.

En mi adhesión a la enseñanza laica incidieron, creo, dos factores. Uno: mi padre era ateo, docente de la Universidad de Buenos Aires, acérrimo defensor de la Reforma Universitaria y de la enseñanza estatal -si me envió a un colegio de curas, el Cardenal Copello de Villa Devoto, se debió a que las escuelas públicas sólo me aceptaban con seis años cumplidos y yo, cuando promediaba los cuatro, ya sabía leer: en los colegios privados, mientras pagases, te aceptaban a cualquier edad-. Dos: pagar la cuota del colegio, aún sumados los sueldos públicos de mis padres, era un problema para nada menor. Sobre todo en el Copello, un colegio de nuevos ricos, beneficiarios de la política económica proteccionista de la última década y peronistas... mientras gobernó Perón. Gorilas de la primera hora el día después. Un poco brutos la mayoría, y dados a la ostentación. Pagaban en tiempo y forma sus cuotas, y todavía más. Eran dueños de inmobiliarias, empresarios de la construcción, industriales, comerciantes acomodados y, entre los padres de los alumnos de mi grado, figuraba un farmacéutico. Cuando supe que uno de los chicos era hijo de un farmacéutico, le dije "tu viejo debe conocer al mío, es farmacéutico y bioquímico, y enseña en la facultad, seguro que lo conoce", dije, sonriente, intentaba un poco de complicidad. "No, no, mi papá sí es farmacéutico", aclaró el otro: "tiene tres farmacias".

Cuando cursaba primero superior, instalaron en el patio de la escuela un kiosco de golosinas. El día en que se inauguró, durante el recreo mis compañeritos se abalanzaron sobre el kiosco y salieron cargados de golosinas, de golosinas caras a las cuales yo casi nunca tenía acceso. Pensé que eran unos abusadores: ¿cómo era posible que se llevaran tantas cosas?. No iba a ser mi caso, yo era un chico bien educado y nunca iba a pedir de más. Me arrimé al kiosco, examiné la oferta, reprimí el deseo de un chocolate "Aero" -la cosa más deliciosa del mundo: se repartía uno entre toda la familia cuando íbamos al cine-y pedí un caramelo "Mu-Mu", masticable, de dulce de leche. El kiosquero me lo entregó, efusivas gracias las mías y, cuando me había dado vuelta para marcharme, el tipo dijo: "eh pibe, son diez centavos". No los tenía, ni tenía idea de que esas cosas se pagaban ni de que los chicos tenían dinero para pagarlas. Me puse rojo, devolví el "Mu-Mu", y nunca más me acerqué al kiosco: aunque a veces tuviera algunas monedas me duraba la vergüenza.

A partir de allí, comencé a percibir que había diferencias con los otros chicos. Los primeros años los otros chicos no las percibían, sólo yo. En segundo grado mi libreta escolar ostentó un promedio de diez, incluso en religión. Para ello tuve que aprender el credo y otras oraciones de memoria a lo cual me había resistido, tenaz aunque inconsciente, durante los dos años previos. Pero con el credo y los puntos y comas del catecismo, a fuerza de ambición afincados en la memoria, me sentía seguro de quedar el primero del curso y obtener la medalla de honor. Por supuesto, como todo petiso que se precie, fanfarroneaba en consonancia.

A mediados de año se incorporó al grado un chico nuevo que apenas si sabía leer. No recuerdo su nombre, llamémosle Pedro -por cascote, se entiende-, y el Hermano Florentino, maestro de segundo, me encargó que, en los ratos libres, lo hiciera practicar lectura, vamos, que le enseñara a leer. A trancas y retrancas, para octubre Pedro se defendía en voz alta con las lecturas del manual. Para octubre, también, se conmemoraba una fiesta escolar -no sé si el cumpleaños del Cardenal Copello o la fundación del Colegio y era costumbre que los padres de los alumnos hicieran un regalo, una donación. El padre de Pedro donó una cancha de paleta para el campo de deportes del Colegio. Mi padre -profesor adjunto de Botánica en la Facultad de Bioquímica-donó un herbario diseñado para introducir en la materia a los chicos de primaria. Yo fui testigo de su dedicación para elaborarlo y de su orgullo cuando lo entregó. También fui testigo de su olvido en un rincón de la Biblioteca y de su desaparición posterior. Por su parte, la cancha de paleta fue el orgullo de los Hermanos de la Instrucción Cristiana: realizaron un acto especial de inauguración donde me hicieron recitar una poesía más larga y difícil que el Credo. Todos contentos y orgullosos, inclusive yo. Hasta que, a fines de noviembre y de un día para otro, la alegría y el orgullo se me fueron a la mismísima mierda: en mi boletín escolar figuraban un cinco en religión y otro en disciplina. No terminé como primero del grado, ni siquiera figuré en el cuadro de honor. Pedro, Pedrito, Piedrita ocupó el lugar. Y se llevó la medalla.

Supongo que aún la guarda, y la luce sobre el corazón cuando juega a la paleta. Lo que es yo, jamás pisé una cancha de paleta hasta muchos, muchos años después.

Es natural ¿no? Tan natural como que mi disciplina, a partir de tercer grado nunca superase los cinco puntos. O como que el espacio de la libreta escolar en el cual se calificaba religión quedara en blanco: durante tercero me aferré a la historia del camello y la aguja para sostener que los ricos no podían ser cristianos, y en cuarto me declaré ateo, en forma pública, ostentosa, agresiva. O como cuando comenzó Laica versus Libre. El primer día de huelga en defensa de Laica... Me recuerdo el primer día de huelga durante mi primer año de secundaria: doce años recientes. Me recuerdo petiso como sigo pero adecuado a mis doce añitos, en Villa Devoto, barrio de nuevos ricos, parado frente a la puerta del colegio, serio, firme como una estaca y cagado hasta las patas: un moño violeta en la solapa del saco azul. Grande el moño, y violeta, bien violeta -el color de la Reforma, dice mi viejo, el color de la libertad-para que nadie dude, para que nadie ignore, para que todos sepan mi filiación. Ya todos los chicos entraron al colegio, y yo estoy allí, frente a la puerta: hago huelga. "Viva la enseñanza laica", grito cuando los chicos salen al mediodía. Mientras un grupete me rodea, me insulta, me escupe, un grandote se me viene encima. No es de primero, y no cursó la primaria en el Copello. Sino jamás lo hubiera intentado. Soy de La Paternal, barrio bravo, peleo sucio, y además practico boxeo en Obras Sanitarias. El grandote termina en el piso, varios se me tiran encima, y ya me hacen mierda cuando me rescata el Hermano Paulino, mi maestro de primero inferior y director del colegio. "Josecito, Josecito ¿qué ha pasado contigo?", se lamenta en la oficina de la dirección. Sé que le duele, durante años fui su preferido. Y a mí también me duele: de todos los curas es el único al cual aprecio. Y lloro. Pero cuando me pide el moño violeta, lo tapo con la mano abierta y me lo aprieto sobre el corazón. Y me mando mudar.

"¿Josecito, qué ha pasado contigo?", cuando Paulino hizo la pregunta, no le di importancia. Pero ahí quedó. Y hoy puedo responder. Un error, Paulino, un error estúpido. Y un poco de ignorancia, y no tan poco de ansiedad, y una tremenda incomunicación. Mi padre está considerado como un gran científico, maestro de maestros pero, al igual que la mayor parte de su generación, de psicología no entendía un pepino. Jamás imaginó que en aquel colegio yo me sintiera un desubicado, un sapo de otro pozo. Pensaba, mi padre, que esperar un año hasta poder ingresar a primer grado era desperdiciar mi inteligencia, era como perder un año de vida. Pensaba, también, que el Copello tenía un mayor nivel de exigencia que la escuela pública, imprescindible para estimular mi inteligencia y capacitarme para aprendizajes más difíciles. Y yo nunca dije lo que me pasaba. En parte porque no lo supe muy bien hasta Laica y Libre, y en aquel caso tampoco lo supe sino que lo sentí. Y en parte porque él era un hombre muy reservado, impermeable a las confidencias. Hace unos años le pregunté: "¿porqué no me mandaste al Nacional Buenos Aires?". "Lo pensé, Josecito, lo pensé", me respondió: "pero supuse que no ibas a querer separarte de tus amigos de la primaria". ¿Amigos?. En el Copello no tenía ni uno. De hecho, sólo recuerdo un nombre: Policastro, anteojos culo de botella, buen pibe, me quería pero yo a veces lo usaba: si no hubiera sido tan rico, habríamos terminado amigos. Del resto no conservo un nombre, apenas vagas imágenes de los que me resultaron más despreciables. Como le dije, Hermano Paulino, lo que pasó conmigo fue un error. Así de simple. Pero, en todo caso, algo me llevé de su colegio: menosprecio por los ricos y noción de la injusticia.

En la construcción de mi ideología, el resto ya no fue difícil. Argumentarán, si algunos ricos leen este libro argumentarán "este tipo se hizo montonero por resentido, los montoneros eran unos resentidos". Como dicen los mexicanos: "pus, sí manitos". Soy un resentido, ¿qué duda cabe? Pero si a esto vamos, vamos al fondo y que tampoco quepan dudas: el resentimiento es una emoción tan válida como cualquiera y, a diferencia de los niños, no nace de un repollo; el resentimiento nace de la injusticia.

Cuando terminó el año de Laica y Libre me echaron del colegio. La excusa fue que había robado una lapicera. Falso. Había robado unas cuantas cosas, pero no esa lapicera. Rescato de mi padre, radical y laico al fin y al cabo, que sin recriminación alguna se limitó a preguntar: "¿a qué colegio te gustaría ir?". Sugirió el Mariano Moreno y el Avellaneda.

Al nuevo colegio, en realidad, no lo elegí yo sino mi fiaca. Para ingresar al Mariano Moreno o al Avellaneda, los secundarios más cercanos a mi casa, tenía que rendir latín, materia que no existía en los colegios católicos.

Galimatías incomprensible el latín, sobre todo para un chico cuyas únicas aspiraciones veraniegas pasaban por ir a bailar y agenciarse una noviecita -lo primero conducía a lo segundo aunque en mi caso resultó infructuoso-, fumar a escondidas pero como un escuerzo y despatarrado sobre un sofá leer todo lo que cayera en sus manos

siempre y cuando fuera ajeno al latín. Fue entonces la pura fiaca que me llevó a recalar en el Claret, un colegio de curas para chicos de la clase media de La Paternal, chicos como yo. Fueron años fáciles, cómodos: las diferencias económicas que con crueldad se encargaban de resaltar mis compañeritos del Copello, no existían en el Claret. En pocas semanas me transformé en uno de los líderes de mi curso -el de los chicos más revoltosos, por supuesto-y dediqué mis mayores esfuerzos adolescentes, al igual que todos los de mi banda, a la frustrante tarea de encontrar alguna minita que me diera bola. "Laica y Libre" me quedó picando: una vaga inquietud, una ausencia, no muy importante pero ausencia al fin y al cabo, e imposible de resolver en el Claret. El ambiente del Claret no nos ofrecía ninguna posibilidad de participación política. Excepto a través de la Acción Católica: vade retro, me daba alergia. Y del nacionalismo.

En cuarto año se me ocurrió gastar a un compañero de otro curso -cuyo nombre no recuerdo-que militaba en la Guardia Restauradora Nacionalista. No por su militancia, me daba igual, ni siquiera sabía de qué se trataba. Lo gasté porque era un católico acérrimo, un chupa cirios insoportable. En la solapa de sus sacos, los de la Guardia Restauradora usaban un escudito que representaba la imagen de un cóndor dorado de aspecto feroz. "Gallinita", comencé por preguntarle qué significaba esa gallinita, si cacareaba mucho y qué tal los huevitos y... la cuestión es que el tipo se hartó y nos agarramos a las trompadas: pelea pareja, era un chupacirios pero sabía pelear. Y, como sucede en estos casos, después de la pelea nos dimos la mano, fuimos a tomar un café, pedimos mutuas disculpas y nos hicimos más o menos amigos.

Allí comenzó mi adoctrinamiento "nacionalista": coincidí con el anti imperialismo y el anti capitalismo, no entendí un pito de la sinarquía, me disgustó lo de Primo de Rivera, consideré al saludo romano como una forma extrema del ridículo y el antisemitismo, en particular el antisemitismo, me pareció una estupidez. Sobre todo porque consideraba que las chicas judías eran más lindas y más piolas que las otras, porque me sentía enamorado de una de ellas -la hija de un rabino de izquierda, polaco, que manejaba un pequeña sinagoga en Beláustegui y Cucha Cucha-y porque, cuando veía el trato y la complicidad que existía entre los chicos y las chicas judíos, me daban ganas de haber nacido judío.

En todo caso, el nacionalismo católico fue la primera propuesta política que me hicieron en mi vida. E iniciamos un romance. Un romance conflictivo como pocos. En los treinta o cuarenta días que duró, asistí a unas pocas reuniones en las que discutí todo, no estuve de acuerdo con nada y corrí el serio riesgo de que me obligaran a ingerir un purgante y me abandonaran en medio de la Plaza de Mayo para que me cagara encima. Del purgante zafé porque prometí conversar mis diferencias con el Padre Meinvielle¹⁰. El Padre vivía en una residencia religiosa sobre la avenida Luis María Campos, cerca del Hospital Militar. Fui hasta allí acompañado por un "camarada" que lucía en la solapa una gallinita plateada, indicativa de una jerarquía superior. Apenas estuvimos frente al Padre Meinvielle, el camarada postró una rodilla en tierra y le besó la mano. Horror. Besar la mano de un hombre: me horroricé, y cuando el cura me miró con la expectativa, supongo, de que yo repitiera el acto del camarada, farfullé una disculpa y salí disparado como alma que se lleva el diablo. No es una metáfora: corrí por Luis María Campos, diez cuadras por lo menos: el camarada resultó puto y el cura bufarrón, mascullaba mientras corría. Yo tenía quince años y del nacionalismo me quedó cierta sensación de asco. Pero la experiencia política me dejó inquieto, saturado de preguntas y sin saber dónde encontrar las respuestas. No era conciente, pero había mordido la manzana del mal.

En lo que hace a las respuestas, encontré algunas, transitorias, fugaces, en la democracia liberal. Traté de ser coherente con ellas, las profundicé hasta sus últimas consecuencias y para quinto año, inevitable, me fasciné con el anarquismo. Y, si bien el peronismo ya estaba cerca de mi vida, a un año de distancia apenas, en ese tiempo no era más que un telón de fondo, un espacio político incomprensible: lo sentía como un sistema de adhesión popular relacionado más con el sentimiento que con la razón, parecido al fútbol, y el fútbol me era indiferente.

¹⁰ El cura Meinvielle fue asesor y guía espiritual del Movimiento Nacionalista Tacuara, rompió con ellos por considerarlos de "izquierda" y promovió la fundación de la Guardia Restauradora Nacionalista. Fue considerado uno de los mayores intelectuales de la ultraderecha a cuyo pensamiento aportó, entre otros, los siguientes conceptos: "... nada hay peor que un revolucionario... el primer revolucionario fue Lucifer, quien en su rebelión sembró el mal donde Dios creó el bien... ¿quiénes son los agentes que el diablo utiliza para la realización de sus maquinaciones?. En la providencia actual el cristianismo tiene un enemigo primero y natural que es el judío". "El comunismo en la revolución anticristiana", Cruz y Fierro Editores, 1982.

Capítulo 9 - ¿Nosotros?: nosotros peronistas...

En 1963, cuando ingresé a la Facultad de Medicina de La Plata conocí -y fuimos íntimos amigos hasta que se me ocurrió enamorarme de su hermana a Miguel Angel Veltri. Un personaje: era pintor, se psicoanalizaba, tenía un ojo de vidrio con el cual lo único que no hacía era jugar a las bolitas y, como no podía ser de otra forma, se consideraba de izquierda. Yo tenía 17 años y había iniciado un romance, teórico, con el anarquismo. A Veltri no le tomó más de una semana convencerme de la inviabilidad política del anarquismo, con muchos y variados argumentos aunque el más importante fue que el anarquismo en la Argentina no existía. Desde ya, si no existía en la Argentina, tampoco lo iba a encontrar en la Facultad de Medicina de La Plata.

En la Facultad había cuatro agrupaciones. De derecha a izquierda: los "chicos bien" nucleados en la Lista Independiente. Los radicales de la Agrupación de Estudiantes Reformistas -mayoritarios, dominaban el Centro de Estudiantes-y todas las expresiones de la izquierda integradas en la Agrupación Reformista de Estudiantes de Medicina. La Federación Juvenil Comunista era el sector cuasi hegemónico de la Agrupación Reformista de Estudiantes de Medicina aunque su secretario general, Salvarredi, pertenecía al Partido Socialista Popular. En AREM, con socialistas y comunistas, convivía un grupo nada despreciable de militantes independientes quienes, liderados por el Paraguayo Fernández y Tito Veitzman, se identificaban con la Nueva Izquierda, en particular con el nacionalismo revolucionario. La cuarta agrupación, consistía en un pequeño grupo trotskista (para la época, se separó de AREM para formar AREMA: la "A" por auténtica) seguidor de Nahuel Moreno. La mayoría de ellos, pocos años después, se incorporó al Ejército Revolucionario del Pueblo.

A los dos o tres meses de cursar el primer año de medicina me integré a AREM con el infinito entusiasmo y la catastrófica ignorancia de los recién iniciados. Las internas de la agrupación me pasaban por encima, no entendía nada, pero pronto me diferencié de los comunistas. No tanto por cuestiones ideológicas -reitero, no entendía nada-como por cuestiones de "piel". Los sentía -y me cuesta encontrar el concepto-demasiado disciplinados, en el sentido de la disciplina escolar, los que se sientan en la primera fila, hacen los deberes y se tragan todo lo que dice el profesor. Digamos, los sentía demasiado boludos. Además estaba el tema de la "paz mundial" -me viene la imagen de afiches del Partido Comunista con una palomita blanca-, un pacifismo extremo derivado de la bajada de línea que, en política internacional, hacía la Unión Soviética. Después de la revolución Cubana y el siempre desenvainado sable de nuestros militares sobre la política argentina, la paz y sus palomitas, para mí, eran dibujitos animados. Pero, las diferencias con la Federación Juvenil Comunista se hicieron irreconciliables cuando se conoció la existencia de la guerrilla de Masetti en Salta. A la cual defendí con fervor aunque, poco después, la reconocí como un error político. Pero no por el método de la lucha armada sino por su aislamiento del peronismo y la oportunidad de su implementación: el recién inaugurado período democrático del Gobierno de Illia. Defendí, entonces y en su momento, la guerrilla de Masetti en cuanto foro se me puso a mano. Entre ellos las asambleas estudiantiles.

En el transcurso de una asamblea -ya cursaba segundo año-mis ojos tropezaron con la mirada de una morocha de primer año, sensacional. El cabello a la garçon, inmensos y negros los ojos, las cejas de Frida, su gesto te cogía: yo hablaba y su gesto me cogía. De ella, supe después, la Federación Juvenil Comunista, "la Fede" para los iniciados, la había infiltrado en la Lista Independiente. No sé cómo se enteraron de su infiltración los de la Lista Independiente, pero yo justo estaba presente -no por casualidad sino que, después del cruce de miradas, la había seguido al terminar la asamblea cuando la agredieron: gritos, puteadas, traidora y, cuando empezaron los empujones, llegó el Corsario Negro, amedrentó al enemigo y rescató a su potencial amada. E iniciamos un romance -loco, arrasador, público y de tiempo completo-que duró, exacto, dos noches y un día. Cuando la fui a buscar a su pensión para pasar la tercera noche juntos, me dijeron que se había ido, que había vuelto a la casa de sus padres. La busqué, ardua e infructuosamente: nadie tenía sus señas. A la semana me llegó una carta en la cual ella -qué barbaridad, no logro recordar su nombre-me contaba su historia: padres comunistas, veteranos en la guerra civil española, hermanos mayores en la Fede y, ella, la menor, ya ni recordaba cuando había empezado a militar, pero la militancia era su vida y yo estaba en contra del Partido, adiós. Nunca más la ví.

Reflexiono, ahora reflexiono: si estaba infiltrada en la Lista Independiente es porque pertenecía al aparato de seguridad de la Fede.

Cuando fue identificada ya no resultaba útil en la Universidad de La Plata y era lógico que se la trasladara. Es probable, reflexiono, que haya abandonado la Fede, como no pocos militantes de su aparato de seguridad, en el '68 o el '69 -cuando la presencia del Che en Bolivia detonó una gran disidencia entre los jóvenes del PC-para ingresar en las FAR. Y, si el destino hubiera mediado, tal vez nuestras vidas se hubieran vuelto a cruzar. Y aquel amor inconcluso... pero nuestras vidas jamás volvieron a cruzarse y, para la época en cuestión, reflexioné que el Partido la había trasladado para apartarla de mi vida: si antes los comunistas sólo me parecían un poco boludos, después me cayeron definitivamente mal.

En 1965, aquellos que dentro de AREM nos definíamos como izquierda heterodoxa o no comunista, nos organizamos como grupo y nos identificamos con el nacionalismo revolucionario. Leímos a Abelardo Ramos, a Arregui, conocimos a John W. Cooke quien viajaba a La Plata para darnos charlas, y en las discusiones, tanto dentro de la agrupación como en las asambleas, promovíamos la violencia como método de lucha y reivindicábamos al peronismo como movimiento revolucionario. Con lo primero no había problemas y, si bien nunca dejamos de ser una notoria minoría, las discusiones eran civilizadas. Pero bastaba mencionar a Perón para que nos abuchearan y nos expulsaran de las asambleas al grito, irónico, de "alpargatas sí, libros no".

La consigna era coreada tanto por la derecha como por la izquierda lo cual contribuyó no poco a que nos identificáramos de una vez por todas, con fervor y furia, como peronistas. En Medicina no sumábamos más de diez o quince compañeros, pero a través de Baca -carismático secretario general del Centro de Estudiantes Peruanos y, cuando retornó al Perú, uno de los principales operadores de Velazco Alvarado¹¹-contábamos con el apoyo, incondicional e inconsciente, de los estudiantes peruanos cuyos votos nos permitieron dar vuelta más de una asamblea y hasta "copar" la dirección de AREM -de la cual fui efímero secretario general, efímero pero con el tiempo suficiente como para enviar telegramas de apoyo a los obreros del azúcar en Tucumán y estampar "Perón Vuelve" al pie de algunos comunicados-. Con el Turco Achem¹² y el Oso Iturrieta ambos de Derecho -además del Paraguayo Fernández y Tito Veitzman entre otros compañeros cuyo nombre no recuerdo aunque durante los '60 nunca fuimos muchos sino todo lo contrario-, nos conectamos con Gonzalo Chávez de la Juventud Peronista de La Plata, creamos la Federación Universitaria de la Revolución Nacional y nos alejamos para siempre tanto de la vieja como de la nueva izquierda. Nosotros, peronistas.

El golpe de estado de Onganía, en 1966, nos confundió un poco y nos inmovilizó bastante. El sector mayoritario del sindicalismo -"columna vertebral" del movimiento alrededor de la cual giraba el peronismo, tanto de derecha como de izquierda, tendencias que apoyaban o eran apoyados por una u otra particularidad político-sindical-brindaba por el nuevo gobierno. Por su parte, el pueblo tenía cierta expectativa generada por el discurso "nacionalista" del nuevo gobierno así como sus críticas a la partidocracia liberal. Frente a lo cual, Perón largó la consigna de "desensillar hasta que aclare". Aclaró pronto y ensillamos a los piques.

Mientras tanto, no recuerdo a nadie de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional que haya estado de acuerdo con Onganía, pero como conjunto y en la práctica, no sabíamos cómo proceder. Inmovilidad que se prolongó a lo largo de 1967, el año de mayor "vacío" revolucionario de los dieciocho que duró la hegemonía en el poder político de la Revolución Libertadora y sus herederos de uno u otro signo.

Pero este vacío era más aparente que real. La realidad que subyacía por debajo de la "tranquilidad" callejera se correspondía con la vorágine creativa y organizadora de los sectores que propiciaban la revolución. Fue durante 1967 en que Bernardo Albarte, como Secretario General del Movimiento Peronista, reorganizó al mismo sobre la base de la intransigencia respecto del régimen militar y en cuya dinámica le abrió un gran espacio al Peronismo Revolucionario. Se gestionó, al mismo tiempo, la unidad de la Confederación General del Trabajo con predominio de los sectores sindicales combativos (unidad boicoteada a último momento por el vandorismo lo cual dio lugar a la creación de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos) y, también, se gestó la decisión de organizarse para dar la lucha armada por parte de muchos jóvenes peronistas y de muchos jóvenes de la Nueva Izquierda.

Capítulo 10 - La Tendencia Revolucionaria del Peronismo...

A fines de 1968 y en enero de 1969 se realizaron dos Congresos del Peronismo Revolucionario. El tema central que cruzaba a ambos pasaba, en primer lugar, por la metodología de lucha para enfrentar a la dictadura de Onganía. Y, hacia el interior del movimiento peronista, cómo imponerse o desplazar a los sectores proclives a conciliar con el Poder para lograr espacios políticos y convivir con dicho Poder sin cuestionarlo como tal.

En el Congreso del '68 participaron Bernardo Albarte -poco tiempo antes destituido como delegado de Perón-, el máximo teórico del Peronismo Revolucionario -Cooke-, el fundador del Movimiento Revolucionario Peronista y de la Juventud Revolucionaria Peronista -Gustavo Rearte-, varios dirigentes de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos y algunos futuros montoneros como Sabino Navarro, Hobert y Gustavo Lafleur. Todos los participantes coincidían en que al estar cerradas las vías legales de expresión política había que desarrollar la lucha armada. Ello, con escasas excepciones, estaba fuera de discusión. Lo que se discutía era en qué condiciones desarrollar esta lucha. Si era o no el momento de tomar las armas, si estaban dados los requisitos políticos, si no era menester desarrollar previamente una fuerte organización popular que diera sustento -político e infraestructural-a la lucha armada, o si la misma lucha armada generaría las condiciones para desarrollar la organización popular.

Al finalizar el Congreso quedaron establecidas dos posiciones: una postulaba que, aunque la lucha armada iba a ser imprescindible en el futuro y había que tenerla presente en cualquier desarrollo estratégico, las condiciones objetivas y el nivel de organización popular no eran todavía suficientes para implementarla.

La otra sostenía que las condiciones objetivas estaban dadas. En todo caso, no lo estaban las subjetivas, las cuales consistían en la adhesión anímica del pueblo y, por consiguiente, su apoyo y compromiso con quienes protagonizaran la lucha armada. Pero, esas condiciones subjetivas se iban a generar por el sólo hecho de iniciar la lucha armada. La cual, en realidad, ya se había iniciado con las acciones de la Fuerzas Armadas Peronistas

¹¹ General Velazco Alvarado, presidente del Perú, dio un golpe de estado y estableció un gobierno nacionalista y popular.

¹² El Turco Achem fue asesinado por la Triple A cuando era secretario general del gremio universitario de La Plata; el Oso Iturrieta se integró a Montoneros y la última noticia que tuve de él fue que se había exiliado en Perú. Al Paraguayo Fernández le perdí el rastro. Tito Veitzman, integrante del grupo Sabino primero y de Montoneros después, se suicidó en 1971.

que tomaron estado público cuando un pequeño destacamento rural, dirigido por Envar El Kadri, fue detenido en Taco Ralo (Tucumán).

El Congreso no logró unificar o sintetizar las posiciones encontradas, y concluyó en la necesidad de realizar una nueva convocatoria para saldar la discusión pendiente. Ello se plasmó en el Congreso del '69.

Al respecto del Congreso de 1969, Carlos Hobert, en agosto de 1974 escribió¹³: "En enero de 1969 se hace otro Congreso en Córdoba. Pero ese ya fue más amplio, incluso quiso asistir Brito Lima pero lo sacamos a patadas porque ya en aquel entonces era un elemento policial. De este Congreso salen tres posiciones. Una que sustentaba fundamentalmente el Movimiento Revolucionario Peronista y que sostenía la necesidad de profundizar la organización de la clase trabajadora y que mientras esas condiciones no estuvieran dadas no se podía iniciar la lucha en el plano militar. La segunda posición sostenida por los sindicalistas que proponían el fortalecimiento de la estructura sindical, fundamentalmente de la CGT de los Argentinos que en aquel entonces era el único foco de resistencia real que había en el seno del movimiento peronista y la clase trabajadora, pero más allá de eso nada... La tercer posición sostenida por el Negro Sabino Navarro, era que se hacía necesario lanzar la lucha armada para crear esas condiciones de conciencia y organización del pueblo peronista. Luego, de todos estos sectores unos se fueron por la derecha y otros por la izquierda. La posición del Negro fue la de la mayoría. Pero si bien se estaba de acuerdo con llevarla adelante, no se hacía.

Entonces nosotros sacamos una consigna que provenía del peronismo que decía mejor que decir es hacer".

Y así fue: durante este Congreso se pusieron de acuerdo Sabino Navarro y Gustavo Lafleur y se organizó el grupo armado después conocido como "grupo Sabino", el cual constituyó una de las pequeñas organizaciones originales que dio lugar a la existencia de Montoneros.

Capítulo 11 - Porque la suerte también existe...

El primer grupo que Gustavo Tato Lafleur y yo pergeñamos entre ginebras y cafés aquella noche del '68, luego de su clase acerca de la historia peronista¹⁴, sufrió el destino de tantos otros -surgidos como hongos en la bosta después de un día de lluvia-: fue desarticulado. Hilda Rosenberg, Tato y yo nos salvamos. Pero el resto de los compañeros la pasó muy mal.

Entre ambos juntamos unos pocos compañeros con la idea de hacer operativos menores estilo Resistencia Peronista: desarmar algún policía, poner caños en situaciones de conflicto social, etc., etc. Ello nos daría "la chapa"

necesaria para reclutar compañeros confiables a partir de aprovechar la larga trayectoria de Tato en el peronismo. Y también la mía: más breve y humilde, pero existía. En aquel tiempo, bastaba con mostrar al compañero un par de fierros robados y contar, sin entrar en detalles, algunas de las cosas que habíamos hecho. Para que tomaran confianza, se entusiasmaran y decidieran integrarse al grupo. Capacitarlos desde el punto de vista militar -en forma precaria, se entiende-no era problema porque Tato había recibido instrucción en Cuba: pésima, pero instrucción al fin y al cabo. Los cubanos, y también los chinos, ponían más empeño en "bajar" su línea política que en enseñarnos lo único que nos importaba: estrategia, táctica y el buen uso de cualquier tipo de armamento. Nuestro segundo propósito era articular nuestro grupo con otros, en lo posible las Fuerzas Armadas Peronistas cuya existencia ya era conocida.

Y, de esa manera, largarnos a cosas mayores. Entre los primeros compañeros que se integraron al grupo había un muchacho, el Turco, quien no se despegaba de un maletín que contenía una par de panes de trotyl: carecía de un lugar confiable para guardarlos. Era muy cercano a Tato: su esposa, Helena Alapín, tal vez lo recuerde.

En los últimos meses de 1968 nos contactamos con dos grupos. Uno de ellos había recibido un breve y defectuoso entrenamiento militar por parte de la agrupación de John Willam Cooke, según recuerda Alejandro Peyrou quien para ese entonces participaba de la misma. Este grupo proyectaba desarrollar un foco guerrillero rural en Jujuy donde habían establecido una pequeña red de apoyo político e infraestructural integrada, en su mayoría, por maestros rurales. Lo dirigían el Negrito Gerardo Burgos y Edgardo Lombardi¹⁵, provenientes de la Juventud Revolucionaria Peronista. El otro era un grupo de la Patagonia que tenía recursos para darnos apoyo logístico y estaba liderado por un compañero de unos cuarenta años que provenía de la Resistencia Peronista. Con este último grupo hicimos la primera reunión formal en la casa de Hilda Rosenberg, en Floresta. Los compañeros de la Patagonia concurrieron tabicados, esto es, los hicimos dar unas vueltas manzana y ellos se dejaron guiar mientras miraban al piso.

Un rato antes de llegar a la casa de Hilda, cuando Tato Lafleur nos presentó, en lugar de decir mi pseudónimo, Gonzalo, dije mi nombre: José. Y, para terminar de embarrarla, después comenté que estaba haciendo el servicio militar. Pero, cuando llegamos a la casa, los hijos de Hilda, quienes habían sido aleccionados, me

¹³ "Volverás en brazos de tu pueblo", La Causa Peronista, N° 4, agosto de 1974.

¹⁴ Ver "Los compañeros del grupo Sabino" en el segundo ítem.

¹⁵ Ambos, luego de ser detenidos, pasaron un año en la cárcel. Después, el Negrito Burgos organizó un grupo operativo en el partido de Vicente López el cual, a comienzos del '71 se integró a la UBC Norte de Montoneros. Junto con Escribano fue abatido por la policía bonaerense en 1972. Lombardi asumió la idea de Rearte respecto de crear un partido revolucionario de la clase obrera como paso previo al desarrollo de la lucha armada y fue desaparecido por los militares en 1976.

recibieron al grito de "Gonzalo, Gonzalo, mami llegó Gonzalo". Para ellos era un juego: Gonzalo de aquí y Gonzalo de allá, todo el tiempo. Los compañeros del Sur prestaron atención: los chicos no mienten.

Pseudónimo José. Nombre Gonzalo. Soldado.

Ya en la reunión, se decidió que el grupo de la Patagonia nos abastecería de explosivos, dinero y algunas armas como para que nosotros, en Buenos Aires, hiciéramos expropiaciones y operativos de propaganda armada en apoyo al grupo de Lombardi y Burgos, una vez que éste hubiera iniciado las acciones armadas en Jujuy. Cuando terminó la reunión, siempre tabicados, llevamos a los compañeros de la Patagonia durante unas diez cuadras, hasta la avenida Rivadavia. Cuando salimos de la casa me dio la impresión de que uno de ellos, como al descuido, levantaba la vista. A la casa le faltaba la placa con el número, y el tipo rápidamente bajó la mirada, así que no le di importancia.

Hilda era pintora y en su casa tenía un atelier en condiciones desastrosas: las paredes con manchas de pintura y humedad, el revoque caído en varias partes y cosas inservibles acumuladas en los rincones. Quince o veinte días después de la reunión, un sábado que Hilda había ido con los chicos a pasar el día en la casa de sus padres, decidí ordenar y pintar el atelier.

En eso estaba, brocha en mano y con el consabido gorro de papel periódico sobre la cabeza, cuando irrumpió la policía: buscaban a un soldado conscripto llamado Gonzalo. Yo presenté la cédula de identidad civil, en la cual figuraba con 23 años -para hacer el servicio militar me había acogido a los dos años de prórroga que se les otorgaba a los estudiantes-, y me limité a decir que era el pintor, que la señora de la casa no estaba y que yo supiera en la casa no vivía ningún soldado, aunque sí había visto entrar o salir a un soldado de una casa que estaba a pocos metros de distancia sobre la misma calle. En efecto, allí vivía un soldado, y no quiero pensar el garrón que se habrá comido el pobre porque los canas, luego de inspeccionar a la ligera la casa de Hilda, se mandaron para la del soldado. Por mi parte, luego de unos minutos de prudente quietud, largué la brocha, fui a la casa de los padres de Hilda para avisarle que durante unos días no volviera a la suya y llamé por teléfono a la casa de los padres de Tato quienes me dijeron que también por allí había pasado la policía pero no lo habían encontrado.

Dos días después me encontré con Tato, quien se vio obligado a clandestinizarse durante un tiempo en La Plata donde yo tenía mi infraestructura "político-militar". Tato, cuando nos encontramos, me contó que el Turco y dos compañeros que él había acercado a nuestro grupo, estaban alojados en la brigada de San Martín, maletín y trotyl incluidos. Un par de meses más tarde, enero o febrero de 1969, Lombardi y su gente fueron detenidos en el Abra de Santa Laura, Jujuy. El compañero que dirigía el grupo patagónico quien, tal como afirmaba, provenía de la Resistencia y se había entrenado en China, estaba al servicio de la SIDE. Nunca más supimos de él.

Para la misma época, enero de 1969, en el Congreso del Peronismo Revolucionario, Tato se contactó con Hobert y el Negro Sabino Navarro. No hubo discusiones, la teoría política brilló por su ausencia. Además, en términos políticos no había nada que decir. El tema, tal como lo había explicitado el Negro en el Congreso, era práctico: ¿estamos dispuestos?. Sí. Entonces adelante, a moverse, a operar. A cómo de lugar, sin condiciones ni elucubraciones "dialécticas": conseguir fierros y operar, u operar y conseguir fierros, el orden de los factores no altera el producto. Nada de pensar mucho, y aún menos de discutir. Lo que importa, lo que nos une, lo que nos trasciende, aunque caigamos en el intento, es operar. Algunos caeremos pero, ante el ejemplo, muchos se sumarán. Al final, la victoria será nuestra: a operar compañeros.

Por supuesto, nuestros primeros operativos fueron un desastre. Con excepción del primero. La sumatoria de tareas que nos habíamos impuesto, nos imposibilitaba cumplir con los horarios de un trabajo convencional. Yo era una excepción porque hacía guardias médicas un par de veces a la semana en una clínica psiquiátrica. Pero el Negro, por ejemplo, trabajaba doce horas diarias en un taller metalúrgico de Colegiales y vivía en San Miguel. Imposible trabajar y desarrollar la organización al mismo tiempo. Decidimos entonces que, en principio, el Negro dejara de trabajar. Pero había que mantener a la familia: necesitábamos dinero.

Al respecto, Hobert escribió: "La primera acción que hacemos es muy graciosa. Es una operación de recuperación en la cual asaltamos un hotel alojamiento... a pie además. Del cual sacamos la hermosa suma de 120.000 pesos"¹⁶.

El hotel estaba en el barrio de Once. Pasada la medianoche, Hobert y Julia simulaban ser una pareja y entraron en el Hotel. Distrajeron al conserje, y entró el Negro mientras yo hacía de campana en una esquina, muy cerca de la puerta, con el objeto de apretar -con una pistola descargada-a cualquier pareja que quisiera ingresar al Hotel. En realidad, sólo el Negro estaba armado pero con un viejo revólver 22 corto que nunca habíamos probado. Con el conserje atado, amordazado y la recaudación del hotel en el bolsillo, caminamos hacia Plaza Once en una especie de fila india que encabezaba el Negro y yo cerraba.

En medio de nosotros, tomados del brazo y haciéndose arrumacos, Hobert y Julia. En la vieja Perla de Once nos esperaba Tato Lafleur. Cuando llegamos hasta donde estaba Tato, nos confundimos en un abrazo y estallamos en carcajadas. Felices como nunca: nuestro grupo había empezado la lucha armada... sin armas. Realmente, como escribió Hobert, gracioso. Los operativos que vinieron después, aunque con el paso de los años su recuerdo me ilumine la cara en una sonrisa nostálgica, ya no fueron tan graciosos.

En una oportunidad decidimos desarmar a un policía de consigna en la puerta de una embajada. Necesitábamos un auto y nos tocó a Tato Lafleur y a mí robarlo en el conurbano la noche previa al operativo.

En una calle solitaria encontramos un Peugeot 403 con unos muchachos que conversaban en su interior. Tato los encañonó con una pistola inservible -era calibre 6'35 y nunca conseguimos balas para ella-y los muchachos,

¹⁶ "Montonero Sabino Navarro, volverás en brazos de tu pueblo", La Causa Peronista, Nº 4.

sin ofrecer ningún tipo de resistencia, se bajaron del auto y nos entregaron las llaves. Yo pensé "esto viene fácil", me ubiqué en el asiento del conductor y, cuando intenté ponerlo en marcha, se rompió la llave. Como si fuéramos delincuentes consumados, unos duros de aquellos, hicimos sentar a los muchachos sobre el cordón de la vereda: "si quieren conservar la integridad se quedan mosca quince minutos", ostentó Tato la pistola inservible, caminamos despacio hasta la esquina, dimos la vuelta y en menos de tres minutos salvamos las diez cuadras que nos separaban de la estación del tren.

El Negro nos miró con lástima y, con el tono de "yo me hago cargo", propuso que él y yo hiciéramos un auto en Olivos, en la zona de los boliches: "ahí siempre hay parejas franeleando", argumentó. Luego de una hora de dar vueltas y vueltas, por fin: una pareja en un auto nuevo estacionado sobre una calle oscura paralela a Libertador. "Vos quedate piola aquí, si vamos los dos se pueden asustar, yo los apreto solo", dijo el Negro. Pero cuando le faltaban unos tres metros para llegar hasta ellos, el auto arrancó y no se lo llevó puesto porque el Negro tenía la agilidad de un gato: saltó a un lado y echó a correr. Yo también.

Esta vez la estación estaba apenas a dos cuadras: medio minuto. "No es nuestra noche de suerte, mejor dejamos todo para otra oportunidad", dije. Pero el Negro no creía en la suerte, al menos hasta ese momento, y era un tipo tozudo -virtud que no perdió hasta el mismo instante de su muerte, dos años y medio después, y qué bueno que fue así: sin su tozudez los montoneros, después de La Calera, hubiéramos dejado de existir-. Tozudez mediante, a eso de las cinco de la mañana, levantamos un auto cerca del Puente Saavedra, sobre la avenida Maipú. Un tipo estacionó su auto a pocos metros de donde caminábamos nosotros sin saber muy bien qué hacer. En cuestión de segundos -más aún: sin que yo al principio me diera cuenta-, el Negro abrió la puerta del conductor, agarró al tipo por el cuello de la chaqueta, lo sacó del auto y en menos de un minuto rodábamos por Cabildo.

Pero, cuando faltaban unas cuadras para llegar a la confitería donde nos esperaban Hobert y Tato, el motor del auto carraspeó un par de veces y se clavó. A dos pasos de un patrullero. El Negro intentó arrancar, en vano, un par de veces. Sin mirar al patrullero nos bajamos, abrimos el capot, el Negro manipuló unos cables: "a ver, arrancalo ahora", me dijo. Y después gritó "dejá, son las bujías, mejor lo estacionamos". Mientras empujábamos el auto para estacionarlo, el patrullero se largó, despacio, sin sacarnos los ojos de encima: ninguna amenaza, una cuestión de estilo. "Que puta suerte", dijo el Negro: "ya no hay tiempo, mejor levantemos el operativo".

Tardamos poco en darnos cuenta de que robar los autos era la parte más riesgosa de cualquier operativo, y lo poco o mucho que aprendimos fue por ensayo y error. En esos primeros meses, si la suerte nos hubiera sido realmente esquiva, habríamos desaparecido sin pena ni gloria. Sin figurar, siquiera, en la crónica roja de los periódicos. O tal vez sí, como unos chorritos de tres al cuarto. Tal como sucedió con la mayoría de los grupitos que en los últimos '60 intentaban ser para, en algún momento, unirse con otros grupitos que también intentaban ser y, unidos, transformarse en una organización capaz de, por lo menos, tocarle el culo al poder.

Como en el caso de "Murió por Perón", recurro a un texto literario para dar un ejemplo -y hacer sentir al lector nuestras vivencias, si ello es posible- de las primeras acciones armadas de un grupo guerrillero. El episodio que narro en "La noche del alunizaje" sucedió cuándo y cómo lo cuento. La imaginación sirvió para reemplazar la desmemoria. Y, por supuesto, como nos ocurre a los narradores con personajes y situaciones, en algunos momentos tanto los primeros como las segundas se mandaron por su cuenta, escribieron su propia historia. Sin embargo, cabe rescatar que para nosotros, la organización que después de su integración en Montoneros fue conocida como "grupo Sabino", la noche en que los norteamericanos alunizaron, la noche del alunizaje, en términos simbólicos fue la noche de nuestro nacimiento como organización armada peronista. De hecho, treinta años después, en 1999, Helena Alapín me contó que Gustavo Tato Lafleur, su marido, escribió una historia con el mismo tema.

Capítulo 12 - La noche del alunizaje... ¹⁷

¿Cómo llega al mundo lo nuevo?

¿cómo nace?

¿Tienen alas los ángeles?

¿vuelan los hombres?

Salman Rushdie "Los versos satánicos"

La luna es un gigantesco ojo metálico que blanquea las calles y las casas. Bajo ella, la estación del Lacroze se asemeja a una tapera abandonada.

"Al lugar perdido de las pesadillas... ja, pavada de momento para hacer literatura", piensa el Petiso mientras a través del saco acaricia la 6.35 descargada y se aprieta contra las sombras de la esquina sin dejar de mirar la estación del tren. A duras penas logra arrancar la mano de la cintura, pero no los ojos de la estación, no puede: siguen fijos en ella, en la curva donde se pierden los rieles, en ese sitio específico de la obscuridad donde aparecerá el tren. "Aparecé, aparecé, carajo aparecé de una buena vez, carajo", al dios de los cagones le reza el

¹⁷ "La noche del alunizaje" obtuvo el primer premio del concurso literario Eduardo Wilde del año 2003.

Petiso. Hasta que se da cuenta de que, entre rezos y blasfemias, no ha respirado durante casi un minuto y sí - como a veces parece que desea el Negro-va a morir por la revolución, pero de la manera más imbécil del mundo. Entonces respira, esboza una sonrisa dedicada al dios de todos los cagazos y logra que el cuerpo se le relaje un poco: olvida la 6.35, se fuerza a meter la mano en el bolsillo, mastica el aire. Y, así como al pasar, al pensamiento le viene lo que de él pensaría el Negro si supiera lo que ahora siente: "diosito del cagazo, que nunca sepa", reza el Petiso e intenta sentir lo que el Negro sentiría si estuviera en su lugar: en esa esquina, mientras procura evitar que la sombra se le duplique en la vereda, mientras trata de que el perfil se le extravíe en la ligustrina hasta no ser ya el Negro sino hojas y ramas que oscilan en la brisa de medianoche. No puede sentir como el Negro: el Negro podría quedarse inmóvil durante horas, la expresión inescrutable, y él, el Petiso, es incapaz de aguantar más de dos minutos, demasiado ansioso, cagón...

"Carajo, señor", implora blasfemias a su dios de coyuntura el Petiso; dios amable al fin y al cabo este de todos los cagazos, no deja sin respuesta a súbito tan conspicuo: de boludeces nutre su imaginación. Y al Petiso se le ocurre que todo sería tan fácil si pudiera hacerse invisible: si exclamara shazam y, de repente, ya no fuera el Petiso sino una mota de aire. Amable pero limitado el dios de los cagazos: hasta ahí llega, y no es su culpa: pasa que el Petiso se sabe -se sabe, sí, y eso es toda otra historia-un metro sesenta de cosas tan concretas como carne, huesos y vísceras cuyo escaso pudor y excesivo frío cubre esta noche con un pantalón gris y un saco azul. Está helado, por dentro y por fuera: necesitaría un sobretodo pero omitió llevarlo porque limitaría sus movimientos. Pudor, frío, miedo, ligustrina frondosa, ropa oscura. Inútil. Inútil ocultarlos, inútil ocultarse bajo esta claridad imprevista que se le mete en la boca y estalla entre sus dientes: "puta madre, justo esta noche tenía que ser de luna llena".

Así y todo el Petiso sabe que esta es la noche del planeta, la hora de una nueva era, el momento en que el hombre dejará su pequeño lugar en la tierra: la noche, la hora y el momento en el cual nosotros, pobres bichos, exiguos humanos, daremos un pasito más, milímetros apenas extenderemos nuestros dedos hacia la mano de dios: "¿te das cuenta, Negro?: esta noche nos largamos a volar". Es lo que el Petiso piensa. Y también piensa que los petisos piensan: por esas cosas del destino y la estatura, los petisos piensan: "esta noche nos largamos a volar". Claro, no se lo dijo así al Negro, no lo hubiera entendido. O tal vez sí, pero no. O al menos eso es lo que ahora piensa el Petiso, evidenciado de tanta luna mientras trata de superar el miedo que invade de hormigas sus manos y le frena el aire en la garganta. No, claro que no: para el Negro se midió: "Todo el mundo, Negro, todos van a estar frente a la tele. En Buenos Aires y en Yakarta. Nada más que en Yakarta va a ser mediodía y aquí, en Buenos Aires, medianoche. Todo el mundo va a estar frente a la tele. Y vos, Negro, ¿no estarías también vos?" preguntó el Petiso. El Negro reconoció que sí: apenas un movimiento de la cabeza y se quedó a la expectativa, pero ya había dicho que sí. Y el Petiso lo pescó al vuelo, no lo dejó pasar, sobre el pucho remató: "si hasta vos, delincuente, estarías frente a la tele, imagínate a la cana entonces". Eso, eso mismo, incuestionable: si a un tipo como el Negro le gustaría estar frente a la televisión echándole el ojo a los astronautas en el momento de pisar la luna, qué duda, si hasta el Negro, la puta cana entonces... ¿dónde iba a estar?.

El Petiso mira el reloj, y los pocos minutos que faltan se le caen encima: el miedo no tiene en cuenta al tiempo y el dios de todos los cagazos no es más que un viejo imbécil y todas las especulaciones duran apenas unos segundos y los minutos siguen faltando y se le caen encima y toda la inteligencia del mundo sirve para una mierda y el dios de todos los cagazos atina a chochar: "tomate una ginebra, Petiso". Y la putaqueteparió de dónde mierda saco una ginebra, aire, aire, aire... aire: respira hondo el petiso. Aire. Falta para que llegue el tren, falta, no te quedes quieto Petiso, a moverse, aire, vamos, a caminar... Camina: con pasos cortos bordea la esquina. Y piensa. Y duda: "así somos los petisos: agrandados pero inseguros; ¿y si el Negro tenía razón? ¿y si era sólo mi cobardía? ¿y por qué las cosas no tienen que ser así, como dice el Negro, directas? así, de frente, qué joder". Quién sabe, a lo mejor...

"Petiso, es sólo un viejo de mierda: le metemos un revólver en la panza, agarramos las armas y a volar... ¿para qué darle tantas vueltas?", propuso el Negro. Pero el Petiso lo refutó: "es lo mismo, Negro. Y si fuera Matusalén y además ciego, seguiría siendo lo mismo. Negro, el problema no es el viejo, date cuenta: si querés hasta lo cargamos al hombro y también nos lo llevamos.

El problema es el lugar donde está la armería ¿o es que estás ciego, Negro?"

En el manoseado mapa extendido sobre la mesa, señaló el Petiso la estación del tren: "mirá de nuevo, Negro, mirá el mapa y usá la imaginación: aquí está la armería, casi en la esquina, frente a la estación del Lacroze y para colmo en una galería comercial, con una multitud que entra y sale o se para frente a la vidriera para mirar las armas. Si esto te parece poco, sumale al patrullero que pasa cada diez o quince minutos, o cada media hora, cuando se le da la gana pasa, ni eso podés prever, hermanito. ¿Y si nos tropezamos con el patrullero? ¿qué pasa? ¿con qué lo vamos a enfrentar? ¿con dos pistolitas del veintidós y una carabina que se traba cada tres tiros? ¿con la 7.65 sin balas?... ¿ya te olvidaste de lo del Hospital Aeronáutico?". Pero ahí el Negro definió la situación, irrefutable: "no, no me olvidé, y por eso digo que nos dejemos de joder: sin armas no va más, y esta es la armería más fácil que encontramos. ¿Y si vos, Petiso, no estás de acuerdo... que proponés a cambio?"

El Petiso se calló: no tenía nada para proponer y, después de todo, el jefe sos vos Negro. Pitó el cigarrillo, dejó que su mirada se perdiera sobre la ventana del comedor y, luego, en voz baja comentó que si les pasaba algo minga de revolución iban a hacer: "ni mirarla de afuera, hermanitos, porque adonde te llevan...". Pero lo que en realidad lo tenía tirado no era tanto la falta de argumentos como la incertidumbre acerca de su propio miedo, aunque al rato de finalizada la reunión, en la Perla de Once y entre uno y otro exprés, le confiara a Leandro con absoluta seguridad: "no es por el miedo hermanito que siempre se supera y terminás jugándote; pero el Negro a veces se regala, y regalarte es otra cosa".

El Petiso comprueba que todavía faltan cinco minutos para que llegue el tren, y decide dar una vuelta manzana. Ajusta los pasos para dar la impresión de que se dirige hacia algún lugar concreto: "no sea cosa de que algún trasnochado me esté mirando y la cosa se arruine antes de empezar". Con los mismos pasos cortos y despreocupados con que bordeó la esquina, cruza la calle, pasa frente a la galería, finge acomodarse la ropa, se detiene un instante y echa una mirada furtiva sobre el baldío lindero: a la luz de la luna los arbustos son casi espectros, enanos deformes y carcajeantes; al fondo, detrás de la medianera donde termina el baldío, el edificio en construcción cuyo techo da a la terraza de la galería es una mole sombría, la casa Usher, una pesadilla de Poe. El miedo le muerde la boca del estómago y trata de pensar en cualquier cosa: en la ironía de la mala-buena suerte y en que no hay mal que por bien no venga. Si no que lo diga él y su puta costumbre de llegar siempre adelantado.

Como esta noche. O como hace cinco días, cuando le tocó la mala suerte de hacer el primer fichaje de la mañana: llegó antes de las siete, un frío de cagarse y ni siquiera un barcito abierto para tomar un café y esperar tranquilo.

Mala suerte: a poner en juego la santa paciencia y aguantar el fresquete hasta que llegue el viejo para abrir la armería. Idea del Negro: si lo asaltamos cuando recién abre, en la galería no va a haber clientes, tal vez uno que otro tipo en la calle: pocos, apurados y dormidos. Una idea, ni buena ni mala, lógica nomás.

"Y en parte equivocada", pensó el Petiso la madrugada del fichaje al ver la cantidad de gente que pasaba rumbo a la estación. Y se sorprendió cuando, de un momento para otro, se encendieron las luces de la galería y vio bajar por la escalera del fondo a una sesentona, gorda y gastada: llevaba el balde en una mano y un cepillo en la otra. "Esta duerme aquí", fue su primer idea; las otras vinieron solas...

"Date cuenta Negro, de esta forma la cosa es más fácil. Entramos por el baldío, saltamos la medianera del fondo y nos metemos en el edificio en construcción. De la terraza del edificio pasamos a la de la galería. En el primer piso de la galería hay un patio interno. Yo, con una sogá -con nuditos la sogá, Negro-me descuelgo al patio, y entro a la galería por una ventana que da al patio. Subo hasta la pieza de la gorda que está en la terraza. Si la gorda no está, no hay problema. Y si está, ahí mismo la aprieto, abro la puerta que comunica con la terraza y ustedes entran". Sin dejar de mirar al Negro, el Petiso pidió un mate a Julia y continuó: "Tato se queda cuidando a la Gorda, y vos y yo bajamos hasta la armería. Como la puerta es de vidrio y se abre por dentro, con un corta vidrios le sacamos el pedazo de al lado del picaporte, la abrimos y cargamos con las armas, tranquilos. Para salir, lo hacemos por la puerta del edificio en construcción: justo da a la calle que va paralela a la vía. Y eso, a medianoche, es un desierto: a un costado de la obra no hay nada, del otro está el fondo de la galería. Y desde enfrente nadie te puede ver porque vienen las vías y son como cincuenta metros hasta la estación. Además, es una boca de lobo".

El Petiso hizo una pausa, y en el comedor de la casa de Ilana pesó el silencio: el Petiso lo disfrutó, apenas unos instantes, el tiempo de echar una mirada alrededor de la mesa, fijarla en Leandro, marcarlo con el mate: "vos, hermanito, estacionás el auto frente a la puerta del edificio en construcción, Julia o Ilana con vos, para no llamar la atención: a los ojos de cualquiera son una pareja aprovechando la obscuridad. Si llegara a pasar algo, apretás la bocina como por accidente, y nosotros nos quedamos piolas o salimos por el baldío, eso se verá". El Petiso carraspeó, bajó el tono de voz y volvió a dirigirse al Negro: "hay una ventaja adicional: dentro de cuatro días, los astronautas bajan en la luna, y lo pasan por televisión. Todo el mundo, Negro, todos van a estar frente a la tele. En Buenos Aires y en Yakarta. Nada más que en Yakarta va a ser mediodía y aquí, en Buenos Aires, medianoche. Todo el mundo va a estar frente a la tele. Y vos, Negro, ¿no estarías también vos". Con un ligero movimiento de la cabeza, el Negro reconoció que sí; apenas un gesto, pero había dicho que sí. Aunque en palabras apenas musitó: "¿Y?". El Petiso sonrió: "Y... nada importante. Pero si hasta vos, delincuente, estarías frente a la tele, imaginate a la cana entonces: no va a haber ni uno en la calle".

El Petiso sintió la boca seca y decidió tomar el mate frío. Lo hizo a sorbitos, como si estuviera muy caliente. Aparentaba concentrarse en el mate pero, en realidad, estaba pendiente de las reacciones de cada una de las cinco figuras que, bajo la luz de la lámpara, se recortaban como sombras alrededor de la mesa del comedor. Tato sacó un pañuelo arrugado y comenzó a limpiar sus anteojos. El Negro estiró el cuerpo sobre el respaldo de la silla y un brillo inquieto se asomó a sus ojos de gato; una semisonrisa le despuntó en la boca: "hay gente que está aprendiendo a pensar", dijo. Y el grupo estalló en risas de alivio, se había tomado una decisión: alivio, y cierta alegría algo forzada.

"Una ginebra para festejar", exclamó Ilana: acarició el muslo del Petiso por debajo de la mesa, orgullosa, ustedes lo están viendo, este es mi tipo, lo pellizó cerca de la ingle, le dio un beso corto sobre la oreja, respondió con una sonrisa al guiño de Leandro. También al Petiso le hubiera gustado sonreír cuando vio la cara de Leandro, arrugadita de satisfacción, cuando le oyó decir "te la tenías guardada, liberalete trasnochado", liberalete, sin la ironía de costumbre, sin reproche, afectuoso, cálida la voz; el Petiso lo sintió cerca, amigo, Leandro amigo, pero no le sonrió, no con la boca: algo le dijo con los ojos, y hasta ahí. Prefirió mantener una actitud casi indiferente: el Negro todavía lo observaba, la mirada felina, los ojos entrecerrados, la tenue imitación de una sonrisa colgada en las comisuras de la boca.

A Julia no pudo verla: estaba a sus espaldas sirviendo la ginebra y darse vuelta habría sido demasiado evidente; sólo pudo reconocer su olor cuando por sobre el hombro le puso una ginebra en la mano, el seno redondo apretándose contra su nuca, fugaz, como por casualidad, y se quedó aferrado a la idea de que había sido adrede, al deseo de que la casualidad no existiera, pero Tato dijo: "hay que preverla, compañeros, hay que preverla". "¿Qué decías?", el Petiso se desprendió de Julia que ya estaba sentada en un extremo de la mesa. "Dije -dijo Tato- que tenemos que ser prudentes, no podemos dejar nada librado a la casualidad, así que mejor nos olvidamos del jolgorio por un rato: sólo faltan cuatro días y hay que estudiar un montón de detalles".

"Así es" -ocupó el Negro el centro de la reunión, el pecho se le hinchó sobre la mesa, los brazos se le ampliaron hasta abarcar al grupo entre ellos, los ojos de gato fulminaron la actitud de suficiencia que se insinuaba en la cara del Petiso-. Los cinco lo miraron expectantes, urgiéndolo a continuar pero el Negro, después de observarlos a uno por uno, hundió el pecho entre los hombros, retrajo los brazos, abrumó la silla con el peso de su cuerpo y, señaló a Tato con un movimiento de la cabeza: "¿y qué estás esperando?, decí de una vez lo que pensás".

Y ahora, mientras camina para matar la angustia de los cinco minutos interminables, el Petiso se ríe de la inseguridad del Negro para expresarse. Y el pensamiento le parece estúpido, no el Negro: el Negro de estúpido no tiene nada, sólo que la inteligencia todavía no le llegó a la lengua. La tiene en el movimiento, en el cuerpo, en las manos. Hay que verlo armar las bombas: la seguridad con que introduce la mecha en el detonante, el detonante en el trotyl.

Como si fuera cosa de todos los días: como tomarse un café o tocar el traste de llana en la cocina. O como cuando se la coge antes de las reuniones, volteándola sobre el piso del atelier, abriéndole las piernas en un ángulo insólito, sin una palabra, no las necesita, al menos no en la boca: en las manos las tiene. En la derecha, que aparta la entrepierna de las bragas de llana con tal certeza y suavidad que ni ella misma se da cuenta. En la izquierda, que en un solo movimiento humedece con saliva su verga y la acomoda, exacta, en el preciso lugar donde se abre la vagina. En la propia verga, que penetra a llana con un solo impulso y, antes de dos minutos, se expande como una bomba, la inunda, la deja pletórica de ternura... insatisfecha.

Insatisfecha y caliente. Pero el Negro no lo sabe: el Petiso sabe que el Negro no lo sabe, ni que él, el Petiso, lo sabe porque llana le cuenta. El Negro no podría imaginar a llana más allá de la medianoche, ni ese lugar de las sábanas donde la piel de llana busca el amanecer, ni su lengua deleitándose incansable sobre la entrepierna del Petiso, ni la lengua del Petiso hurgando en el lugar recóndito donde llana estallará en un o interminable. Y en otro, y después en otro hasta encontrar el adormilado momento de paz en que reirá y llorará al mismo tiempo por muchas cosas, juntas, y por algunas otras, y también porque al Negro la inteligencia todavía no le llegó a la lengua.

Resopla el Petiso. Algo vacío ocupa cada vez más espacio en su pecho, lo aliviana, podría volar. Menos mal que el Negro tiene la inteligencia en las manos, en el cuerpo, en los movimientos. Eso le da seguridad al Negro, confianza, nunca se confunde. Aunque en ocasiones y a escondidas interroga a Leandro acerca de la revolución francesa, la mexicana o la bolchevique, menos mal que la inteligencia todavía no le subió hasta la lengua. Podría pasarle como a él, el Petiso, que la tiene concentrada en la lengua: lengua a lengua que cualquiera lo desafíe. Pero, en lo demás el miedo lo vuelve casi estúpido, le contrae los músculos, lo pone tenso, duro, idiota. Igual que a Tato: observador, detallista, dialéctico, buen intelectual, político de primera -de Tato piensa el Petiso- pero cuando a Tato le toca armar una bomba, el Petiso se hace el boludo y desaparece del cuarto. Torpe. "Torpe", reconoce Tato: "torpe, pero no cobarde: sólo pasa que tengo experiencia, y la prudencia empieza a trabajarme antes que a los demás". Y es realmente una suerte, reflexiona el Petiso mientras camina: "por mi miedo y tu prudencia, Tato, es que seguimos con vida, vamos tato todavía".

"Bueno, yo pienso que hay que ser muy prudente", le respondió Tato al Negro: "este operativo, si bien resulta factible de ser llevado a cabo, no es tan fácil como el Petiso imagina; a medida que él nos explicaba, tomé algunas notas". Tato inclinó la cabeza rubia y enrulada sobre una libreta de tapas negras. Por costumbre con la mano izquierda se acomodó los anteojos, y con la derecha volteó las páginas de la libreta sin encontrar lo que buscaba hasta que esta cayó sobre su regazo y él, sobresaltado, pegó un brinco hacia atrás y se estrelló de espaldas contra el suelo. La libreta fue a parar bajo la mesa y una copa de ginebra se hizo añicos. A los anteojos los mantuvo en alto: estaba acostumbrado. Se puso en cuatro patas para buscar la libreta bajo la mesa, y así estuvo, agachado y sin ver un carajo hasta que se dio cuenta de que no tenía puestos los lentes. Leandro lo ayudó a incorporarse, y el Negro, inexpresivo, cara de piedra, con un gesto brusco le acomodó la silla debajo del traste. Para reprimir la risa, llana se mordió el labio y el Petiso fingió un ataque de carraspera, pero todos guardaron un prudente silencio hasta que Tato encontró la página que buscaba: si lo interrumpían se corría el riesgo de un segundo acto.

"Aquí están", retomó el hilo Tato como si no hubiera pasado nada, y desde el extremo de la mesa donde estaba Julia se escuchó un suspiro de alivio: "por ejemplo: hay que verificar si la obra en construcción tiene o no sereno, si la puerta que da a la calle de las vías se puede abrir por dentro y cómo hacerlo. Y a vos, Petiso, te pregunto ahora: si la ventana que da al patio interno de la galería tiene la cerradura por el lado de adentro ¿cómo la vamos a abrir sin que el escándalo despierte a la gorda?".

"Lo de la ventana es fácil", el Petiso sonrió, aliviado; había pensado que Tato tenía objeciones más difíciles: "hoy subí al primer piso con la excusa de alquilar un local vacío, y vi que se puede hacer poniéndole un chicle al pestillo.

Podés hacerlo vos, Tato, la tarde anterior al operativo, justo antes de que cierren la galería, y la ventana queda cerrada pero sin estarlo ¿capitte hermanitos?. Por la noche, cuando bajo al patio por la cuerda, hago presión desde afuera y la corro". El Petiso se sentía agrandado, dueño de la situación, omnipotente; mucho no se le notaba, no; sólo algo, en el tono de la voz, y en la comisura izquierda de la boca: algo desviada, un poco temblorosa, como si quisiera desasirse de la boca en una risita sobradora. Casi no se le notaba, no; sólo conociéndolo muy bien, y eso -aún cuando aparentaba ser un tipo extrovertido y sin secretos-ni siquiera llana incluso después de varios meses de vivir con él. "llana menos que nadie", pensó el Petiso: "de mí llana sólo conoce lo que le importa, el buen carácter, la incondicionalidad para el placer, la capacidad para escuchar acriticamente, propinas y caridades... lo que le calza".

Para el Petiso, Ilana era demasiado jipi, demasiado buena, aunque buena no era la palabra, apenas la consecuencia. Despistada, eso es lo que Ilana era: despistada: capaz de mezclar a Picasso con Engels, o con la mayor soltura y sin ningún aval, capaz de afirmar que Cortázar se había inspirado en Frida para escribir a la uruguaya de Rayuela. Siempre con la mejor intención Ilana, incapaz de reconocer la malicia, y menos la del Petiso, ahora sutil y situada en una esquina de la boca o en el rabillo del ojo inmovilizado sobre las pupilas de Julia, maliciosas ellas, grises detrás del humo que exhalaba por la nariz, fijas en el Petiso, calculadoras: "¿hasta dónde nos querés llevar esta vez, chiquito?".

"Tranquila", recuerda el Petiso a la Julia de hace cuatro noches mientras camina y se detiene frente al tronco de un árbol. De haber estado solos, en aquel momento se lo hubiera dicho: "tranquila, la noche del Hospital ya pasó, y para la noche del alunizaje va a estar todo bien estudiado, Negrita". Con seguridad lo hubiera dicho, con la misma seguridad que le gustaría sentir ahora, mientras se desabrocha la bragueta y expele un par de dolorosas gotas de orina sobre el tronco del árbol y guarda el pito, y putea por el chorrito de orina caliente que se le escurre por el muslo hasta perderse detrás de la rodilla.

Putea, piensa en el tren que no llega, y piensa en Julia, en su mirada maliciosa, desconfiada: decide que Julia tenía razón.

Casi la violaron aquella noche. "Gracias a vos", le dijo al Petiso, en la costanera, luego de una hora de silencio, impenetrable, la cabeza hundida entre los hombros, le mordió la mano cuando él quiso levantársela: sobre el río, el amanecer era una línea gris. "Gracias a vos", repitió Julia una hora después, sentados mesa por medio en el bar de Billingham y Las Heras: "pelotudo", lo miró a los ojos, una lágrima cayó sobre el exprés, el sol era apenas un rayito sobre la mesa, se puso a llorar. Lloró por horas, de a ratos, sollozos entrecortados, a veces rugía, puteaba mucho, insultaba a todo el mundo: al taxista que los llevó hasta Corrientes y Callao porque le parecía buchón, al mozo de uno de los bares porque no traía nunca el café, a una viejita que vendía diarios porque tenía cara de buena. Al Petiso más que a nadie y le clavaba las uñas en la mano o lo mordía cuando él le pasaba el brazo por el hombro. Y le pegó un puñetazo en la boca la única vez que el Petiso intentó decirle algo, o besarla tal vez, el Petiso no recuerda qué, una estupidez seguramente.

Sobre la explanada del obelisco se le plantó delante, lo agarró del cuello de la camisa, lo miró desde arriba -con tacos lo sobraba por más de seis centímetros- y le gritó: "puto, culo roto, más que puto". La gente se dio vuelta para mirarlos, algunos se quedaron cerca, a la expectativa; un policía, como en otra cosa, caminó hacia ellos. Entonces el Petiso abrió la boca en una sonrisa, enarcó las cejas, con la mano derecha fugazmente acarició un seno de Julia, le guiñó un ojo y casi sobre su mentón aterciopeló la voz para decir: "los putos somos muy buenos en la cama ¿querés probar?". Julia relojeó al cana, soltó una carcajada histérica y breve, y con la punta de la lengua varias veces mojó los labios del Petiso. Los mirones continuaron su camino, canchero el policía siguió de largo, ella paró un taxi, cerró de un portazo antes de que el Petiso pudiera subir y durante una semana no le dirigió la palabra. Se limitaba a mirarlo, insistente, inexpresiva: "quiere manipularme", pensaba el Petiso, o no sabía qué pensar, y se sentía triste.

Recuerda el Petiso a Julia, la larga mirada inexpresiva, opaca, Julia sabe opacar los ojos, es una artista, casi tanto como él, y habla sin palabras cuando quiere, como la noche en que el Petiso -sin que nadie excepto ella captara el doble significado- dijo: "la que tiene más pinta de puta es Julia". Y ella le respondió desde un extremo de la mesa: "¿a ver hasta dónde llegás, chiquito?", sin que nadie la escuchara, quién podía imaginarse que había otra cosa si estaba de por medio una metralleta. Quizás Leandro, zorro viejo, pero qué objeto tenía comentar dobles significados si la única que quedaba era Ilana, dulce Ilana, tan etérea, casi treinta años y sin tacos ni maquillaje -jamás los usaba-aparentaba dieciséis: el soldado habría sacado sus pocos pesos del bolsillo para dárselos antes de despedirla apasionado, enloquecido por un casto amor adolescente. Durante días ocuparía sus sueños, y hasta le contaría a su mejor amigo de esas apariciones inesperadas que tienen las noches de Buenos Aires cuando el otoño se extingue sobre el barrio de Pompeya. Tal vez sus palabras fueran otras, no tan cursis como las de la tangófila ironía de Leandro. Para el caso daba igual: jamás se le iba a ocurrir abandonar el puesto de guardia, cruzar hasta la plaza de enfrente, obscuridad garantizada, y dejar a un lado la metralleta para bajarse los pantalones. Sólo el Negro podía hacer una cosa así con una mina como Ilana, y eso porque Ilana, una tarde del último verano, mientras él preparaba el mate en la cocina, espontánea y descarada, le manoseó las nalgas. Incomparables las nalgas del Negro, protuberantes y firmes, bien marcadas bajo la ajustada tela del pantalón. Facha y despiste aparte, Ilana -ella misma se lo afirmaba al Petiso en la intimidad- vivía en celo.

Tenía más deseos y menos prejuicios que Anais Nin: si no fuera porque estaba la revolución de por medio, a excepción de Tato -Ilana no soportaba la torpeza-, ella se los habría cogido a todos; con mayor o menor intensidad, nadie es igual en las cosas del amor. También se habría cogido a Julia, a ella tal vez más: es la que está mejor, aún más que el Negro.

En todo caso, eso sólo lo sabía el Petiso, quizás también Leandro zorro viejo. Y para el caso del operativo bastaba ver la naturalidad con la cual Julia meneaba el traste, escuchar la ronquera contenida en su voz, percibir el sesgo provocativo de su mirada: a cualquiera se le pone dura, del soldadito ni qué hablar, esas oportunidades se presentan sólo una vez y nunca más, qué puesto de guardia ni puesto de guardia: con Julia de por medio, el soldadito se manda de cabeza a la obscuridad. "La que tiene más pinta de puta es Julia", dijo el Petiso. "Buena idea", dijo Leandro: "una metralleta y una cuarenta y cinco, cuántas cosas se pueden hacer, después va a ser sólo cuestión de multiplicar". El grupo se entusiasmó, los ojos del Negro roncaban, en el humo Julia ocultó los suyos.

El Negro y el Petiso llegaron a la plaza ubicada frente al garaje del Hospital Aeronáutico a las cuatro y cinco de la madrugada. El Negro se estiró a la sombra de un farol roto, inmóvil, mimetizado en la obscuridad como un

gato, apenas un brillo amarillento en torno a las pupilas quietas sobre la figura del soldado. Detrás de un árbol, aplastado a lo ancho del tronco, el Petiso extrajo de la cintura una pistola veintidós; le costó enfocar al soldado, una niebla inesperada bajó sobre su vista; "se valiente", se dijo, y algo se despejó la niebla: el soldado bostezaba, distendía la espalda sobre la puerta izquierda de una ambulancia militar; el Petiso bajó el seguro y la pistola, en su mano, temblaba.

Julia apareció por la esquina, las piernas largas perdiéndose en la falda corta, el busto agresivo y, el cigarrillo, una brasita casi imperceptible sobre su boca que pasó a la del soldado y volvió a Julia y de nuevo al soldado hasta caer bajo la ambulancia. El Petiso contó los segundos, los minutos: su mirada pasó del Negro, siempre inmóvil sobre el césped, a Julia: una mano sobre el pecho del soldado, la otra estiró hacia atrás su cabello, exageró para distender el busto. Charló, primero charló y después, cuando el soldado hizo un gesto hacia la ambulancia, se apartó un par de pasos, movió la cabeza, enfática, con la cabeza más que decir, gritó "no, no", dio media vuelta y amagó marcharse.

Pero el soldado la agarró por el pelo y, empujándola con el cañón de la metralleta, la arrastró hacia la puerta posterior de la ambulancia que, de repente, se abrió para dejar salir a dos figuras de uniforme que se abalanzaron sobre Julia. Una de ellas le pegó en el estómago, la obligó a ponerse de rodillas, bajó el cierre de su bragueta y apretó la cabeza de Julia contra la misma.

En ese instante, el Petiso vio al Negro: se incorporó con un rugido inaudible. Y a él mismo se vio, desde afuera, como en una película: dio un paso a la derecha, apuntó al soldado de la metralleta, jaló del disparador. Pensó que no podía ser, pero el soldado se derrumbó, desarticulado como un títere, primero sobre la espalda de Julia para después caer al piso, la metralleta quedó bajo su cuerpo. "Uno menos", musitó el Petiso, despojado de emociones, lúcido como nunca, veía todo: a Julia hacer un esfuerzo, fugaz e inútil, para arrancar la metralleta del cuerpo del soldado, y luego echarse a correr rumbo a la plaza; al Negro, gatillar al pedo su pistola trabada y adelantarse para agarrar a Julia por el brazo y arrastrarla hacia la obscuridad; a uno de los uniformados zambullirse bajo la ambulancia; y al otro, el que le había pegado a Julia, avanzar detrás de ella hacia la plaza, desenfundar su pistola, la cosita insignificante y oscura que sobresalía de su bragueta entreabierta, el estupor en la cara, la agonía en los ojos antes de caer, descuajeringadas las piernas por los cinco tiros que el Petiso descargó al bulto sobre ellas.

Después, el Petiso intentó adelantarse, cruzar los diez metros de luz que lo separaban de la figura caída en medio de la calle para quitarle la pistola que aún aferraba en la mano. Pero los estampidos de cuarenta y cinco provenientes de abajo de la ambulancia le sonaron como cañonazos, lo hicieron volver a la realidad, cortaron la película. Y el Petiso tornó a ser él mismo: un pobre diablo con una pistolita veintidós en la mano, el héroe de la triste figura, un personaje paródico sobre el cual, en cuestión de segundos, caerían todos los soldados apostados en los retenes del Hospital. Y la policía: lejanas desgarraron su alma las sirenas de la federal.

Vació el cargador sobre la ambulancia y se echó a correr a través de la plaza, la garganta oprimida, el aire quemándole los pulmones, pisándole los talones también corría la muerte. Por la ventanilla se tiró de cabeza en el asiento posterior del auto: cayó sobre el regazo de Julia y todavía tenía las piernas en el aire cuando Leandro hizo chirriar los neumáticos en la curva de la primera esquina. "Dale Petiso, planificate otra como esta y la semana que viene le disputamos el poder a San Pedro", ironizó Tato mientras desarmaba la carabina. "Liberalete ¿de dónde sacaste que el milico estaba solo?", apoyó Leandro a Tato desde el espejo retrovisor. "Estaba solo, y las ambulancias en el garaje; tendríamos que haber pasado antes, para verificar ¿escuchaste Tato? para ve-ri-fi-car", intentó justificarse el Petiso, a los gritos, pero tenía la garganta oprimida y su voz sonaba confusa, rasposa. "¿Verificar? ¿verificar? ¿me estás echando la culpa a mí?, vos verificaste, estabas seguro, recontraseguro, un año hiciste la colimba ahí", saltó Tato, pero el Negro lo interrumpió: "basta: el Petiso baleó gente, por primera vez en su vida, ustedes nunca, así que basta, déjenlo en paz", apenas se escuchó la voz del Negro pero todos se callaron hasta que, un minuto después, a través del cuerpo de Julia, el Negro apoyó una mano sobre el muslo del Petiso: "estuviste justo, no tenías otra: ellos o nosotros, bien, bien, pero la próxima más cuidado con el gatillo; los últimos tiros fueron al pedo". Julia guardó silencio. Recién una hora después de que el auto los dejara, a ella y al Petiso, cerca de la Costanera, alzó los ojos sobre el horizonte gris del río y dijo: "gracias a vos".

"Tenía razón", se repite el Petiso mientras restriega la tela del pantalón sobre el muslo para secarse la orina escurrida. "Fue mi responsabilidad, apenas di un par de vueltas a cualquier hora: tenía fiaca, confié en recuerdos, no verifiqué un carajo, mentí, y esos dos milicos carajo, pobres tipos", se reprocha el Petiso, "violadores o no eran pibes", por los milicos heridos sufre el Petiso, recupera el medio de la vereda, ajusta los pasos, contornea la esquina, mira el reloj: faltan dos minutos y medio.

En un Peugeot Ilana y Leandro pasan a su lado, fingen no verlo, él hace lo mismo. "También se adelantaron", piensa y desea que con el Negro y Tato suceda lo mismo pero los trenes nunca se adelantan, eso sí, hasta podrían llegar atrasados: una puntada le atraviesa el vientre. "Al menos que lleguen a tiempo", susurra: "por dios que todo salga bien". Y no piensa en la cárcel ni en la policía, ni siquiera a la muerte le tiene miedo en este instante el Petiso: "sólo a quemarme y no por mí, te lo juro". Recuerda que las mismas palabras le dijo a Ilana esa tarde: "es que después de lo del Hospital si algo no funciona esta noche ni Cristo me vuelve a dar bola, y no es por mí, hermanita, que a mí me den más o menos pelota qué carajo me importa". Claro que sí, a él que carajo le importa, nada menos a él que sólo está pendiente de la opinión ajena cuando no duerme. "Mascarita te sacaste el antifaz", se ríe de sí mismo y, luego, se pone serio: detrás de la ironía hay otras cosas tan reales como las que atañen a su ego. El Negro, por ejemplo: no su jefatura, nadie podría discutirla, es el más capacitado, tiene pasta de líder, carisma; no, con la jefatura del Negro hasta él está de acuerdo. El problema es lo que el Negro piensa, la forma en la cual quiere sacar adelante esta guerrita de mierda. En realidad, se da

cuenta el Petiso, el problema es suyo, no del Negro. Al Negro le sobra coherencia: el Negro es movimiento, la guerra será velocidad. El Negro es seguro, la guerra será decisión. Al Negro le sobra fuerza, la guerra será violencia.

"Y con el sereno de la obra ¿pensaste qué hacer?", interrumpió el Negro al Petiso, filosa la voz, acerados los ojos de gato, la luz del comedor parpadeó, en los párpados acusó el Petiso el impacto. Y tomó conciencia de que si algo fallaba en su plan el grupo, Tato inclusive, transformaría en dogma la tesis del Negro. Y él tendría que abrirse: no estaba dispuesto a morir por la revolución, solamente quería hacerla. "Bueno, Negro, ni siquiera sabemos si la obra tiene sereno o no. Como dijo Tato, hay que verificarlo. Podría hacerlo esta misma noche, acompañado por Ilana o Julia para tener una excusa en caso de que pase algo", dijo el Petiso, deslizó sobre Julia una mirada inexpresiva, y deseó con todas sus fuerzas que fuera ella: "cualquier cosa decimos que estábamos con ganas, justo pasábamos por ahí y el lugar nos pareció adecuado. Mejor mañana, esta noche ya es demasiado tarde".

"Puedo ser yo, como vivo cerca" -dijo Julia, los ojos grandes y abiertos sobre el Petiso, demasiado tiempo sobre ellos para ser totalmente inexpresivos. Julia se miró las uñas pálidas y largas, el Petiso pensó en una pantera, al grupo la idea le pareció excelente, la mesa del comedor quedó desordenada: papeles, el mapa manoseado, restos de una copa destrozada, souvenirs que acostumbra a dejar Tato en casa de Ilana.

El Petiso se sumergió en un libro, fantaseó a Julia desnuda y se quedó dormido sobre el sillón de la sala. Algo lo despertó durante la noche, la piel oprimida, algo. Moroso se sacó la ropa, casi acariciándose: "un poco de puto tengo", le subieron las manos por los tríceps, apretaron los hombros anchos, buscaron a Ilana, la encontraron en el atelier, desnuda bajo la túnica salpicada de témpera: jugaron con su bajo vientre, húmedo, amplio.

Ella pintaba, reía entre dientes, carcajadas cortitas, complacida, la risa le subía a los ojos y por una mano bajaba hasta la piel del Petiso. La risa: abriéndole de a poquito las piernas. Ilana reía: largas, suaves carcajadas; largos, suaves trazos sobre la tela: Ilana pintaba. Después gimió, maullidos quedos y prolongados, gatita tierna, piel de angora, entrecerró las piernas, abandonó la tela, se deshizo de la túnica, y volvió a pintar: de rojo pintó el pene al Petiso, el escroto de amarillo, y no paró de reír hasta que él le sirvió un vaso de vino blanco. Y restos de risa le quedaban mientras hacían el amor: el Petiso abierto, inmóvil, y ella a horcajadas, lenta su pelvis en cada vaivén, un gemido apagado en cada movimiento, una risita desmayada.

Amaneció en las persianas. El Petiso volvió a dormirse: esta vez sin pensar en nada el sueño cayó sobre sus ojos, imperceptible, como el primer rayo de sol que llegó hasta la ventana. Ilana lo arrulló, cantó una canción en idisch: campiñas amarillas y un hombre pequeño que sabía volar. Le acarició la espalda, lo besó junto a la boca, le dijo gracias, muchas veces gracias, le dijo todas las cosas que él no quería escuchar: mujercita, sólo una mujer puede conocer así a otra, sólo una mujer puede darme lo que vos me das; se rió de la cara que pondría el Petiso si la pudiera escuchar, él, tan machito con algo de mujercita, ¿lo entendería?: quizás si ella le explicase que todo sería mejor si todos los hombres tuvieran algo de mujer: la sensibilidad, el sentimiento, el amor por sí mismos, las cosas que sin darse cuenta él tenía, poco, pero las tenía. Sí, él entendería aunque para lograrlo ella tendría que hablar muchísimo, y eso le daba una fiaca tremenda. ¿Y el Negro?. Si el Negro fuera así: tan lindo el Negro, un pura sangre, un ejemplar de macho, puro coraje encarnado en un varón, pero el Negro no, imposible, dejaría de ser el Negro. O si el Petiso... no: la estampa es genética, no se hace, no. "Habría que hacer uno entre los dos, qué tipo", suspiró Ilana. Y cubrió al Petiso con una colcha raída, manchada de pintura. Después se puso la túnica, y pintó.

Al mediodía el cuadro estaba esbozado. El Negro lo ocupaba casi todo, las manos extendidas, el vientre esfumado. Y el Petiso pequeño, en un rincón, roja la verga se destacaba entre sus piernas. Todos pasaron frente a él, nadie se dio cuenta: a Ilana le gustaba Picasso. Todos menos el Petiso: no porque entendiera algo de Picasso, después de todo Ilana tampoco entendía mucho, sino porque le preguntó y le preguntó y se hizo el payaso y se vendió desprejuiciado hasta que Ilana, ganada por cansancio, se lo dijo, riéndose, no hubiera podido decírselo de otra forma, se habría ofendido, tan susceptible el Petiso. No se ofendió. Se puso triste: parecía un león el Negro, él siempre quiso ser un león, inmensamente triste.

Igual que ahora: de repente invadido por una tristeza inmensa, casi roza la cabellera de Ilana cuando pasó al lado del Peugeot. Le habría gustado extender la mano a través de la ventanilla abierta, acariciar a Ilana, guiñar un ojo a Leandro, mirar esa sonrisa que le llena de arruguitas la cara. Pero mete la mano en el bolsillo del pantalón, baja la cabeza, embiste la calle y llega a la esquina, frente a la estación.

Faltan dos minutos, como de costumbre adelantado. De nuevo al rincón oscuro de la ligustrina, protección precaria: esa luna, tan grandota carajo, ¿se vistió a lo grande para recibir visitas? ¿por qué no estará nublado, carajo?

¿estamos o no en invierno che?. Un poco nublado nomás ¿eh?, como hace tres noches: unas pocas nubes y ni Julia lo vio. Y eso que Julia sabía que él estaba ahí, que ahí la esperaba, pero sólo al llegar a la esquina lo vio: hizo un gesto de sorpresa, besó su mejilla, lo tomó del brazo con más fuerza que de costumbre y dijo, así como al pasar, malintencionada, porteña piola, histérica, encantadora: "¿empezamos el teatro ahora?".

Se ríe el Petiso, las ramas de la ligustrina con él, risa contagiosa, risa de loco, risa de nada, de nada acostumbra a reír el Petiso aunque ahora sea de las vueltas y revueltas de Julia por esa cosita oscura que lleva entre las piernas, qué piernas dios, las mejores de Buenos Aires: las imagina el Petiso más allá de donde las conoce, casi nada, sólo la cosita oscura. "Casi todo, enano", diría Leandro arrugadito de picardía. "Casi todo", repite el Petiso, y desde su esquina observa las sombras de Leandro e Ilana dentro del Peugeot estacionado frente al edificio en construcción. El Petiso aparta la vista del auto, prefiere volver a Julia e imagina sus rasgos afilados, su cara que se tensará en los próximos sesenta minutos, minuto a minuto y atada al destino de los cinco sobres lacrados que, desde hace unas horas, se enciman en algún rincón de la caja fuerte del abogado.

Esa tarde Tato arrancó una hoja de su libreta negra, la dividió en cinco, entregó un pedazo a cada uno. A Julia no le dio porque se quedaba de control.

Ilana escribió su nombre verdadero con letra cursiva y desmañada, abajo la dirección de Víctor con letras de imprenta. "¿A quién pusiste que le avisen?", preguntó el Petiso mientras doblaba su papelito en cuatro, escribía un "Petiso" que ocupaba todo el frente del sobre, se lo entregaba a Julia, miraba caer las gotitas de lacre. "A mi ex-marido", no apartó la vista llana del "Ilana" minúsculo, primoroso, que había escrito en el ángulo inferior derecho de su sobre. "Pucha, si pasa algo se va a cortar las bolas", alzó las cejas el Petiso.

A Ilana le encantó la idea: "¿te imaginás?... con lo boludo que es", brillaron sus ojos, incrustó los caninos pequeños y puntudos en el labio inferior, le dio el sobre a Julia que lo lacró, lo puso en la cartera junto a los otros cuatro y se los llevó al abogado quien los apiló, cuidadoso, en el interior de su caja fuerte sin percatarse de que le temblaba el párpado izquierdo; sólo percibió un tironcito en la boca del estómago: comprensible, era su primera vez, era jodido si llegaba a pasar algo, era su deber político, era inevitable si se lo pedía Julia, era el beso de Julia y el aroma de locos que dejó en su oficina. Una Julia imperturbable pero tensa hasta el dolor: caminó por Santa Fe, ojeó libros en Corrientes, se metió en un cine, salió al rato sin recordar lo que había visto, se esforzó por tragar un pedazo de pizza en Guerrín, hizo tiempo hasta las doce para tomar el subterráneo a Chacarita, cruzó la avenida Lacroze y se derrumbó sobre una silla en la Imperio para esperar al Petiso: "sesenta minutos, ni uno más, hasta la una y cuatro, Julia: después volando al abogado", esa tarde dijo el Negro. "Como si eso pudiera resolver algo", reflexionó Julia, pidió una coca cola y, mientras la ansiedad afilaba sus rasgos, verificó que el reloj luminoso de la pared, atrás del mostrador, marcaba las doce y cuatro... sesenta minutos, sesenta, ni uno más.

Sesenta minutos durante los cuales sus rasgos se afilarán hasta parecer una máscara egipcia, un águila, una hechicera indígena, imagina el Petiso, y también se imagina a él mismo: entra a la Imperio a la una y tres de la madrugada en punto, con una sonrisa grandota, y le dirá que llame al abogado para que rompa los sobres y... "qué tal un par de ginebritas, en tu casa, negrita, para festejar". A lo que Julia responderá con una evasiva: la ve el Petiso a Julia en la Imperio; sonríe con ganas, acaricia su mejilla, canchera, dice que sí con los ojos y después mira el reloj: "qué tarde che: mañana tengo que estar a las ocho en la cegeté". Porque no se van a la puta que los parió vos y la cegeté, anticipa una hora sus pensamientos el Petiso: vos y tus confusiones, yo y las mías, entiende el Petiso a Julia y no la entiende, monja disfrazada de yiro, sujeto de diván, histérica mayor de Buenos Aires, definitivo, no la entiende.

Pero la siente. Y se sume en ella, en su cuerpo, en su olor, como hace tres noches, casi tres.

Fue fácil pasar del baldío al edificio en construcción. El Petiso se impulsó con los brazos y se ubicó a horcadas sobre el borde de la medianera. Desde allí extendió un brazo a Julia y la izó a su lado. "Podrías ser más delicado, bestia", dijo Julia y se frotó la axila izquierda. Pero él no le prestó atención: tenía los sentidos puestos en la boca de ballena que se abría al frente. Se dejó caer en la obscuridad, Julia a su lado, la obra se los tragó. Arriba, detrás de las nubes, la luna en algún lado debía estar.

El Petiso cruzó la planta baja del edificio y en un instante estuvo sobre la puerta de la obra que daba a la calle de las vías: Julia era una sombra a sus espaldas. "Es mejor de lo que pensábamos: no tiene cerradura, sólo una traba de madera que se levanta desde aquí", dijo el Petiso, y se dio vuelta para mirar a Julia. "Y los obreros ¿por dónde entran?" susurró Julia. "Por ahí, por ahí, eso ya lo sabía, los vi", dijo el Petiso y se acercó a una puerta metálica, estrecha, situada a un par de metros del portón de madera: "esta sí tiene cerradura, pero no importa, no la vamos a usar: levanto la traba de madera de la grande, y los muchachos entran por ahí. Perfecto".

"Parece que no hay sereno, che", Julia abrió la boca en algo que quiso ser una sonrisa pero se transformó en un grito sordo cuando el ruido estalló a sus espaldas: se abrazó con fuerza al Petiso, pegó sus labios a los de él y así se quedó un rato: apenas temblorosa, las piernas entreabiertas, sus senos se esforzaban contra el pecho del Petiso y sus uñas apenas puntuaban su nuca: casi imperceptibles atraían su cabeza, parecían guiarla hacia arriba. ¿Hacia su boca?, se preguntó el Petiso. El ruido estaba olvidado cuando él apartó la cara para decir, en un susurro, que había sido un ladrillo flojo nomás, tal vez, o una bolsa de cemento o qué sé yo, algo sin importancia... pero ya el olor de Julia había cubierto el mundo.

Y ahora Julia sigue allí: en la esquina frente a la estación, sobre el cuerpo del Petiso que se olfatea el saco, huele a Julia y se putea a sí mismo por no haber entrado en el juego, por ser tan boludo, cagón. Pero esto sí lo entiende aunque le cueste aceptarlo: la tarde del dos de mayo está demasiado fresca todavía, quizás siempre lo esté, quizás dentro de mucho tiempo pueda estar en una cama con Julia y reírse del dos de mayo, pero no ahora: "aunque muera de ganas, aunque tu olor me suba los huevos a la garganta, no negrita, no, al menos hasta que no sepa con que Julia me voy a encontrar", musita el Petiso, golpeado, dolorido, confuso, ni él mismo está seguro: quizás enamorado.

El Petiso se precia de ser inteligente, muy inteligente, el tipo más inteligente del mundo. Claro, sólo lo dice para sí o, a veces, algo borracho, también se lo dice a Ilana. A Ilana se le puede decir cualquier cosa, está más allá del bien y del mal, al menos desde que perdió la virginidad con su hermano menor, por propia voluntad, se entiende. "Seguro, sos el bárbaro más inteligente que yo haya conocido en mi vida", dijo alguna vez Ilana, risueña, irónica: "y eso ¿para qué sirve?" o "lo que importa es que cogés aceptablemente... ¿lo hacés con la inteligencia también?". Y él respondió que sí: "sin broma, hasta para coger de eso se trata". Un juego entre ellos: se sabían amigos más que amantes, fervientes defensores, ambos, de camas compartidas y una discreta promiscuidad. Un juego acordado entre ambos en cuyo contexto podían decir lo que pensaban a sabiendas de que el otro no se iba a horrorizar ni ofender y que, luego de unas copas, podía llegar a transformarse en un amable intercambio de sarcasmos, en general a costa de la vanidad del Petiso. Lo cual era lógico: él siempre

insistía en convencerla, cuando estaba algo borracho, de sus virtudes. Y la única que para sí reconocía, o que le importaba, era la inteligencia. Al fin y al cabo, no era culpa suya, lo persuadieron desde chiquito: "primogénito, nieto mayor, están orgullosos de vos, te neurotizan: aprendés a leer a los cuatro años, hacés cosas que los de tu edad no hacen y vivís la vida intentando estar siempre por delante de los demás, estás convencido, tenés que ser diferente, y entonces te metés en el berenjenal de una revolución imposible, y ya ni Cristo te saca".

"Ni Cristo te saca", repite el Petiso y recuerda que pensó lo mismo el dos de mayo, frente a la Regional de San Justo cuando él y Julia fueron a comprobar qué había pasado con la bomba: según los cálculos de Tato, tendría que haber volado hasta la última piedra del cuartel.

"Nunca se van a olvidar del primero de mayo del sesenta y nueve", susurró Tato, los anteojos empañados: se movía de un lado para otro y tropezaba con las ramas bajas del bosquecito que, a la vera de la autopista Ricchieri y a unos doscientos metros de distancia, los ocultaba de la Regional.

Leandro ya había terminado de cavar el pozo y se frotaba los brazos doloridos, mientras el Petiso apartaba el polvo de amonita para que el Negro introdujera el detonante. El Petiso sudaba frío, Leandro desconfiaba. Desde el principio desconfió Leandro y le hizo repetir los cálculos a Tato más de cien veces.

"Te lo juro por mi madre, por dios te lo juro", frente a Leandro, la noche del veintidós de abril, Tato lloriqueó de cansancio: "esto lo hacen los vietnamitas contra los helicópteros, y les sale bien; además es matemático, matemáticas puras, flaco: una carga de un kilo de pólvora negra impulsa un peso de siete kilos exactamente doscientos metros si le das una inclinación de cuarenta y cinco grados". Tato rebuscó entre una multitud de papelitos llenos de cuentas hasta que, con una sonrisa triunfal, enarboló uno más chiquito que los otros: "¿ves? aquí está: un error posible del dos coma cinco por ciento ¿te das cuenta?, cinco metros más o cinco metros menos, igual el caño cae adentro y la cana nunca más se olvida del primero de mayo del sesenta y nueve. Matemáticas de cuarto año, flaco ¿no fuiste a la secundaria vos?", dijo Tato y, para buscar aprobación, lo miró al Negro quien, al no haber pasado de la primaria, experimentaba un excesivo respeto por las ciencias exactas. Y después lo miró al Petiso, el cual no sólo era un negado para las matemáticas sino que además estaba bien dispuesto hacia los resultados espectaculares.

Claro, siempre y cuando no implicasen mucho riesgo. Pero Leandro desconfiaba. Aún en el momento de poner el tarro con la pólvora negra en el fondo del pozo y la plancha de acero con una inclinación de cuarenta y cinco grados encima, Leandro desconfiaba. Apretó el hombro del Petiso un instante antes de que depositara los siete kilos de amonita sobre la plancha de acero y, cuando el Negro conectó las mechas al reloj, lo miró con una cara sin arrugas, preocupada.

"Exactamente doce horas" -a las cinco de la tarde del treinta de abril dijo el Negro, y solo le faltó rugir: en sus ojos, el sol del atardecer había puesto destellos dorados. "Parece un león", pensó el Petiso y, mientras el Peugeot carreteaba por la autopista Ricchieri rumbo a la ciudad, Leandro, sin dejar de mirar por el parabrisas, ensimismado y como al descuido, volvió a preguntar: "¿estás seguro, Tato?". Podrido de la desconfianza saltó Tato: "¡Tan seguro como que soy el hijo de mi padre, mierda!". Y Julia no entendió nada cuando, veinticuatro horas después, al ver un cráter de seis metros de ancho donde un día antes había un bosquecito de pinos, el Petiso dijo: "o, Tatito, resultaste o nomás".

Eso lo dijo casi en el momento en cual percibió a los policías de civil cuando se acercaban a ellos: pensó que ni Cristo lo sacaba de esa. Y un segundo después abrazó a Julia, mordió su labio para que abriera la boca y le metió una mano en la concha por debajo de la pollera: sintió en los dedos la hendidura de la , estrecha la imaginó, y el roce áspero de los vellos, azules los imaginó. Azules casi negros, como el traje del cana que con las manos en las caderas y la Browning en la cintura, más aliviado que sobrador, a espaldas de Julia dijo: "a volar pendejos, que para estas cosas sobran telos".

"Fue el realismo, Negro, no había otra forma de engañarlos; la cargada es otra historia: estuve mal, lo siento" - explicó el Petiso la noche del dos de mayo, sin ganas: volcó sobre llana una sonrisa triste, ocultó a Julia en una nube gris, supuso que nadie le creía, el Negro menos que nadie. Quizás Julia, pero ella no podía echarse atrás. "No puedo estar segura, en esas circunstancias no se puede estar segura: la mano la puso; está bien, yo no vi a los canas, pero lo jodido fueron las cargadas, más de una hora de colectivo jodiendo con el tema de mi concha", con las uñas Julia desgarró la nube gris: "y si lo planteo es porque el Petiso es un compañero, un buen compañero, y entre revolucionarios que se juegan la vida no deben existir malos entendidos". Así quedó: como un malentendido que cada uno entendió a su manera. El Negro fue concreto, se lo dijo, en la cocina, severo y paternal: "ese grupo que manejas vos, en la facultad... ¿hay minas, no?... cuidado Petiso, cortala con lo de las minas, vas a terminar cagando un laburo político de meses... va ser mejor que le pases el grupo a Tato, o a Julia, otro día lo discutimos", entre variados consejos y reproches dijo el Negro mientras el Petiso preparaba el mate. Habló en voz baja, pero desde el comedor pudieron escucharlo. "No te calientes Petiso, todos tenemos un momento de debilidad" -jocosa despedida la de Leandro: en las arruguitas de su cara, de lejos se notaba la cargada. Tato carraspeó varias veces antes de decir: "gracias Petiso, con tu cargada se olvidaron de la mía". Perdido en su error de cálculo, en un cráter imposible donde sólo tendría que haber existido un pozo rodeado por pinos, para Tato el planteo de Julia había sido la salvación. Que el Petiso le hubiera manoseado la concha a una compañera era criticable, muy criticable pero, dadas las circunstancias, a Tato le importaba tres carajos.

Y Julia, la Julia del dos de mayo, ese tremendo pedazo de pelotuda que en la puerta y con los ojos bajos, para despedirse no se le ocurrió otra cosa que decir: "perdoname, si yo hubiera sabido que el Negro... bueno, fue tan de sorpresa, me sentí invadida, me ofendí, y encima tus cargaditas, y ahí justo la reunión y... yo no sabía...", movía las manos frente al pecho del Petiso, como con ganas de tocarlo, esperaba quién sabe qué cosa para agregar palabras, quizás quería iniciar una conversación que durase horas, en otra parte, de otra forma. "Te

toqué la concha, me gustó, y además te cargué: olvidalo", la cortó el Petiso, seca la voz. Miró la calle, fingió indiferencia y, despacio, entre los dos puso la puerta.

"Jamás se va a olvidar: le encantó; si en lugar de cargarla hubieras insistido...", la risita de Ilana se desgranó a sus espaldas, amiga Ilana, afectuosa, pícara su mano se enredó en el pelo del Petiso. Pero el Petiso se sentía insoportable, algo por Julia y por el Negro más. Y un pibe agraviado se le trepó a la boca: "ni vos me creés, carajo", dijo y se encerró en el baño: bajo la ducha puteó, a todo el mundo puteó, y trompeó un azulejo: puta, se lamió un par de nudillos despellejados, nada grave, nada que no pase con una buena ducha. "¿Qué tal si la invitamos a cenar? a Julia, digo", desde la puerta del baño dijo Ilana, a los gritos para hacerse oír: "la emborrachamos y la metemos en la cama, entre los dos ¿cómo lo ves?; es terapéutico: después de una noche así, Julia se despide de la histeria, para siempre, te lo puedo asegurar".

Cuando salió del baño, el Petiso siguió el juego de Ilana: tomaron vino, intercambiaron sarcasmos, el Petiso insistió en su inocencia, Ilana le creyó pero igual fantasearon una cama compartida con Julia, hicieron el amor, Ilana se durmió. El Petiso no: estaba insomne, raro en él. Se sentía golpeado, confuso, triste, y se acordó de la cara de Julia y de una vez una sonrisa y de los vellos azules de su entrepierna y "puta madre, lo único que me falta es enamorarme de esa imbécil" pensó. Y sí, reconoció que sí: tal vez el beso no, fue automático, la cana estaba ahí; pero la tocada de concha había sido a propósito, con ganas, fervorosa, de calidad.

Más allá del reconocimiento de su propia malicia, a partir de ese día cada vez que lo ganan las ganas de Julia, el Petiso intenta poner por delante al dos de mayo, y a veces le da resultado. Pero no esta noche, aquí en la esquina, su cuerpo apretado contra la ligustrina y la vista clavada en el lugar donde las vías del ferrocarril, brillantes bajo la luna llena, se pierden en la obscuridad de una curva. Una curva que, de repente, sume bajo un fanal de fuego. Y el Petiso esconde el grito de los ojos en el reloj. Y, porque tanto como quedarse callado no puede, musita entre dientes: "ferrocarriles de mierda, cuatro minutos de atraso", mientras las ruedas del tren rechinan sobre los rieles y, frente a él, los vagones avanzan y ocultan la estación del Lacroze.

Algo le pasa al Petiso cuando ve al Negro y a Tato cruzar las vías; en realidad, siempre le pasa lo mismo al comenzar un operativo: es como si de repente existieran dos Petisos, uno que hace, sin pensar, y otro que observa. Y el que observa a veces se borra y después al Petiso le faltan los recuerdos.

Pero eso pasa después: ahora el Petiso sólo percibe las piernas moviéndose más allá de su voluntad, incontrolables, se le enredan en un arbusto del baldío y él cae al piso, escucha una puteada y siente el filo del aire al saltar la medianera, la respiración agitada al atravesar la planta baja del edificio en construcción, y la voz del Negro, urgiéndolo del otro lado del portón: "apurate Petiso que estamos al descubierto, carajo". Sin embargo, la tranca que traba el portón pesa una tonelada, o está atascada: apenas si logra levantarla unos centímetros. Y el Petiso que observa se da cuenta de que es un detalle que se olvidó de verificar: "verificar, palabrejas que usa Tato, qué Tato, no Tato sí Tato, hacé fuerza boludo, fuerza, no pienses infeliz, concentrá aquí la energía, respirá hondo, imaginate que sos Sansón, ya, yaaa", ruge el Petiso... y se sorprende cuando siente que el Negro lo empuja hacia las escaleras del edificio.

"Rápido Petiso... ¿qué pasa que estás agitado?: calmate, vamos, subí, rápido", lo apura el Negro. Y vuelve a sorprenderse cuando se ve a sí mismo en la terraza de la galería -no sabe como llegó hasta ahí-al lado del Negro que, en ese momento, desenrolla una cuerda sobre el patio mientras Tato, con el veintidós en la mano, se agacha bajo la ventana de la piecita donde duerme la gorda. "Abajo, Petiso, es tu turno", susurra el Negro y le pone la cuerda en las manos: "agarrala fuerte, fuerte ¿entendés?". El Petiso que observa agarra la sogá para descolgarse, y duda; quiere decir que es muy finita, que no lo va a aguantar, que se va a hacer mierda contra los mosaicos, y que además le faltan los nuditos: "te olvidaste de hacerle los nuditos a la sogá, Negro ¿cómo hago para descolgarme sin los nuditos, Negro?". Pero el enano compulsivo de mierda, ese, el que no piensa, ya está abajo, en el patio, con el culo dolorido por el golpazo, lamiéndose el ardor de las palmas de las manos: "soguita de mierda, Negro de mierda, ¿porqué carajo no le hiciste los nudos?".

Respira hondo el Petiso e intenta correr la ventana del patio, pero con un chirrido agudo las palmas de sus manos se deslizan sobre el vidrio. "Están húmedas", piensa, y se seca las palmas en la pechera de la camisa. Vuelve a intentarlo, una vez, dos veces, tres: "no puede ser, abrite hija de puta, son los nervios, lo estás haciendo mal, relajate hermanito relajate". El Petiso decide descansar un instante, para relajarse: apoya la cara sobre el vidrio -qué bueno, fresco-y, sobre el dintel de la ventana, descansa las manos, pero bajo la mano derecha siente un bultito duro: aún antes de ver la mancha rosada e informe sabe que se trata del chicle que Tato se pasó masticando toda la tarde, el mismo que en ese momento tendría que trabar el pestillo de la ventana.

"Pelotudo de mierda, qué pelotudo, torpe" piensa de Tato el Petiso, se aparta de la ventana y busca la cabeza del Negro que, desde el borde de la terraza, se asoma sobre el patio.

"Tírame el corta vidrio y la sopapa, Negro, la ventana se trabó", está feliz el Petiso de no haberse atarantado, ni siquiera puede creer que se le haya ocurrido la idea: sos inteligente, hermanito, casi sonrío, casi guiña el ojo, casi abre la boca para urgirlo al Negro, cuando un alarido estalla sobre su cabeza, rompe la noche, rebota en la luna, se le hunde en el alma y le saca afuera todo el miedo contenido: se lo pone en las manos, impotentes sobre la sogá -los nudos, yo dije que se necesitaban los nudos-. El miedo envaselinó las manos del Petiso. Y también el cuerpo, incapaz de subir, aplastado una y otra vez por los gritos de la gorda contra los mosaicos del patio. Quiere pedir auxilio: "subime, Negro, por favor subime". Pero la vergüenza comprime sus palabras en la garganta y, de pronto, otra vez el silencio.

"Se rajaron, me dejaron solo", el peligro inminente devuelve la lucidez al Petiso, está alerta: abandona la sogá, rápidos los ojos buscan un lugar donde esconder la 6.35 -si lo pescan desarmado sólo es hurto, sale en dos días-y algo pesado con lo cual romper la ventana: si se apura todavía puede llegar a la terraza, pasar al baldío,

escondese en un jardín o, si no hay cana a la vista, perderse al otro lado de las vías, especula el Petiso mientras enarbola uno de sus zapatos sobre el vidrio de la ventana.

"¡Pará boludo! ¿qué vas a hacer?", desde la terraza la voz apagada del Negro le frena el brazo: "¿probaste la puerta?". Recién entonces el Petiso ve la puerta situada a un par de metros de la ventana, apenas entreabierta, y se siente el pelotudo más grande del universo. Cruza la puerta y a los saltos sube por la escalera.

En la piecita de arriba, Tato con el veintidós en la mano hace como que apunta: tiene el ceño fruncido detrás de los anteojos, la pistolita cuelga de su mano, el cañón mira el piso. La gorda es más vieja de lo que el Petiso pensaba: las manos artríticas de lejos no se percibían ni los ojos pálidos, ni se siente, puta madre, qué acabada está esta mujer, qué triste. Se le caen los hombros al Petiso cuando la mira, y se quiere morir cuando escucha un lloriqueo infantil y a Tato que dice: "agarre a la nena y cálmela, no les va a pasar nada, tranquila".

No entiende lo que dice la vieja -algo acerca de su nieta- porque de inmediato sale a la terraza, desesperado por proponer al Negro que se rajen, argumentar que esto va a estar lleno de canas dentro de cinco minutos. "Se puso difícil, Negro, gritó una barbaridad, la cana...", dice. Pero el Negro, arrodillado al borde de la terraza otea para todos lados y responde: "la cana está mirando la tevé, palabras tuyas; además, sólo fueron dos gritos, tranquilizate". El Petiso sabe que cualquier cosa que diga en ese momento, lo dirá su propio miedo: cierra la boca, traga saliva y, por suerte, el Negro le pide que vaya y pregunte a la vieja cuál es la llave de la armería. Mejor aún: Tato ya tiene la llave en la mano. El Petiso la agarra pero, en ese momento, experimenta unas irreprimibles ganas de orinar: sale de la pieza, se abre la bragueta y mea sobre el rellano de la escalera.

"Momento para ponerse a mear", a sus espaldas dice el Negro: "apurate, bajá", con cara de culo el Negro. Al Petiso se le ocurren un par de ironías pero no le parece el momento adecuado y baja por la escalera detrás del Negro. En la planta baja, agachados y pegados a las vidrieras de los negocios, corren hacia la armería. Dos veces intenta el Petiso introducir la llave en la cerradura de la armería hasta que el Negro, "tranquilo Petiso", se la saca, la introduce con un golpe seco, abre la puerta. "Tranquilo", repite el Negro. "Parala disco rayado", está a punto de decir el Petiso cuando escucha unos ruidos provenientes de la calle y se zambulle debajo de la vitrina. Detrás del mostrador lo imita el Negro. Desde la vidriera que da a la calle un tipo echa una mirada hacia adentro, vaya uno a saber porqué con el puño cerrado da unos golpecitos sobre el vidrio, y sigue de largo. Resopla el Petiso, y cuando el Negro extiende una lona sobre el suelo, él saca de la cintura una funda de almohada y la llena con los revólveres de la vitrina. En algún momento se asombra de no sentir nada, ni siquiera cuando al Negro se le caen dos rifles que retumban como balazos en la galería. "Tranquilo, Negro, tranquilo", dice el Petiso, pequeña revancha, inútil porque el Negro no lo escucha, está en otra cosa: acomoda los rifles, se desliza como un gato de un lado para otro, selecciona cajas de balas, agarra un cuchillo vistoso, ajusta las cuerdas que cierran la lona, los ojos como bichos de luz, inestables destellos dorados en la oscuridad.

"¿Todo listo?", pregunta el Negro. "Todo", responde el Petiso, y ve al Negro acercarse a la vidriera que da a la calle con un aerosol en la mano. Lo ve detenerse un instante a respirar hondo como si quisiera tragarse todo el aire del mundo, como si estuviera a punto de sumergirse en profundidades abismales. "No pierdas tiempo, hermanito, por favor", piensa el Petiso: no puede sumergirse con el Negro, quiere pero no puede, su historia no es la del Negro y, en el "Perón Vuelve" que con letras grandotas y tembleques pinta el Negro sobre la vidriera, cuenta el Negro su propia historia, que no es la misma, no. Pero cuando el Negro, acuosos los amarillos ojos de gato, se da vuelta, le oprime el hombro y, casi profético, destemplada voz de la historia aunque no lo sepa, aunque todavía no lo sepa, le dice: "comenzó la revolución, hermano", al Petiso un nudo le ocupa la garganta y lo siente al Negro adentro, aquí en el pecho, Negro, hermanito lo siente. Y cuando de golpe lo abraza, piensa: "qué par de boludos perder así el tiempo". Pero continúa apretándolo fuerte: "nadie nos para, hermanito, nadie", hasta que el Negro lo aparta y le pega un puñetazo en el pecho, cariñosa trompada la del Negro, mide su fuerza el Negro cuando demuestra afecto: "estamos perdiendo el tiempo, boludo, rajemos".

Ni siquiera advierten el peso de los bultos al subir la escalera, ni de la escalera se dan cuenta, sólo de un rumor apenas audible segundos antes de llegar a la piecita: Tato enronquece la voz cuando quiere esconderla. "El carpintero era muy viejito y veía poco. Entonces, como le faltaba la nariz y las velas iluminaban muy, muy poco, agarró cualquier cacho de madera, y por eso Pinocho tenía esa nariz tan grandota", olvidada la pistolita sobre una silla y él sentado en la cama: un dedo señala su nariz casi tan grande como la de Pinocho mientras posa su mirada bonachona y miope sobre la nena sentada en sus rodillas: los ojos como platos tiene la nena, pendientes de la narizota de Tato. "Es la noche del alunizaje, Negro, estamos un poquito más cerca de dios", ironiza el Petiso, y tiene ganas de gritar "vamos Tato, todavía". Tiene ganas de reír y besar a Tato y no entiende cómo el mundo puede cambiar así en quince minutos, ay Negro, ay Tato, hermanitos ay...

"Tato, bajá a junar cómo están las cosas afuera", ignora el Negro al Petiso, es el jefe qué joder, seca la voz del Negro: la vieja, sentada en un extremo de la cama, se sobresalta y a la nena, Pinocho se le va al carajo. Tato se calza la veintidós en la cintura y, pesado, torpe el Tato cotidiano, se lleva una silla por delante, tropieza con la puerta, jadea sobre la pared medianera que separa la galería del edificio en construcción, y desaparece en la oscuridad.

"Oiga compañera", el Negro saca unos pesos del bolsillo y los deja sobre la silla: "de los billetes a la cana no le diga nada, se los van a quitar. De nosotros lo que quiera, pero así a la buena, dígaselo mañana". El Petiso sabe que resultaría hincharse de repetir "es la noche del alunizaje..." o recordar al Negro que era precisamente él quien había insistido en que a la gorda había que dejarla atada y amordazada por si las putas. "Pero así a la buena", acaba de decir, y al Petiso le sobran la cuerquita y el pañuelo que traía preparados en el bolsillo, feliz el

Petiso de que le sobren, aunque el Negro antes de salir del cuarto mire a la vieja sin piedad, sin piedad le mire las manos artríticas y libres que acarician a la nena.

El Petiso y el Negro corren por la terraza, como una premonición los gana el apuro, ahora ya no se puede perder tiempo: "rápido, rápido", dice el Negro, y de un solo salto se encarama en el techo del edificio en construcción.

El Petiso le alcanza los bultos, puta qué pesados los rifles, trepa al techo del edificio y sigue al Negro que se tambalea al bajar la escalera, puta qué pesados. Desde el portón de la obra, Tato les ve las sombras: trota hasta el Peugeot y abre el baúl mientras Leandro intenta poner el motor en marcha.

"¡Qué carajo pasa!", trata de controlar el volumen de la voz el Petiso cuando, luego de bajar la tapa del baúl sobre las armas, se da cuenta de que el arranque del auto gime al pedo. "Debe ser el burro", dice Leandro, en la cara sin arruguitas tiene puesto el cagazo: "empujen, todos empujen", no hace falta que lo pida, hasta Ilana está atrás del Peugeot. Todos empujan, y ninguno sabe de dónde saca semejante fuerza: despacio se mueve el auto, fuerza carajo, más rápido, ahora, poné segunda, ya, soltó el embrague, acelerá, ya: pega un brinco el Peugeot y Tato se clava de cabeza en el asfalto, en la mano derecha los anteojos, a salvo, sólo él sabe cómo, está acostumbrado. Martirio inútil el de Tato, a los treinta metros el motor tose y muere: en el medio de la calle el Peugeot parado es la imagen de la desolación.

"Decile a ese boludo que no ahogue el motor, que no lo ahogue", vaya uno a saber a quién le dice Tato, quizás a nadie porque nadie le da bola: de nuevo todos empujan, una y otra vez, paralelos a las vías, casi cuatro cuadras, seguro más de dos, pierde la cuenta el Petiso: "mejor lo dejamos estacionado por aquí y mañana pasamos por él" dice, levanta la vista en busca de algún sitio discreto para estacionar y gira la cabeza hacia la derecha porque justo ahí hay una bocacalle. Y no puede ver ni mierda porque de repente un par de faros lo encandilan, y se siente perdido. "Cagamos", dice entre dientes, y lo repite: son los faros de un patrullero que se para a cuatro metros del Peugeot.

No piensa el Petiso. Podría pensar: "me equivoqué, no toda la cana está mirando la tele", pero no piensa. Sólo saca pecho, se acomoda el nudo de la corbata, abre la cara en una sonrisa de las que él sabe y avanza hacia el patrullero, tranquilo: cuatro pasos firmes, seguros, pasos de gente honesta y sin miedo, como si fueras a comprar La Prensa o salieras de misa, floja la mano derecha oscila sobre la cintura, puta madre, descargada la 6.35 pero ellos no lo saben, no. "Qué suerte, Ayudante, encontrarnos con ustedes", buena vista la del Petiso: sobre el tercer paso al oficial le juna el grado en la charretera. Y su cara de botón lo ayuda, sabe fingir cara de botón el Petiso detrás de la sonrisa. "A ver si nos hace una gauchada, Ayudante", enarcadas las cejas, ahora serio, apoya el brazo izquierdo sobre la puerta del patrullero y mira al cana desde arriba: jovencito el oficial, este se come cualquiera: "péguenos un empujoncito que el Peugeot no quiere arrancar".

En la media vuelta el Petiso se juega entero: está jugado cuando abre la puerta delantera del Peugeot para que suba Ilana, todos están jugados cuando sube el Negro, con desgano sube, él habría apretado por sorpresa pero el Petiso hizo la propia y ahora no le queda otra que ocultar la cara de gato atorrante en la sombra, el perfil de delincuente tras el perfil rubio de Tato, y dejar que la mano inquieta le acaricie la veintidós en la cintura, alerta la mano, entrecerrados los ojos amarillos y alerta. Pero los para golpes chocan: de a poco el Peugeot gana velocidad en el medio de la calle, dejá que suba, más, poné segunda, ya, soltó el embrague, acelerá carajo acelerá... y el Peugeot pega un brinco, tose, pedorrea y arranca carajo arranca Peuyocito solo nomás, cuarenta, cuarenta y cinco, tosecita al pedo, pedo con aroma a gasolina.

Sesenta, setenta, chau... El patrullero se despide: hace un par de guiños con las luces antes de girar en una esquina. Adiós muchachos y saludos a la vieja, la puta madre que los parió.

Se ríe el Petiso, no puede parar con esa risa suya que contagia a todos: Ilana hunde los caninos finos y puntudos en el labio inferior pero el pecho se le agita, se le expanden las tetas bajo el suéter y estalla en carcajadas. Leandro arruga la cara, maneja y no debe pero no lo puede evitar y la boca se le abre de a poco, casi imperceptibles estrías negras sobre los dientes amarillentos, quejidos de hiena, entrecortados, incontenibles le sacuden el cuerpo: hace esos el Peugeot sobre el asfalto. Tato quiere decirle a Leandro que no se ría: "vamos a hacernos mierda, boludo". Pero cada vez que abre la boca lo único que sale es un ronquido, un hipo profundo, y no aguanta más y se da vuelta y abraza al Petiso y le estampa un beso húmedo en la mejilla: "Tato, la puta que te parió". Y el Negro, ronronea el Negro, gato atorrante, habitué de broncas y cornisas ronronea y dice: "Leandro, sacá el pie del acelerador que Tato y yo bajamos en la próxima".

Esconden las pistolas bajo el asiento de Leandro y se bajan del Peugeot.

"Están limpios, libres", piensa el Petiso, acaricia el cabello de Ilana, palmea la cabeza de Leandro, tira la 6.35 bajo el asiento de Ilana, besa su nuca y pide que lo acerquen un par de cuadras más de lo previsto, hasta la estación Sáenz Peña: "nos atrasamos y tengo miedo de que Julia se raje, ahí sí cagamos todos".

El Petiso mira cómo arranca y se va el Peugeot. No hay problema, no va a pasar nada, el aguantadero está cerca y una parejita sola de noche nunca llama la atención: "igual llamo desde la Imperio y verifico, se me pegó la palabreja ¿porqué no te vas a la mierda Tato?"

Respira hondo el Petiso el aire de la estación: hace un frío de cagarse, carajo, qué mierda, algo le pasa. Tendría que estar contento: un par de escopetas de grueso calibre, doce carabinas, dos treinta y ocho entre los revólveres, municiones a rolete, ¿una ginebra para calentar la noche, negrita, para festejar?, comenzó la revolución hermano... Pero como si todo lo viese desde afuera: "anestesia Negro, yo me anestieso cuando las cosas me tapan, me pongo afuera, Negro, sólo así puedo pensar, salir al paso de mis cagadas, siento mucho, Negro, más de lo que vos puedas imaginarte, todo me toca, todo me arranca el cuero a pedazos y no podría resistirlo por eso me pongo afuera y de repente estoy adentro sin darme cuenta, pero afuera, puta que lenteja de tren, ay negrita, aguantate, cinco minutos nomás, el tiempo que tardás en llamar al mozo y pagar,

aguantate por favor, ¿una ginebra, hermanita?, ya sé, no lo digas, mañana tenés que estar a las ocho en la cegeté", piensa el Petiso, sale de la estación, para cruzar la avenida Lacroze esquivando autos: suicida, loco, pelotudo acompañan sus malabarismos. Y entra en la Imperio: una y trece de la madrugada en el reloj de la pared, detrás del mostrador, ay Julia. ¿dónde...?.

Julia está de pie, la cartera bajo el brazo, frente a él, las pupilas clavadas en las suyas, tensos los rasgos de la cara, una hechicera indígena. El Petiso intenta abrir la boca en una sonrisa pero Julia la cubre con sus labios, seis centímetros más alta, tiene que inclinar la cabeza: "me iba, chiquito, ya me iba", le susurra al oído, y lo abraza, lo aprieta, en la nuca le clava las uñas, las piernas entreabiertas, apenas temblorosas, ay Julia qué piernas. Sentados en una mesa cercana a la puerta se mantienen muy juntos, pocas palabras, está todo bien, ella ya lo sabe, pocas palabras, pocas: dos treinta y ocho, una vieja artrítica, la nieta, Pinocho, la cana burlada, ya todo está dicho, ¿ves?, todo.

"Todo no, algo falta: vos y yo", dice Julia, "vos y yo". Yo y vos, de afuera la mira el Petiso. "Venite a casa, chiquito, a tomar una ginebra, para festejar", dice Julia. Ay Julia, de afuera el Petiso, ay hermanita del alma, tu olor cubre el mundo, ay me quiero morir, de afuera el Petiso. Y desde afuera está a punto de decir: "esta noche no, mañana temprano tengo que estar en la cegeté", cuando Julia, espontánea, con un brazo aferra su cuello y lo besa. Al Petiso algo se le rompe adentro, o afuera, y el Petiso que no piensa dice: "¿tenés televisión?, digo, no es cuestión de perdernos la noche del alunizaje, digo yo", dice el Petiso mientras una sonrisa maliciosa bailotea en las comisuras de su boca.

EL ARAMBURAZO Y DESPUÉS

Capítulo 13 - El aramburazo

"¡Perón Vuelve! Comunicado Nº 1. Al pueblo de la Nación: Hoy a las 9:30 hs., nuestro Comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a Juicio Revolucionario. Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos. Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmemente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligarca, siguiendo el ejemplo heroico del general Valle y todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana. ¡Perón o Muerte! ¡Viva la Patria! Comando Juan José Valle Montoneros".

El 29 de mayo en Argentina se conmemoran tanto el aniversario del Cordobazo como el día del Ejército. Un año después del Cordobazo, el 29 de mayo de 1970, cuando los militantes populares de todas las tendencias políticas y mientras en los cuarteles se preparaban los festejos del día del Ejército, Montoneros secuestró al general Aramburu. Ni la selección del objetivo ni la oportunidad en la cual éste se realizó, tuvieron que ver con la casualidad o el "posibilismo". Tanto la tremenda carga simbólica de haber secuestrado a Aramburu en tal fecha como las consecuencias políticas del hecho fueron el resultado de exhaustivos análisis y de la audacia sin límites del grupo que realizó el operativo; de Emilio Maza y Fernando Abal Medina en particular.

Audacia, desde el punto de vista de las armas, por el riesgo que implicaba la realización de un operativo que ponía en juego las cabezas y los mejores cuadros de una pequeña organización y, en caso de fracasar, la subsistencia de la misma. Pero, sobre todo, audacia política. Se trataba de golpear en el centro de gravedad del enemigo, objetivo estratégico por excelencia en cualquier confrontación. Pero no golpearlo en el plano militar - "Golpear donde duela", manifiesta el comunicado Montonero del 1º de julio de 1970 que difunde la toma de la ciudad de La Calera-sino en lo cultural, lo simbólico y lo político.

Y hasta en lo profético o, si se quiere, lo mágico: el general Valle, en 1956 y pocas horas antes de ser fusilado por Aramburu, escribió una carta en la cual profetizaba su muerte. El comando montonero que lo secuestró y ejecutó, se autodenominó "Juan José Valle". El general Valle había vuelto para ejecutar a Aramburu. La profecía estaba cumplida.

En "Montoneros, soldados de Perón", Richard Gillespie escribe: "... a principios de 1970, doce¹⁸ jóvenes, casi todos hombres, habían conseguido unirse para completar la arriesgada fase preparatoria de la guerra. Influidos por diversos factores políticos, sociales, económicos y culturales, así como por las evidentes limitaciones de las iniciativas de resistencia de masas, la ineficacia de la izquierda tradicional y las nuevas ideas y estrategias radicales, estaban decididos a responder a la violencia militar con la violencia en nombre del pueblo. Aunque pocos e insuficientemente activos para atraer la atención de la policía, los doce estaban dispuestos a levantar el telón que los separaba del público. Había llegado el momento de anunciar al mundo su existencia, y lo hicieron mediante una acción cuyas repercusiones no guardarían la menor proporción con su escasez numérica".

Pero, precisamente en esto, realizar acciones cuya repercusión supera la fuerza objetiva del grupo que las hace, radica la lógica de las tácticas foquistas o, ya en el plano estrictamente militar y según Clausewitz, el objetivo de las "formaciones especiales" al operar detrás de las líneas enemigas.

La decisión de ejecutar a Aramburu no fue fácil. Con Aramburu secuestrado se podrían haber negociado muchas cosas con réditos tácticos inmediatos como la devolución del cadáver de Evita o la liberación de presos políticos. Pero se le dio prioridad a lo estratégico, a obtener réditos a largo plazo. Réditos no sólo en beneficio de nuestra Organización sino también para el peronismo en su conjunto de quienes éramos, según nuestra definición de la época, su brazo armado. O, según la definición de Perón, sus formaciones especiales.

Los réditos estratégicos pasaban, en primer lugar, por apuntalar el ánimo de lucha y la esperanza en la victoria de las bases peronistas así como por estimular la incorporación de la militancia, actual y potencial, a la lucha armada.

Tal como postuló el Negro Sabino Navarro en el Congreso del Peronismo Revolucionario en 1969. Quemar naves y pasar de la defensiva a la ofensiva, de la Resistencia a la Revolución. La estrategia dio resultado, y de ello da fe el nacimiento del fenómeno montonero, esto es el nucleamiento de viejos militantes procedentes de la Resistencia y del Peronismo Revolucionario con jóvenes sin militancia previa en torno a la organización Montoneros, y su masiva influencia política en el conjunto social cuya mayor expresión organizada de masas fue la Jotapé.

Para entender el éxito político que significó para Montoneros la ejecución de Aramburu, vale recordar lo que fue el peronismo después del golpe de estado que lo derrocó: un movimiento fragmentado en lo político y en lo ideológico aunque unido por sus mitos y su utopía: el gobierno peronista, Evita y la Resistencia eran los

¹⁸ No sé de donde saca Gillespie la cifra de "doce jóvenes". Para la época del Aramburazo, e incluso meses antes del mismo, el número de combatientes entre Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe, triplicaba o cuadruplicaba esa cifra. Lucas Lanusse en su tesis "Montoneros: el mito de los doce fundadores" (Ed.Vergara, 2005) hizo una profunda investigación al respecto.

mitos, y el retorno de Perón su utopía. El peronismo estaba unido por su subjetividad. Y esa subjetividad constituía su potencia.

Cuando Montoneros decidió salir a la luz con la ejecución de Aramburu no priorizó el hecho -objetivo y del cual éramos conscientes- de que eliminaba a la figura de recambio del régimen, la única figura con pleno consenso tanto en el poder económico y su expresión política, el Partido Militar, como en amplios sectores de la clase media que, en la coyuntura, se definían como opositores.

Aramburu como jefe de gobierno habría tenido grandes posibilidades de lograr el aislamiento político del peronismo. O, lo que era lo mismo, de la clase trabajadora y sus sectores combativos.

Los montoneros no lo ignorábamos, pero no fue esto lo que decidió la muerte de Aramburu. La muerte de Aramburu, para nosotros, se asimilaba a la quema de las naves por parte de Hernán Cortés: no tenía retroceso, y ello entraba en el plano de la subjetividad. No fue un hecho dirigido tanto hacia fuera del peronismo como a la conciencia de los peronistas: a partir de ahora no hay "negociación" posible sin Perón en la Argentina y sin el peronismo en el poder.

En una entrevista realizada por Matilde Ollier¹⁹, en relación a la muerte de Aramburu, un militante de origen peronista, cuenta: "mi tío, sindicalista peronista, decía no sé quiénes fueron, ¡pero cómo me hubiera gustado que hubiéramos sido nosotros! ¡Esto es otra cosa! ¡A estos no los para nadie! A partir de ahora se puede pensar en ganar". Lo cual me recuerda una frase de Amanda Peralta. Una frase cargada de dolor y pronunciada a comienzos de los '60: "resistir, resistir, ¿y cuándo vamos a pasar a la ofensiva?"²⁰.

Con la ejecución de Aramburu, el peronismo en su conjunto pasó a la ofensiva: el pueblo peronista sintió que había obtenido su primera victoria desde 1955 lo cual le dio esperanza acerca del triunfo final y, como si esto fuera poco, Perón le comió al Partido Militar su último alfil. Es más: si forzamos un poquito el análisis, la ejecución de Aramburu, constituyó un hecho táctico foquista de carácter clásico: las condiciones objetivas de la revolución estaban dadas; faltaban desarrollar las condiciones subjetivas, esto es, una conciencia colectiva acerca de que el enemigo era vulnerable y la victoria posible lo cual, a su vez, motivaría la masiva incorporación del pueblo a la lucha. La subjetividad que mantenía unido al pueblo peronista -mitos y utopía- se complementaba con la decisión de vencer o morir, el pase a la ofensiva, la posibilidad del triunfo, el cielo al alcance de las manos.

Las bases peronistas así entendieron la ejecución de Aramburu: se apropiaron de la quema de las naves, y ello explica el creciente éxito de Montoneros a partir de 1970 y hasta 1973. Esto es, hasta el desastre de Ezeiza, la caída de Cámpora, el mal disimulado enfrentamiento con Perón y su consecuencia directa: el asesinato de Rucci. Otra quema de naves, pero en este caso perversa, autodestructiva.

El 20 de febrero de 1971, Perón envía una carta a Montoneros en la cual, sobre la muerte de Aramburu, escribe: "Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas". Carlos Hobert, quien se entrevistó con Perón a fines del '71 o comienzos del '72, relató que el Viejo, luego de enseñarle el cadáver mutilado de Evita dijo que, más allá de lo político, en lo personal, él jamás se habría opuesto a que se diera muerte a quien había promovido la mutilación de Evita.

También lo entendieron así la militancia y los cuadros de todos los sectores del peronismo con pocas excepciones. Una de ellas estuvo a cargo de la conducción de las Fuerzas Armadas Peronistas que relativizaron la importancia del hecho: "...lo que no se evaluó claramente por los compañeros montoneros fue la perspectiva de continuidad de un proceso desencadenado a ese nivel.

Nosotros opinamos que está bien muerto Aramburu, pero que era una acción más para culminar un proceso que para iniciarlo"²¹. A buen entendedor pocas palabras.

Este párrafo disgustó a un buen entendedor: Fernando Abal Medina. Fernando lo conoció en forma directa y apenas fue escrito, ya que en ese momento -entre julio y agosto de 1970- se encontraba refugiado en una de las casas operativas de las Fuerzas Armadas Peronistas. Casa que también funcionaba como hospital de las FAP en el cual yo atendía a un compañero -herido de un tiro en el estómago por Ramus durante una práctica militar-, hecho que me permitió intimar con Fernando y compartir sus opiniones. No sólo respecto del criterio de la conducción de las FAP sobre el Aramburazo, sino también en relación a los dos documentos -las "Doce Preguntas" y el "Reportaje de Granma" -que definían su bagaje estratégico. Y, por supuesto, también supe algunos pormenores acerca de la muerte de Aramburu. Pero antes de llegar a ellos hagamos un poco de historia.

Capítulo 14 - Aramburu y después: ¡qué después!...

¹⁹ Matilde Ollier, op. cit.

²⁰ Citada por Eduardo Pérez en "De Taco Ralo a la alternativa independiente", Ediciones "de la campana", 2003.

²¹ Reportaje a la Dirección de las FAP, realizado en agosto de 1970 y publicado en el periódico Granma de Cuba. Transcrito por Pérez en "De Taco Ralo a la Alternativa Independiente".

Conocí a Fernando y a Ramus pocas semanas antes del Aramburazo, en una reunión organizada por el Negro Sabino en un departamento que yo alquilaba en Billingham y Las Heras. En él vivió el Negro durante un año, hasta mi detención y su mal parida marcha hacia una muerte absurda en los montes cordobeses. La reunión se hizo para que Fernando conociera a los principales combatientes de nuestro grupo y discutiéramos o consensuáramos normas de funcionamiento comunes. Esto es, que aceptáramos las normas de funcionamiento del grupo de Fernando, diferentes de las nuestras, en lo que hacía al rol político de los combatientes pero, sobre todo, en cuanto a los criterios de autoridad.

Nosotros teníamos una conducción colegiada entre el Negro, Hobert, Lafleur y yo. La responsabilidad o jefatura de cada operativo rotaba de uno a otro y el resto de los combatientes tenía una amplia participación en las decisiones. Además de combatir, todos desarrollábamos alguna tarea política, y ello era obligatorio para poder llegar a combatiente. El liderazgo del Negro se debía a su carisma, a su capacidad de decisión, a su trayectoria como dirigente sindical y del Peronismo Revolucionario, pero en lo formal no existía una jefatura. Tampoco existía un régimen de sanciones, ni siquiera se nos había ocurrido: si alguno se mandaba una macana, se imponía la autocritica y alguna tirada de bronca, más o menos tolerante, por parte de los compañeros. A veces, alguna discusión más o menos feroz que siempre terminaba en un abrazo y un café, o una ginebra.

En cambio, el grupo de Fernando se caracterizaba por una rígida disciplina y una definida línea de autoridad: los combatientes se numeraban desde el primero al último, con el objeto de que si el que estaba adelante caía fuera reemplazado, sin discusiones, por el siguiente. La numeración también servía para promocionar o degradar a un cuadro de acuerdo a sus aciertos o sus errores lo cual fue confundido, después de que la muerte de Sabino facilitara el acceso de Firmenich a la conducción formal de la Organización, por "virtudes" o "defectos" con la subjetividad que ello implicaba. En el grupo de Fernando, las decisiones se tomaban entre pocos y las órdenes no se discutían.

Este esquema a mí no me convencía, y creo que tampoco convencía a Gustavo Laffleur. En realidad creo que no convencía a ningún combatiente de nuestro grupo: de hecho, a partir de la muerte de Fernando y hasta finales del '73, en Montoneros se impuso nuestro criterio respecto del rol político de los combatientes²² y su directa consecuencia organizativa: la creación de las ubeerres. Pero en mi caso, el Negro se había tomado su tiempo no tanto para convencerme acerca de las bondades del esquema -basadas en criterios de eficiencia militar-y lo relativo de su aplicación, sino para advertirme de que estaba obligado a aceptarlo si quería integrarme a la nueva organización. Me quedó claro. Y nuestro grupo aceptó las reglas propuestas por Fernando respecto del verticalismo. A su vez, Fernando aceptó nuestros criterios acerca de que los combatientes debían desarrollar tareas políticas o, al menos, que no era incompatible desarrollar al mismo tiempo y con la misma gente el trabajo político y el trabajo militar. De esta reunión participamos el Negro, Hobert, Lafleur y yo. Para esa fecha, también integraban nuestro grupo como combatientes, Hilda Rosemberg, la Renga Maliandi, El Boga Falaschi, el Pelado Ceballos y Tito Veitzman, médico psiquiatra, ex-dirigente de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional. Después del Aramburazo, se hizo otra reunión con todos ellos para formalizar, en una especie de plenario, nuestra integración a Montoneros. Sólo el Boga Falaschi votó en contra de la integración: según sus recuerdos, yo hice acerbos críticas al funcionamiento "militarista" del grupo Abal, y también voté en contra. Recuerdo las críticas pero no recuerdo haber votado en contra: era imposible porque, de hecho, ya estaba adentro. En todo caso, votos más o menos, Fernando a todos nos cayó bien. Incluso al Boga Falaschi quien, respecto de su voto, comenta: "Cuando pasa lo de Maguid, algunos de nosotros (la gilada) ignoraba totalmente la participación de otros de nosotros con ellos (grupo Abal). A mí personalmente, nada me informaron sobre su guarda en la 'quinta' ni sobre todas las 'porquerías' que llevaron allá, sino después de su detención; lo que es totalmente criticable, máxime teniendo en cuenta que podía ir allá entretanto con mi esposa e hijos pequeños. Me ofrecí para ir a limpiar sin respuesta, y luego rajamos en familia a Santa Fe. Sólo a la vuelta dejé abandonado el auto y ofrecí mi máquina de escribir, una Tala 22 mía y un 32 largo de mi viejo. De modo que interpreto ahora a la reunión de agosto del 70 para "deliberar sobre la fusión" como un teatro formal para salvar la cara democrática de la situación, sin que nos dijeran toda la verdad como hubiera correspondido. Por eso y por alguna mala impresión sobre algunos del otro grupo (más milicos que políticos, hay anécdota), voté en contra de la fusión, aunque luego acaté la decisión mayoritaria. No sólo no estaba de acuerdo con la eliminación de personas como método planificado (Aramburu y otros sindicalistas burócratas o 'traidores' luego), sino que pensaba que eso nada garantizaba si no se creaba antes conciencia y movilización popular. ¿Ejecución o asesinato?: de Aramburu vos usás ambos términos.

Buena pregunta..."

Fernando era un tipo alto, flaco, muy joven y simpático que ostentaba cierto aire aventurero e irradiaba una absoluta seguridad. Alejandro Peyrou mantuvo algunas reuniones con él a fines de 1967 y lo recuerda como muy esquemático. "Tanto", dice Peyrou, "que no volví a tener trato con él". Cuenta, además, que lo vio por última vez a principios del '68 -cuando él, Peyrou, ya era socio fundador y combatiente de las Fuerzas Armadas Peronistas lo cual, por supuesto, Fernando ignoraba-. Abal Medina visitó la casa de un pariente de Peyrou en cuyo jardín jugaba un pequeñín de tres o cuatro años. Fernando, en tren de juego, lo levantó en sus brazos y comenzó a revolverlo por el aire ante lo cual el chiquito, que estaba en la propia y no conocía a Fernando, lo

²² El "Boletín Interno N° 1" de Montoneros, 1973, al respecto señala que los dos grupos (Abal y Sabino), luego de su integración, coexistieron "en tensión (...) aproximadamente un año (...) Los principales puntos de contradicción eran los siguientes: la crítica del segundo (grupo Sabino) al primer grupo (Abal) por sus excesos en el verticalismo y el militarismo y la reivindicación por parte del segundo grupo de mantener el trabajo político mientras se desarrollaba la experiencia militar". Documentos (1970-1973), compilados por Roberto Baschetti y publicados por Editorial de la campana (1995), pág. 572.

pateó y lo escupió hasta que éste lo dejó en el suelo. Fernando sonrió complacido ante la actitud del chico y comentó: "este va a ser un buen guerrillero". Lo cual a Alejandro -tipo medido y cultor exagerado de las cuestiones de seguridad-le pareció una imprudencia y un despropósito. Y si antes le resultaba indiferente y lo consideraba un poco soberbio, a partir de allí no le gustó aunque luego no volvió a verlo. Sin embargo, para mí, la anécdota pinta a Fernando de cuerpo entero: un tipo vital, alegre, a quien le gustaban los chicos y tenía un poco de adolescente. Tal vez no mucho, pero lo suficiente para pergeñar una audacia como el Aramburazo: no sé si un adulto hecho y derecho se hubiera animado a imaginar tal desmesura.

En la reunión que realizamos en el departamento de Billinghamurst, Fernando nos anticipó que se avecinaba un gran operativo con el cual saldríamos a la luz pública con firma propia aunque sin decirnos que se trataba de secuestrar a Aramburu. En tanto el grupo Abal de Buenos Aires se jugaba entero en el operativo, nuestro papel en el mismo sería pasivo: teníamos que estar preparados para actuar en caso de que fracasara, ya sea para albergar a los sobrevivientes o continuar su lucha en forma articulada con el resto de los grupos que la Organización tenía a nivel nacional. Para el caso, los grupos de Córdoba y Santa Fé, y algunos cuadros dispersos en el resto del país. El Negro, en la jerarquía nacional quedaba como número tres, luego de Fernando y el jefe de Córdoba (Maza). En la reunión también decidimos realizar dos operativos en Buenos Aires para que los combatientes de ambos grupos actuaran en conjunto: el asalto a la sucursal Ramos Mejía del Banco de Galicia y la toma de la guardia del Hospital Aeronáutico -en el cual yo había hecho el servicio militar en 1968 y uno de cuyos puestos de guardia habíamos intentado tomar, sin éxito, el año anterior-de donde nos llevaríamos cincuenta ametralladoras Halcón. Ambos se realizarían entre julio y agosto ya que la idea era dar continuidad a un segundo operativo, también de gran repercusión, que se realizaría un mes después del de Aramburu en la provincia de Córdoba: la toma de La Calera.

El 1º de julio de 1970, la toma de La Calera se llevó a cabo con éxito: se ocuparon la comisaría, el banco, el edificio municipal, la oficina de correos, en fin, todo lo que valía la pena ocupar. Pero, durante la retirada, el último de los autos se averió. Mientras intentaban repararlo, los dos compañeros que lo hacían fueron sorprendidos por la policía. Y apresados luego de un tiroteo durante el que fue herido uno de ellos. Uno de los compañeros detenidos, aprietes varios mediante, se fue de boca antes de tiempo y dio las señas de un domicilio donde, en una oportunidad, había asistido a una reunión. A pesar de que fue llevado al mismo en forma clandestina -la mirada dirigida al piso o con los ojos cerrados-, como el barrio le era familiar reconoció la ubicación de la casa. En su momento no lo dijo y, en consecuencia, el resto de los compañeros ignoraba que conocía la dirección. Dirección que se correspondía, nada más ni nada menos, con la principal casa operativa de Córdoba y en la cual estaban, cuando llegó la policía, los cuadros que conducían la Organización en la provincia. Se desató un combate feroz: fueron heridos Ignacio Vélez y Emilio Maza, quien luego murió, el resto de los compañeros fue detenido y se encontró un permiso para conducir un auto firmado por un tal Carlos Maguid.

Carlos Maguid trabajaba en el canal siete de televisión, era cuñado de Norma Arrostito²³ y tuvo una participación periférica en el secuestro de Aramburu. No creo que estuviera preparado para ello. Su participación en el Aramburazo, creo, fue una decisión tomada por Fernando debido a la insuficiencia de combatientes preparados. Fernando, cuando se enteró del desastre posterior a La Calera, sospechó que Maguid podría haber sido identificado a partir del permiso de conducción. Y decidió que debía abandonar su domicilio al igual que los restantes compañeros de su grupo quienes -más vale prevenir que curar-abandonaron sus casas operativas y se albergaron en las nuestras. No eran muchas: las que alquilábamos Carlos Hobert y yo, y la quinta de Carlos Falaschi. La quinta de Falaschi -en tanto él era insospechable de cualquier actividad revolucionaria-constituía nuestra principal base operativa en la cual almacenábamos armas, explosivos y documentación. Y, quién sabe por qué, un documento de identidad del Negro Sabino Navarro. Fue a la quinta de Falaschi donde llevamos a Maguid con la consigna de que no debía moverse de allí hasta que lo fuéramos a buscar. Nunca sabré la razón por la cual, a las ocho de la mañana del día siguiente, Maguid se presentó a trabajar en el canal Siete. Fue detenido y comenzaron a desentrañarse los pormenores del operativo "Pindapoy", tal como fue llamado en clave el secuestro de Aramburu.

A las pocas horas nos enteramos de su detención y, con la leve esperanza de que no hubiera proporcionado la dirección de la quinta, esa misma noche improvisamos un operativo para rescatar los bagajes guardados en ella, recuperar el documento de identidad del Negro y eliminar cualquier elemento probatorio que pudiera incriminar a Falaschi. Quien, además, ignoraba que habíamos escondido a Maguid en su quinta. Es más, creo que todavía ignoraba nuestra filiación montonera: no logro recordar si el plenario del grupo Sabino en el que se acordó nuestra integración "formal" a Montoneros, se realizó antes o después de La Calera. Según Falaschi y un documento montonero de 1973, en cuya redacción se nota la mano de Hobert, esta reunión se realizó un día de agosto y en un departamento de la calle Moreno, a un par de cuadras del Departamento de Policía.

El operativo consistía en llegar a la quinta por su parte posterior luego de atravesar un riacho, los jardines de las viviendas linderas y un pequeño bosque. Avanzamos en fila india, separados unos de otros por unos cinco metros y ocultándonos detrás de los árboles. El Negro iba a la cabeza, Tato Lafleur en segundo lugar, yo en el tercero y Firmenich cerraba la marcha con una granada en la mano. En el caso de que nos sorprendiera la policía, Firmenich debía lanzar la granada para permitir la huida de los tres que estábamos adelante. Cuando faltaba poco para llegar a la quinta, di vuelta la cabeza y vi que Firmenich estaba como a quince o veinte

²³ Gaby, Gaviota, pareja de Fernando, situada a la izquierda del espectro que integraba la Conducción Nacional mientras participó de ella. Era una persona estricta, sobre todo consigo misma y menos con los demás. Más allá de su severidad, todos coincidimos en que era un ser humano excepcional. Un ser humano que mantuvo su sensibilidad y entereza aún durante los atroces meses que precedieron a su muerte.

metros de mí. Con lo cual si nos sorprendía la policía la granada no iba a servir para tres carajos. En realidad, fuera cual fuese la distancia, sólo iba a servir para que Firmenich estallara en pedazos, tal como en septiembre de ese año sucedió con Ramus.

En todo caso, a partir de ese momento siempre desconfié de la eficacia de Firmenich como combatiente²⁴. Tal vez porque yo, indisciplinado en mi vida personal y desprolijo en mi accionar político, era riguroso en términos militares y me ajustaba al milímetro a la planificación pre-establecida. Cinco metros eran cinco metros y no siete u ocho y mucho menos quince o veinte. Estaba a punto de llamar la atención del Negro, cuando vi que éste retrocedía: "hay cana por todos lados", dijo en un susurro y nos fuimos.

En los días posteriores, Buenos Aires fue inundado por afiches con las fotos de Abal, Arrostito, Firmenich, Capuano, Ramus, Falaschi y el Negro Sabino. Se perdieron las casas operativas del grupo Abal y abandonamos la de Carlos Hobert quien había utilizado su recibo de sueldo como empleado de la Dirección General Impositiva cuando, un par de años antes, el Negro necesitó una garantía para comprar una heladera en cuotas. Tato Lafleur no sólo era un cuadro relevante del Peronismo Revolucionario sino que además vivía en una especie de semi-clandestinidad, acusado de nada en particular pero siempre buscado por cualquier cosa. El Pelado Ceballos tenía una gran cercanía política con el Negro y cinco hijos quienes, como los hijos de cualquiera, usaban la lengua para hablar. Era hilar fino, pero el hilo siempre se corta por lo más delgado. Y, de repente, nos dimos cuenta de que la organización no sólo había sido desarticulada sino que, aparte de algunos compañeros en Santa Fe, sólo quedábamos tres en situación de legalidad, y apenas un mono ambiente en Billingham y Las Heras para albergar a doce compañeros. Sin contar los sobrevivientes de Córdoba que en algún momento iban a recalar en Buenos Aires. Tito Veitzman guardó al Negro en su departamento, lo hizo pasar por su chofer: Tito vivía en un lugar lujoso y tenía un Kaiser Carabella, flamante y negro. Como Tito era espástico, aunque manejaba muy bien, frente a los vecinos se justificaba que tuviera un chofer. En el mono ambiente quedamos seis: Hobert, Graciela Maliandi, Hilda Rosenberg, yo y Falaschi a quien, algunos días o noches, acompañaba una muchacha: secretaria de una inmobiliaria ubicada en el mismo edificio que estaba el estudio jurídico del Boga, militaba en un sector político relacionado con el Cabezón Habegger (Descamisados), a veces colaboraba con nosotros y, frente a la situación, es posible que sufriese más que cualquiera.

A partir de las relaciones de Tato con los compañeros de las Fuerzas Armadas Peronistas, ellos se encargaron de dar refugio al resto de los clandestinos en sus casas operativas. En una de las cuales, donde habían ubicado al "hospital", compartí cientos de mates con Fernando.

Capítulo 15 - Montoneros y Fuerzas Armadas Peronistas: diferencias y solidaridad...

Fernando era un tipo convencido de que en boca cerrada no entran moscas y, por lo tanto, hubo un montón de mates entre nosotros pero no me contó mucho acerca del Aramburazo. Y de lo poco que me contó, mucho no recuerdo. En aquel tiempo hacíamos una profesión de la desmemoria y yo, después de pasar por la experiencia de la tortura en 1971, me especialicé en el tema.

Aramburu, a quien se trató con sumo respeto, se había bancado el secuestro aunque no entendía bien qué pasaba, no estaba arrepentido de haber ordenado los fusilamientos del '56, sabía que el cadáver de Evita estaba en un cementerio de Italia pero no podía, o no quería, precisar el lugar y, a la hora de ser fusilado, murió con entereza. En síntesis, esto es lo que recuerdo. No muy diferente de lo que, a través del relato de Firmenich²⁵, todo el mundo conoce. En todo caso en aquel momento Fernando estaba preocupado por ciertos conceptos de la conducción de las FAP que cuestionaban el policlasismo del movimiento peronista y una cierta tendencia al aislamiento del conjunto del movimiento, un relativo vanguardismo focalizado en los sectores más combativos y conscientes de la clase obrera. Esto se contraponía con nuestra idea de ser el brazo armado del movimiento peronista en su conjunto el cual incluía a todos los que respaldaban la liberación nacional, entre ellos sectores de la burguesía. Desde el punto de vista de Fernando -compartido por el resto de los compañeros de la Organización-resumir el proceso de liberación a la clase obrera -aunque la misma fuera el potencial motor y la principal beneficiaria de cualquier revolución-restaba fuerzas para obtener la victoria.

²⁴ Siempre consideré que Firmenich tenía muchos defectos, tanto en lo político como en lo militar, y al respecto no ahorro críticas en este libro. Es más: entre los varios responsables de nuestra derrota, lo considero el principal. Pero viví con él, conocí su intimidad y jamás, pero jamás, pensé que haya sido policía o agente de los servicios. La versión que le asignaba tales roles, tuvo una intencionalidad política: devaluar el Aramburazo quitándole su contenido peronista a partir de presentarlo como inspirado por los servicios de inteligencia al servicio de Onganía. Resulta incomprensible que 35 años después muchos comunicadores sociales, incluso "progresistas", aún sostengan semejante falacia.

²⁵ Firmenich, en su relato del Aramburazo, minimiza la importancia de algunos compañeros en el hecho.

Lo cual puede ser justificable en el caso de algunos de ellos que para la época vivían. Sin embargo omite la mención del chofer operativo que condujo a Aramburu hasta Timote, donde fue juzgado y ejecutado.

Con Lucas Lanusse discutimos el tema y llegamos a la conclusión de que tal chofer era el Negro Sabino Navarro. Recordemos que, a la sazón, el Negro era el número tres en la jerarquía nacional de la Organización. Y que Firmenich quedó como número uno a causa de la muerte del Negro. Muerte en la cual Firmenich tuvo su cuota de responsabilidad.

Esto es, era necesaria una relativa alianza de clases cuya lucha se centrara en la liberación nacional así como en lograr el mayor poder político y bienestar económico-social posibles para la clase trabajadora. Poder y bienestar que sustentaba nuestra posición anticapitalista, nuestra particular concepción del socialismo, nuestra ideología.

Perdía, más allá de la transmutación ideológica de Montoneros que a partir de 1973 él acompañó, sobre el pensamiento montonero en 1970 escribe: "En aquella época, para escándalo de la izquierda de entonces, defendíamos el pluripartidismo, como parte de los imperativos democráticos contemporáneos.

Sosteníamos el policlasismo a través de las políticas frentistas o la conformación de bloques sociales. Planteábamos políticas multisectoriales y reivindicábamos distintas formas de participación de la sociedad civil en el Estado"²⁶.

Además, a Fernando también lo preocupaba el cuestionamiento de las FAP acerca del significado y la oportunidad de la ejecución de Aramburu. Era como que no entendían la realidad íntima, anímica, de la mayoría del movimiento peronista, de sus bases. Sin cuya activa participación resultaba imposible implementar una estrategia de guerra integral. Un ánimo decaído, una esperanza cada vez más frustrada por quince años de resistencia en los cuales, a duras penas y en el contexto de un permanente retroceso en cuanto a los logros obtenidos durante el gobierno peronista, se habían sostenido unas pocas conquistas y ello, en lo fundamental, sobre la base de tiras y aflojes de los sindicatos, a negociaciones que sólo podían establecerse siempre y cuando estuvieran despojadas de cualquier matiz revolucionario o, lo que era lo mismo, de cualquier intento de modificar las relaciones de poder. Al menos hasta el reciente surgimiento de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos la cual, si bien era convocante de los cuadros y la militancia, peronista o no, de los sectores políticos combativos y espacio de confluencia entre los mismos, en el plano del sindicalismo, resultaba minoritaria.

Para sintetizar, era como que, la conducción de las FAP tamizaba la realidad mediante el sobredimensionamiento de acciones de rebeldía popular protagonizadas por sectores estudiantiles y obreros de vanguardia. Por cierto, muchas de estas acciones eran espectaculares y de la mayor importancia, como lo fue la secuencia de características insurreccionales que culminó en el Cordobazo; secuencia la cual, cabe mencionarlo alguna vez, estuvo precedida, acompañada y estimulada por una serie de atentados explosivos y operativos armados realizados por las proto-organizaciones político-militares. Pero de estas acciones, aunque fueran vistas con simpatía, no participaba, ni mucho menos, la mayoría del pueblo. Ni los sectores obrero-estudiantiles de vanguardia eran representativos del conjunto popular.

Conjunto popular, pueblo peronista, sobre cuyo ánimo, sobre cuya subjetividad, sobre cuya esperanza en la victoria, era menester actuar. Las condiciones objetivas para realizar una revolución estaban dadas por la injusticia y la relativa conciencia acerca de la injusticia que poseían los oprimidos. Pero ellas solas no alcanzaban. Resultaba imprescindible que los oprimidos reemplazaran la resignación por la lucha y, para que ello fuera posible, tenían que vislumbrar la posibilidad de la victoria: nadie lucha si no tiene la esperanza de ganar.

Excepto los mártires, que no faltaron en la historia montonera a partir del '74.

En lo puntual, a partir de que la conducción de Montoneros abandonó el pensamiento original de su propia Organización. Y se acercó a las posturas que en aquel 1970 sostenía la conducción de las FAP.

Organización, las FAP, que se atomizó en varios grupos entre el '71 y el '72. Y cuyo fundador y líder histórico, Cacho El Kadri, en mayor o menor medida y con diferentes matices, para 1974 coincidía con la amplitud de criterios de los montoneros del '70 y criticaba con acritud a los montoneros transmutados del '74. En palabras de Cacho: "La legitimidad de nuestra violencia se basaba en que representábamos la voluntad mayoritaria del pueblo, que se expresaba políticamente en el peronismo (...) nunca utilizamos la violencia como un objetivo en sí, sino como medio para hacer respetar la voluntad popular. Por ejemplo, cuando asumió el gobierno constitucional en el '73, no continuamos desarrollando una acción violenta, porque consideramos que con ese gobierno el pueblo podía alcanzar sus objetivos por otros medios (...) La idea de vanguardia, la posibilidad de que una élite exprese a las mayorías, nos es ajena; nosotros somos parte del pueblo, para nosotros el peronismo era el pueblo organizado y no nos distinguíamos de él, no éramos una patrulla adelantada"²⁷.

Tal era la postura de las Fuerzas Armadas Peronistas en 1968, en sus orígenes, y por ello nos sorprendieron sus opiniones posteriores al Aramburazo. Ignorábamos que poco tiempo antes había comenzado en las FAP un proceso de discusión interna que culminó con el desplazamiento -primero de la conducción y después de la propia organización-del sector "movimientista", los "oscuros" en la jerga fapiana, mayoritario en cuanto a desarrollo político y liderado por Eduardo Moreno, Ernesto Villanueva, el cura Soler y Alejandro Peyrou, cuya posición política se asemejaba a la de Montoneros y Descamisados. Organizaciones a las cuales se integraron en 1971.

En todo caso, nuestra popularidad inicial -la cual se tradujo en la incorporación a la militancia de millares de viejos compañeros que se despojaron de la resignación y de otro tanto de nuevos compañeros que percibieron un horizonte alcanzable-no tuvo que ver con hechos militares, toma de cuarteles, batallas ganadas. Tampoco tuvo que ver con un exhaustivo, minucioso, largo trabajo de base para organizar a la clase obrera. Tuvo que ver con la muerte de Aramburu, un hecho que apuntó al corazón de la subjetividad política que unía al peronismo. Y sobre el cual, ahora sí, se montó nuestro trabajo de base en el nivel territorial y dio lugar a ese fenómeno político-cultural masivo que fue la Jotapé. Hecho que no entendió, o compartió, la conducción de las FAP ni

²⁶ Perdía, "La otra historia, testimonio de un jefe montonero". Ed. Agora, 1997.

²⁷ "¿Quién mató a Envar el Kadri?. Ana Lorenzo. Citado por Alberto Lapolla en el "Cielo por asalto", Editorial de la Campana.

muchos compañeros -por ejemplo, Gustavo Rearte-que fundaron y desarrollaron el Peronismo Revolucionario. Pero, al respecto, discutieron con nosotros en términos políticos, en forma abierta y honesta, sin inventar sinuosas teorías conspirativas.

Capítulo 16 - Las teorías conspirativas...

Las teorías conspirativas con relación a la ejecución de Aramburu -cuando no fueron producto de la propia interna del Partido Militar-apuntaron al desprestigio de Montoneros en particular y del peronismo en general. Jamás pasó por la mente de ningún peronista que la ejecución de Aramburu fuera producto de una conspiración pergeñada por el gobierno de Onganía. Más allá de la interna militar, las teorías conspirativas fueron patrimonio del radicalismo -como uno de los argumentos para justificar, en su momento, la "teoría de los dos demonios": ellos ángeles, como siempre-, y de sectores de la izquierda que no se involucraron en la lucha armada.

En tal sentido, el último exponente de la "siniestra conspiración que asesinó a Aramburu", fue Alberto Lapolla. Lapolla²⁸ que sanatea de lo lindo acerca de una supuesta conspiración de Onganía quien habría instrumentado a los Montoneros para asesinar a Aramburu, versión en la cual involucra hasta a Nilda Garré y que resulta un eco de las afirmaciones de un presunto servicio, un tal Méndez quien en la década del '80 (mal) escribió un librejo²⁹ funcional a la teoría de los dos demonios. Luego del sanateo, que transcurre a lo largo de varias y abigarradas páginas de su libro, Lapolla concluye: "...el aramburazo dejaba sin recambio al sector liberal del establishment, obligando a la conducción militar a asumir todo el desgaste de la dictadura, siendo pese a lo deseado por Imaz el golpe de gracia para el bravísimo general Onganía. Por otra parte la acción contó con la aprobación mayoritaria del pueblo argentino, que veía a Aramburu como uno de sus verdugos, colocando además a los Montoneros en el centro de la vida política nacional".

Lapolla, en síntesis y gerundios aparte, dice: Onganía asesina a Aramburu pero el asesinato de Aramburu volteo a Onganía. Estimado Lapolla: para esa época, los milicos del mismo bando entre ellos no se mataban. Existían entre ellos luchas intestinas, qué duda cabe, como en cualquier partido político. Y los militares integraban la fuerza política dominante desde 1955. Pero sus luchas internas estaban relacionadas con la salida política que se le daba a un proceso desgastado el cual, en sus diferentes vertientes, respondía a los intereses de un mismo Señor.

Por otra parte, las teorías conspirativas se basan en un solo elemento objetivo -uno solo-. Es el mismo para todas: arranca pocos días después de la muerte de Aramburu, lo retoma Méndez en la primera mitad de los '80, con mayores o menores o ningún sesgo de validez o verosimilitud lo mencionan casi todos los autores que escriben acerca de los '70 y, por supuesto, constituye el único sustento para el denso y gerundioso sanateo de Lapolla.

Este elemento consiste en las "visitas" que Firmenich hizo al Ministerio del Interior para entrevistarse con el general Imaz -ministro del Interior de Onganía con el supuesto propósito de recibir instrucciones para asesinar a Aramburu. Lo "objetivo" de todo ello es que la firma de Firmenich quedó asentada en el registro de la mesa de recepción del ministerio. También resulta "objetivo" que jamás, en ninguna de las publicaciones que tocan el tema, se mostró una fotocopia del registro donde figura la firma de marras.

Alégrate Méndez, congratúlate Lapolla, respirad un buen oxígeno gorilas de todo pelaje: el registro existe -la burocracia, de Weber en adelante, se caracteriza por la eficiencia imperfecta o, lo que es lo mismo, el orden a cualquier precio: el libro en cuestión junta polvo en alguno de los tantos cuartuchos anónimos del ministerio, sólo es cuestión de buscarlo-. Alégrense, agradezcan al Señor, respiren de una vez por todas: no sólo existe el libro, no, no. En el libro, además, está la firma de Firmenich. Pero Firmenich gusta de hacer honor a su apellido y, como todos hemos podido comprobar, es un poquitín obstinado. En consecuencia, en el registro no hay sólo una firma, hay dos. Dos veces en su vida, firmó Firmenich el libro que registraba los ingresos de visitantes al Ministerio del Interior. Aleluya. El detalle, el simple detalle que complementa la "objetividad del elemento", consiste en que el anónimo y famoso libro data de fines de 1966 y principios del '67. El otro detalle complementario es que la firma de Firmenich está flanqueada -arriba o abajo, ¿qué importa?-por otras firmas. Las firmas de jóvenes dirigentes nacionalistas.

Entre ellas las de Muñiz Barreto y Ernesto Jauretche.

El tema es simple. Si cualquiera de los "repetidores consuetudinarios", que son legión entre nuestros "investigadores" periodísticos y sociales, se hubiera ocupado de dar una mirada a los diarios de la época, habría leído que Imaz convocó a los dirigentes de las organizaciones juveniles nacionalistas, peronistas y cristianas con el objetivo de hacerles la cabeza e integrar al nacionalismo civil de todos los colores con el sector "nacionalista" del Partido Militar. Y, de esta manera, contrarrestar la influencia de los sectores "liberales" en ese miserable conglomerado "militar", al servicio de los contradictorios, aunque coyunturales, intereses de poder económico. Imaz encargó la tarea a Roberto Roth, un nacionalista vinculado al Servicio de Informaciones del Ejército. No tuvo éxito: aparte de las dos reuniones en el Ministerio, se realizaron una o dos más en la casa de Muñiz

²⁸ Alberto Jorge Lapolla, "El cielo por asalto", Editorial De la Campana, 2004.

²⁹ "Aramburu: el crimen imperfecto" .Eugenio Méndez. Sudamericana-Planeta, 1987.

Barreto. Y la cosa se diluyó sin pena ni gloria: cada uno de los participantes siguió su propio camino: hacia la izquierda, hacia la derecha o hacia la mierda. Para el caso, Firmenich fue convocado porque era el presidente de la Juventud Estudiantil Católica y, a la hora de seguir un camino, se mandó detrás de Abal Medina, adhirió a Cristianismo y Revolución, transitó el minúsculo y ruidoso Comando Camilo Torres y participó en la fundación de Montoneros. Que después Firmenich hizo cagadas sin límites, no caben dudas, el consenso es universal. Pero eso no lo califica como traidor y, mucho menos, justifica que un conjunto simiesco afirme que la ejecución de Aramburu se debió a una conspiración de la derecha.

Por su parte, Richard Gillespie, en la práctica desestima las teorías conspirativas y dice: "para comprender la creciente popularidad de los Montoneros en dichos años, resulta esencial examinar la naturaleza de su actividad guerrillera. La mayoría de sus acciones, más que operaciones militares, fueron ejemplos de propaganda armada... (para) impulsar la combatividad popular demostrando la vulnerabilidad del régimen militar (...) prestaban especial atención a las operaciones simbólicas susceptibles de provocar la atención de todos los peronistas"³⁰.

Capítulo 17 - Gillespie: errores, varios e importantes, en un ensayo honesto...

"Montoneros, soldados de Perón" de Richard Gillespie (1982) fue el primer ensayo histórico integral publicado sobre la historia montonera y es un trabajo exhaustivo, honesto, e imprescindible. Sin embargo, "ve" a los montoneros desde una mirada social-demócrata anglosajona. Una mirada bi-polar para la cual es imposible visualizar algo diferente (aparte del fascismo) al capitalismo y al marxismo. No logra, por lo tanto, comprender el "contradictorio" pensamiento peronista. Y, si no se entiende al peronismo, mal se puede explicar a los montoneros quienes, en última instancia, fueron los hijos naturales y deseados de una de las dos corrientes peronistas que se estructuraron después del golpe del '55: el Peronismo Combativo. El cual, en términos ideológicos, era mucho más cercano a Perón que la otra corriente: el Peronismo Conciliador. Aparte de los sesgos interpretativos que devienen de la incomprensión del peronismo, el ensayo también presenta informaciones erróneas. Veamos, al respecto de ambos, algunos ejemplos.

Gillespie afirma que existían diferencias básicas, en cuanto a objetivo, estrategia y tácticas, entre Perón y Montoneros. Dice que Montoneros se opuso a la creación de la "Hora del Pueblo" -confluencia de diferentes sectores democráticos y progresistas enfrentados con la dictadura militar-, proyecto al cual consideraban una "treta" de Perón.

No fue así. Los montoneros consideramos a la Hora del Pueblo no una "treta", sino una táctica. Una táctica a la cual, si bien éramos ajenos, considerábamos correcta en tanto su objetivo, apuntaba a aislar y debilitar al enemigo, la dictadura militar. Una táctica desarrollada en el contexto de una estrategia, la guerra integral para la toma del poder -en la cual, las acciones armadas eran otro instrumento, desde nuestro lugar muy importante-. Por otra parte, habíamos leído a Perón lo suficiente como para entender que en política siempre hay que sumar, jamás restar.

Gillespie supone que el objetivo proclamado tanto por Perón como por Montoneros, el "socialismo nacional", no significaba lo mismo para el uno y para los otros.

No fue así. Ambos rechazábamos la concepción marxista-leninista del socialismo (dictadura del proletariado y propiedad estatal de los medios de producción) y ambos pretendíamos implementar una economía nacionalista y antimonopólica (keynesiana, distributiva extrema con fuerte participación popular) cuyo eje pasaba por la justicia social. En realidad, "socialismo nacional" era un término para definir la ideología peronista, diferente tanto del marxismo como del capitalismo. ¿No se definió, acaso, Torrijos cuando era presidente de Panamá como Peronista? ¿Acaso no se define como peronista, hoy por hoy, nuestro Chávez de Venezuela? ¿Qué el peronismo no tiene bases intelectuales y teóricas para ser definido como una "ideología"?... Lean a Perón, muchachos.

Gillespie define al ministro de economía de Cámpora y Perón, Gelbard, como representante de la burguesía monopólica enfrentado a Montoneros.

No fue así. Gelbard, quien tenía estrechos vínculos con el Partido Comunista, en la práctica fue un aliado de Montoneros cuyas tardías críticas al Pacto Social -acuerdo entre empresarios, sindicalistas y gobierno-fueron un tiro por elevación contra la CGT. Recordemos que el Pacto Social consistía en un congelamiento de precios y salarios que fue precedido por un importante incremento salarial determinado por un decreto presidencial. "Gelbard impulsaba un desarrollo democrático y capitalista pleno del país, con una economía descentralizada, desarrollando fuertemente el interior y con un poderoso mercado interno, basado en una clase obrera muy bien paga y protegida"³¹. Lo cual coincidía con la estrategia de revolución democráticoburguesa que el Partido Comunista consideraba necesaria para, posteriormente, implantar el socialismo. De hecho "...Codovilla (jefe histórico del Partido Comunista Argentino) había logrado armar una estructura económico financiera de tal

³⁰ Richard Gillespie, *Montoneros soldados de Perón*, Grijalbo, 1987.

³¹"El cielo por asalto", A. J. Lapolla, Editorial De la Campana, 2003.

magnitud que el PCA sería en la práctica el primer grupo económico de la burguesía nacional y su gerente general José Ber Gelbard, un aliado incondicional de Perón y su mejor intérprete, superior incluso, según palabras del propio Perón, a Miranda (ministro de economía durante el primer gobierno peronista) pues según el astuto general 'como Gelbard era comunista podía entender mejor que nadie el papel de la colaboración entre los trabajadores y los capitalistas nacionales'. Gelbard realizaría un trabajo maravilloso e importantísimo, inventaría la burguesía nacional, siguiendo a grandes rasgos la estrategia y las instrucciones de Codovilla. Sin embargo, Codovilla nunca aceptaría estrechar una alianza con Perón, alianza que sin duda hubiera cambiado la historia de la Argentina"³².

Con respecto a que una alianza entre Perón y Codovilla hubiera cambiado la historia argentina tengo mis serias dudas. Más serias dudas tengo de que Gelbard haya seguido las "instrucciones" de Codovilla. Pero veamos, respecto de Gelbard, que dice quien para la época era miembro de la conducción montonera, Perdía: "Fue el área del gobierno con la que tuvimos mayores coincidencias (...) Gelbard trataba de mantener en lo externo y en lo interno las políticas votadas por el pueblo".

En realidad, en la década del '50 José Gelbard fue el "agremiador" de la burguesía nacional con la creación de la Confederación General Empresaria.

De acuerdo con Perón y para enfrentar a las fracciones dominantes del capital (oligarquía y capital extranjero). Para entender a Gelbard, importa destacar la diferencia que él hacía entre "empresarios" y "ricos". Gelbard afirmaba que en la Argentina existían un millón de empresarios de los cuales apenas una marcada minoría podían considerarse "ricos". El empresario no era tanto el propietario del capital -que podía ser mínimo y dependía de una política crediticia con sentido nacional y cierto grado de planificación económica estatal- ni tampoco era el siniestro explotador de la clase obrera. Se caracterizaba, sí, por ser el poseedor de un impulso creativo y el acceso a una tecnología que permitía la generación de riquezas -con la intervención imprescindible de los trabajadores quienes debían estar muy bien retribuidos para lo cual se requería una minimización de la tasa de rentabilidad empresaria-. No era la "burguesía" de Marx. Era una especie de "clase ejecutiva o empresarial" que, en términos políticos, no podía prescindir de los trabajadores y del Estado. Me resisto a definir a esta "clase empresarial" como "burguesía". Al menos según los criterios que al respecto usa el marxismo para calificarla: clase social, en lo económico propietaria sin condicionamientos de los medios de producción y, en lo político, dominante del poder estatal sobre el conjunto de la sociedad. No era la clase social que medraba y condicionaba el "libre juego" de las "reglas" del mercado. No era esa la "burguesía" de Gelbard ni era la burguesía que sí existió pero que jamás tuvo el poder político ni manejó la economía durante los gobiernos de Perón. En todo caso, este concepto de "clase empresarial", ignorado por la izquierda dogmática, explica el concepto de "comunidad organizada" y la alianza de clases que caracterizó al peronismo hasta 1976. Explica, también, el actuar mancomunado entre la CGE y la CGT frente a las fracciones dominantes del capital y los gobiernos que representaron sus intereses a partir de la Revolución Libertadora. Pero asimismo explica, o nos acerca a una explicación, de lo que significaba el socialismo nacional. Un socialismo que apostaba a la "conciliación de clases" a partir de la existencia de una "burguesía" que no sólo carecía de poder político sino que también, en términos económicos, estaba condicionada por un Estado cuya prioridad pasaba por defender los intereses de la clase trabajadora.

Además, si coincidimos con lo anterior, apreciamos que carece de sentido afirmar que Montoneros estaba enfrentado con Gelbard. Es más: Gelbard fue un amortiguador entre Montoneros y Perón cuando entre ellos surgieron las contradicciones. Hoy reflexiono: ojalá hubiera tenido este bagaje conceptual en la década del '70. Podría haber condicionado un debate hacia el interior de mi Organización que, tal vez, hubiera cambiado su rumbo político. Pero, en aquel tiempo, sólo lo intuía, lo sentía. Carecía del conocimiento, de la teoría y, en consecuencia, de las palabras imprescindibles para llegar al corazón y al intelecto de mis compañeros. Recuerdo a María Sabina y su sobrino, brujos oaxaqueños. Alrededor de una fogata y entre las brumas que impregnaban la cima de la montaña en la cual vivían, frente a las tantas dudas, implacables dudas de mi racionalidad, dijeron: la intuición es una de las dos puertas de la sabiduría. La otra es el valor para iluminar con ella la oscuridad de la ignorancia. Fue durante mi exilio en México. Y habían pasado más de siete años para que las consecuencias intelectuales, racionales, de sus palabras, hubieran tenido alguna posibilidad de modificar el destino montonero. Resta decir que, si tomamos como válidos los conceptos antedichos, estamos en condiciones de diferenciar al capitalismo, al fascismo y al socialismo marxista del peronismo como un proyecto ajeno e independiente de los anteriores aunque tenga aislados puntos de contacto con los tres. Gillespie no los tomó como válidos o, tal vez, ni siquiera los percibió. Y, en consecuencia, jamás pudo entender no sólo el pensamiento peronista sino tampoco el de los montoneros que devino en forma directa del primero: diferencias hubo, pero sólo fueron generacionales.

Aparte de la visión sesgada con la cual elaboró sus hipótesis, para desarrollar su ensayo, Gillespie tuvo problemas relacionados con sus fuentes de información: materiales extractados de publicaciones montoneras, relatos de los miembros de la conducción nacional montonera en el exilio -quienes acomodaron sus testimonios a necesidades coyunturales-, y testigos indirectos que priorizaron en sus anécdotas lo legendario en desmedro de la realidad.

Un ejemplo mayor: Esteban Righi, ministro del interior de Cámpora, luego de asumir y frente a la plana mayor de la Policía Federal, según Gillespie, exclama: "Canas de pie para los combatientes montoneros". Y menciona su fuente: "Entrevista personal con un montonero" (pág. 166). Para quien conoció y conoce a Righi, hombre sensato y medido, esto es ridículo; además, no existe otra fuente que avale la anécdota ni Gillespie la verificó

³² Idem cita anterior.

con Righi, para lo cual le bastaba con realizar una llamada telefónica a México, país en el cual Righi estaba exiliado, era docente universitario y muy fácil de localizar.

Gillespie atribuye a Descamisados el asesinato de Vandor (1969), un operativo mayor para una organización que no sólo estaba en pañales sino que, además, rechazaba la violencia hacia el interior del peronismo. La ejecución o asesinato de Vandor fue realizado por un grupo de seis o siete compañeros, la mayoría de trayectoria sindical y que desarrollaba su actividad política en el seno de la CGT de los Argentinos. Tengo la idea, porque alguien en algún momento me lo comentó, que este grupo -el cual se integró a Montoneros en 1971-estaba íntimamente relacionado o influenciado por Rodolfo Walsh. Perdía, en su libro, afirma que el grupo estaba jefaturado por un ex dirigente sindical del gremio ferroviario e integrado por jóvenes activistas sindicales y algún que otro intelectual. Yo conocí a sus integrantes durante los preparativos para la toma de la Prefectura de Zárate.

Capítulo 18 - El Flaco que obedeció al General...

En noviembre se acordó la integración a Montoneros del grupo que había ejecutado a Vandor. Y, tal como se acostumbraba con todos los grupos que se integraban a la Organización, para simbolizar la unión, se planificó la realización de un operativo conjunto. En este caso, la toma del cuartel de la Prefectura ubicado en el puerto de Zárate, un edificio cuadrado de dos o tres pisos ubicado frente a la costa del río: su arsenal albergaba más de cien fusiles automáticos y algunas ametralladoras pesadas. Un tesoro.

El puesto de guardia daba a una plaza muy iluminada. A unos veinte metros de la puerta de la guardia terminaba la cuadra y, después de doblar la esquina, había un jardín atravesado por un sendero para vehículos el cual finalizaba en un portón doble que daba al garage. A partir de allí se extendía una calle de tierra iluminada por potentes faroles y flanqueada por el cuartel, a un lado, y por una villa miseria del otro: cada quince o veinte metros del lado de la villa, había unos grandes piletones de cemento que se elevaban un metro y pico sobre el nivel del suelo. La cuarta pared del cuartel, la posterior, donde también había una puerta, daba a un oscuro descampado que a veces oficiaba como cancha de fútbol. El cuartel tenía una dotación habitual de cien milicos pero nos habían informado que las noches del 24 y del 31 de diciembre les daban franco y quedaban apenas unos pocos de guardia, probablemente entonados o medio dormidos por los obligados brindis de la medianoche. Un comando pequeño de compañeros bien entrenados y sincronizados podía dominarlos en cuestión de minutos y alzarse con el arsenal.

Una tarde de diciembre, en una casa precaria aportada por los compañeros "vandoristas", nos reunimos los once combatientes que participaríamos del operativo. Cinco pertenecían a nuestra Organización: Hobert, a cargo del operativo, yo como segundo, el Pelado Ceballos, el Nono Lisazo y un cordobés veterano de La Calera, Zapatías, con el que habíamos convivido³³ en la casa de La Lucila hasta mi apesamiento, seis meses atrás. Fue él quien trastocó mi nombre de guerra, Lucas, en Leucas vaya uno a saber en función de cuál de los tantos misterios del humor cordobés. Los seis restantes correspondían al otro grupo -creo que eran todos los combatientes que tenían-y, si bien todos me parecieron un poco folklóricos -desenfadados, jodones, informales, minimizadores de cualquier potencial riesgo, típicos cuadros del viejo peronismo revolucionario-, uno en particular me llamó la atención: lucía una evidente -gigantesca y absurda-barba postiza sobre un rostro flaco y cuarentón que me resultaba vagamente familiar. Pocos días después, en un suplemento del diario Clarín y bajo el título de "escritores contemporáneos argentinos", la foto de su cara, flanqueada por la de David Viñas y despojada de la barba postiza, me permitió identificar a Dalmiro Sáenz. A quien, a partir de allí, llamé "el funebrero": su rol en el operativo consistía en conducir una carroza fúnebre desde Zárate al Gran Buenos Aires. La carroza tenía un compartimiento secreto, bajo el piso donde se depositaba el ataúd, en el cual se transportarían las armas robadas en el cuartel. Las que no entraran allí, irían adentro del ataúd.

No recuerdo las razones por las cuales nos vimos obligados a suspender el operativo el 24 y el 31 de diciembre. Pero dimos por supuesto que el 3 de enero, víspera de un feriado, en el funcionamiento del cuartel se reproducirían las condiciones previstas para las fechas anteriores. Accederíamos al cuartel, simultáneamente, por las tres entradas existentes. Hobert y otro compañero, por la entrada posterior que daba al descampado. El Pelado, con una Uzi, por el garage de la esquina. A mí me tocaba reducir a los dos milicos de la oficina de guardia que daba a la plaza. Tres compañeros, que estaban en una camioneta conducida por el Nono Lisazo, una vez tomado el cuartel, ingresarían por el garage para cargar las armas en la camioneta y trasladarlas a la carroza fúnebre que aguardaría, con Dalmiro Sáenz como chofer, en las afueras de Zárate. Un par de compañeros en un automóvil apostado en las cercanías oficiarían de contención -esto es, atentos a intervenir

³³ En la casa de La Lucila, entre fines de 1970 y julio de 1971, convivimos Firmenich, Jorge Escribano, Hilda Rosenberg, Zapatías Piotti y José, otro cordobés, gordito, un poco pelado y de bigotes negros, quien compartía conmigo y en la mayor intimidad un antídoto secreto contra el miedo: una grapa doble media hora antes de los operativos. José y Zapatías, huyeron de Córdoba después de La Calera y hasta recalar en La Lucila, se refugiaron en la casa de un compañero de las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN). Escribano y el Negrito Burgos, quienes pertenecían a mi unidad de combate (Norte), en 1972 murieron durante un tiroteo en Olivos. Zapatías fue emboscado y muerto en Rosario, enero del '77, por el ejército. Ignoro el destino de José.

ante cualquier situación inesperada-y, una vez finalizado el operativo, cargarían con el Pelado y conmigo. Impecable. Si las condiciones del cuartel hubieran sido las mismas que las del 31 a media noche. Pero la noche del 3 de enero, sin que nosotros supiéramos, no habían dado franco: había 98 milicos adentro del cuartel y por lo menos dos afuera quienes patrullaban el descampado trasero y era imposible verlos en la obscuridad. Tampoco ellos podían ver a Hobert y al otro compañero. Tropezaron unos con los otros: mayúscula sorpresa para los cuatro, pero Hobert disparó primero.

Mientras Hobert avanzaba por el descampado rumbo al inesperado encuentro, bajo las potentes luces que iluminaban la plaza, separados uno de otro por unos veinte metros, el Pelado Ceballos y yo caminábamos hacia el frente del cuartel. Yo caminaba hacia la puerta de la oficina de guardia y el Pelado, vestido con un impermeable que ocultaba la Uzi colgada de su cuello, hacia el garage. De repente, una ráfaga de viento abrió el impermeable del Pelado y un tipo que pasaba cerca vio la Uzi. Sin que el Pelado se percatara, el tipo corrió con todo hacia la oficina de guardia. Yo sabía que no lo podía alcanzar antes de que llegara a ella y advertiera a los milicos. Así que cambié mi táctica -la cual consistía en entrar a la oficina haciéndome el boludo, preguntar tonterías, estudiar el panorama y apretar por sorpresa a los dos que estaban de consigna-. Y decidí irrumpir en la guardia con la pistola desenfundada y amartillada para reducir a los tres, o disparar si fuera necesario. Cuando estaba a punto de hacerlo escuché unos cuantos disparos: no supe de dónde provenían pero la figura del Pelado había desaparecido de mi vista y supuse que se tiroteaba con los milicos en el interior del garage. Así que, para apoyarlo o rescatarlo, de inmediato me mandé para allá, atravesé como una exhalación el jardín y me zambullí en la oscuridad del garage. No distinguí al Pelado pero vi sobre la pared del fondo una puerta entreabierta. Por las dudas grité: ¡Pelado, tirate al piso!, acribillé la puerta a la altura de la mitad y la abrí de una patada. Un pasillo, oscuro, y nada. Nada de nada. Ni gritos ni voces ni disparos. Nada. Silencio. Y me di cuenta de que estaba aislado en el interior del garage.

Me asomé a la entrada del garage y no había dado un par de pasos cuando una ráfaga de ametralladora, proveniente de arriba, me pasó por encima y destrozó unos arbustos del jardín. Estaba perdido: hacia el costado se abría la plaza, iluminada de punta a punta y sin refugio alguno, blanco perfecto. Y frente al garage tenía que cruzar los ocho o diez metros de la calle de tierra hasta alcanzar la relativa oscuridad de la villa miseria. Antes de la villa y frente al garage se levantaba un piletón de cemento. Perdido por perdido, tomé impulso y corrí en zigzag hasta refugiarme detrás del piletón. Las balas de una ametralladora situada en la terraza del cuartel picaban a mi alrededor y hacían saltar trozos de cemento del piletón. Pero estaba a salvo, por el momento.

Detrás de mí, apenas una alambrada me separaba de la villa: sencillo, salto la alambrada y me pierdo en la oscuridad de la villa, pensé. Pero cuando me aferré a la alambrada para treparla y saltar, oí unos gruñidos feroces provenientes del otro lado y percibí un grupo de mastines que, al parecer, desfallecían de hambre. En ese momento, agachado frente a la alambrada, por unos instantes me ganó la impotencia: volver a caer en cana, la puta madre, caer de nuevo. No, no. El recuerdo de la tortura estaba demasiado fresco y prefería la muerte antes de volver a pasar por ella. A mi izquierda estaba la plaza: descartada. Y a mi derecha, la calle de tierra cuya única protección eran los piletones que se sucedían cada quince metros hasta recorrer los ochenta o cien metros que me separaban de la primera esquina. Del otro lado de esa esquina, sumida en la mayor oscuridad, se veían salir los fognazos de un arma corta que apuntaba hacia la terraza de la Prefectura. Después supe que era Hobert, quien se había dado cuenta de que estaba en una encerrona, y se quedó para cubrir mi retirada.

No me pregunten cómo salí de allí. En mis momentos de pensamiento mágico, supongo que fue un acto de telekinesia porque, lo cierto es que, de estar encogido a la sombra del piletón y a la vera del alambrado, de un instante para otro, sin un milisegundo de conciencia, con la pistola descargada en la mano y fuera del alcance de la Prefectura, corría por una calle oscura al otro lado de la esquina y hacia los brazos abiertos de Hobert, mi querido Leandro, quien exclamó: "¡Te salvaste Petiso, te salvaste!" mientras me estrechaba contra su pecho. "Estamos solos", dijo "fue un quilombo, se desarticuló todo". Cara a cara lo dijo, y tomó distancia cuando propuso que nos refugiáramos en la Iglesia, o Catedral, no me acuerdo. La vieja historia de los critianuchis, pensé. Y, mientras rumbeábamos un poco desorientados hacia las afueras de Zárate, propuse caminar, simplemente caminar hasta encontrar un auto, robarlo y rajar de Zárate por caminos secundarios. Y sí: era un riesgo enorme. Pero la regla básica era jamás quedarse quieto, moverse, moverse. Además... ¿qué otra nos quedaba?

No hizo falta. A los pocos metros tropezamos con el Nono. No digo: avistamos la camioneta o ahí estaban los compañeros. Digo: tropezamos con el Nono.

Porque de alguna manera sabíamos que el Nono nos iba a encontrar. Sólo un tipo como él podía hacerlo. Alguien que se las ingeniaba para cualquier cosa, que le sobraba audacia para llevarlas a cabo, y se iba a hacer matar antes de no encontrarnos o de tener la certeza de que estábamos presos o muertos.

Abordamos la camioneta, en las afueras de Zárate llegamos a un punto de encuentro con los otros vehículos, y enfilamos hacia Buenos Aires por caminos alternativos a la Panamericana. Fracasados. Pero unidos. Además, siempre y cuando no hubiera bajas propias, cualquier operativo, aunque no cumpliera con su objetivo específico, era un éxito. Propaganda armada. El tema no era adueñarnos de los cuarteles sino hacerles la vida imposible.

Aparte de Dalmiro Sáenz (quien, a dios gracias, todavía vive para suerte de la trasgresión nacional y a quien extorsioné durante la feria del libro del '84 para que dijera que mi recién publicada novela era lo mejor que había leído en los últimos diez años), de los que integraban el grupo que liquidó a Vandor sólo continué la relación con uno. Un flaco alto, a quien conocía desde hacía un año: me había regalado una cachorra de policía

(él no podía mantenerla, militancia mediante) la cual, luego de destrozar una bolsa e inundar la casa de La Lucila con una nube gris de pólvora, fue a parar a la casa de mi abuela materna desde cuya puerta se quiso comer vivos a los policías que, cuando me tenían preso en el destacamento de Villa Martelli, fueron a revisar mi supuesto domicilio. Perra montonera, al fin y al cabo. Pero esa es otra historia: en el próximo capítulo la contaré.

La cuestión es que el Flaco en algún momento me contó sobre la muerte de Vador: "Broncas viejas, pero además el General lo había ordenado; cuando el General le ordena a la derecha, nos caga; entonces, si cumplimos las órdenes que el General le da a la izquierda, cagamos a la derecha", dijo el Flaco. No sé si fueron sus palabras exactas: las transcribo desde los supuestos de la memoria. Pero lo recuerdo, y lo rescato, porque en aquel momento me impresionó su cripticismo.

Tenía, el Flaco, cerca de cuarenta años y había pasado por Palabra Obrera antes de integrarse al peronismo. Era obrero, gráfico o metalúrgico. Gráfico, me inclino a pensar, porque tenía una labia difícil y los ojos lejanos. Celestes y desvaídos. En su mirada una vez yo percibí la muerte. Pensé: este hombre va a morir pronto y pensé que no quería que me tocara en suerte operar con él.

Murió poco tiempo después. En la Zona Sur, de un balazo en el estómago, luego de tres días de atroz agonía. No era, nunca fue, Descamisado. Gillespie, equivocado. Y con él, María Seoane, Lapolla, etc., etc.

Tercera Parte

LA IGLESIA MONTONERA

Capítulo 19 - La iglesia montonera

En algún momento de su desarrollo, la organización Montoneros pasó a ser la "orga". En esta denominación intimista se concentra la idea de que en algún momento su dinámica de funcionamiento interno se parecía al de las órdenes militares de la Baja Edad Media. El fenómeno no era exclusivo de Montoneros, ocurría en otras agrupaciones de la Juventud Peronista de los setenta.

La iglesia montonera... Cada montonero tuvo sus razones y experiencias personales, íntimas, para tomar la decisión de jugarse la vida: algunas fueron parecidas, casi comunes a la mayoría, pero otras fueron diferentes. También fueron diferentes las representaciones ideológicas, las imágenes profundas, de quienes compartimos en aquella época un accionar político militar. Puedo asegurar, por ejemplo, que las creencias religiosas y la moral casi preconiliar de Firmenich eran contradictorias con mi laicismo y mis ideas de amor libre. El sentimiento de culpa relacionado con un origen de clase aristocrático o con una profunda fe cristiana que llevó a muchos militantes a reivindicar una austeridad extrema y a desarrollar un trabajo social con los humildes que, más tarde, se definiría en acción política revolucionaria, poco tenía que ver con la indignación, la bronca y el afán de protagonismo que, en su origen, determinaron mi necesidad de participar en una lucha destinada a terminar con el sometimiento de los débiles, en la lucha contra un sistema social en el cual unos pocos dominaban la vida de los muchos y sometían su libertad: entre los muchos yo.

Existieron, afirmé, entre nosotros diferencias ideológicas y diversas motivaciones profundas. Las cuales no impidieron que, a fines de los '60 y principios de los '70, coincidiéramos en un objetivo y una práctica común, y construyéramos una Iglesia de la que, con todas nuestras diferencias, formábamos parte, y a la que todos nos sentíamos ligados para toda la eternidad: éramos hermanos, unidos no tanto por la ideología como por la fe, y nuestro vínculo era más estrecho que cualquier vínculo afectivo pre-existente.

Incluidos nuestros padres, tal como lo relaté al principio, en lo que hace a mi historia. Sucede, en parte, que los hijos se parecen más a sus tiempos que a sus padres.

Al respecto del fenómeno montonero y la diferencia generacional, Juan Carlos Dante Gullo comenta: "Hay un proverbio árabe que dice: 'los hijos se parecen más a su tiempo que sus padres'. El primer elemento diferente de la militancia, de los jóvenes de los 60-70 era ver el mundo desde nuestros propios ojos, pero además ver el mundo con la actitud de transformarlo: decíamos que esa época era injusta, explicábamos por qué y luchábamos seriamente por la liberación.

Pero además había allí una generación que tuvo acceso a lo que era la relación con las chicas, con tus novias, con tus amigas, con tu grupo de una manera diferente de cómo lo habían hecho nuestros padres, las generaciones anteriores. Aún más: nuestra generación tuvo que afrontar un peso muy grande para su edad y su responsabilidad; un peso muy grande histórico, moral, material, político, ideológico: tuvimos que hacernos cargo de las contradicciones de siempre de los argentinos... No sé si en Europa existió un fenómeno juvenil tan masivo como el nuestro. Yo veía como este fenómeno iba avanzando de a poco, hasta que se abrió la cosa. Y significó una realidad distinta. Doy un ejemplo: era el año '71, estábamos en el cementerio de Olivos, recordando a Valle y a los fusilados en José León Suárez, en la Penitenciaría, y éramos apenas un puñado. Era un día de junio, frío, lluvia, uno de esos días en los que vos creés que tenés al mundo en contra y vos estás solo. Entonces le digo a un compañero: 'loco, somos... esto es muy poco'. 'Tranquilo', me dice, 'la gente está, lo tiene claro; lo que pasa es que hay momentos en que esto se manifiesta con fuerza, y hay otros momentos en que nos manifestamos nosotros, aquellos que tenemos la responsabilidad, pero desde la comprensión de los militantes'. A los dos años, eran millones los jóvenes que recordaban y reivindicaban a los fusilados".

La mayoría de los proto-montoneros de los últimos '60 éramos, en su mayoría, jóvenes que a partir de diversas lecturas y / o después de realizar alguna experiencia en trabajo social o de un corto pasaje por el cristianismo social, la nueva izquierda universitaria o la derecha nacionalista, entramos a la política en el peronismo. Un peronismo en cuya breve historia no eran nuevos ni el lenguaje radical ni la violencia que planteábamos, y nos caracterizaba, a los jóvenes peronistas. De hecho, antes de la existencia de Montoneros, en el marco del Peronismo Combativo, a lo largo de quince años se sucedieron el Peronismo de la Resistencia, el Peronismo Revolucionario y la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Y todos los compañeros que participaron de estas etapas históricas, sufrieron y ejercieron la violencia.

Lo nuevo pasaba por la aparición de otra subjetividad y una organización acorde a la misma. Lo cual se caracterizaba por: 1) Una respuesta violenta a la violencia del poder con las contradicciones que significaba el ejercicio de la violencia con relación a nuestras convicciones humanistas: a modo de ejemplo, ¿acaso los policías con quienes nos enfrentábamos no eran también pobres?

2) Un estilo de vida coherente con nuestro objetivo de cambiar la sociedad a favor de los desposeídos: a modo de ejemplo, en términos materiales, los montoneros subsistíamos con el equivalente a un salario mínimo y ni un centavo más lo cual incluía entregar a la causa los patrimonios personales y los ingresos económicos que excedieran el salario mínimo. Cuenta Perdía que en 1968 o 1969 ganó mucho dinero como abogado laboralista el cual sirvió para financiar las actividades políticas de su grupo durante mucho tiempo. Albertina Paz invirtió el dinero de las acciones de un ingenio familiar que había heredado en comprar una imprenta para la organización Descamisados. Otro tanto sucedió con Graciela de Ojea Quintana.

3) Y, por último, la decisión de dar la vida por los otros, yo diría, por amor a la vida: la nuestra y la de los otros. Yo sabía que podía morir, pero si no luchaba no vivía; sabíamos que si no luchábamos los hijos de los otros no iban a tener justicia, y sin justicia no valía la pena vivir; no queríamos una vida digna para nosotros, queríamos

una vida digna para todos. En síntesis, la nueva subjetividad pasaba por la idea del hombre nuevo, esto es, un hombre caracterizado por una solidaridad sin límites, por su capacidad de entrega. Y nuestra idea de socialismo -el tan mentado, mal entendido y peor usado socialismo nacional- tenía que ver con esta subjetividad: el eje filosófico de nuestro socialismo nacional podría resumirse en una consigna: tomar el poder para ejercerlo con austeridad. De alguna manera, reemplazar a la oligarquía que expolió al país durante un siglo por una aristocracia humanista, austera, solidaria, justa. Tal era nuestra fe, la fe en la que se sustentaba nuestra iglesia y, más allá de cualquier diferencia ideológica, nos unía, nos hermanaba.

Roberto Perdía, al referirse a la elección que hacíamos los militantes de un nombre de guerra, toca el tema de la fe montonera y la subjetividad que nos hermanaba. Y, con pocas excepciones, aún nos hermana.

"Pero ¿vos te sentís hermanado con Firmenich? ¿con un hijo de puta, un traidor?", me preguntó hace pocos días una joven amiga, Marcela Barragué, que no vivió nuestra experiencia. Mi respuesta fue que Firmenich podía ser -y yo consideraba que lo era- un hijo de puta, jamás un traidor: un tipo soberbio y equivocado, incapaz de reconocer errores, necio, limitado en política, ambicioso e inseguro, responsable en gran medida de nuestra tragedia y, muchas veces, un gordito boludo. El Canca Gullo, con la discreción que utiliza las palabras - las malas palabras, los términos peyorativos- me corrigió: "Al Pepe no se lo puede tratar como un 'gordito de ocasión'; no hay que personalizar en el Pepe sino en las contradicciones que existían entre las necesidades de la Organización y las necesidades de los frentes de masas; Pepe no entendía lo que pasaba con los frentes de masas y aún menos lo que pasaba con el peronismo en su conjunto, y ése fue el origen de todos sus errores". Coincido con la opinión del Canca y, gordito boludo o no, si hoy me encontrase con Firmenich, lo saludaría sin reparos y después lo putearía en todos los términos posibles. No sé si intentaría discutir con él los hechos del pasado: otros lo intentaron, y fue infructuoso. Pero, en razón de ese pasado común, por la fe que compartimos y pusimos en práctica, me despediría con un apretón de manos en honor a nuestra perimida complicidad. Tal vez.

Digo, entonces: Perdía dijo que el nombre de guerra se elegía y usaba no solamente por cuestiones de seguridad y, al respecto, escribió: "También implicaba fundir la historia e identidad personal en lo colectivo, pasar del 'yo' al 'nosotros' de la organización. Constituía el acto voluntario de subordinarse, integrándose, como individuo al conjunto organizado y rebautizarse como tal. Este conjunto, la organización, sería el instrumento para transformar la historia, el instrumento mediador entre la teoría y la práctica. En el seno de la organización se fundían la posibilidad de realizar los cambios para el país, las posibilidades y las expectativas de las vidas de miles de compañeros. De hecho, la organización, más que un frío organigrama o estructura institucional era todo un sistema de vínculos y valores dentro del cual se ordenaba y organizaba la vida personal y familiar (...) (lo cual ha) dejado una formación compartida -casi un sello- que cualquier nuevo encuentro o reencuentro se reconoce en esos códigos de análisis y hasta de lenguaje que nos caracterizó como militantes".

Esa fe que nos hermanaba fue inquebrantable y compartida sin fisuras hasta 1973: a partir del asesinato de Rucci y, aún más, después de ese delirio denominado "el pasaje a la clandestinidad", la fe en el hombre nuevo - para la mayor parte de los cuadros y militantes- se identificó con la fe en una especie de oráculo omnisciente: la conducción nacional. Y aquel cuadro que cuestionaba algún aspecto -a juicio de la conducción, importante- de la Nueva Fe, era considerado hereje y condenado. Al infierno, esto es, a morir. Aunque, hay que reconocerlo, a los herejes se les daba la oportunidad de redimirse en el purgatorio: se los trasladaba a algún frente de lucha desconocido para el hereje donde, a corto o mediano plazo, el desenlace era, en el mejor de los casos la cárcel, casi siempre la muerte. ¿Qué mejor forma de redención? ¿No se redimió de esta forma el Negro Sabino quien fue el primer trasladado?

Capítulo 20 - La herejía de Sabino Navarro: por el amor de una mujer...

El Negro tenía una amante, Mirta Silecki, ajena a la organización. Una noche a finales de junio de 1971 se encontró con ella en San Martín. Los vecinos, días después, dijeron a los medios que se veían desde hacía tiempo y formaban una muy buena pareja. Estaban sentados en un Peugeot 404 rojo, estacionado frente a la casa de Mirta, cuando se acercaron un par de policías y quisieron identificarlos. El Negro dijo que tenía sus documentos en un maletín dentro del baúl del auto. Era cierto. Lo que no dijo es que debajo del maletín había un revólver calibre 38. Abrió el baúl, sacó el maletín, apuntó a los policías y, cuando ellos amagaron resistirse, les disparó. Luego les sacó las armas, los revisó en previsión de que tuvieran alguna escondida, sacó una metralleta del patrullero, se despidió de Mirta, subió al Peugeot y se marchó.

Tal vez la propia Mirta o quizás un policía, antes de morir, alcanzó a memorizar el número de chapa: B276361. El mismo número de la chapa de mi auto, también un Peugeot rojo, mellizo del otro. Ni el Negro ni yo estábamos al tanto de la duplicación. Y, aunque yo sabía que el Negro se movilizaba en un Peugeot rojo porque en él habíamos viajado juntos al interior, las exigencias de la clandestinidad no me permitieron conocer el episodio que había protagonizado en San Martín.

La policía localizó mi auto estacionado sobre una calle de La Lucila y, con la idea de que era el auto del Negro, montaron una encerrona gigantesca: me detuvieron a las nueve de la mañana del 10 de julio. En gran medida debido a mi propia responsabilidad.

Para esta época, la Organización crecía a pasos agigantados. Yo era el jefe de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, bajo la cobertura de ser médico con consultorio familiar, alquilaba una casa en la Lucila -en ella vivían Firmenich, Hilda Rosenberg, Jorge Escribano, Zapatías y José, los tres últimos compañeros cordobeses que habían pasado a la clandestinidad después del operativo de La Calera-y, aparte de mis tareas militares como combatiente y de trabajar en una clínica psiquiátrica, manejaba dos pequeños grupos armados locales que se habían integrado a Montoneros. Entre ellos, uno dirigido por Gerardo Burgos, el Negrito, quien murió baleado por la policía, junto con Jorge Escribano, unos pocos meses después. El negrito era un cuadro de origen obrero, proveniente de la Juventud Revolucionaria Peronista y con quien, sin conocernos, compartimos una efímera organización armada en 1968. Lo conté en la Primera Parte: nos infiltró la policía; yo zafé pero él cayó en el Abra de Santa Laura, Jujuy, y estuvo un año preso. Apenas salió de la prisión formó su grupo y, a través de Tato Laffleur, se conectó con nosotros.

Antes de ello habían realizado un par de operativos menores y, para julio del '71, planificaban poner unas bombas. Les hacía falta nitrato de amonio, un fertilizante que se conseguía en pocos negocios, y yo me comprometí a comprarlo. El 10 de julio.

El 9 de julio a la noche cometí el primer error. Estaba cansado y en lugar de estacionar el Peugeot rojo en un lugar que pasara desapercibido (el estacionamiento de un gran edificio o una calle donde hubiera muchos coches estacionados), con tal de ahorrarme el viaje en colectivo o caminar quince cuadras, estacioné el Peugeot sobre una calle solitaria a un par de cuadras de la casa de la Lucila. Por la mañana, ocho y treinta o nueve horas, antes de salir para buscar el Peugeot y comprar el nitrato, Firmenich me preguntó en qué condiciones estaba mi pistola. Estaba en pésimas condiciones, hacía tiempo que no la limpiaba a fondo. En parte porque era un proceso que llevaba su tiempo y en parte porque una vez que la tenía desarmada me resultaba imposible volver a armarla. Firmenich la revisó y, como era lógico, tiró la bronca. Mi disculpa fue la falta de tiempo -entre otras cosas había que hervir el cañón en agua con sal durante un par de horas-: "Pepe, vos estás aquí encerrado y al pedo todo el día, porque no me hacés el favor y la limpiás vos", argumenté. Y salí de la casa, desarmado, por primera vez en más de un año pisé la calle desarmado.

Sentir la pistola en la cintura da otra dimensión de las cosas. Uno no puede ignorarla, no sólo porque pesa y hay que calzarla de tal forma que no se note, sino porque nos hace concientes del riesgo. De que uno camina sobre la incierta y estrecha frontera que separa la vida de la muerte. "El hombre, se sabe, tiene firmado un contrato con la muerte: en cada esquina lo anda acechando el mal rato", cito de memoria: si me equivoco, que Borges me perdone. Entonces, en previsión del mal rato, uno se cuida, está alerta, observa el entorno con la mirada del predador o con la precaución de sus potenciales víctimas. Y este es uno de los tres secretos que tiene un guerrillero para sobrevivir. El otro es el miedo: tenerlo, reconocerlo, aceptarlo y controlarlo. Y el tercero es cumplir con las normas de seguridad. Que en el caso de tener que recoger un auto robado, más allá de haberlo estacionado en un lugar donde pudiera pasar desapercibido, consistía en llegar hasta él en forma gradual a partir de realizar círculos concéntricos. Esto es, por ejemplo, dar varias vueltas por las manzanas linderas a la calle donde está el auto estacionado y, en caso de no observar nada fuera de lo común, subir, ponerlo en marcha y arrancar de inmediato. Nada de lo cual, esa radiante y helada mañana del 10 de julio, yo hice. Despojado de mi pistola, me dediqué a disfrutar de los rayos de sol sobre el rostro, del aire límpido, del aroma a verde, de los brotes de las azaleas y de los rosales invernales a punto de florecer, en fin, a reposar en las nubes de Úbeda mientras caminaba, en línea recta, las dos cuadras que me separaban del auto.

Del otro lado de la acera donde estaba estacionado el Peugeot, vi a un linyera sentado sobre los escalones de un zaguán. Y había puesto las llaves en la cerradura del auto cuando caí en cuenta de que un linyera no podría, sin congelarse, hacer noche a la intemperie y en un barrio de clase media alta en el cual, además, no había lugar para los linyeras. Era algo "fuera de lo común", tan fuera de lo común como la metralleta con la que me apuntó y las decenas de policías que en cuestión de segundos me rodearon.

En una pieza del primer piso de la comisaría de Vicente López, esposaron mi muñeca izquierda a la manija de un archivero. Intenté hacerme pasar por ladrón de autos pero, luego de interrogarme -sin tocarme un pelo y, me di cuenta después, sin mucho entusiasmo-y demostrarme la falsedad de mis documentos -a nombre de un tal Diego García, por casualidad homónimo del último marido de mi abuela materna, doña Gloria, vecina de Vicente López y capitalista del juego clandestino-, me preguntaron quién era José Héctor Amorín. Un cheque con el que me había pagado la clínica psiquiátrica en la cual trabajaba, me había delatado. "Cagamos dijo Ramos", pensé y, con el objeto de no enredarme, decidí apretar los labios y mantener la boca cerrada.

Pasara lo que pasara: en boca cerrada no entran moscas ni de ella salen indiscreciones. Seis horas. Tenía que mantener la boca cerrada durante seis horas, el tiempo pactado para que los compañeros, si no recibían noticias mías, abandonaran la casa de La Lucila. Firmenich mediante, quien acataba las normas de seguridad al pie de la letra y con el máximo rigor, lo iban a cumplir.

Seis horas, tenía seis horas por delante. No iba a ser muy difícil. Suponía.

Ante mi actitud, los canas, luego de decir que se iban a preparar la parrilla, me dejaron solo en la habitación. Ingenuo de mí: era cerca del mediodía y pensé que iban a prender el fuego para almorzar un asado. Me dije: adelante, muchachos, tómense todo el tiempo del mundo, yo no tengo apuro. Pero, instantes después entró uno de ellos que portaba su pistola en una sobaquera.

Se acercó al archivero -al cual yo estaba esposado por la muñeca izquierda, tenía la mano derecha libre-y, mientras decía boludeces, me daba sopapitos en la cara. La culata de su pistola, al alcance de mi mano

derecha, era una tentación irresistible: más aún, tenía el gatillo en medio punto lo cual indicaba una alta probabilidad de que tuviera un cartucho en la recámara. Sacársela, amartillar y con el tipo como rehén salir de la comisaría. Estiré la mano, tomé la pistola, amartillé, lo apunté a la cabeza... y el tipo empezó a reírse mientras el resto de los canas ingresaba nuevamente a la habitación. No me molesté en oprimir la cola del disparador: el arma estaba descargada, había sido un cebo.

Y ahora sabían que yo sabía usar armas, que no era un simple ladrón sino un pesado. En realidad, sabían más. Pero yo recién lo supe horas después cuando, ya en el destacamento de Villa Martelli y entre una y otra descarga eléctrica, me preguntaron: "Josecito, ¿conocés a Sabino Navarro?".

El 13 de julio fui comunicado con el juez después de tres días de picana en la que se alternaron policías bonaerenses, federales y agentes de la SIDE quienes no pudieron sacarme otra cosa más que alaridos, cierta profesión de fe tacuarista, mi adhesión al peronismo y a las políticas de la CGTA, y la dirección de mi abuela materna. No fue heroísmo. De ninguna manera. Aunque luego haya sido interpretado así a pesar de mis desmentidas.

Me subieron a un auto, encapuchado, y me llevaron al destacamento de Villa Martelli. Tiempo atrás había planificado asaltarlo y conocía la zona mejor que la palma de mi mano: el tiempo que tardamos en llegar y un paso a nivel caracterizado por estar sobre una loma muy pronunciada, me permitieron inferir el lugar. Una vez allí, sin que pronunciaran una palabra y sin tocarme un pelo, me desnudaron, me tendieron sobre el elástico metálico de una cama, ataron mis cuatro miembros a la misma y, en el dedo pequeño del pie derecho me colocaron algo que, a ciegas como estaba, me pareció una cadenita. Imaginé que a través de ella llegaría la electricidad y, no había terminado de pensarlo, cuando la primera descarga me arrancó la pierna de cuajo. Fue lo más espantoso que había sentido en mi vida. También sentí que no iba a soportar, pero mis alaridos, que pretendían ser palabras, no sé cuáles pero era lo que pretendían, fueron sofocados con una almohada. Seis horas: entre cada descarga y bajo la almohada, sólo atinaba a pensar: seis horas. Y me repetía: seis horas, seis horas.

De hecho, mientras me picaneaban yo sólo esperaba que transcurrieran las famosas seis horas para comenzar a hablar. No a vomitar, decir un poco nomás: nombre, domicilio "creíble" y algunos datos dispersos, sobre política universitaria o punteros partidarios, que no afectaran la seguridad de la Organización. No fue una idea repentina. Lo repentino fue la primera descarga y el consiguiente deseo de decirlo todo. El discurso surgió de a poco, bajo la almohada, mientras me asfixiaba y cruzado por una infinita cantidad de ideas locas y temores varios. En lo fundamental, el miedo a que todo empeorase si salían a la luz, si confesaba mis acciones militares, en particular el asalto a la quinta presidencial de Olivos, y sus consecuencias: me sacarían la piel a tiritas antes de tirarme en un zanjón. Ya dije: no fue heroísmo, fue miedo. Y suerte.

Fue suerte la ineficiencia policial: cada vez que me aplicaban una descarga yo reaccionaba con un alarido que ellos sofocaban bajo una almohada, lo cual me asfixiaba y me impedía hablar hasta la próxima descarga, y así hasta el infinito.

Suerte, también, el oficio de mi abuela materna: capitalista de juego clandestino en Vicente López. La casa de mi abuela, fallecida uno o dos años antes, era mi domicilio legal. Durante años, doña Gloria, mi abuela, coimeó al personal de la comisaría, uno de sus socios había sido subcomisario de la misma, y de sus fiestas -famosas las fiestas de doña Gloria, póker y rula incluidos-participaron no pocos oficiales. Cuando dije mi domicilio -avenida Maipú 1136, la casa de mi abuela-, uno de los torturadores hizo parar la mano, me pidió que describiera el lugar y exclamó: "pero ahí es lo de doña Gloria... ¿qué sos vos de doña Gloria?". "Era, era el nieto", dije. "De ahí le veía la cara conocida a este pibe", comentó otro y yo pensé "o de algún identikit, si es que alguna vez no me tocó afanarte el arma". Durante unos pocos minutos las cosas se calmaron: los canas susurraban entre sí. Luego volvieron a la carga, o a las descargas, para el caso era lo mismo. "Si querés que esto termine, nos tenés que dar nombres, Josecito, ¿entendiste?, necesitamos nombres". Y descarga, menos duradera que las anteriores, pero descarga. "Barbieri", grité, "Teodoro Barbieri". Silencio total. "¿Estás diciendo que don Teodoro es guerrillero?", un cana rompió el silencio. "El Gordo Teodoro es mi padrino, y yo milito en el partido, con el Gordo milito", dije. Barbieri, era el indiscutido dirigente peronista de Vicente López. En su herrería, los policías encargaban rejas, faroles o lo que necesitaran, y se lo llevaban al costo junto con la yapa: un par de botellas de whisky escocés que el Gordo contrabandeaba. Su oficio paralelo al de herrero, tan clandestino y lucrativo como el de mi abuela. Esta vez los canas se fueron, supuse que para consultar con algún superior. Y volvieron, al rato: el suficiente como para que yo tuviera tiempo de armar una historia: el 9 de junio pasado en el cementerio de Olivos el partido hizo un homenaje a los fusilados en José León Suárez³⁴, situación en la cual yo me puse en contacto con unos compañeros que portaban un cartel de Tacuara. Ellos me proporcionaron el auto y los documentos con el objeto de alquilar una casa para instalar una imprenta clandestina. Punto. Los canas tenían su historia y yo tal vez zafaba.

Los canas susurraron entre ellos, se marcharon durante un rato y volvieron.

Pero esta vez, mis canas no volvieron solos: los acompañaban federales y alguno de la SIDE. Durante un rato se dedicaron a gastar electricidad, sin pronunciar palabra. Hasta que uno, uno de los recién llegados, al oído, con inusitada delicadeza, me preguntó: "Josecito, ¿conocés a Sabino Navarro?".

³⁴ Dante Gullo estuvo presente en ese acto. Transcribí su narración unas páginas atrás. Del acto, yo apenas leí una nota en "Crónica". La nota estaba ilustrada con una foto en la cual aparecía un cartel de "Tacuara".

Su recuerdo durante la tortura me proporcionó la "historia" que le conté a la cana. Lo loco del caso es que dos o tres meses después me encontré al Canca en Moreno y germinó la idea de la Jotapé. Pero recién nos enteramos de la coincidencia, café por medio, durante el siglo XXI.

"Sí", respondí. "De dónde lo conocés, Josecito?", insistió el susurro. "¿Es uno de los de Aramburu, no?... de los diarios, de los carteles ¿de dónde sino?", respondí y, entre descarga y descarga, repetí la historia que había pergeñado.

En un momento dije que tenía una cita, con el compañero de Tacuara que me había entregado el auto, a las ocho de la noche en una pizzería del Puente Saavedra. Al compañero lo describí en detalle e igualito a Federico Luppi no fuera cosa de contradecirme en las repreguntas. Para esperar a Federico, entonces, me sentaría en una mesa, pediría una pizza y me clavaría el cuchillo en el corazón: a esa altura del partido, prefería la muerte a la tortura. Recién entonces supe, no sólo que habían pasado las seis horas sino casi dos días desde el momento de mi detención.

De Vicente López me llevaron a la comisaría de Lanús -jurisdicción donde habían robado el auto-y, de allí, a la cárcel de Olmos en la cual estuve preso un mes. Podrían haber sido dos años, hasta la amnistía del '73. Pero me salvé de la nueva legislación antiterrorista, el Camarón, por un día.

Cuando salí de Olmos, el Negro seguía desaparecido en el monte Cordobés. A los pocos días se confirmó su muerte: fui el primero en darme cuenta, por una pequeña nota aparecida en Crónica: se había encontrado en Aguas Negras, Córdoba, un cadáver -arma y maletín incluidos-al cual le habían cortado las manos para su identificación. No dudé, era el Negro. Imaginé su cuerpo, tendido sobre un zanjón, boca arriba y los brazos en cruz: el sol destellaba en reflejos dorados sobre sus ojos abiertos.

El mismo día que se creó el Camarón, 14 de julio, Mirta Sileki salió en libertad, y se reunió la Conducción Nacional: el Negro fue degradado en forma transitoria y se lo trasladó a Córdoba para reorganizar una Regional inexistente, en la práctica, después de las consecuencias de la toma de la Calera. El Negro apenas conocía Córdoba donde, por otra parte, sólo teníamos unos pocos cuadros dispersos y semi clandestinos en la Capital y un pequeño grupo operativo en la ciudad de Río IV. Su traslado era, y más aún conociendo la personalidad del Negro, una "muerte anunciada".

¿Porqué se lo condenó? Por una actitud individualista que condujo a la detención de un compañero. En realidad el Negro había tenido una actitud, digamos, "pasional", que yo habría emulado, sin lugar a dudas, de haber tenido la oportunidad. Tampoco me cabe duda que Mirta Sileki valía la pena: al Negro le gustaban las mujeres hermosas. Actitud individualista fue la mía que, durante un hecho militar: mover un auto robado, por comodidad no respeté los principios elementales de seguridad que me hubieran permitido apreciar la encerrona y evitarla. Pero a mí me ascendieron al primer puesto de la "conducción nacional de recambio" y al Negro lo sancionaron por individualismo. En todo caso, yo creo que, al menos para Firmenich, el "individualismo" del Negro se remitía a tener una aventura con una mujer que no era su esposa. Vamos: por coger. Y por ello la sanción. No por individualismo sino por "inmoralidad". O por envidia, tal vez.

El Negro tenía capacidad para sacar adelante cualquier situación y, como se sentía responsable de todo, se anotaba en todas. A principios del '71, cuando asaltamos la guardia de la quinta presidencial en Olivos, operativo en el cual el Negro no participaba, en medio del tiroteo percibí, al otro lado de la avenida Maipú, la figura del Negro: con la mano en la cintura, estaba presto a intervenir si fuera necesario. Otro acto de "individualismo": ay, si el Negro hubiera vivido...

Capítulo 21 - La versión "oficial" acerca de Sabino Navarro o cómo despojar a los valientes de su condición humana ...

Gillespie (Montoneros, soldados de Perón, 1982) se hace eco de una versión edulcorada -publicada en el número 4 de "La Causa Peronista"-respecto del tiroteo que sostuvo el Negro Sabino Navarro en San Martín cuando, durante el encuentro -narrado páginas atrás-con una amante que la versión oculta, fue sorprendido por la policía.

Escribe Gillespie³⁵: "A finales de 1971, el comando Juan José Valle, compuesto por once montoneros de Buenos Aires, 'expropió' 88.000 dólares al Banco de Boulogne de Villa Ballester, tras haber desarmado a dos policías que lo custodiaban. José Sabino Navarro, jefe de la organización, no sabía nada de los planes para aquella operación, pero quiso la casualidad que se dirigiera el mismo día en su automóvil a aquella zona de Córdoba (sic). Dos policías de patrulla descubrieron al sospechoso personaje cuando esperaba dentro de su coche en un rincón oscuro; intentaron cachearle y abrieron fuego cuando él empuñó una pistola. Los dos agentes resultaron muertos".

El asalto al banco en villa Ballester fue efectivamente realizado, pero alrededor del 25 de junio de 1971, en horas de la mañana y, por supuesto, no fue en Córdoba sino en la zona norte del conurbano bonaerense de cuya Unidad Básica de Combate yo era responsable. Y días después, el 4 de julio, asaltamos un destacamento policial en San Martín. Pero el tiroteo entre el Negro y los policías, sucedió a fines de junio (no a "finales" de 1971), frente a la casa ubicada en San Juan 474 de la localidad de Malaver, partido de San Martín, provincia de Buenos Aires, casa en la cual se domiciliaba Mirta Sileki.

³⁵ Richard Gillespie, op. Cit., pp. 144, tomado, según Gillespie, del artículo "Montonero Sabino Navarro, volverás", publicado en el semanario la Causa Peronista N° 4 y escrito, anónimamente, por Carlos Hobert.

El Negro fue identificado públicamente como autor del tiroteo el 13 de julio, tres días después de mi detención. Mientras me torturaban en el Destacamento de Villa Martelli, un policía, de sopetón, me preguntó: "¿conocés a Sabino Navarro?". Lo cual me llamó la atención ya que, por la información que tenía, en el contexto de mi detención no había nada que me ligara al Negro. Recién días después, en la cárcel de Olmos y a través de mi abogada, Ana Valle, supe que teníamos autos mellizos. La identificación sólo era posible de dos maneras: que los policías lo hubieran reconocido -improbable de noche y durante el fragor de un tiroteo e imposible si tenemos en cuenta de que estaban muertos-, o que su acompañante, Mirta, supiese quién era y, luego de ser detenida, proporcionase sus datos y los de su vehículo, mellizo del mío.

Más allá de los errores geográficos y cronológicos, la incompatibilidad entre su versión de los hechos y lo ocurrido, nos permite inferir la liviandad con la que procedió Gillespie con relación a algunas de sus fuentes: leyó la Causa Peronista, pero no contrastó sus contenidos con lo publicado al respecto por los diarios de la época en que sucedió el tiroteo.

Además de Lapolla -quien con seguridad toma a Gillespie como fuente-, Gillespie insiste en ubicar la residencia del Negro en Córdoba, tanto antes como después del tiroteo. Pero el Negro jamás residió en Córdoba.

Primero porque después de la muerte de Fernando, usó la mayor parte de su tiempo en recorrer el país para rearmar la Organización. Durante ese tiempo, su domicilio "oficial" estaba en Buenos Aires -el ya mentado departamento de la calle Billinghamurst-, ciudad en la cual debía permanecer la mayor parte de su tiempo ya que no sólo era el centro de la actividad política nacional sino que además coordinaba, por Montoneros, las reuniones de las Organizaciones Armadas Peronistas, en ese momento un hito estratégico para nosotros. A lo cual debe sumarse que Buenos Aires era la sede de la Conducción Nacional que él jefaturaba, la cual mantenía reuniones periódicas y frecuentes, y la región en la cual la Organización tenía un desarrollo cuali-cuantitativo más que acelerado que, en la práctica, se traducía en un promedio de dos o tres operativos mensuales y la incorporación a Montoneros de numerosos grupos y cuadros. En tal sentido, la otra prioridad se daba en la provincia de Santa Fe.

Y en segundo lugar, carecía de sentido que el Negro residiera en Córdoba porque para Montoneros, después del desastre posterior a la toma de La Calera y el traslado de los compañeros sobrevivientes -casi todos los compañeros que tenía la Organización en esa ciudad-Córdoba era un territorio desbastado, sin ninguna infraestructura que garantizase una razonable seguridad. Sí teníamos un grupo operativo en la ciudad de Río Cuarto al que, por indicación del Negro a quien acompañé en algunos de sus viajes, me encargué de dar instrucción militar. Con los compañeros de Río Cuarto inclusive realicé un par de operativos pequeños. Es cierto que discutíamos con el Negro la posibilidad de avanzar sobre Córdoba a partir de Río Cuarto pero a través de un proceso paulatino, el cual implicaba restablecer una serie de contactos políticos, lo que exigía de tiempo completo razón por la cual no se podía hacer cargo el Jefe de la Organización en nivel nacional quien, además, era el tipo más buscado del país.

Perdía, en este caso, coincide conmigo: "Este correntino, parco en el hablar, pudo mantener con su palabra y su presencia la vinculación entre los distintos grupos durante varios meses (...) Con su Peugeot 404 iba de Salta a Buenos Aires, del Chaco a Mendoza sosteniendo los hilos de la incipiente organización". Perdía ni siquiera menciona a Córdoba.

Pero ahora vamos a lo que contó, textual, la fuente de Gillespie: Causa Peronista. Sé que el narrador fue Hobert porque, en el mismo artículo, no sólo narró los inicios del grupo Sabino -lo cual también podrían haber hecho Tato Lafleur o Hilda Rosenberg-sino que detalló el asalto al hotel alojamiento realizado en 1969 por el Negro Sabino, Julia, el propio Hobert y yo. Entonces, respecto del tiroteo en Malaver, Hobert escribió: "Al día siguiente vamos a una reunión y el Negro nos dice que a esos policías los había matado él y nos entrega dos pistolas Browning 9 milímetros y una ametralladora UZI del mismo calibre. Nosotros no terminábamos de mirarnos con la boca abierta. Entonces nos cuenta que había tenido una cita y no sabía que se iba a hacer el Banco en esa zona. Estaba adentro del coche esperando y aparece un patrullero con dos efectivos. Arranca por si acaso y ve que lo siguen. Va para Villa Ballester despacito y el patrullero atrás. Confirma que están detrás de él y decide, con la tranquilidad que lo caracterizaba, parar.

Para, se baja. Hace como que va a tocar el timbre en una casa, como si llegara a destino. Pero el patrullero se le para al lado y los canas se bajan y empiezan a interrogarlo. Él les cuenta que estaba esperando a una chica, que la chica no vino y entonces vino a buscarla a su casa. Esto desconcierta a los canas pero igualmente le dicen que quieren revisarle el coche. Él en aquel entonces llevaba una pistola en la cintura y un revolver 38 en una carterita de mano. Los canas no encuentran nada pero después quieren revisarlo a él. Entonces saca el 38 y les da el alto. Los canas se abren y sacan sus fierros. El entonces baja a uno, el otro alcanza a tirarle con la suerte que el tiro le pasa entre las piernas y le perfora el pantalón sin tocarlo y entonces lo baja. Les saca los fierros. Va al patrullero y recoge la ametralladora, se mete en el coche y se va".

Antes de escribir este párrafo, Hobert comentó que el Negro había ido a su casa "porque no tenía donde parar en Buenos Aires". Y luego escribió que al día siguiente de la reunión, el Negro se fue a Córdoba y se produjo su caída.

Esta reunión, en la cual el Negro dijo lo que había pasado en Malaver, sucedió entre el 11 y el 13 de julio de 1971. Y, en efecto, paró en casa de Hobert: al tanto de que yo había caído el 10 de julio, estaba preocupado porque yo, bajo tortura, confesara la existencia del departamento de la calle Billinghamurst. Por otra parte, el Negro sobrevivió a la tragedia de Willam Morris la cual tuvo su origen en la insensatez de haber realizado una reunión de noche y en una zona apartada: el riesgo de llamar la atención carecía de medida. Y, como todo lo que puede salir mal sale mal, costó la vida de Abal y Ramus. El Negro de tonto no tenía un pelo y sabía aprender de la experiencia. Por lo tanto, después de Willam Morris, se decidió que, en la medida de lo factible,

todas las citas políticas se harían en horarios laborables y en lugares públicos o casas operativas, lo cual daba muchas más posibilidades de pasar desapercibido. El Negro fue el impulsor de esta regla de seguridad. En consecuencia, no resulta creíble que hiciera una cita política de noche, dentro de un auto robado y en lugar obscuro del conurbano. Por último, no me cabe la menor duda de que el Negro en la reunión mencionada por Hobert contó la verdad y nada más que la verdad. Y no me caben dudas no sólo porque conocía al Negro tanto como Hobert sino también porque cuando salí de la cárcel, pocos días antes de que localizaran el cadáver del Negro, fui designado número uno de la conducción nacional de recambio -esto es, me tocaba reemplazar al primer compañero de la conducción que cayera-y, como tal, el propio Hobert se encargó de ponerme al tanto de lo que había sucedido y los rasgos gruesos acerca de las causas que motivaron la sanción: la relación clandestina con Mirta y su consecuencia indirecta, mi caída en cana. A Hobert le costaba hablar del tema y me pareció que no estaba muy de acuerdo con la sanción aplicada al Negro.

La otra noticia que recibí al salir de la cárcel fue el suicidio de Tito Veitzman.

Desde la ejecución de Aramburu la misión de Tito era darle cobertura al Negro.

Tito era adinerado, vestía como un dandy, bombín y bastón o paraguas negro incluidos, y poseía un flamante Kaiser Carabella. Muchas de las veces en las cuales el Negro tenía que trasladarse en Buenos Aires -lo cual implicaba, con frecuencia, pasar por exhaustivos controles policiales-Tito ocupaba el asiento de atrás y el Negro calzaba una gorra de chofer. Ante un gesto autoritario de Tito, no había control que los parase. Pero desde hacía unos meses, Tito había comenzado a deprimirse. Situación que no era ajena a su discapacidad física y la consiguiente imposibilidad de participar en las unidades de combate. Si bien hizo de chofer en algún operativo, a partir de la unión con el grupo Abal, fue excluido de las unidades de combate: se consideró que su discapacidad, en caso de tener que fugarnos a pie, podía poner en peligro a sus compañeros. Excluido de las Unidades de Combate significaba que no podía participar en operativos militares. Pero, aún más, significaba la imposibilidad de participar en los ámbitos de conducción política, limitación que para un tipo de la lucidez política de Tito resultaba fatal. Según me contó Hilda Rosenberg, a su suicidio también contribuyó la existencia de un amor imposible. Una noche, cuando el Negro erraba por las sierras cordobesas y luego de hablar con Hilda por teléfono, tomó la dosis exacta de barbitúricos como para conciliar el sueño y no despertar jamás.

Las muertes del Negro y de Tito -quien, varios años mayor que yo, había sido uno de mis mentores políticos desde que ingresé a medicina e incondicional amigo-, sumadas a la experiencia de la tortura y al hecho de haber liquidado a un policía durante un tiroteo cara a cara, me sumieron en una serie de reflexiones acerca del valor de la vida las cuales, en una saludable dialéctica con otras circunstancias que narro en diferentes capítulos, me llevaron a proceder con precaución y posibilitaron que hoy me pueda dedicar a escribir este libro. Bueno, en el hecho de que esté vivo, también intervino la suerte: mis amigos dicen que tengo un dios aparte. Pero esa es otra historia. Ahora volvamos al artículo escrito por Hobert.

Este artículo fue publicado en La Causa Peronista en agosto de 1974, a tres años de que el Negro muriese desangrado en Aguas Negras y en ocasión de que sus restos fueran trasladados al cementerio de Olivos. Para esa época, Montoneros había sufrido dos escisiones: por izquierda se separó la Columna Sabino Navarro que, liderada por Ignacio Vélez, sostenía un planteo clasista y alternativo parecido al del Peronismo de Base. Ello sucedió a mediados del '73: en términos cuantitativos, no fue significativa. Y por el lado del "movimientismo", luego de largas discusiones que tuvieron su epítome en el asesinato de Rucci, entre principios y mediados de 1974, se separó "Lealtad".

Fractura significativa en términos de calidad, por la veteranía político-militar de los disidentes. Pero peligrosa por su potencial extensión a partir de la coincidencia de pensamiento que existía entre los disidentes, gran parte de los veteranos de la Organización, y la mayoría de los responsables de los frentes de masas.

Montoneros profundizaba sus sesgos militaristas en función de una estrategia de "guerra prolongada" y se preparaba para un "pasaje a la clandestinidad" el cual, como era lógico, sería conflictivo para la Organización en tanto y en cuanto aislaría y dejaría expuestos a los militantes de los frentes de masas. En particular a los compañeros de la Jotapé que actuaban en el nivel territorial, tal como sucedió: el grueso de la sangre derramada después del pase a la clandestinidad, salió de las venas de los pibes y pibas que integraban la Jotapé.

A la conducción de Montoneros no le preocupaban en demasía estos jóvenes de los barrios que se caracterizaban por ser quilombos, discutidores, indisciplinados, dispersos en lo ideológico y sin preparación militar. No le preocupaban en tanto preparaba a la original organización político-militar para transformarse, definitivamente, en un ejército revolucionario que confrontaría, tete a tete, con el conjunto de las fuerzas armadas y de seguridad del Estado.

Ello exigía una máxima homogeneización ideológica y una estricta disciplina en función del imperio del voluntarismo por sobre la razón política y de un heroísmo más asemejable al martirio que a la valentía. En tal sentido, la "vida y la muerte ejemplar" del Negro venía como anillo al dedo: infundía misticismo. Y la distorsión de la realidad que caracterizó al artículo de marras pasaba por dar un ejemplo a seguir, pasaba por resaltar el heroísmo del Negro sin la mácula de sus "debilidades morales". Pasaba por despojar a un hombre valiente de su condición humana. Como, por ejemplo, aprovechar un tiempo libre para estar en un lugar obscuro acompañado por una dama. De paso, servía para encubrir que esas "debilidades" dieron lugar a una sanción que lo condujo a la muerte. Y situó a un cuadro de las características de Firmenich a la cabeza de la conducción.

Capítulo 22 - La cárcel de Olmos y los presos guerrilleros...

No recuerdo mucho de mi breve pasaje por la cárcel de Olmos. Apenas imágenes dispersas de mí como, por ejemplo, que al momento de cruzar la puerta de la cárcel y bajar del patrullero que me transportaba, grité "Viva Perón" con toda la fuerza de mis pulmones. Exclamación que repetí frente a todos los funcionarios que me interpellaron para realizar los trámites burocráticos propios de cualquier institución penitenciaria. Sólo cambié el discurso en una oportunidad: cuando al ingreso me hicieron la revisión médica de rigor. El médico que me atendió había sido mi compañero en la Facultad de Medicina de La Plata. Era la primera cara conocida que veía desde mi detención: alborozado extendí mi mano para estrechar la suya e incluso lo llamé por su nombre -si lo recordara no dudaría en transcribirlo: lamento no recordarlo-. Pero se hizo el boludo y me dejó con la mano colgada del aire. Al terminar la revisión dijo "está todo bien, pueden llevárselo". "Un minuto, colega", dije yo, señalé los rastros que la picana había dejado sobre mi piel y agregué: "fui torturado, estas son las marcas y tienen que quedar consignadas en la historia clínica". El tipo no levantó la vista de sus papeles y repitió: "está bien, llévenselo nomás". Lo insulté de todas las formas posibles y, mientras los guardias me arrastraban fuera del consultorio, grité. Por supuesto, grité "Viva Perón".

No paré de gritar "Viva Perón" hasta que me introdujeron en una celda del pabellón de máxima seguridad. Al rato, el preso encargado de la limpieza, se paró frente a la puerta de mi pieza y dijo: "el que está en la celda del fondo, Carlos, te manda saludos". El preso del fondo era Carlos Flaskamp. Aunque cuando él salió de la cárcel, en 1973, se incorporó a FAR y, desde allí, a Montoneros, recién nos volvimos a ver en el '98, en la Cámara de Diputados: abrí la puerta del despacho de Torres Molina y un rubio grandote, pinta de alemán, al instante me dijo: "vos sos Amorín, estuvimos juntos en Olmos, acordate". Sucede que Carlos, además de escribir bien, es un memorioso, talento poco común que decidí aprovechar para este libro: le pedí, entonces, que escribiera unas líneas acerca de nuestra estadía en Olmos. Las transcribo: "En marzo de 1971, Olmos no estaba siendo utilizada para alojar presos políticos. Como la Unidad 9 -llamada "la nueva"-de La Plata, la vieja cárcel de Olmos era lo que debe seguir siendo ahora, un lugar de encierro para procesados cuyas causas se tramitaban en los juzgados de la provincia de Buenos Aires.

El edificio tenía cinco pisos. En los cuatro pisos de abajo estaban los pabellones colectivos, donde se encontraba la mayoría de los presos. El quinto piso constaba de pabellones con celdas individuales. Eran los pabellones llamados de "medidas de seguridad", donde nos metieron a nosotros, así como otros pabellones especiales: pabellones para policías presos y pabellones para homosexuales, por ejemplo. Claro que había policías y homosexuales también en los pabellones colectivos, pero en el quinto piso estaban los oficializados como tales. En cuanto a los pabellones de "medidas de seguridad", ahí había de todo. Probablemente la única condición común a todos fuera la de que eran presos que tenían que vivir en aislamiento. Algunos habían sido aislados porque "la policía" -como denominaban los presos, sin equivocarse, a los mandos penitenciarios-los consideraba peligrosos. Otros estaban aislados para protegerlos de los demás presos. De manera que en esos pabellones se podía encontrar desde los mandras más pesados hasta los peores alcahuetes policiales, pasando por algunos infelices que huían de violaciones colectivas.

"Dentro de esa escala, inmediatamente se hizo claro que a nosotros nos pusieron ahí por considerarnos peligrosos. Es dudoso que realmente lo fuéramos, pero lo cierto es que reuníamos algunas características inusuales para el penal. El gordo Oscar Doglio, Cacho Falomir y yo habíamos caído como integrantes de una organización armada, lo que implicaba que teníamos una creencia política, que estábamos implicados en hechos de violencia y que contábamos fuera del penal con gente organizada que de alguna manera podía ocuparse de nosotros. En tales condiciones, era lógico que la policía nos quisiera tener particularmente aislados y controlados. Esto se efectivizó en el hecho de que, entre los pabellones de "medidas de seguridad" del quinto piso, nos destinaron individualmente a tres pabellones distintos.

"Había un cierto contacto controlado entre los presos de cada pabellón. El pabellón constaba de una hilera de celdas individuales y un corredor que se extendía a lo largo de todas ellas. En ese corredor andaba un preso a quien se llamaba "el limpieza", que se ocupaba efectivamente de limpiarlo, pero también de distribuir algunas cosas en las distintas celdas, como el pan que se repartía diariamente y también algunos mensajes de celda a celda. Los mensajes escritos entre presos -las "esquelas"-estaban prohibidos y oficialmente eran motivo de castigo en calabozo, pero "el limpieza" los hacía llegar libremente dentro de su pabellón, además de tener diálogo con cada uno de los presos al poder arrimarse desde afuera a sus celdas individuales. El "limpieza" era invariablemente un soplón de la policía. Además de este contacto, los presos también hablaban a viva voz entre sí, sin verse, en tanto no se encontrara ningún guardiacárcel dentro del pabellón, pero estas conversaciones eran oídas naturalmente por todos. Éstas eran las relaciones que se podían establecer dentro de cada pabellón.

"Una vez al día, mientras no lloviera, había un recreo de algo menos de una hora. El recreo se hacía en un patio de la planta baja y era común para los distintos pabellones de "medidas de seguridad". Ir o no al recreo era un acto voluntario. Ahí, así como en oportunidad de la visita de algún abogado que tuviéramos en común, podíamos hablar entre nosotros.

"Éramos miembros de la organización GEL (Guerrilla del Ejército Libertador).

Una operación fallida derivó en pistas que llevaron a la policía a atrapar a Doglio en La Plata y a Falomir y a mí en Bernal. Caímos en un momento complicado para GEL. Sin dejar de operar, la organización se proponía desarrollar un debate interno acerca de su línea política, a partir de que uno de los grupos que la integraban había propuesto la opción por el peronismo. Había dentro de la organización distintas posiciones al respecto.

Cuando, después de las conmociones producidas en nosotros por la detención, la tortura y el traslado, nos reencontramos en el penal de Olmos, descubrimos que los tres que estábamos allí éramos partidarios de asumir el peronismo. Uno de nosotros no tenía personalmente nada nuevo que asumir: el gordo Doglio había sido siempre peronista. Participó sin dificultades en un grupo armado que no tenía esa definición pública, porque GEL tampoco excluía a los peronistas e incluso tenía un reconocimiento histórico por el peronismo, pero se proponía organizar la lucha contra la dictadura militar creyendo poder obviar una inmediata definición política en ese sentido. Otros fundadores de GEL, como Haroldo Loggiorato y Diego Miranda, eran viejos militantes de la Resistencia Peronista, al igual que Doglio. Pero junto a ellos, integrábamos la organización unos cuantos que proveníamos de la izquierda y que a través del GEL vivíamos una experiencia de acercamiento, pero también de conflicto, con el Movimiento Peronista en sus distintos sectores.

"Mientras nosotros tres sobrellevábamos como podíamos nuestra nueva situación de presos, y en los recreos cambiábamos ideas sobre la situación nacional -signada ahora por la gestión de Lanusse al frente de una nueva etapa de la dictadura militar, por los efectos del "viborazo" cordobés y por un reverdecimiento de las actividades políticas-, fuera de la cárcel nuestra organización se debatía en discusiones políticas que terminaron en su desmembramiento. Las organizaciones armadas de distinto signo seguían muy activas y entre ellas atraía nuestra atención un eje que se iba formando entre aquéllas que se identificaban con el peronismo.

"En esa situación entró en escena -aunque más bien, como a todo preso, lo entraron-un nuevo prisionero que nos trajo noticias de ese sector en formación. José Amorín militaba en la organización Montoneros y había sido detenido al mover un auto robado. Su situación legal no era muy comprometida. Con una buena defensa, podía pensarse en su liberación (con la penúltima dictadura militar todavía pasaban esas cosas) y por otro lado, si bien los represores partían de la base de que estaba vinculado a una actividad insurreccional -y por eso había ido a parar al quinto piso de Olmos-, probablemente no tendrían en claro cuál era el grado de ese vínculo. En resumen, Amorín era un "tapado", un tipo profundamente metido en la militancia revolucionaria, pero que, con algo de suerte, podía pasar casi desapercibido y zafar de la prisión.

"Por Amorín supimos que los montoneros pasaban por un momento muy bueno y muy malo al mismo tiempo. Era muy bueno por la popularidad que la operación Aramburu les había proporcionado en el pueblo peronista. Y era muy malo porque la represión policial había desmantelado la estructura militante casi por completo. Después de la caída de Fernando Abal Medina y de varios integrantes más del grupo fundador, y de la detención de una serie de miembros más, los pocos sobrevivientes no habían tenido literalmente dónde caerse muertos. Sólo la ayuda de gente periférica y principalmente la de la organización FAP les había hecho posible contar con lugares donde refugiarse.

Esto les había dificultado durante un tiempo la mera existencia como organización y por lo tanto también la capitalización política de lo sembrado.

"De ese bajón estaban recién saliendo en simultánea con la vertebración de la acción común entre las distintas organizaciones político-militares de definición peronista. Se había constituido una coordinación entre FAP, FAR, Montoneros y Descamisados bajo el nombre de Organizaciones Armadas Peronistas y cada una de las reuniones de esta coordinadora era seguida con mucha expectativa por los militantes de las distintas organizaciones participantes.

"La presencia de Amorín, además de levantarnos el ánimo por las noticias que nos trajo, lo hizo por la calidez de su contacto. Los tres que veníamos del GEL nos manteníamos naturalmente unidos, en una comunidad que ya existía previamente a nuestra detención. Pero un compañero al que no conocíamos personalmente y que además pertenecía a una organización distinta, con el que, sin embargo, nos sentíamos plenamente identificados en una lucha que nos abarcaba a todos, fue un factor que contribuyó fuertemente a nuestra ligazón emotiva y racional con el proceso que se estaba desarrollando más allá de los muros.

"Pocos días pasó en Olmos Amorín. La última vez que lo vi, alguien se agregó al grupo de los cuatro. Un "buchón" de mi pabellón se nos pegó en el patio de recreo. Vargas me había sido cordialmente presentado por el "limpieza" del pabellón y manifestaba fuerte interés en nosotros y en los objetivos de nuestra lucha. Yo no era particularmente sagaz para reconocer a los soplonos y al principio le creí. Con la colaboración del "limpieza", manteníamos un activo intercambio de esquelas, aparte de conversar en el patio de recreo. Pero las advertencias que nos hicieron otros presos, sumadas al empeño puesto por el "limpieza" en facilitar ese contacto, más lo sospechoso que resultaba el repentino interés político en un hombre que nunca había manifestado inclinaciones sociales, nos convencieron de que el tipo jugaba para la policía.

En cuanto a esas advertencias de otros presos, algunas eran, por así decirlo, desinteresadas, o interesadas por el odio al enemigo común. Otras se debían a que existían entre los presos varias roscas que colaboraban con la policía, ocurriendo que se delataran las unas a las otras. Sobre Vargas recibimos avisos de los dos tipos de fuentes.

"Decidí no salir al recreo al día siguiente. No estando yo, Vargas no tendría excusa para pegarse a los otros tres. Pero lo principal era mandarle a la policía, a través de su soplón, un mensaje falso acerca de Amorín. Inmediatamente después del recreo al que no asistí, y extrañado de que yo despreciara esa oportunidad de contacto, Vargas me envió una esquela interrogativa. Le contesté con otra esquela en la que le decía que no me interesaba hablar con Amorín porque me había dado cuenta de que era un charlatán que en la calle no hacía nada serio y sólo se consumía en verborragia patriótica en el patio de una cárcel.

"No sé si con mi jugada habré contribuido en algo. De hecho, no hubo más recreos con Amorín, porque al día siguiente fue sobreseído en su causa y puesto en libertad, pero esto estuvo condicionado por la cuestión legal. A Amorín lo volví a encontrar recién veintisiete años después en el Congreso de la Nación."(Carlos Flaskamp, Noviembre 2004).

Capítulo 23 - Inexperiencia, autoritarismo y despecho...

Cuando en el capítulo referido a la Iglesia Montonera me referí al rol de Firmenich en el traslado del Negro y a las penitencias aplicadas a los compañeros acusados de herejía, fui irónico. Sin embargo, no pretendo, con mi fácil ironía, cargar las tintas sobre Firmenich y sus pares en la conducción nacional, entre quienes figuraron cuadros políticos sensatos y grandes amigos como Carlos Hobert quien, emboscado por el ejército, murió en combate a mediados del '76.

Hobert, como veremos más adelante, fue la excepción en el seno de una conducción caracterizada por su necedad y su ombliguismo. Fue la voz lúcida y razonable. Fue el oído siempre abierto a las críticas y las propuestas de los compañeros que participaban en los niveles intermedios de conducción y en la dirección de los frentes de masas. Para ellos, mientras vivió, fue la máxima conducción real de la Organización. Hobert, Leandro, Diego, siempre Pingulli: cuánta buena memoria se acabó con tu muerte.

Los compañeros de la conducción nacional, digo, con todos sus defectos, no fueron el enemigo. Aunque, con sus erróneas decisiones a partir de 1973, contribuyeron a su victoria. Quiero explicarme, y explicar, qué circunstancias los llevaron al error y, del error, a la tragedia.

Creo que estaban preparados para dirigir un pequeño grupo y, luego del astronómico crecimiento de Montoneros en apenas tres años, se vieron superados por su falta de experiencia política y por sus carencias teóricas.

Rechazados por Perón (una injusticia, desde su punto de vista, el cual yo compartía, pero en política hay otras consideraciones y es obligación de quien conduce tenerlas en cuenta) luego de la masacre de Ezeiza -en la cual la conducción nacional montonera tuvo cierta responsabilidad por omisión experimentaron el desamparo de un hijo abandonado y reaccionaron con despecho.

En realidad, Perón era la conducción política, el estratega. Montoneros, desde nuestro lugar, las formaciones especiales, y la juventud peronista en sus diversas expresiones (JP, JUP, JTP), habíamos aportado y éramos parte de la estrategia de Perón con quien no teníamos diferencias político-ideológicas sustanciales. Nos separaban dos generaciones. Lo cual no era moco de pavo: cuarenta años modifican los modos culturales y no era fácil que nos pusiéramos en el lugar del otro. Nosotros por pendejos y él por viejo. En todo caso, las diferencias "ideológicas" no eran mayores a las que teníamos entre nosotros mismos. Lo cierto es que la conducción montonera de 1973, aislada en la cúspide de una pirámide de militantes rígidamente estructurada y signada por un autoritarismo fundado en las necesidades disciplinarias de la guerra -lo cual los aislaba, a su vez, de participar en el quehacer político y los alejaba del pueblo real, de sus necesidades y sus deseos- tenía la responsabilidad de guiar un sector del movimiento peronista que nucleaba decenas de miles de activistas cuya inmensa mayoría no realizaba ni estaba preparada para realizar acciones armadas. Esa inmensa mayoría hacía trabajo político. Y la conducción montonera, frente a esta responsabilidad, sin experiencia política y destutelada por Perón -quien tal vez no esperaba de su parte el despecho sino la humildad o, llegado el caso, cierta capacidad política y la consiguiente disposición para negociar-, ante el desamparo y la tolvana de sus contradicciones se refugió en sus prejuicios ideológicos, en pretéritas convicciones morales, en muchas páginas -demasiadas tal vez-, leídas hacía tiempo. Aunque no siempre bien interpretadas.

La conducción montonera fue a Ezeiza para hacer una demostración de fuerza popular. Para mostrar a Perón la capacidad de movilización y, en consecuencia, el apoyo popular que tenía Montoneros. No estaba en el ánimo de Montoneros un enfrentamiento armado, y mucho menos frente a las narices del Viejo. Pero sí estaban al tanto de que el palco, desde el cual iba a hablar Perón, había sido tomado por un grupo armado perteneciente a la "derecha delincencial". No haber prevenido o abortado la posibilidad de que nos destrozaran a balazos, fue un pecado de omisión, cuyas causas se explican más adelante (ver el ítem "Ezeiza").

Capítulo 24 - La ideología de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

¿A qué me refiero cuando hablo de prejuicios ideológicos, convicciones morales y páginas no siempre bien interpretadas?. En principio me refiero a la ideología de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en la cual el pensamiento guevarista, el foquismo y el vanguardismo, sumados a una heterodoxa mezcla de conceptos referidos al "partido revolucionario" de carácter leninista y a la "guerra prolongada y ejército popular" promovidos por los maoístas y los vietnamitas, tenían un lugar prioritario. Con estas palabras no pretendo, en lo más mínimo, desmerecer el pensamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Al contrario: creo que haber sintetizado los conceptos antedichos en una "teoría revolucionaria" que, a su vez, contemplaba la existencia del peronismo, no como competencia contrarrevolucionaria -tal cual era la idea del Ejército Revolucionario del Pueblo y de las Fuerzas Armadas de Liberación, las dos principales organizaciones armadas de la izquierda marxista-sino como movimiento de masas representativo de los intereses de la clase obrera argentina, constituyó un lúcido y trabajoso esfuerzo intelectual.

Aunque, desde mi punto de vista, fuera erróneo.

El guevarismo pretendía definir lo político a través de las acciones armadas, creía que el poder surgía de la práctica militar y no de la lucha política. "De la boca del fusil", como dijo Firmenich en septiembre del '73, apenas minutos después de que Perón le propusiera un benevolente y beneficioso armisticio cuyos detalles se especifican más adelante. El guevarismo (como Firmenich sobreactuaba en ese momento), subordinaba lo político -la organización del pueblo, las acciones de masas, la negociación, los consensos y las alianzas-a lo militar. No sólo a los hechos militares que, de acuerdo a las circunstancias, podían pasar a un lugar secundario, sino a la organización de la estructura militar. Una estructura militar clandestina que privilegiaba la existencia de una militancia homogénea en su solidez ideológica y, por lo tanto, raquíca en lo numérico. Lo cual se daba de patadas con la organización popular, heterogénea y anárquica por definición. Las FAR se integraron con compañeros de la juventud que provenía de la izquierda antiperonista en general y del partido comunista en particular, del cual se habían alejado en diferentes momentos y, entre otras circunstancias, por el concepto de "coexistencia pacífica" promovido por la Unión Soviética e impulsado por el Partido Comunista Argentino. La revolución cubana así como los intentos revolucionarios continentales del Che y su martirio, fueron una experiencia determinante para su futura práctica político-militar. Reivindicaban, en consecuencia, un guevarismo acrítico. Al mismo tiempo que, más allá de revalorar la lucha popular peronista, carecían de experiencia respecto del peronismo real, del peronismo como un conjunto heterogéneo -contradictorio y fragmentado, policlasista y multigeneracional-, del peronismo como un movimiento (se mueve, avanza, retrocede, se desvía, cambia) con mitos comunes, algunos intereses en común y un consenso: delegar la estrategia del movimiento en su líder.

Capítulo 25 - La Nueva Izquierda: los antecedentes políticos de las FAR...

Desde el punto de vista histórico, el camino que recorrió las FAR se ensambla con el surgimiento de una corriente político ideológica -la cual incluye múltiples expresiones políticas- que podríamos denominar como la nueva izquierda argentina. Esta corriente, sin abandonar al marxismo leninismo, incorporó una serie de valores nacionalistas e instrumentos de lucha que, por un lado, la alejaron de la izquierda tradicional y, por otro, enriquecieron su accionar. Y su pensamiento estratégico ya que, por primera vez en la historia de la izquierda argentina, se incorporó el tema del Poder. Pensar, y actuar, para tomar el poder. Hasta que nació la nueva izquierda, el Partido Comunista y el Socialismo -las organizaciones más "poderosas" de la izquierda argentina- se limitaban a exhibir una retórica revolucionaria que poco tenía que ver con políticas concretas las cuales, a su vez, se limitaban al adoctrinamiento, a lo reivindicativo y a lo testimonial. Sin desmedro de su incomprensión o rechazo de "lo popular" que, en términos políticos, se plasmó con su participación en la Unión Democrática de 1945 y en su colaboración con la Revolución Libertadora en 1955.

Si forzamos un poco la mano, podríamos remontar la historia de la nueva izquierda a los primeros '50 cuando una organización trotskista, Palabra Obrera, reconoció la existencia del peronismo como movimiento representativo de la clase obrera, y acompañó -desde afuera o, para usar sus propios conceptos, en forma "entrista" a la Resistencia Peronista -en particular, a sus sectores sindicales- hasta el fracaso de las huelgas generales y las tácticas insurreccionalistas de 1959. A partir de allí, el sector mayoritario de Palabra Obrera, liderado por Nahuel Moreno, se alejó del peronismo. Años después y fuertes dosis de guevarismo mediante, un importante sector de Palabra Obrera se convirtió en una de las vertientes políticas que alimentaron al Partido Revolucionario de los Trabajadores y su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo.

El sector minoritario de Palabra Obrera, liderado por el Vasco Bengochea, aunque sin integrarse, permaneció en los márgenes del peronismo: estableció fuertes conexiones con John Willam Cooke en particular y el Peronismo Revolucionario en general, y en 1962 tomó contacto con el Che Guevara a quien aceptó secundar en su aventura revolucionaria continental. Pero se diferenció del dogmatismo foquista del Che en lo que hacía a la estrategia de guerrilla urbana. Y también en términos político-estratégicos, respecto de la "mirada" nacionalista o peronista de la cual el Che carecía. De hecho, se los podría considerar como uno de los grupos no peronistas que, informalmente y desde la izquierda -al igual que la Tacuara Revolucionaria de Baxter, en su caso, proveniente de la derecha-, se sentían identificados con el Peronismo Revolucionario, aunque sin abandonar sus tradiciones trotskistas.

En 1963, organizaron las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, realizaron algunos operativos urbanos e idearon desarrollar un "foco" rural en la provincia de Tucumán, lugar donde tenían un serio trabajo político previo: de hecho, uno de los miembros de la conducción de las FARN, Santilli, era médico de la Federación Obrera de los Trabajadores de la Industria Azucarera.

En 1964, el grupo se desarticuló en forma abrupta: estalló un depósito de explosivos almacenados en un departamento de la ciudad de Buenos Aires, y tanto el Vasco como los cuadros más importantes del grupo, incluido Santilli, terminaron hechos pedazos. Amanda Peralta se salvó por casualidad -aunque luego fue

identificada y pasó un tiempo en prisión- y, tres o cuatro años después, colaboró con la fundación de las Fuerzas Armadas Peronistas: junto a Cacho El Kadri y otros compañeros, fue detenida en Taco Ralo.

Otro de los grupos que se inscribieron en la corriente de la nueva izquierda, fue "Praxis" -organizado por Silvio Frondizi después de Laica y Libre-, el cual apoyó la guerrilla de los Uturuncos y se disolvió en 1960. Algunos de sus miembros asumieron, en forma individual, al Peronismo Revolucionario. Tal es el caso de Norberto Mario Franco quien, entre 1963 y 1964, secundó a Gustavo Rearte en la fundación de la Juventud Revolucionaria Peronista y del Movimiento Revolucionario Peronista.

Tanto Palabra Obrera como Praxis eran organizaciones previas al establecimiento de la Revolución Cubana. Y, en tal sentido, se constituyeron como antecedentes de la nueva izquierda. Ya que la Revolución Cubana marcó un antes y un después en la historia de la izquierda latinoamericana. El nacimiento de la nueva izquierda, en cuyo contexto debe leerse la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias -así como del Ejército Revolucionario del Pueblo y de las Fuerzas Armadas de Liberación-, en cuanto fenómeno pasible de alterar el rumbo y la historia de la izquierda argentina, se correspondió con el después de la Revolución Cubana.

Al respecto me permito transcribir algunos párrafos de un trabajo escrito por Eduardo Jozami³⁶: "Eran los tiempos de la 'nueva izquierda'. La revolución cubana parecía abrir un rumbo revolucionario en América Latina que los partidos tradicionales de izquierda habían clausurado de hecho, la perduración del liderazgo de Perón llevaba a nuevas reflexiones sobre la 'incomprensión' por parte de socialistas y comunistas del 'fenómeno peronista' y, por último, la fuerte polémica entre los países socialistas quitaba credibilidad a la proclamación de cualquier ortodoxia, estimulando la búsqueda de una propuesta original. Así lo entendía Nueva Política, cuyo editorial, luego de enumerar una copiosa agenda de cuestiones teóricas a resolver, reclamaba un 'camino nacional para la revolución socialista' (...) El sexto número de la Rosa Blindada -que expresaba una importante disidencia de intelectuales comunistas encabezada por José Luis Mangieri, Alberto Brocato, Juan Gelman y Andrés Rivera-publicaba 'El socialismo y el hombre en Cuba', la carta enviada por el Che Guevara al director de la revista Marcha de Montevideo que habría de convertirse en el ideario ético de la nueva izquierda, pero también las 'Bases para una política cultural revolucionaria' de John William Cooke, quien luego de varios años de estadía en la Habana, ejercía una influencia importante entre muchos militantes peronistas, estimulando la apertura al pensamiento de izquierda... Pero no sólo florecen las publicaciones sino que surgen grupos militantes. En la Universidad (y hasta en ciertos sectores sindicales) la nueva izquierda, a veces vinculada con grupos del peronismo revolucionario, comienza a tener presencia. Sin embargo, para no exagerar su real influencia política, es conveniente recurrir a otra publicación, Literatura y Revolución, cuyo número inicial aparecía en octubre del mismo año, dirigida por Sergio Camarda y Ricardo Piglia. 'En Argentina, en 1965, los intelectuales de izquierda somos inofensivos. Dispersos, cada tanto enfrentados en disputas retóricas, dulcemente encariñados con nuestras capillas, ejercemos una cuidadosa inoperancia. Demostramos sí una admirable buena voluntad: firmamos manifiestos, viajamos a los países socialistas, nuestros libros son valientes', sentenciaba Piglia en el editorial, para concluir señalando entre tantas limitaciones la más difícil de aceptar: 'Padecemos la justificada indiferencia de la única clase a la que confiamos nuestra liberación. Están allí, ajenos como los bosques'".

La retrospectiva de Jozami -y las metáforas de Piglia- son brillantes. La izquierda marxista argentina padecía, padeció y padece la justificada indiferencia de la clase trabajadora. La nueva izquierda se caracterizó por observar la realidad política, adaptarse a ella y, en consecuencia, acercarse al peronismo.

Fue un grupo de jóvenes provenientes de la Nueva Izquierda quienes, entre 1967 y 1968, se reunieron, debatieron y crearon las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Organización que llegó en forma tardía al peronismo y, a diferencia de los proto-montoneros originales que se asumieron como peronistas antes de nuclearse como organizaciones político-militares, lo hicieron como grupo a partir de racionalizar un marxismo leído tal vez con profundidad pero no bien digerido: la revolución es imposible sin la clase obrera, la clase obrera es peronista, por lo tanto para hacer la revolución hay que estar en el peronismo.

A esto, la derecha lo llamó "entrismo". Yo odio las connotaciones peyorativas de esta palabra, y critico el uso y abuso que hacen de la misma muchos compañeros. Se entra, a un lugar se entra, la mayor parte de las veces y a la vista de todo el mundo. Las FAR entraron públicamente al peronismo, sin negar de dónde venían y como producto de una discusión por todos conocida. Y, ahora, me pregunto: ¿olvidaban los derechistas que habían entrado al peronismo arropados en la bandera de la Falange? ¿y que, además, la mayor parte del nacionalismo de derecha lo hizo durante los '60 ya que en los '50 apoyaron la Revolución Libertadora?

Al "estar" en el peronismo de los compañeros provenientes de la izquierda, la derecha también lo ha denominado "infiltración". Se infiltran sustancias líquidas en los intersticios de un tejido sólido, se infiltran los soldados detrás de las líneas enemigas y, sobre todo, se infiltran los policías: en cualquier tipo de organizaciones, pero lo hacen con mucha más naturalidad en las de derecha en razón de tales y tantas coincidencias culturales que pasan desapercibidos.

Es más: cuando Perón hablaba de la infiltración en el Movimiento Peronista, lo cual hizo con frecuencia entre 1967 y 1968, se refería a aquellos que se auto denominaban peronistas... y pactaban con el gobierno militar. Y Perón, si bien era un anticomunista notorio, a la hora de verse obligado a elegir aliados, se quedaba con la Unión Soviética frente al mal peor: el imperialismo norteamericano. Además, consideraba al peronismo como un movimiento abierto a todas las tendencias que aceptaran su estrategia y nunca estigmatizó la presencia de cuadros marxistas en el movimiento. No lo hizo, por ejemplo, con Puiggros ni con Abelardo Ramos ni con Cooke ni, por supuesto, con el Movimiento Revolucionario Peronista a cuyo creador, Gustavo Rearte, lo unían lazos de

³⁶ "Walsh y la nueva izquierda de los años sesenta". Eduardo Jozami. Página 12, 21/03/04.

afecto y respeto. Con relación a ello, Perón escribió: "... mientras otros sectores se separarán (del Partido Comunista) para incorporarse a una lucha que tiene necesariamente que venir tarde o temprano (...) no creo que haya inconveniente en aceptar la cooperación de todas las fuerzas que luchan por la liberación..."³⁷ Ni entrismo ni infiltración. El peronismo era un movimiento (lo cual, por cierto, los compañeros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias no llegaron a aprehender en todo su significado) y, como tal, abierto a todas las expresiones políticas que coincidieran con sus reclamos comunes: justicia social, independencia, liderazgo de Perón.

Para las FAR, la decisión de ingresar al peronismo, de asumirse peronistas, fue difícil y contradictoria. En su práctica armada, estaban más cerca del ERP que de Montoneros: mientras los montoneros siempre nos negamos a efectivizar operativos conjuntos con el ERP y, aún más, preveíamos un posible enfrentamiento con el ERP después del triunfo peronista -razón por la cual como organización no participamos en la fuga de Trelew-, para las FAR era una práctica frecuente operar con el ERP. La clase obrera peronista, idealizada como revolucionaria o potencialmente revolucionaria -en el sentido leninista por las FAR, era una clase obrera que había experimentado el Estado de Bienestar al cual quería volver, no estaba amenazada por la desocupación y mucho menos por el hambre y, con valiosas pero minoritarias excepciones, se sentía encuadrada y representada por las organizaciones sindicales y confiaba en el liderazgo de Perón.

En cuanto al "socialismo nacional" -término que si no fue acuñado sí fue consagrado por Perón-poco tenía que ver con la propiedad estatal de los medios de producción, objetivo revolucionario por excelencia de los compañeros que conducían las FAR.

Escribe Perón³⁸: "Percibíamos al socialismo nacional como la síntesis justa, la Tercera Posición, entre el comunismo internacional y el capitalismo individualista", lo cual es una simplificación excesiva ya que dicha definición nos remite a la consigna: "ni yanquis ni marxistas, peronistas" esgrimida por la derecha para oponerse, precisamente, al socialismo nacional. En realidad, para mí, el peronismo no era una posición intermedia entre el capitalismo y el comunismo sino una construcción ideológica diferente de ambos. Pero lo menciono porque Perón, como miembro de la conducción de Montoneros fue uno de los protagonistas de los acuerdos de unidad alcanzados con las Fuerzas Armadas Revolucionarias quienes, a partir de la fusión con Montoneros en 1973 y con su bagaje guevarista intacto, pasaron a integrar en términos ligeramente minoritarios la conducción nacional de Montoneros y en términos superlativos la mayor parte de los niveles intermedios de conducción.

La afirmación anterior resulta controversial y debo reconocer que está basada en mi experiencia personal y en unas pocas anécdotas narradas por compañeros provenientes de Descamisados y del sector movimientista de las Fuerzas Armadas Peronistas. Cuando hice circular el primer borrador de este libro entre viejos compañeros -con el fin de obtener críticas, corregir errores, ampliar perspectivas y refrescar recuerdos-, no pocos señalaron que mis críticas a las FAR, de las cuales se deducía que las responsabilizaba por nuestra derrota, eran exageradas. Uno de estos compañeros en particular -escritor, estudioso del peronismo, de larga trayectoria en las lides revolucionarias e integrado a Montoneros desde la vertiente FAR-, me hizo llegar una serie de comentarios que difieren de mi precedente afirmación: No es cierto que Montoneros y FAR hayan integrado en términos igualitarios la conducción nacional unificada. Había predominio de la M tanto en el número como en el orden de los integrantes de la conducción. Que las FAR hayan integrado en términos superlativos la mayor parte de los niveles intermedios de conducción, es algo que no puedo confirmar ni desmentir, porque mi ubicación en la estructura no me permitió percibirlo. Sólo puedo decir que en La Plata, Berisso y Ensenada hubo predominio Montonero en las conducciones de columna (eran dos: una para La Plata y otra para Berisso y Ensenada) y en el nivel de UBC.

Creo que para armar el cuadro podemos partir de la base de que vos y yo percibíamos situaciones diferentes. Y de que una y otra eran reales. Resta preguntar: ¿cuál de las dos situaciones fue predominante? Tratemos de aproximarnos de a poco a la respuesta.

Me incorporé a las FAR al salir en libertad en 1973. Viví el proceso de fusión desde entonces hasta que se concretó hacia setiembre de ese año.

Había en FAR un fuerte sentimiento de inferioridad respecto a Montoneros en todo lo que tuviera que ver con la línea política. Los montoneros la habían visto siempre más clara antes que las FAR. Habían asumido el peronismo de entrada, habían matado a Aramburu, se habían sumado antes a la campaña electoral, habían desarrollado un fuerte trabajo de masas a través de la JP y en consecuencia estaban mejor posicionados en el peronismo y ante el General.

FAR había ido siempre a la cola. Esto predispuso a la aceptación de una hegemonía montonera en la fusión. Lo del nombre era todo un símbolo.

Por el otro lado, hay un aspecto, que vos señalás, en el que las FAR seguían creyéndose mejores y pretendían imponer sus criterios: es eso de la prolijidad de la organización de cuadros, con todas sus implicancias, que están muy bien planteadas en tu trabajo: el montonerismo abierto y movimientista, fundido en el pueblo, era criticado desde la óptica cerrada de una vanguardia leninista. La conducción de FAR compartía esta crítica, haciendo la aclaración de que en esta cuestión la conducción montonera era plenamente confiable, no así un cierto número de cuadros medios que habían sido apresuradamente encuadrados. Parece que en este plano los criterios de la R efectivamente terminaron por imponerse. ¿Cómo se impuso esta orientación? Supongo que esto tiene mucho que ver con la adopción de la concepción de partido por parte de la organización unificada.

³⁷ Carta de Perón a Alberte del 20 de agosto de 1967 publicada en el libro "Un militar entre obreros y guerrilleros" de Eduardo Gurucharri, Ediciones Colihue, 2001.

³⁸ Roberto Perón, op. cit.

Para lo cual esa concepción fue adoptada antes de la fusión por las dos conducciones, que actuaban mancomunadamente.

Mi impresión es la de que la iniciativa de construir un partido leninista vino de la conducción de Montoneros. Nosotros recién empezamos a oír hablar de "partido" en conexión con las negociaciones para la fusión. Es más: casi toda la gente que estaba militando en FAR -ya sea que provinieran del PC, de Praxis o del trotskismo-se habían formado políticamente en esa concepción y luego la habían abandonado para abrazar el guevarismo foquista. La idea rectora era que la organización político-militar superaba la estrechez del partido. Asumir otra vez esa concepción antes desechada fue para muchos -entre los que me incluyo-un sapo duro de tragar.

A la vez, el proceso de peronización en FAR era real. No era una táctica como el "entrismo" de Palabra Obrera. Estábamos asumiendo crecientemente lo nacional. Pero también es cierto que era un proceso, no un hecho consumado.

Faltaba camino por recorrer y la incompreensión de las formas de organización política propias del pueblo es una prueba. Y también es verdad que ese proceso fue desperejo en los distintos militantes. Cuando se profundizó la contradicción política con Perón, vi renacer en algunos un viejo antiperonismo que estaba tapado y no superado, pero debe decirse que estos casos eran minoritarios y que también se daban en la militancia de origen Montonero.

¿Conclusión? No hay conclusión. El análisis está abierto y hay que seguir barajando sus distintas partes. Va una hipótesis. Vos diferenciás el montonerismo³⁹ de la organización político-militar Montoneros. Tu práctica, y la de amplios sectores de Montoneros, estuvo enmarcada en el montonerismo.

Pero la conducción de la Organización Político Militar Montoneros se volcó al concepto leninista de partido, frenó con ello el proceso de peronización de las FAR y las conducciones unificadas adoptaron para la organización los criterios elitistas que las FAR nunca habían llegado a superar.

A los fines de intentar explicarnos el fenómeno de la tardía conversión ideológica de Montoneros, resulta útil comparar las afirmaciones e inquietudes planteadas en los párrafos anteriores con la opinión de Perdía⁴⁰: "Hubo una tensión permanente entre dos tendencias con las que casi todos convivimos: una la tendencia a conducir y organizar desde el propio pueblo y sus convicciones, reconociendo el valor determinante de ese sujeto histórico colectivo. Y otra, la tendencia a conducir desde una perspectiva ideologista, colocando el eje en la búsqueda de los objetivos, definidos a partir de las propias ideas y modelos de construcción.

La disputa desarrollada con el sindicalismo fue otro de los elementos que influyó en un progresivo distanciamiento entre nuestras apreciaciones sobre ese sujeto histórico al que definíamos teóricamente, de su realidad concreta, donde los trabajadores y los sindicatos peronistas, con muchos de los cuales confrontábamos, tenían el rol protagónico.

Todas estas consideraciones están relacionadas con los debates anteriores sobre vanguardismo y movimientismo. En los resultados de esta discusión había influido la mayor racionalidad y las definiciones ideológicas de los militantes provenientes de las FAR." (El subrayado es mío).

Capítulo 26 - FAR y Montoneros: dos modelos diferentes de construcción política...

Si bien las diferencias político-ideológicas que existían entre FAR y Montoneros no fueron evidentes hasta el asesinato de Rucci en septiembre de 1973, ellas se podían percibir en los criterios de construcción política de ambas organizaciones.

Los Montoneros, bien asentados en el peronismo a partir de la ejecución de Aramburu, nos expandíamos hacia fuera, generábamos estructuras de base e incorporábamos a nuestra propia estructura a los militantes que tenían una mínima representatividad política, sindical o social. Por supuesto, todos peronistas: no hacía falta convencer a nadie, el catecismo era viejo y archiconocido.

Lo único nuevo, y hasta ahí nomás -el peronismo, desde 1955, había sido el objeto de la violencia reaccionaria y, cuando pudo, respondió con violencia-, eran los fierros: para gastar al enemigo, para defendernos y como reaseguro.

No nos preocupaba la homogeneidad ideológica porque, como peronistas, la considerábamos una redundancia.

Tal vez una anécdota sirva para ejemplificar el modo de construcción política que primaba en Montoneros.

³⁹ El "montonerismo" consistió en una forma de construcción política, anárquica, arrolladora y a la cual se subordinaban las acciones armadas. EL montonerismo fue puesto en práctica por un amplio sector de combatientes que tenían años de experiencia política. Asimismo, caracterizó y diferenció, entre 1971 y 1973, a la Organización Montoneros de otras organizaciones político-militares.

⁴⁰ Roberto Perdía, op. cit.

En diciembre de 1972 fui sancionado por el fracaso del operativo "Santa Rosa", y de ser jefe de la unidad de combate⁴¹ de la zona norte pasé a revistar como aspirante en una ubeerre en la localidad de San Miguel. La dirigía una joven y hermosa mujer a quien mencioné en la Primera Parte, Estela. No recuerdo su nombre verdadero aunque hace unos años, en Página 12 lo vi escrito arriba o abajo de su foto: desapareció en el '76. Estela, después de un cálido abrazo y un par de mates, aferró una de mis manos y dijo: "yo no puedo ser tu responsable, Petiso, cómo le voy a decir a un compañero de tu nivel qué tiene que hacer, ni se me ocurre, hacé lo que vos quieras". Le pregunté, entonces, cuáles zonas no estaban trabajadas. De José C. Paz para arriba, ninguna, al menos que ella supiera.

Al día siguiente tomé el tren, bajé en estación de José C. Paz y subí a un colectivo que, a media hora de la estación, finalizaba su recorrido en un barrio de casas humildes y calles de tierra. Frente a la parada del colectivo había una unidad básica en la que mateaban un par de viejos. "Buenas tardes, compañeros, me llamo Lucas Marín y soy de la Jotapé de San Miguel. ¿Hay compañeros de la juventud en el barrio?". Había, algunos había.

Me acompañaron hasta la casa de uno de ellos, lo invité a tomar un café, charlamos, cuando expresó su admiración por los montoneros me identifiqué como tal, mostré mi pistola -para el caso, algo así como un documento de identidad-, y armamos una reunión con los compañeros del barrio para la noche siguiente. Uno de ellos conocía a otro compañero de otro barrio al cual me presentó unos días después, y este compañero, a su vez... Ya no recuerdo con exactitud los detalles pero seis meses después yo vivía en la ciudad de Bragado, era responsable de una columna que se extendía desde Luján hasta Santa Rosa en La Pampa, la Jotapé y las agrupaciones pro montoneras del Partido Justicialista estaban organizadas en casi todas las ciudades que bordeaban las rutas siete y cinco, y el 20 de junio del '73 movilizamos más de cinco mil personas para recibir a Perón en Ezeiza. Se la conoció como la columna del lejano oeste, para los amigos farfarwest.

Es cierto que de mis muchachos -a los combatientes me refiero-pocos sabían usar un arma y, aún menos, habían recibido una precaria instrucción militar⁴²: apenas cuatro grupos, Mercedes, Bragado, Chivilcoy y Junín, entre veinte y treinta compañeros en total. Pero sabían hacer política: inventaban radios por cable o periódicos que llegaban hasta el último rincón de sus pueblos, creaban grupos solidarios para la auto construcción de viviendas, organizaban a trabajadores independientes, participaban de las estructuras del partido justicialista y generaban organización para dar la lucha interna, tenían rápidas respuestas para cualquier tipo de problemas, usaban la imaginación.

De hecho, en Chivilcoy, la Jotapé dirigida, entre otros⁴³, por el Bigote Vazquez -primero aspirante y después combatiente montonero-, en las elecciones del '73 obtuvo varios concejales y una fuerte influencia en el gobierno municipal.

Esto ejemplifica nuestro modo de construcción política, hacia fuera, pragmático, desprolijo, vertiginoso, en síntesis, montonero en todos sus sentidos. Aunque, cabe aclarar, no todos los montoneros coincidían con la desprolijidad y yo, tal vez, era el más desprolijo de todos.

En cambio, las FAR hasta su fusión con Montoneros, construían hacia adentro, seleccionaban sus cuadros no tanto por su representatividad política como por su solidez ideológica aunque carecieran -y esto era lo habitual-de experiencia política, en la medida de lo posible les proporcionaban una rigurosa instrucción militar -la cual por necesidad siempre era precaria-, consolidaban y desarrollaban su aparato armado y, en la práctica, limitaban su trabajo político a la universidad. Un trabajo político que no estaba tanto destinado a desarrollar un frente de masas como a reclutar cuadros para su organización políticomilitar.

Rescataban, en esos años (hasta el asesinato de Rucci, después ya no, y fue fatal), de la obra de Abraham Guillén, un párrafo en particular: "Para lograr la victoria en una guerra popular, hay que actuar de conformidad con los intereses, sentimientos y deseos del pueblo"⁴⁴. Tal vez, esta frase, resuma mejor que cualquier racionalización, su reconocimiento del peronismo.

⁴¹ En 1972, Montoneros estaba organizada en forma piramidal con una amplia base que se insertaba en los "frentes de masas" -preexistentes o creados "ad hoc"-y culminaba en la Conducción Nacional. De abajo hacia arriba, la estructura era la siguiente: 1) frente de masas, la Juventud Peronista por ejemplo, organizada por Regiones y, dentro de cada Región, por Localidades y por Barrios; todos los dirigentes de Regional y de Localidades eran cuadros de la Organización con el rango de aspirantes a combatientes o de combatientes; 2) Unidades Básicas Revolucionarias, en las cuales se integraban, siempre en un marco geográfico determinado, cuadros que estaban a cargo de grupos de militantes de los diferentes frentes: universitario, sindical o territorial; 3) Unidades Básicas de Combate, integradas por los responsables de las diferentes UBRs existentes en una zona; por ejemplo la UBC de Zona Norte estaba integrada por todos los jefes de las UBRs existentes entre Vicente López y Tigre; 4) varias UBCs se integraban, siempre con criterio geográfico, en una Columna: las UBCs de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, de la Zona Noroeste y de la Zona Oeste formaban la Columna Norte-Oeste; 5) el nivel siguiente era la Regional en cuya conducción se integraban los jefes de Columnas; por ejemplo, la Regional Buenos Aires en 1972 tenía tres columnas: Sur, Capital y Norte-Oeste; 6) la cúspide de la pirámide era la Conducción Nacional en la cual participaban los jefes de cada Región.

⁴² Me recuerda Carlos Lorges -periodista, locutor, para 1973 responsable de Bragado y, en la práctica, segundo jefe del farfarwest-que, con el objeto de hacer prácticas militares, fingíamos salir a cazar patos en las lagunas que rodeaban Bragado. En aquellos tiempos de extrema austeridad, matábamos dos patos de un tiro: adquiríamos puntería y cenábamos pato. Sin embargo, con relación al logro de este último objetivo, yo me constituía en un obstáculo: cazaba mis patos con una pistola calibre 45... no quedaban ni las plumas. Aunque Carlos insiste, supongo que por cargarme, que jamás le di a ninguno.

⁴³ Dos de ellos fueron secuestrados en Chivilcoy y fusilados camino a La Plata en diciembre de 1975 (acotación del Bigote Vázquez).

⁴⁴ Abraham Guillén, Teoría de la violencia, Edit. Jancana. Gillespie en "Montoneros, soldados de Perón", agrega que "al ir desarrollándose los Montoneros, sus pretensiones militares se vieron cada vez más regidas por consideraciones de guerra regular y olvidaron con rapidez las lecciones de Guillén".

Aceptaban al peronismo como el universo de la revolución. Esto es, los trabajadores peronistas que se beneficiarían con la revolución y, por lo tanto, la iban a realizar. Aunque, para ello, necesitaban de una vanguardia que las guiase y las motorizara. Las liderase. Lo cual, de hecho, los enfrentaba con Perón. De quien primero desconfiaban y en quien después confiaron a ciegas para, de repente, dejar de confiar.

Creo -y lo que voy a decir, como lo que antes dije, está sujeto a debate-. Reitero: creo, no tengo la seguridad, que el largo proceso de integración con nosotros, así como el apoyo irrestricto de Perón a sus formaciones especiales, los peronizó. Creo que, a partir de cierto momento, se sintieron peronistas. Y, como muchos de los conversos recientes, transformaron su desconfianza previa en una confianza ciega. Pero, como decía el general, cuando Dios baja a la tierra... Dios bajó a la tierra, ellos se decepcionaron y reaccionaron mal. No reaccionaron como políticos porque lo suyo no era la política. Lo suyo era la ideología, pura en todas sus acepciones. Y reaccionaron, por un lado, explicándose la situación a partir de presupuestos ideológicos con los límites y la inflexibilidad que ellos exigen a quienes los padecen. Y, por otro, en tanto conversos decepcionados, reaccionaron de una manera emocional, con despecho. En lo cual hubo una trágica coincidencia con Firmenich. Porque, cuando Dios bajó a la tierra... Firmenich dejó de serlo o, al menos, dejó de ser su profeta.⁴⁵

"Si Dios bajara todos los días a la tierra para dirimir los pleitos que se provocan entre los hombres, ya le habríamos perdido el respeto y no habría faltado tampoco un tonto que quisiera reemplazarlo a Dios".

Esta era una cita frecuente de Perón. En este caso está tomada de una carta de 1967 dirigida a Alberte y transcrita por Gurucharri en su libro "Un militar entre obreros y guerrilleros".

Capítulo 27 - La vocación de unidad: entre el deseo y las diferencias

La vocación por la unidad estuvo presente desde el principio. Se puso de manifiesto en 1970 cuando nuestro grupo, hoy conocido como el grupo de Sabino Navarro, se fusionó sin inconvenientes ideológicos ni egoísmos tribales con el grupo de Abal Medina. Y también después del desastre posterior a la toma de La Calera cuando Descamisados y las FAP, sin preguntas ni cuestionamientos, nos proporcionaron el cobijo imprescindible para restaurar nuestras heridas.

Pero ya no tanto cuando, en 1971, como paso previo a la fusión, recreamos las Organizaciones Armadas Peronistas. En principio, las Fuerzas Armadas Revolucionarias se negaron a que Descamisados se integrara en condiciones igualitarias a las OAP. La excusa fue que Descamisados era un grupo local, organizado en Buenos Aires, sin "sucursales" en el interior del país.

Lo cierto es que, para 1971, nadie tenía en el interior más que unos pocos cuadros organizados en forma precaria. Las limitaciones que, en nivel nacional, pudiera tener cada una de las organizaciones, eran irrelevantes en función de lograr la unidad.

Las prevenciones de las FAR respecto de Descamisados pasaban, a mi entender, por dos cuestiones: una, objetiva, el "movimientismo" explícito de los descas y una forma de construcción acorde al mismo que los llevaba a priorizar sin dudas de ninguna índole lo político y a criticar las acciones armadas desvinculadas del qué hacer político con excepción de las de carácter logístico.

Y dos, subjetiva: la formación política y cultural -sin "recetas revolucionarias" preconcebidas y con una lectura de los pensadores de diversas vertientes ideológicas-de quienes conducían Descamisados, los hacía poco receptivos a los argumentos de la izquierda.

Para nosotros, en cambio, la participación de Descamisados en las OAP resultaba importante para compensar el guevarismo de las FAR. E impusimos su presencia. Casi un año después, con el aval de Montoneros, Descamisados fue separado de las OAP. No recuerdo la causa formal de esta separación pero lo cierto es que ya estaba acordada la integración de los descas a Montoneros, en cuya estructura ocuparon importantes espacios de conducción. La fusión entre Descamisados y Montoneros se anunció poco después de la disolución de las Organizaciones Armadas Peronistas.

En realidad, en 1970, el embrión de la "cuatripartita", tal como se conocieron internamente las Organizaciones Armadas Peronistas -así como el principal esfuerzo para formarlas en 1971-, estuvo a cargo de las Fuerzas Armadas Peronistas. Y no fue un hecho teórico sino práctico relacionado con el superlativo desarrollo -militar y político-que tenían las FAP en relación a las otras organizaciones: proporcionaron una solidaridad irrestricta a Montoneros en su momento histórico más difícil, discutieron hasta el cansancio con las Fuerzas Armadas Revolucionarias y motivaron su "peronización", proporcionaron instrucción militar a Acción Peronista e impulsaron su transformación en una organización político-militar: Descamisados -tal como lo hicieron con la Guerrilla del Ejército Libertador de La Plata-. Además, para 1970, los cuatro grupos compartían criterios estratégicos generales, y las potenciales contradicciones ideológicas no se discutían: iniciar y desarrollar la

⁴⁵ Hay quienes saben apoderarse del poder y hay quienes son víctimas de su poder. Firmenich fue una víctima de su poder. Se dejó arrastrar por él. Y se aterrorizó cuando vio que se le iba. Pero se le fue. Entonces simuló. Dice Baudrillard: "Lo real se borra a favor de lo más real que lo real... la simulación". Esto es, sobreactuó para compensar la angustia que le producía su confrontación con la realidad. Y se zarpó. O, tal vez, como decía Perón en la cita anterior, fue simplemente un tonto. Y todo se fue al diablo.

lucha armada contra el régimen había costado sangre, sudor y lágrimas; por lo tanto, era la lucha armada el principal motivo de convergencia y articulación entre las cuatro organizaciones. Pero, a fines de 1970, a partir del ingreso de los grupos de Villaflor (Peronismo Revolucionario) y Cafatti (Tacuara Revolucionaria), se consolida en las FAP la idea de la "alternativa independiente" al peronismo. Esto es, sin renegar de sus orígenes peronistas ni de la figura de Perón, planteaban la construcción de un partido revolucionario de carácter clasista al margen del Movimiento Peronista para concentrarse en una sola estrategia de confrontación: la Guerra Popular Prolongada.

Lo cual se daba de patadas con el pensamiento de Montoneros y Descamisados, quienes consideraban al Movimiento como revolucionario en su conjunto y que, en conjunto, se debía avanzar hacia la toma del poder a través de todas las tácticas posibles incluida la electoral. Y, en menor medida, también entraba en contradicción con el pensamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias quienes, desde una postura vanguardista, buscaban la transformación revolucionaria del Movimiento Peronista.

Al respecto, un informe interno escrito por las FAP en abril de 1972 para anunciar la disolución de las OAP, dice: "En todo este período nuestra actitud fue inconsecuente, e intentamos ignorar las manifestaciones elocuentes de las debilidades ideológicas de Montoneros o lo que entonces despuntaba como el oportunismo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias". El documento agrega que si bien existía acuerdo en "los objetivos estratégicos (el socialismo)" este acuerdo se resentía por "el programa electoral de Montoneros, donde aparecen definiciones programáticas de nacionalismo revolucionario"⁴⁶.

Consecuentes con lo escrito, las Fuerzas Armadas Peronistas se abstuvieron de participar en el proceso electoral que llevó al peronismo al gobierno en 1973 y, tal como al comienzo impulsaron la creación de las Organizaciones Armadas Peronistas, en marzo de 1972 sin vacilar acordaron con su disolución.

Las discusiones acerca de participar en el proceso electoral o no, también se dieron en el seno de la organización Montoneros desde que se atisbó su posibilidad a fines del '71. Sin desmedro de que más adelante incursiono en el tema a partir de mi propia experiencia, las discusiones se saldaron en forma abrupta y unilateral. Carlos Hobert, a la sazón responsable de la Regional Buenos Aires -en realidad el pensador político de la Organización en cuya conducción, en ese tiempo, imponía sus criterios ya sea a través del debate o de la consumación de hechos-, por la propia decidió la toma de un pueblo en la provincia de Santa Fe. Pero este hecho militar fue apenas una excusa para difundir y dar fuerza un comunicado de cinco puntos en el cual apoyaba el proceso electoral y levantaba la candidatura de "Perón Presidente". A partir de allí, Montoneros estaba jugada en la participación de una estrategia que tenía poco consenso en la izquierda peronista y ninguno en las Fuerzas Armadas Peronistas. Este hecho, sumado al "alternativismo" de las FAP, fue el detonante de la disolución de las Organizaciones Armadas Peronistas.

Por su parte, la evolución político-ideológica de las FAP fue progresiva, permanente, acelerada, y de ella no salieron indemnes: para 1973, las FAP se encontraban divididas en cuatro sectores: 1) el "Comando Nacional", dirigido por Villaflor y cuya expresión política era el Peronismo de Base; 2) la "Regional Buenos Aires", que se acercó a Montoneros sin abandonar las posturas clasistas; 3) los "Iluminados", dirigidos por Cafatti y cuya postura siempre me resultó incomprensible -"si aquellos eran los oscuros estos son los iluminados", dijo Fidanza que apoyaba a Villaflor-, y 4) la "17 de octubre" dirigida por Envar El Kadri, grupo político en el cual se nuclearon muchos de los veteranos de Taco Ralo los cuales, sin abandonar por completo la tesis de la "alternativa", reivindicaron el proceso electoral porque "alcanzar el gobierno era un paso importante en la reconquista del poder total, ya que el gobierno significa una porción, una cuota de poder"⁴⁷. Y ello sin contar las fracturas de 1970 y 1971 protagonizadas por los "oscuros" que se integraron a Montoneros y Descamisados. De esta manera se difuminó la única de las Organizaciones Armadas Peronistas que fue heredera directa del Peronismo Revolucionario lo cual se evidencia con el origen político de sus primeros cuadros: el Movimiento de la Juventud Peronista (El Kadri), Acción Revolucionaria Peronista de Cooke (Quito Burgos, Alejandro Peyrou), las FAP del Movimiento Revolucionario Peronista (organizadas en el '64 por Rulli), Las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional de Bengochea (Amanda Peralta) y el Movimiento Revolucionario Nacionalista Tacuara (Cafatti y Amílcar Fidanza).

⁴⁶ "De Taco Ralo a la Alternativa Independiente", Pérez y Duhalde, pp.263.

⁴⁷ Id. Ant, pp. 375.

LA TRANSMUTACIÓN DE LA FE

Capítulo 28 - La transmutación de la Fe...

Para enero de 1973, con las FAP atomizadas en varios sectores según vimos en el ítem anterior, Montoneros primero y FAR después participaron en conjunto de la campaña electoral y profundizaron sus acuerdos tendientes a la integración.

El creciente éxito del peronismo en general, y el arrollador crecimiento político de Montoneros en particular, a lo cual se sumaban los lazos de amistad establecidos entre los presos y entre los dirigentes de ambas organizaciones en sus respectivos ámbitos, sublimaron las diferencias pre-existentes. Pero, además, se estableció una dialéctica entre ambas conducciones mediante la cual los unos asumieron criterios político-ideológicos que antes eran privativos de los otros. Síntesis, ésta, que se dio en un ámbito cerrado, exclusivo, sin participación de los cuadros medios y, en la práctica, aislado del "qué hacer" político cotidiano.

Los imagino sintiéndose los creadores de la vorágine militante y de la movilización social que signaba el panorama político del '73. Tocaban el cielo con las manos. Tenían poder. Pero ya no imagino cuando leo: "Esta organización destinada a conducir a la clase obrera debe estructurarse como partido revolucionario que desarrolle y conduzca la guerra revolucionaria integral en todas sus formas... y se desarrollará en el seno del Movimiento Peronista, al cual deberá conducir... (y) será conducción estratégica ejercida conjunta y progresivamente con el general Perón", en un documento interno de Montoneros⁴⁸ en el cual se exponen las conclusiones de la Reunión Nacional Ampliada realizada en mayo de 1973, una semana antes de que Cámpora asumiera como presidente, a un mes del retorno de Perón y la masacre de Ezeiza. Pocos días atrás éramos las formaciones especiales, el brazo armado del Movimiento Peronista. Y, de repente, unos días después profetizamos reemplazar a Perón, jubilar a los sindicalistas, desplazar a los dirigentes partidarios y, cabe preguntarse, ¿si esto es lo que planteamos nosotros para los peronistas, qué es lo que de nosotros podían esperar los otros partidos?

Era un documento "interno", claro. ¿Pensaba la conducción montonera que estos conceptos no iban a llegar a Perón, a los sindicalistas, a los partidos?

¿Se puede ser tan ingenuo, tan infantil y, al mismo tiempo, dirigir la organización político-militar más grande de Latinoamérica? ¿Qué esperaban de Perón? ¿Qué los recibiera con sonrisas, les entregara el bastón de mariscal y se fuera del país? Escribe Perón: "...nuestra propuesta era ir produciendo una simbiosis con Perón, en la conducción. Lo hacíamos a partir de la idea de vanguardia revolucionaria que conduce al pueblo, pero compartiendo esa conducción con Perón. En aquel momento aparecieron consignas tales como 'Conducción, conducción, montoneros y Perón' (...) Debo suponer que para el viejo General, aquí estuvo nuestro 'pecado capital' y no hubo aguas del Jordán que lo pudieran redimir".

Tal vez porque viví estos hechos y padecí la extinción del peronismo como motor de cambio, herramienta para la igualdad social, movimiento revolucionario, cuando los recuerdo, a pesar de que han transcurrido treinta años, me gana la bronca y me domina el sarcasmo. Pero el sarcasmo sólo me sirve a mí, y lo que yo quiero es explicar.

Para hacerlo, me gustaría tener herramientas más consistentes que el reduccionismo psicologista al cual desestima, como elemento de análisis, Matilde Ollier. Sin embargo, en este momento sólo puedo pensar - subjetividad pura, reduccionismo-en unos jóvenes bien intencionados aunque briagos de un poder imaginario, el peor de los alcoholes, ni el metanol produce tal ceguera. En un Firmenich de fluida labia pero carente de formación teórica y de experiencia política, entronado primero por la casualidad y después por la inoportuna muerte de Sabino Navarro y la discapacidad moral que a veces caracteriza a los obligados por una clandestinidad absoluta. Un Firmenich a quien imagino beber las fáciles mieles de un guevarismo sin Guevara para colmar sus carencias y para justificar sus ambiciones. Un Firmenich a quien recuerdo durante la retirada de Ezeiza y sobre el techo de un ómnibus: el agravio en los hombros caídos, en la cerrazón del ceño el rencor. Un Firmenich que sólo puede recuperar el quimérico pedestal sobre el cual él mismo se había situado ya no a partir de heredar a Perón sino de vencerlo. De enfrentarlo. Y para ello debe transmutarse y, con él, transmutar a la organización que conduce. Lo hizo. Tal como tantas veces lo hicieron los pontífices con la Iglesia. Apoyado por un entorno poco numeroso pero coherente en la simpleza de su pensamiento, favorecido por la rigidez piramidal de la organización, amparado por la (buena) Fe de sus hermanos para imponer la eficiencia mecanizada de un verticalismo tranquilizador. La frase en cursiva la tomé de un libro de Alain Rouquié que trata del Poder Militar en la Argentina.

Para vencer al enemigo, en lugar de explotar sus debilidades, buscaron asimilarse a ellos. Todo al revés.

Carlos Flaskamp, fundador en 1970 de un grupo nacionalista revolucionario -GEL, Guerrilla del Ejército Libertador, muchos de cuyos cuadros se integraron posteriormente en las FAR, incluido Carlos-y con quien durante julio de 1971 compartimos el piso de máxima seguridad en la cárcel de Olmos, ha elaborado un lúcido análisis político de este proceso que yo he llamado "transmutación".

Transcribo el mismo tal como, en este momento, de su libro⁴⁹ lo leo: "Unos cinco meses antes de que se concretara la unificación definitiva de las dos organizaciones, hicieron trascender a la militancia que, para la organización futura, proponían adoptar la forma partido, dejando atrás el concepto de organización político-

⁴⁸ Documentos 1970-1973, recopilados por Roberto Baschetti y publicados por Editorial De La Campana en 1995.

⁴⁹ "Organizaciones político-militares, Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)", Ediciones Nuevos Tiempos, 2002. El texto completo se encuentra entre las páginas 94 y 96.

militar... (con lo que) se proponía el desdoblamiento en el binomio Partido-Ejército, adoptando un concepto de los partidos marxistas revolucionarios (...) Este giro iba a tener sus consecuencias.

El concepto foquista de la OPM, precisamente por su carencia de tradiciones y de procesamiento teórico, era una propuesta no vinculada a dogmas y abierta a varios diferentes cursos futuros de desarrollo. El pasaje a la identificación como partido de vanguardia, en cambio, encerraría a la organización en la rigidez de los esquemas leninistas, que para nada iban a ayudar en su eficacia a las luchas políticas nacionales (...) Al adoptar este concepto, nos estábamos atribuyendo una especificidad clasista que, dentro de un movimiento nacional y popular, convenía a nuestras pretensiones hegemónicas. Pero la condición de clase que nos adjudicábamos como 'partido' guardaba poca relación con las realidades sociales existentes en el Movimiento y en nuestras propias filas".

Luego de aclarar que en la Jotapé co-existían los jóvenes obreros con sectores de clase media, Carlos afirma: "Atribuirle a la tendencia y a las organizaciones que la conducían un carácter proletario, es ofrecer una buena muestra de los casos en los que la aplicación forzada de las categorías marxistas no ayuda a entender la realidad, sino a confundirla (...) Estábamos incurriendo una vez más en el viejo dogmatismo de una izquierda que quería acomodar la realidad a teorías preexistentes en lugar de entenderla en su originalidad nacional".

Capítulo 29 - Entre la realidad y la omnipotencia: de la política a lo militar...

En el plano de la objetividad, lo objetivo es que en la historia de Montoneros hubo dos etapas cuyo punto de inflexión, en el sentido de límites históricos, varios autores hacemos coincidir con la masacre de Ezeiza y / o el asesinato de Rucci y / o la muerte de Perón. En realidad, el punto de inflexión estuvo en la culminación de un proceso durante el cual la dialéctica entre lo posible y el deseo, entre el realismo y la omnipotencia, se decantó a favor del deseo omnipotente. Y ello se plasmó por escrito en el documento de la Reunión Nacional Ampliada. En todo caso, lo objetivo es que hubo dos etapas.

Y, en forma objetiva, las describe Matilde Ollier: "En el caso de la organización Montoneros hubo dos etapas claras. Una primera que va desde sus inicios hasta el '74; y una segunda, que comienza en esta época y llega hasta el derrumbe. Durante el primer período, desde la construcción de Montoneros hasta el '74, la estructura de la organización conserva las formas de la etapa de la conquista de las voluntades políticas, esto es, cómo llegar a la gente. La organización encuentra la mejor estructura organizativa en las UBR (Unidades básicas revolucionarias). Los mejores cuadros de las UBR salían a formar las UBC (Unidades básicas de combate).

Era bastante democrática al principio y funcionaba a partir del mejor manejo del frente, del talento organizativo de cada uno, de la mayor capacidad de trabajo político. Si el nivel del compañero daba para hacerse combatiente se hacía, pero no perdía ni su frente, ni su inserción política, ni su relación social, ni su trabajo (...). En la segunda etapa se empieza a generar una estructura en la cual la responsabilidad de los frentes políticos empieza a ser asumida por los responsables militares. Por lo tanto, saber hacer tareas militares pasa a ser clave. Cercano al golpe del '76, esto se consagra en un documento y la dirección de los frentes queda a cargo de los cuadros militares. La organización Montoneros ha evaluado que ha crecido lo suficiente y se encuentra en condiciones de continuar la guerra como forma de acción política (...). Durante el período de transición entre ambas etapas, hay una disputa entre los cuadros tradicionales, que se ven a sí mismos como más cercanos a la política, y los cuadros militares -algunos de los cuales son gente nueva-, que pasan a disputar la conducción política a veces sin historia, sin antecedentes"⁵⁰.

Para Emilio, uno de los entrevistados por Matilde Ollier, "siempre fue una gran disputa que se llevaba a cabo entre los cuadros políticos y los militares, que por otra parte no estaban siempre claramente delimitados". Y, a continuación, Emilio agrega: "Cuando la autodefensa fue tan necesaria como que de ello dependía tu supervivencia física, lo militar adquirió una preeminencia por encima de lo político. Cuando empezaron a tirar contra las unidades básicas, cuando te mataban por la calle, no tenías otra opción. Ahí nos quitaron la opción política y nos llevaron a su terreno"⁵¹.

En realidad, nadie llevó a Montoneros a "su terreno". Montoneros fue solito con el pase a la clandestinidad. Es posible que, dadas las crueles circunstancias que sucedieron a la muerte de Perón, a la Organización no le quedara otra alternativa más que "pasar a la clandestinidad". Pero si así fuera el caso, Montoneros tendría que haber previsto -en sus propios términos militares-una "retirada estratégica" de los compañeros que participaban de los frentes de masas. Como en su momento escribió el propio Clausewitz, trasladarlos a posiciones menos expuestas con el objeto de preservarlos.

Por su parte, el mérito de Matilde Ollier en los párrafos precedentes reside en que es la primera ensayista que define con claridad la existencia de dos etapas, no sólo diferentes sino contradictorias en la historia montonera -aunque al respecto no analiza, como ningún ensayista lo ha hecho hasta ahora en forma cabal, el rol de las FAR-. Méritos al margen, considero conveniente abundar en algunos de los conceptos expuestos ya que un par

⁵⁰ Matilde Ollier, op. cit.

⁵¹ Matilde Ollier, op. cit.

de ellos -la diferencia tajante entre cuadros políticos y cuadros militares y el hecho de que "saber hacer tareas militares pasa a ser clave" para obtener una promoción en la jerarquía organizativa-no sólo son inexactos sino que, de manera involuntaria, al simplificar las diferencias internas echan sombras sobre la responsabilidad que tuvo la hegemonía de una línea ideológica y de un criterio estratégico en el fracaso de Montoneros. Y una de las pretensiones de este libro es reivindicar una lucha y explicar su fracaso.

La militarización de Montoneros se percibió en el nivel público, tal como lo manifiesta Matilde, en 1974. Pero, en realidad, la militarización fue la consecuencia inevitable de una mutación en las concepciones políticas e ideológicas de la conducción montonera. Fue el subproducto inexorable de la hegemonía del proyecto guevarista, así como de la concepción leninista del socialismo y del poder, en la conducción montonera.

Si lo consideramos así, el hito que demarcó ambas etapas, al menos hacia el interior de la organización Montoneros, debería ubicarse en mayo de 1973 cuando se elaboró el documento que supuestamente sintetizó las conclusiones de la Reunión Nacional Ampliada -digo supuestamente porque yo participé en esta Reunión⁵² y, si bien se habló de avanzar como poder en el seno del movimiento peronista a través de nuestros frentes de masas y se especuló con heredar el rol de Perón, en ningún momento se mencionó la posibilidad de reemplazarlo-. Documento que podemos complementar con las declaraciones emitidas a principios de junio del '73 por Roberto Quieto -cuadro fundador de las FAR y, a la sazón, el tercero en la jerarquía de la conducción nacional de Montoneros-, en las cuales señaló como enemigos de la misma envergadura que el imperialismo y la oligarquía, a los traidores al Frente y al Movimiento así como a todos los que conspiran contra el cumplimiento del programa de Liberación a quienes, agregó, se los combatirá "por la acción armada tanto de masas como de comando".⁵³ Comparemos las afirmaciones de Quieto con las del ERP de agosto del mismo año: "Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular".⁵⁴ Resulta claro que ambos, a partir de convicciones estratégicas similares, el guevarismo y el leninismo, apuntaron a los traidores -del Movimiento para unos, del campo popular para los otros, los traidores constituían el mismo sujeto-. ¿Y quiénes eran los traidores? Gente del campo popular, gente que defendía -con mayor o menor compromiso- los intereses del pueblo pero, a mediados del '73, consideraba que la lucha por los intereses del pueblo no debía hacerse mediante una práctica militar o planteaba que debía existir una tregua, un espacio para llegar a acuerdos, un lugar para la política. Esto es lo que dijo el ERP: los políticos y los sindicalistas que no estuvieran de acuerdo con la estrategia del ERP eran sus enemigos. Para Quieto eran todos los que conspiraban, concepto que le daba mayor ambigüedad a la traición.

Carlos Flaskamp⁵⁵ al respecto escribe: "...el enfoque militar de la conducción, además de presentar la rigidez propia de los planteos militares, partía, como suele hacerlo el ultraizquierdismo, de las 'últimas instancias'. En última instancia todos eran soldados enemigos: la Marina, los radicales colaboracionistas y el lópezreguismo formaban parte en definitiva del complejo ejército enemigo, cuyo aniquilamiento era el objetivo de la guerra popular".

Entonces, para el catecismo de Quieto, y por ende de la Conducción Nacional, lo que no resultaba ambiguo era que al conspirador se lo combatiría mediante comandos armados, pretensión que no explicitó el ERP y que tampoco puso en práctica. A diferencia de Montoneros que apenas tres meses después de las declaraciones de Quieto asesinó a Rucci: por traidor te va a pasar lo mismo que a Vandor. Traidor: el que viola la lealtad debida. ¿A quién?

Rucci jamás había comprometido su lealtad con Montoneros. Debía lealtad a Perón y, a diferencia de Vandor, nunca le había jugado en contra. Al contrario: respecto del movimiento sindical, seguía las instrucciones de Perón al pie de la letra. Lo cual no era del todo agradable para Lorenzo Miguel y la conducción de la C.G.T. Entonces, si por su actividad sindical Montoneros consideró traidor a Rucci es porque consideraba traidor a Perón.

En abril de 1973, Perdía, Quieto y Firmenich se reunieron con Perón en Madrid. Al respecto, Perdía escribió: "...(Perón) destacó que los próximos cuatro años debíamos utilizarlos para aprender a gobernar y asegurar un eficaz trasvasamiento generacional en el movimiento y en el país. Manifestó que asumía la responsabilidad de asegurar que, progresivamente, se nos fueran asignando crecientes responsabilidades. Argumentó sobre la necesidad de avanzar en la organización popular y (...) veía en las tareas de promoción social una manera eficaz para darle continuidad a nuestra organización. (...) El general Perón le manifestó en esa oportunidad (a Bidegain) la conveniencia de integrar a su próximo gabinete a algunos muchachos de la JP, para que se vayan acostumbrando a gobernar".

Notemos, en estas palabras relatadas por el propio Perdía, que Perón: 1) aceptaba la continuidad de la existencia de Montoneros como tal aún después de establecido el gobierno popular y aún más allá del período constitucional de gestión peronista; 2) nos ofrecía, como Organización, hacernos cargo del trabajo social (léase, el Ministerio de Bienestar Social el cual, ante nuestro rechazo, quedó en manos de López Rega) para construir organización popular lo cual, sin dificultad alguna, se interpreta como organización política. Trabajo social: construir barrios populares, armar cooperativas, desde abajo impulsar cultura, llegar hasta el último rincón del

⁵² En realidad, fueron dos reuniones. La primera realizada entre las conducciones de Far y Montoneros y de carácter cerrado. La segunda, inmediatamente después, en la que participamos, la conducción nacional, los jefes de columna y algunos responsables de los frentes de masas en todo el país.

⁵³ El Descamisado, 12 de junio de 1973, reproducido por Oscar Anzorena en "Tiempos de violencia y utopía", Ediciones del Pensamiento nacional, 1998.

⁵⁴ Oscar Anzorena, op. cit.

⁵⁵ Carlos Flaskamp, op. cit.

país y organizar a su gente. Esto, que constituye la mayor ambición de cualquier corriente política en el seno de una gestión gubernamental políticamente heterogénea, significaba, nada más ni nada menos, que fortalecer el crecimiento de nuestra Organización en las bases peronistas y, con ello, darnos una auténtica posibilidad de lograr, en cuatro años, la hegemonía política del movimiento peronista. Nos heredaba el movimiento, nos ofrecía el futuro porque, digámoslo de una buena vez, el presente era él, el propio Perón.

La conducción nacional de la Organización, jamás informó a sus cuadros de esta oferta -político-estratégica en relación con nuestro futuro de cabo a rabo-la cual, por lo tanto, no tuvo oportunidad de ser debatida.

El 6 de septiembre de 1973, tres semanas antes del asesinato de Rucci, Quieto y Firmenich se reunieron a puertas cerradas con Perón, y el Viejo les ofreció un acuerdo: Montoneros seguiríamos al frente de la juventud, de la universidad y de los espacios de poder en el Estado que teníamos hasta el momento. En el Partido Justicialista -al cual el Viejo nunca le dio mucha importancia-podíamos hacer lo que quisiéramos dentro de los límites impuestos por los estatutos partidarios, él no iba a interferir. Como contrapartida nos exigió respeto al Pacto Social y que dejáramos de meternos con el sindicalismo.

Imagino al Viejo, amplía la sonrisa cuando afirma: "muchachos, el futuro es de ustedes, el presente es nuestro". Nuestro dice, y sus manos -largas, sarmentosas-señalan su pecho. Imagino a Firmenich cuando horas después -solemne, fruncido el ceño, pesaroso-, en la reunión de Conducción Nacional, interpreta: "el Viejo nos da lo que ya tenemos y a cambio quiere que disolvamos a la Juventud Trabajadora Peronista"⁵⁶.

En realidad, las propuestas eran buenas. Tanto la de abril, cuando la relación era buena, como esta última de septiembre cuando, a diferencia de abril, ya existía una situación de tensión con el general. Las propuestas se sintetizaban en una palabra: el futuro. No un futuro indiscernible: un futuro apenas signado por la (breve) expectativa de vida del General y nuestra capacidad para formar cuadros de conducción. Un futuro que exigía de nosotros generosidad para conceder, inteligencia para proceder, cintura para establecer alianzas y habilidad para sumar. El futuro que nos ofrecía Perón, de nuestra parte sólo exigía capacidad política. En concreto, Perón exigía de Montoneros la única virtud que escaseaba en la inmensa mayoría de los miembros de su conducción.

No me cuesta -con otras palabras quedó escrito-imaginar sus cuestionamientos: ¿A quién se le ocurre que después de tanto esfuerzo vamos a disolver la Juventud Trabajadora Peronista? ¿En qué cabeza cabe si, precisamente, es la JTP la vanguardia concreta de la clase obrera organizada?

¿Cómo hacer la revolución sin la clase obrera? ¿Cómo la clase obrera va a hacer una revolución sin vanguardia? Lo que nos pide el General es que no hagamos la Revolución. El general conspira contra la Liberación: es un traidor.

No sé si fueron los términos exactos que se intercambiaron en la reunión de la conducción montonera realizada después de la propuesta de Perón del 6 de septiembre. Sólo Firmenich lo sabe; tal vez Vaca, tal vez Perdía: no sé si estuvieron presentes pero en la soledad de una conducción por años compartida, a la sombra de sus soledades y en el laberinto de sus culpas, no sería extraño que, en algún momento, aflorasen las confidencias.

Jauretche el joven, hace unos meses en la Sociedad Rural durante la muestra que recuerda y actualiza a Jauretche el viejo, me dijo que nuestra historia, la historia de los montoneros, tenían que escribirla los últimos sobrevivientes de la conducción nacional. Pero "la historia es el dramático intento que hace el hombre para recrear en su mente el mundo del pasado".⁵⁷ El hombre, en el caso de esta definición, es el historiador que padece el cómo ubicarse en el lugar de los protagonistas para, desde allí, explicar los sucesos.

Para los protagonistas de la historia, recrearla significa recordar los sucesos, hacerlos conscientes y, por lo tanto, asumir las responsabilidades que les competen. Lo cual es, siempre, dramático. Olvidamos nuestra adolescencia porque no soportamos recrear nuestras ridiculeces, no soportamos vernos, que nos vean, patéticos. En los 2000 es patética la desmemoria de Firmenich, Perdía y Vaca. Más patética aún porque, creo, es sincera. No es tanto que no quieran contar: los ha ganado el olvido. Y es probable que si yo hoy le preguntase a Firmenich qué se discutió en la reunión de la Conducción Nacional posterior al 6 de septiembre del '73, un rictus de perplejidad le ganase el rostro: "¿hubo una reunión?... no me acuerdo", sería su respuesta, y tal vez sería sincera.

Me pregunto: ¿fue la noche del 6 de septiembre cuando se decidió el asesinato de Rucci? No sé. Sé que tiempo antes de la masacre de Ezeiza un compañero de las FAR había tropezado -como todos los tropiezos, por casualidad-con la figura de Rucci en el momento de entrar a una casa. Y que, a partir de allí, FAR siguió sus desplazamientos hasta establecer sus patrones de conducta. Sé que la planificación de su asesinato se inició, por lo menos, tres semanas antes de que fuera asesinado. Sé que el gordo Fernando Saavedra -dirigente de Descamisados y un ser humano excepcional-fue designado como jefe del operativo. Me contaron que Fernando se opuso al asesinato de Rucci, planteó en términos políticos sus objeciones las cuales fueron desestimadas por la conducción -no sé los argumentos de la conducción para rebatirlo pero este debate recién empieza-. Y Fernando, confrontado por los argumentos o presiones de una Organización, de una Iglesia a la

⁵⁶ Al salir de la reunión con Perón, los periodistas le preguntaron a Firmenich si Montoneros abandonaría las armas. "De ninguna manera", respondió Firmenich, "el poder político brota de la boca de un fusil". "El Descamisado", 11/9/73. Tres posibilidades: tonto, confundido o despechado. Cualquiera de ellas es posible, tal vez las tres. En todo caso, el resultado fue igual.

⁵⁷ Citado por Alfredo Kohn Loncarica, jefe del Departamento de Historia de la Ciencia de la Facultad de Medicina de la UBA. Por cierto, escribir historia, sobre todo cuando se trata de la nuestra, constituye un hecho dramático, doloroso. Tal vez por ello, la historia de Montoneros escrita por Perdía, aunque incluya intentos autocríticos, termina siendo autojustificatoria. Además, entre otros, omite hechos fundamentales como la negación de la autoría del asesinato de Rucci, las serias controversias internas existentes entre los miembros de la conducción nacional, las ambiciones personales de algunos de ellos y su incidencia en el rumbo político de la Organización.

cual jamás iba a abandonar y de la cual sólo la muerte lo apartaría, adrede se rompió un tobillo una semana antes del asesinato, y no participó del mismo.

También me contaron que el proyecto de asesinar a Rucci desató una feroz interna en el seno de la conducción, interna que fue resuelta en forma unilateral por uno de sus miembros. No sé si el asesinato de Rucci se decidió después de la propuesta de Perón con relación al futuro de Montoneros y el futuro del Movimiento. Infiero -pero esto es subjetivo- que la muerte de Rucci fue producto de un largo proceso uno de cuyos hitos más importantes se ubica en la autopista Ricchieri, a pocos kilómetros de Ezeiza, la noche del 20 de junio de 1973. Sobre el techo de un micro desvencijado que flanqueaba la retirada de un "ejército" vencido.

Pero no supongo ni infiero, lo sé con certeza: el asesinato de Rucci fue una declaración de guerra. Contra Perón y el resto de los sectores que integraban el peronismo. Contra todos los conspiradores. Y si bien en política, como producto del propio arte de la política, todo puede ser resuelto, todo tiene retorno, el asesinato de Rucci no lo tuvo. Podría haberlo tenido, pero no lo tuvo.

Porque al principio imperaron las pasiones: las de las víctimas y las de los victimarios. La conducción montonera, cuando vio las terribles consecuencias de su acto y quiso remediarlas, además de omitir una autocrítica que podría haber llevado a modificar las concepciones que dieron origen al acto, negó su autoría, careció de sinceridad, actuó con hipocresía.

Por su parte, Perón se vio desbordado, no tanto por el dolor como por el hartazgo que le producía la estupidez ajena. En el medio medraron los profesionales de la violencia delincual. Y el tiempo pasó volando y, cuando todos nos quisimos acordar, Perón nos miraba desde la eternidad. Y nuestro pueblo, su pueblo, cuando nos miraba -a nosotros, a los montoneros-lo hacía de lejos. La muerte de Perón -ahora sí, definitivamente-no tuvo retorno.

Cambió a los montoneros. Cambió al peronismo. Y cambió la historia. Si Perón hubiera vivido unos meses más, tal vez -sólo tal vez-, Montoneros podría haber llegado a un acuerdo con él: llegado el caso, todo acuerdo siempre era posible con Perón. Pero se murió. Y ya nada tuvo retorno.

Capítulo 30 - Y lo que vino fue peor...

La capacidad de síntesis aunada a la belleza del relato, en ciertos casos en los cuales me identifico con su pensamiento, no me dejan otra alternativa que recurrir a Feinmann. Entonces, respecto de la muerte de Perón, Feinmann escribe⁵⁸: "Perón en el '73 no pudo controlar su ala dura. No era joven ni era bravucón. Quiso hacer el Pacto Social, pero Firmenich le mató a Rucci. Quería unir a los argentinos ("para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino"), pero lo sostenía a López Rega, que armaba la Triple A y ya en el '73 intenta asesinar a Hipólito Solari Yrigoyen. Quiere una economía para el mercado interno y lo llama a Gelbard, quien es, para la izquierda peronista, un burgués enemigo y para los milicos y los que darán el golpe del '76 un comunista subversivo. Al final, incapaz de resolver todas las contradicciones que había desatado desde el exilio, se muere. Fue el 1º de julio de 1974, yo había llegado a Córdoba para dar una charla en la Facultad de Sociología y... Y esa noche un barman triste -tan triste y sombrío como estaba ese día este país-negó, basándose en la muerte de Perón, la mismísima existencia de Dios.

Y, como si fuera poco, eso que le dije al flaco que me llevó al Sussex en su Citroën destartalado, resultó pavorosamente cierto: todo lo que vino después resultó peor".

⁵⁸ José Pablo Feinmann, Página 12, 1º de julio de 2004.

Capítulo 31 - El asesinato de Rucci: causas y circunstancias...

Están mis recuerdos: luego de treinta años, difusos, contradictorios, confusos por las sombras que sobre ellos echan los recuerdos más recientes.

Y está mi subjetividad. Al margen de mis desmemorias y de mi subjetividad, varios compañeros que, en aquel tiempo, ocupaban niveles intermedios de conducción, aportaron informaciones para reconstruir los sucesos que rodearon el asesinato de Rucci.

De todos ellos, el más importante se relaciona con las contradicciones que existieron en el seno de la conducción nacional respecto del destino de Rucci. Las contradicciones eran de tal magnitud que la decisión final fue tomada por uno solo de los miembros de la conducción: Julio Roqué, sexto en la jerarquía de la misma y procedente de las FAR. No sé si la tomó en absoluta soledad. No lo creo. Si sé que Hobert, el miembro más relevante de la conducción para los cuadros de la Orga, se enteró de la muerte de Rucci por los medios de difusión.

En realidad, el asesinato de Rucci constituyó la forma de zanjar de una vez por todas las discusiones entre "movimientistas" y "militaristas" que, si bien siempre cruzaron la historia de las organizaciones armadas peronistas, se agudizaron a partir de la lucha electoral y la perspectiva de llegar al gobierno por una vía "pacífica". La muerte de Rucci agudizaría el enfrentamiento interno del peronismo pero, también, resolvería las contradicciones internas de la Organización en favor del sector "militarista".

De la existencia de tales contradicciones en los más altos niveles de la dirección montonera, da fe el propio Perdía. Cuenta que, después de la masacre de Ezeiza, él se reunió con Lorenzo Miguel. Lorenzo explicó que el sindicalismo no había tenido nada que ver con la masacre: de hecho, sus militantes al igual que los nuestros, acudieron a recibir al General "armados" con palos, cadenas y algunos fierros cortos, sin otro ánimo de enfrentamiento más allá de los tumultos ocasionales que pudieran producirse debido al indeseado pero estrecho contacto al cual nos obligaba la movilización. A partir de este encuentro, entre Montoneros y sindicalistas, se integró una comisión no sólo destinada a prevenir potenciales enfrentamientos sino, además, para llegar a acuerdos políticos entre ambos sectores.

"Observo hoy", escribe Perdía, "que las fuerzas que empujaron hacia el desarrollo de la confrontación eran más poderosas que aquellas otras que, dentro de la confusión, buscábamos el acuerdo (...). Cada gesto conciliador del jefe metalúrgico se correspondía con reacciones altisonantes por un sector de su propio entorno. Cada intento nuestro por establecer puntos de acuerdo despertaba en muchos las sospechas de traición".

Cabe preguntarse, ¿"despertaba las sospechas de traición"... en muchos de quiénes? La respuesta es sencilla: en muchos de la conducción nacional y su entorno más íntimo ya que eran ellos, no sólo los protagonistas de las reuniones con el sindicalismo sino, además, los únicos que estaban enterados de su existencia.

Ahora, ¿quiénes eran y qué características tenían quienes integraban la conducción nacional en ese momento? En principio, eran ocho. De ellos, cuatro (Firmenich, Hobert, Perdía y Yager) provenían de Montoneros. Tres (Quieto, Roqué y Osatinsky), de FAR. Y, por último, Horacio Mendizabal, de Descamisados. Entonces, si nos atenemos a los antecedentes históricos y prácticas políticas de cada una de las organizaciones, podríamos inferir que, en el seno de la conducción, las ideas movimientistas tenían un peso de cinco sobre tres. En consecuencia, la opción de matar a Rucci tendría que haber sido rechazada por cinco votos negativos contra tres a favor. Sin embargo, ello no fue así. Porque tampoco era así -cinco a tres- la correlación de fuerzas en la conducción. De sus miembros, con excepción de Yager a quien no recuerdo, conocí o tuve referencias directas de todos los demás.

De Firmenich ya hablamos: sufría de despecho, limitado en política, necio frente a la realidad y adoptaba como propio cualquier discurso nuevo que se adaptara a sus necesidades, a sus ambiciones. Perón, cuando se reunió con Hobert en 1972, estableció con él una relación íntima, cálida, casi filial. Una relación que excedió lo político e hizo que confiara en Montoneros, en su buen criterio, en su sensatez y en la adhesión a su estrategia. En cambio, cuando se reunió con Firmenich en 1973, sintió rechazo y lo desairó con sutileza. Digo: lo caló de entrada: "tengan cuidado con las ambiciones de quienes los dirigen", recomendó en una oportunidad a los muchachos de la Jotapé. Y, aún hoy, las características que percibió el Viejo respecto de la personalidad de Firmenich, las percibimos todos cada vez que el personaje abre la boca. Voto positivo.

Rucci: cuatro a cuatro.

En relación a Perdía tengo la impresión de que es un buen tipo, e inteligente. Pero muy sensible a las presiones directas. De alguna manera, él mismo deja constancia al respecto: "Nuestro espacio político estaba presionado por dos fenómenos confluyentes. Uno era la presión militar del PRT-ERP, con sus críticas y su accionar militar. Otro el de los grupos peronistas más duros como el peronismo de base, la revista Militancia y fracciones de la FAP. El efecto de este conjunto de influencias provocaba que toda posición que corriera el riesgo de ser tildada de 'moderada' fuera rápidamente descartada (...) en el marco señalado, obviamente influyeron las tendencias más militaristas y de mayor afinidad con la 'izquierda' provenientes de buena parte de los militantes encuadrados en las FAR"⁵⁹. Ay, las presiones... Abstención. Rucci: tres a cuatro.

De todos los descamisados que conocí, Mendizabal fue el único fierrero: por encima de cualquier consideración política, él amaba los fierros. En términos políticos, por otra parte, tenía dificultad para manejarse en escenarios complejos como, por ejemplo, el que planteaba el movimientismo en 1973. Un escenario que exigía a sus actores desplazarse con la mayor de las sutilezas, tejer, destejer, rodear, avanzar, retroceder, ser

⁵⁹ Perdía, ob. cit., pp. 180.

pacientes y tragarse sapos, muchos sapos. Por lo tanto, Mendizábal tenía una particular afinidad con el simple y valiente discurso de las FAR. Y esto, como veremos más adelante, nadie me lo contó: lo sufrí en carne propia. Voto positivo: dos a cinco.

De Yager no sé. Y Hobert estaba en contra, se dijo antes. Pero, en votos, Rucci ya había muerto. Recuerdo a Hobert, sensato y vueltero como pocos a la hora de imponer sus opiniones. Sin esfuerzo lo imagino dar vueltas para postergar una decisión a la cual él se oponía. Pero, mientras él daba vueltas, Roqué se instaló en un departamento de Floresta, Juan B. Justo 5781, a diez cuadras del domicilio de Rucci. Mientras Hobert daba vueltas, Roqué mandó traer al departamento las armas necesarias para el operativo: las llevó Gustavo Lafleur, camufladas como máquinas de coser Nitax y en un auto oficial del gobierno de la provincia de Buenos Aires. Mientras Hobert daba vueltas, Roqué convocó al equipo operativo, nueve compañeros, la mayoría FAR, un solo Desca, el gordo Fernando Saavedra. Pero el gordo se oponía al asesinato.

Recuerden: antes del operativo se rompió un pie y "no pudo" participar. Y mientras Hobert daba vueltas, ahora en su auto, se enteró, por la radio se enteró, que Roqué había largado el operativo: asesinaron a Rucci, estalló la radio. Se enteró casi al mismo tiempo que el Canca Gullo quien hacía antesala en la casa de Gaspar Campos para reunirse con Perón. Alguien, un tal Esquerra, entró a la pieza donde el Canca esperaba y gritó: asesinaron a Rucci. En ese momento, el Canca pensó: lo mató la CIA. Hobert no: él supo, en el instante, que habíamos sido nosotros, y de nosotros quiénes habían sido. Y, tal vez, haya pensado que Roqué era su discípulo. Discípulo perverso, en las antípodas de su pensamiento y de su carácter, de su sensatez. Discípulo, en todo caso, en lo vueltero de su maniobrar, en su metodología transgresora de consensos inconclusos, en su capacidad de decisión: ¿acaso Hobert no había hecho lo mismo cuando, para volcar a Montoneros hacia la salida electoral, tomó un pueblo en Santa Fe?

Ignoro, después del asesinato de Rucci, el contenido de las discusiones que se suscitaron en el seno de la conducción nacional. Pero sé que Hobert, secundado por el Canca Gullo, Perdía y, tal vez, también por Dardo Cabo, hicieron lo imposible por arreglar los tantos con el sindicalismo y con Perón⁶⁰.

Sé que llegaron a un acuerdo con Lorenzo Miguel y que el Viejo se sentía predispuesto a conciliar. Y sé que, como hecho simbólico del potencial acuerdo, apostaron a la manifestación del 1º de mayo del '74. Pero, como tantas veces sucede en la historia de las revoluciones, los insensatos les ganaron de mano.

Capítulo 32 -El asesinato de Rucci: otras voces...

Hace un tiempo bajé la copia de un mail -difundido por el Beto Salinas a través de su propio correo-que, al respecto de un par de entrevistas concedidas por la hija de Rucci, escribió un compañero cuyo nombre ignoro. Recuerdo también un documental sobre la muerte de Rucci filmado a fines del 2002 y difundido por Canal "a". En este documental fuimos entrevistados, por separado, el Barba Gutiérrez y yo. El Barba -en su condición de dirigente de la Juventud Trabajadora Peronista en los '70 y en su condición de actual dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica-decía suponer que Rucci había sido asesinado por La CIA. Versión que estuvo en boga -aunque pocos la creyeron-en los meses posteriores al asesinato.

El compañero "anónimo" que escribió el mail -a su manera, con buen humor y sano criterio-mencionó la versión que atribuyó a la CIA el asesinato, relacionó a este último con varias de las circunstancias que motivaron el fracaso montonero y relató algunos sucesos políticos que, desmemoria mediante, yo había omitido. Me he tomado la libertad de transcribirlo en forma textual.

En los dos artículos originados en Claudia Rucci, el reportaje gráfico de Olga Wornatt y la entrevista múltiple radioteléfonica a cargo del coro de opas de Gómez Castañón, Claudia Rucci sorprende con su generosidad, que la lleva incluso a apoyar alguna falsedad circunstancial de la que por fuerza tiene que darse cuenta. Uno de los recuerdos más vívidos que me quedan del desconcierto de setiembre del '73 es el del Canca Gullo replicando, a un dirigente de la JUP que argumentaba que a Rucci lo debía haber matado la CIA:

-Habrà que formar comandos de apoyo a la CIA, entonces.⁶¹

La muerte de Rucci fue decidida por la organización Montoneros. Esto es indiscutible. No podía llevar firma, porque aún faltaban dos largos años para el paso a la clandestinidad, pero es fácil escudarse en "yo no la decidí", (la mayoría de los integrantes de una organización compartimentada no suelen tener voto definitorio sobre ninguna acción en particular) y tampoco parece honesto discriminar "con esta no estuve de acuerdo". Fue un acto de la relevancia suficiente como para que un desacuerdo tajante se manifestara de otra manera que haciendo las valijas. Había efectivamente una discusión interna en marcha por las mismas fechas en que se ejecutó al Secretario General de la CGT, que comenzaba a fructificar en una disidencia "por derecha", movimientista, ortodoxa o como quiera calificársela, pero en cualquier caso dispersa. Esa acción específica contribuyó a acelerar la partida de los que ya se iban, seguramente, pero ninguno de los miembros mencionados del Grupo Michelángelo estuvo entre ellos.

Los Montoneros se han hecho ya varias autocríticas generales y específicas, muchas más sin duda, que las que han hecho a su vez quienes siguen reclamándosela sin darse por enterados, pero no sobre este hecho en

⁶⁰ Ver "Perón y la guerra sucia", Carlos Funes, Catálogos, 1996.

⁶¹ Gullo aclara que jamás pronunció tal frase.

particular. Tampoco son autocríticas de conjunto, porque después de la referida a la primera contraofensiva, simplemente no existió ese quórum.

Más amplio que la autocrítica, aunque la incluya, un análisis profundo de las causas y circunstancias de esa muerte tan trágica creo yo como la de Dorrego (no por la estatura del muerto sino por la encrucijada histórica) surgido de quienes vieron pasar o participaron de, sino toda la película, al menos sus escenas centrales, sería algo muy provechoso de leer... y muy difícil de elaborar supongo. Esa debe ser la razón de que nunca se haya hecho sobre papel aunque sí, innumerables veces tácitas, en la práctica. El Barba y muchos otros compañeros han cantado y cantan la marcha, pronunciado y pronuncian aún encendidas alocuciones bajo la atenta mirada del retrato del petiso (que me mira ahora mismo desde la oficina al lado de la que trabajo) y debatido en salones sindicales que una vez de cada dos se llaman Ignacio J. Rucci.

Tampoco es cierto que el metalúrgico fuera el niño mimado de Perón. En el momento de su muerte, Perón buscaba halagar de todos los modos posibles a la cúpula de la CGT porque era el único otro (además del gobierno mismo) sostén posible del pacto social de Gelbard. En materia de obsequios del poder, lo último que Rucci alcanzó a ver fue la superprogre Ley de Contrato de Trabajo, incluyendo paritarias generales para mediados del '75 (lo que implicaba salir del congelamiento salarial a plazo fijo, cualquiera fuera el estado de la economía). Lo próximo que Rucci no alcanzó a ver fue la de Asociaciones Profesionales; una ley que era la quinta esencia del "garantismo" aplicado a las relaciones laborales, (también lo era para las conducciones estatuidas, por las dificultades que establecía para formar oposición; pero esto, que entonces nos pareció el aspecto principal, era solo el mastiquín para la cúpula de la CGT, a fin de que no sacara los pies del plato). A cambio de las pruebas de amor, la CGT prometía contraprestaciones que luego cumplía... siempre a medias, para quedarse con algo más que negociar y como ha hecho inveteradamente -gobierne quien gobierne-- desde su fundación en 1930. Una vez Framini me dijo que se podía distinguir un viejo peronista de un ingenuo recién llegado en razón inversa a cuan acriticamente se tragara el cuento de la lealtad. La concepción sindical imperante en la Argentina desde la hegemonización del movimiento obrero bajo las banderas del "sindicalismo puro" en la década del '20 viene con un estricto orden de las lealtades incluido, y sin lugar para los problemas de conciencia: uno es leal básicamente a su propia organización, a la que considera un partido en sí misma. Sólo en segundo lugar --muy lejos-- a la Confederación. En un escrito mucho más largo podría verse como esta concepción es la madre, a la vez, de su preservación en el tiempo, de la facilidad con que el Coronel pudo juntarles las cabezas en su momento y de sus peores vicios "retardatarios".

Estábamos en que Perón necesitaba acumularse a la CGT para respaldar el pacto social (Rucci, con los demás miembros de la conducción, jugaban el juego de mantener los conflictos potenciales en estado de hormigueo y de esforzarse para la claqué -para Perón-en fingir que sudaban la camiseta para mantener el helecho bien regado). Más allá de las leyes y medidas concretas, entre las actitudes ornamentales estuvo la decisión del general respecto a presenciar el único acto de su campaña a la presidencia el 31 de agosto, un "desfile" de todo el activismo disponible, unas 400.000 personas que tardaron tres horas en pasar, desde el balcón de la central obrera. Debe recordarse: a) que el último encuentro de ese potencial masivo había sido Ezeiza, en junio, y había acabado en un número desconocido, probablemente próximo al centenar, de muertos; b) que la CGT participó colateralmente del comité de organización, y debía estar al tanto por lo menos de las líneas generales de la trampa tendida a la Tendencia, pero no participó centralmente ni fue la ejecutora de la masacre: tenía tropa para mostrar y la necesidad de reparar a los ojos de Perón su indolencia durante el lucho y vuelve, por lo que básicamente fue a hacer una demostración de fuerza, salvando las diferencias entre estilos, lo mismo que nosotros. De modo que el grueso de su activismo no estaba con los tiradores del palco y la escuelita -lumpenaje del C de O, La CNU y la SIDE-sino abajo, con sus propias columnas.

Los montoneros no se esforzaron mucho en distinguir tirios de troyanos (a mediados de 1975, después de los paros del rodrigazo, los documentos internos seguían caracterizando un sector como brujo-vandorista, lo que como injuria resultaría terrible pero no precisaba nada). La orga estaba empeñada en fortalecer su propio brazo sindical, y eso la llevaba a diferenciarse "por izquierda", primero poniendo peros y poco más tarde denunciando el pacto social. Al tiempo, nos sentíamos desairados por la preferencia de Perón, sin unir lo uno con lo otro. A lo largo de su historia, Montoneros cometió un reiterado error: sobrevaloración para juzgarnos en el centro de la escena política, acompañada de un "realismo" aplicado sólo para evadir los deberes que ser el centro (o la vanguardia, en el lenguaje de época) impone. Si no hubiera sido por esa inclinación, la orga habría comprendido que en el papel de sostén que Perón demandaba sólo podía cumplirlo el movimiento obrero institucionalizado.

El hecho es que los organizadores del desfile consiguieron que la Tendencia -la mitad de los efectivos, en ese recuento-marchara al final, y convencieron a Perón de que se retirara "cansado" al llegar esa parte. Así que pasamos delante de un balcón habitado por Isabel, López Rega, Lastiri, Otero, Miguel y Rucci, todos felices con el desaire del general, y las consignas "pacíficas" que nos habían inculcado se transformaron en rabia. Recuerdo -porque me hacía gracia, por el contraste entre lo sanguinaria y las bocas con algún diente de leche que la cantaban -una de la UES, con la música del jingle de Odol: Que lindos que son tus dientes le dijo Rucci a Perón; Perón contestó sonriente ¡Ja,ja! Morirás como Vandor.

(...) Y murió así nomás.

Pero a Perón no le cayó ni ahí como la muerte de Vandor, que le sacó un gran problema de encima; ésta se lo generó. Y a los trabajadores sindicalizados tampoco. En cambio Lopecito debe haber sonreído con aún más felicidad que veinte días atrás.

Es tan traumática ésta muerte que a treinta y pico de años la seguimos discutiendo en términos afectivos; no me consta que Perón haya querido especialmente a nadie, y mucho menos al petiso Rucci. Si uno quiere

discutir flancos morales de la lucha armada, lo que debe ponerse en el centro es el cargo y no el hombre: ¿era lícito matar al Secretario General de la CGT mientras se discutían las porciones de poder de cada segmento social? La muerte de Rucci también coincidió casi exactamente con el punto récord de la participación de los asalariados en el PBI. (Fin del mail).

A pesar de que la militancia montonera, en las calles, coreaba: "Rucci traidor, saludos a Vandor", lo cual era un reconocimiento implícito de la responsabilidad montonera acerca del asesinato, Montoneros a través de medios de comunicación propios y ajenos negó tajantemente su autoría.

Inclusive, en 1997, Cirilo Perdía⁶² escribió: "Las balas que segaron su vida pudieron haber partido desde diferentes trincheras. Pero la mayor parte de las miradas apuntaron hacia nosotros. Más allá de quien haya sido el ejecutor material de este hecho, nosotros pagamos su costo político (...) Desde todo punto de vista la muerte de Rucci favoreció el avance de las políticas opuestas a nosotros (...). La actividad paramilitar del Estado contra nosotros encontró una excusa para fortalecer su accionar." Más allá de las consideraciones políticas, resulta ilustrativo el cuestionamiento ético que hace Oscar Anzorena⁶³ a esta negativa: "Este hecho establece un lugar de no retorno en las relaciones de Perón con los Montoneros. Esta metodología de apretar a Perón no sólo genera el efecto político contrario al esperado sino que franquea una frontera ética sustentada hasta ese momento por las organizaciones revolucionarias, ya que esta muerte al no ser asumida políticamente adquiere más características de asesinato mafioso que de ajusticiamiento revolucionario".

También Juan Gelman critica el asesinato de Rucci, en términos políticos pero desde una visión de izquierda la cual, retrospectivamente, podríamos definir como cercana a la del Peronismo de Base. Gelman⁶⁴ dice: "Lo de Rucci no se hizo para despertar la conciencia obrera: se hizo en la concepción de tirarle un cadáver a Perón sobre la mesa, para que equilibrase su juego político entre la derecha y la izquierda. Atención a esto. Lo que quiero decir es que eso no formó parte de una concepción política con relación a las masas, sino de una estrategia cupular: hay concepciones políticas con relación a la masa que, por cierto, conducen al acto equivocado.

Pero no es el caso de la muerte de Rucci, que no partió de ninguna concepción política de trabajo con la masa y, en verdad, sólo fue una jugada que nada tuvo que ver con la forma acertada de plantear la lucha", y agrega que no se pensó en la clase obrera: "el asunto era trabajar estrechamente con las masas ya que de ellas dependía el cambio de política y de programas".

Por su parte, Dante Gullo considera que "el tema Rucci está sobredimensionado, es un tema que hay que considerar y comprender en función de la dialéctica que caracterizó al peronismo: no hay un antes y un después de la muerte de Rucci; de hecho, dos o tres días después de la muerte de Rucci, yo participo en una reunión realizada en la CGT, en la cual coordinamos el acto del 12 de octubre por la asunción de Perón. La muerte de Rucci no determinó un parate en nuestra relación con los sectores gremiales.

Por el contrario: Lorenzo Miguel planteó la posibilidad de realizar, gremio por gremio, un estudio de la organización obrera e incorporar la Juventud Trabajadora Peronista a la misma. Lo que tuvo un antes y un después fue la muerte de Perón, para nosotros y para todos".

Por mi parte, creo que hay que considerar el asesinato de Rucci y el enfrentamiento con Perón -también y, por cierto, no en un segundo lugar-, en relación con la realidad, al pensamiento del pueblo, a la conciencia de los logros obtenidos como tal y su sensación de bienestar: tal como afirmó en su mail el compañero anónimo, se había llegado al record de la participación del salario en el PBI. Esto es, que la clase obrera, la "masa" según Gelman, pasaba por un momento de bonanza económica. Bonanza capitalista, pero bonanza al fin y al cabo. En lo que hacía a su bolsillo, los obreros en particular, y los asalariados en general, no tenían reproches para Rucci. Nada más lejos de la clase obrera que el asesinato de Rucci, al menos en términos coyunturales aunque yo creo que también en términos estratégicos.

Capítulo 33 -Menos pero mejores: ¿cuadros "políticos" y cuadros "militares"?...

Volvamos al texto de Ollier: el período de transición entre las dos etapas -la etapa política (1968-1973) y la etapa militar (a partir de 1974)-se correspondió con la fusión entre FAR y Montoneros. Durante el mismo, según Ollier, existió una disputa entre los cuadros tradicionales (más políticos) y los cuadros militares. Me da la impresión de que para Ollier había, por un lado, cuadros que no estaban preparados para la lucha armada o desarrollaban una actividad política que los excluía de ella. Y, por otro, cuadros abocados en exclusividad a la práctica militar.

Esto no era así. En primer lugar porque no existía una división entre cuadros políticos y cuadros militares. Todos los cuadros dirigentes e intermedios de la organización -esto es, los pertenecientes a los diferentes

⁶² Cirilo Perdía, "La otra historia, testimonio de un jefe montonero", Editorial Agora, 1997.

⁶³ Oscar Anzorena, "Tiempos de violencia y utopía", Ediciones del pensamiento nacional, 1998.

⁶⁴ Juan Gelman. Los textos corresponden a dos reportajes, uno de "Contrapunto" (1988) y otro de "Caras y Caretas" (1983) y fueron tomados de Anzorena, op. cit.

niveles de conducción (nacional, regionales y columnas), los pertenecientes a las UBC (combatientes) y la mayor parte de los pertenecientes a las UBR (aspirantes a combatientes)-éramos cuadros político militares. La diferencia entre los cuadros pasaba por la prioridad que en su imaginario le daba cada cuadro, durante el presente y el futuro del proceso de lucha, a la actividad política y a la actividad militar. Diferencia que no se transformó en contradicción hasta mediados de 1973, cuando el peronismo accedió al gobierno y la lucha armada dejó de ser, para un sector de la organización en el cual me incluyo, un instrumento útil para lograr una transformación revolucionaria. No pocos de los cuadros que priorizaban la actividad política traían una experiencia de años en el accionar armado y, en su momento, habían ideado y protagonizado operativos militares de envergadura. Por su parte, no pocos de los cuadros que insistían en la lucha armada, carecían o tenían escasa experiencia militar. Unos y otros coincidíamos en que no había que disolver la organización y en que era una imperdonable ingenuidad tirar las armas a la basura. Siempre existía la posibilidad de que el recién iniciado proceso de transformación socio-económica que pilotaba el peronismo -esto es, Perón fuera abortado mediante la violencia. Era una variable que se debía considerar y para la cual debíamos estar preparados. Yo pensaba que debíamos estructurar un grupo, clandestino y sin relación directa con la tarea política, para actividades de inteligencia. Otros grupos, en similares condiciones, para actividades logísticas. También, negociar con Perón para insertar compañeros en los organismos de seguridad.

Y volcar el resto de la organización -que de hecho ya lo estaba- a la actividad política lo cual incluía formar cuadros de conducción política y de gestión estatal.

Lo propuse en la Reunión Nacional Ampliada de 1973 pero la conducción nacional consideró que estructurar un grupo de inteligencia era organizar una organización armada dentro de otra organización armada lo cual podía generar un poder paralelo. A partir de allí mi propuesta se diluyó -creo que la Reunión Ampliada se hizo para "democratizar" una serie de decisiones que ya habían sido tomadas como, por ejemplo, las modalidades de integración con los compañeros de las FAR-. Y yo volví a Bragado, "capital" de la columna del lejanísimo oeste que, a la sazón, dirigía. Consciente de que existían diferencias de criterios pero sin sospechar que los criterios diferentes que sostenía un sector -el que hegemonizó la conducción nacional a partir de la fusión-, poco tiempo después se escribieran con la sangre de Rucci..

Capítulo 34 -De los pibes alucinados a los errores de Perón, breve pero inestimable aporte al debate...

Cuando finalicé el primer borrador de este libro -cuarenta o cincuenta páginas escritas a toda máquina y sin un solo punto aparte, vomitado en palabras de Darío Gallo⁶⁵, a quien debo el impulso inicial para escribirlo-, envié copias a unos pocos compañeros. Necesitaba aportes, opiniones, recuerdos y, sobre todo, ánimo para persistir en el empeño: escribir esta historia, significa revivirla. Y ello tiene sus costos. Entre los cuales, no es uno menor el miedo a equivocarte. A encubrir las desmemorias con macaneos. Tentación siempre presente cuando quien escribe no es un ensayista ajeno a los hechos sino apenas un narrador que los protagonizó y tiene su cuota de responsabilidad al respecto.

Una de las copias se la mandé por correo electrónico al Beto Salinas⁶⁶ -compañero, amigo y uno de los mejores periodistas de investigación-quien, desde su dirección electrónica, se tomó la libertad de reenviar mi mail a otros compañeros y, después, remitir sus respuestas a mi correo. Una de ellas fue la de Jorge cuyo único dato de filiación que poseo, aparte de su nombre de pila, es que vive en Jujuy. Transcribo en forma textual sus comentarios.

"(Amorín) Está emperrado en darle con un 'caño' a la gente de la erre.

Describe bien algunos de sus 'sesgos' conceptuales, pero se le va la mano, a mi juicio, en la responsabilidad que les endilga. 'Carga' mucho, además, la historia. La acota con esa insistencia, le quita volumen.

A mi juicio, no se llegó a lo que se llegó por una 'guevarización' transmitida por una suerte de ósmosis desde los fariseos hacia los de otras procedencias. Conocí, hacia el 74, compañeros de la erre que estaban aterrados por el 'giro' de los acontecimientos. No les gustaba un carajo.

Creo que primó el principismo católico: el 'duro, duro, duro', el reduccionismo de visión que el mismo Amorín resalta muy bien en otros pasajes. Tengamos en cuenta que cuando la crisis interna drenó cuadros de 'peso' desde fines del 73 hasta el 74 (pongo esto como el período de mayor masividad de disidencia, no porque fuera el único), hubo compañeros que quedaron 'pegados' más que por convicción conceptual por el peso de su propia historia. Tipos como Dardo Cabo, por ejemplo, o el Negro Carlos, o tantos otros.

⁶⁵ Darío Gallo es periodista de investigación y secretario de redacción de la Revista "Noticias" . Co-autor del libro "El Coti".

⁶⁶ Salinas es autor de los libros "AMIA: el atentado" y "Ultramir al Sur". Su investigación acerca del atentado a la AMIA, escrita pocos años después de los hechos, resultó ser la más aproximada a la verdad de lo ocurrido. Supongo que Jorge se refiere al intento de organizar "Lealtad", tanto como organización de cuadros como frente de masas (Juventud Peronista Lealtad). El intento fue desastroso, y su fracaso se debió, tal como afirma Jorge, porque -después de la muerte de Perón- había dejado de existir el espacio político para luchar por un cambio en las relaciones de poder en el contexto de un movimiento peronista hegemonizado por la derecha delincinencial en primer término y, posterior aunque efímeramente, por el sindicalismo.

Por otra parte, ante los giros de esa historia, te encontrabas coincidiendo o disintiendo con compañeros de la más diversa procedencia. Y con compañeros de la más diversa procedencia se intentó después reconstruir un espacio que el tiempo demostró estaba definitivamente perdido.

El 'vacío' que quedó cuando el grueso de los cuadros político-militares con fuerte experiencia en laburos territoriales o gremiales se retiró, no se llenó con gente de las Far. Se llenó con los pibes que venían de esos mismos frentes. Venían con el embale de los fierros, seducidos por el todavía enorme prestigio del fenómeno montonero. No supieron ver, o no pudieron, que lo que veían brillar era, en realidad, la luz de una estrella que ya no estaba, que había sido. Que lo que venía era la caída y en picada. Perón no ayudó a resolver este quilombo. Más bien 'embarró' (y mucho) la cancha. Y lo hizo porque se equivocó. Pretendió darle a los montos el mismo tratamiento que él utilizaba históricamente en el movimiento: la ley del péndulo.

Eso mirando con benevolencia. Y no; Montoneros (como fenómeno) no era una facción más: era el eje de la posibilidad de recambio.

No quito, desde luego, valor ni volumen a lo que fue decisivo: la pérdida de la pelea interna en la organización por parte de criterios sensatos, lógicos y de sentido común. Pacifistas, en una palabra. Pero creo que no se puede dejar de señalar que el guacho del viejo no facilitó nada. Y hay que señalarlo porque es un dato objetivo, no un quite o carga de responsabilidades. Las acciones (aprietes) de Perón eran "funcionales" a la línea de pensamiento de la conducción. A que se impusiera hacia 'adentro': a eso me refiero. Tal vez fuera bueno, pero sólo en el contexto de explicar los criterios que se impusieron porque puede dar pie a mucho puterío, 'tocar' la política de los autoatentados. Para mí, esto se vincula muy fuertemente con el punto anterior: No fue la 'ideología' lo que determinó el rumbo en aquella etapa. Lo determinante fue una 'actitud'. Y el mismo Amorín lo dice después.

Amorín, finalmente, tiene una mirada políticamente lúcida sobre esta historia que pretende contar: la cuenta desde un buen lugar. Es mi primera impresión, aún con los 'peros' que comentaba al principio. Y es interesante el intento".

Carlos Flaskamp⁶⁷ coincide con las críticas que Jorge me hace en relación a la responsabilidad de las FAR en el proceso de "transmutación" de la Fe montonera: "Notablemente, esta caída en el dogmatismo de izquierda no fue un aporte de la organización FAR a la fusión. Después hubo quienes atribuyeran la radicalización de Montoneros en dirección a un ideologismo marxista, con su consiguiente alejamiento del peronismo, a la influencia de la gente proveniente del afluente R, por sus orígenes de izquierda. Se trata de un error, proveniente de analizar las corrientes estáticamente y no en su evolución ideológica. La gente de FAR estaba en un proceso creciente y consecuente de identificación con el peronismo. El concepto leninista de partido fue también ajeno para ellos que lo habían descartado en la etapa anterior en beneficio de la OPM. Fue del núcleo católico nacionalista de donde brotó la presión hacia el leninismo". Ni Jorge ni Carlos explican el por qué del rol que le atribuyen a los católicos en la radicalización de Montoneros. A no ser que tomen a Firmenich -contradicciones personales e ideológicas incluidas- como el paradigma de una corriente interna montonera, integrada por los cuadros de origen católico. En todo caso, es parte de un debate y de una investigación histórica pendientes.

Sí considero como un elemento importante para el análisis, el deseo de "los pibes que venían con el embale de los fierros" (Jorge). Esto es: con el mito y la mística de la lucha armada montonera previa a 1973, experiencia romántica que ellos no habían vivido. Es más: si yo en 1973 hubiera tenido diecisiete años, con los afanes de heroicas aventuras que a esa edad tenía, no me cabe la menor duda, me habría integrado a Montoneros, con orgullo y pasión. Hasta las últimas consecuencias.

Al respecto, Carlos escribe: "El rol de la base radicalizada pasó a ser crecientemente asumido por el sector estudiantil, que había alcanzado también un notable desarrollo, organizado en la JUP y también en la UES. En sus filas se manifestaban con fuerza la confianza acrítica en el rumbo seguido por la conducción y el convencimiento de que una mayor radicalización se identificaba siempre con un más auténtico compromiso revolucionario. La conducción nacional tendió a apoyarse en este sector cuando profundizó su desplazamiento hacia posiciones vanguardistas. Esta evolución tuvo lugar en el terreno de las definiciones políticas concretas, pero también fue acompañado por una identificación creciente con los principios teóricos del marxismo (...) Es que en el sector universitario era donde la Conducción Nacional encontraba un apoyo incondicional para acciones ultraradicales que otros sectores de la organización tomaban con muchas reservas"⁶⁸. Esta transmutación montonera, y los errores políticos consiguientes, son reconocidos por Perdía. Pero exime de responsabilidades a la conducción (increíble) cuando escribe: "...habían quedado modificadas las condiciones que facilitaban y permitían el ascenso en la lucha de masas. Sin embargo, algunos sectores, sobre todo la juventud y -dentro de ella el sindicalismo más joven-, se fueron radicalizando y creciendo en su organización y exigencias. Por el contrario, otros fueron más cautos. El saldo final es que nosotros fuimos quedando -progresivamente-acotados a la defensa, organización y representación de los sectores más dinámicos y cada día más radicalizados. Pero ahora en creciente oposición al resto del movimiento. Antes también representábamos lo mismo, pero con el apoyo y simpatía del conjunto. Ahora ya no era así (...) Por otro lado la Organización, que había servido para darle una respuesta más estructurada e integral a la dispersa lucha del pueblo contra la dictadura militar, ahora comenzaba a cerrarse sobre sí misma. Ello obstaculizaba la percepción de las demandas de ese mismo pueblo y disminuía nuestra sensibilidad hacia él". Más adelante, Perdía afirma que, en tal contexto, "la Unión de Estudiantes Secundarios se convirtió en una cantera de

⁶⁷ Carlos Flaskamp, "Organizaciones político-militares"...

⁶⁸ Carlos Flaskamp, "Organizaciones político-militares", Ediciones Nuevos Tiempos, págs. 136 y 167.

cuadros”.

Adolescentes, con muchas ganas de cambiar el mundo, plenos de fantasías revolucionarias, ansiosos por emular y aún superar a sus compañeros mayores, a sus próceres muertos en combate -recordemos el artículo publicado en “La Causa Peronista” de agosto del '74, en el cual se “acomoda” la historia del Negro para reconstruir un héroe de características “idílicas” o, lo que es lo mismo, despojado de su condición humana-, ilusionados, encandilados por los delirios de mis “modelos”, alucinados... Reitero: si en el '74 yo hubiera tenido quince o dieciséis o diecisiete o dieciocho años, con el redoble de las campanas de Hemingway en mis oídos, hubiera sido uno de ellos.

Capítulo 35 -Si Firmenich se hubiera dedicado a tocar la flauta...

Dice Firmenich respecto del trágico destino de muchos pibes alucinados: “...yo era una especie de flautista de Hamelin ideológico y los demás eran ratas que seguían a la flauta y se suicidaron. Esto es absurdo e injusto para con nuestros muertos. Una organización clandestina debe contar con el consenso explícito de sus militantes, minuto a minuto. No hay nada más fácil que desertar de una organización clandestina (...) La estrategia nuestra no era salvar gente”.

Sí Pepe. Y no Pepe.

Sí eras un flautista de Hamelin: para esos pibes que vos confundís con ratas, eras el fundador de los Montos, el ejecutor de Aramburu, el “modelo” a seguir, precisamente, a seguir. Y eran pibes. Pibes que ni siquiera tenían nuestra edad cuando empezamos a los balazos. Sin tomar en cuenta, Pepe, que cuando nosotros empezamos a los balazos, teníamos un apoyo popular incondicional y, por más que las fuerzas de seguridad tirasen de los “hilitos”, no había forma de identificarnos. En cambio, estos pibes, como producto del abierto desarrollo de los frentes de masas y su posterior desamparo con el pase a la clandestinidad, eran conocidos. Y, si alguno no era “conocido”, siempre había “alguien” que lo conocía: la cana tiraba de los hilitos, y salían los enanitos.

Y no Pepe, el consenso no existe si no hay posturas diferentes y debate.

Y debate no existió porque, tal como afirma Perdía, tu compañero de conducción en ese tiempo, “toda posición que corriera el riesgo de ser tildada de ‘moderada’ era rápidamente descartada”. Y no Pepe: nada es más difícil que desertar de una organización clandestina; primero porque una vez que te entregaste en cuerpo y alma a ella no tenés adónde ir y, segundo, porque en ella pusiste tu Fe, en ella están tus hermanos, ella es tu familia, y no podés abandonarla sin que la culpa te destruya.

Y por último, Pepe, no sé cuál era “tu” estrategia pero, desde que la historia es historia, a todos los generales sensatos lo que más les importó fue, siempre, salvar a su gente. No por humanismo o piedad: los militares carecen y carecieron de tales virtudes, por definición. En las guerras no existe la piedad, al menos en sus mandos la piedad es una virtud desconocida. Lo hacían con el objeto de preservar sus fuerzas hasta que las condiciones de la guerra los favorecieran. Para eso, vos que leíste a Clausewitz bien lo sabés, se inventaron las retiradas y sus diferentes modalidades.

Capítulo 36 -Atentados y autoatentados: la dialéctica imprevisible...

Hasta la masacre de Ezeiza, los enfrentamientos entre la derecha y la izquierda peronistas -con la excepción de algunos atentados, como los asesinatos de Vador y Alonso, de carácter individual y “justificables” en términos políticos e históricos-no habían sido sangrientos ni masivos. En términos de violencia, su máxima expresión eran las trompeaduras, los cadenazos y los aprietes.

En realidad, estos enfrentamientos comenzaron en los días posteriores al 25 de mayo de 1973, cuando todos, izquierda y derecha, entramos en la absurda dinámica de las “tomas institucionales”. Esto es, en el nivel del Estado había dos poderes cuyo dominio, total o parcial, era ambicionado por todos los sectores del peronismo. Uno de ellos era el que provenía de los cargos electorales (gobernadores, intendentes, legisladores), el cual se había saldado (en muchos casos “mal” saldado) antes del 25 de mayo sin que al respecto se registraran grandes episodios de violencia. Hay un párrafo de Dante Gullo en el cual explica la “liviandad” con la cual Montoneros, y la mayor parte de sus cuadros, encaró la disputa por los cargos electorales. Recién a principios de 1973, ante la inminencia de las elecciones, la conducción de Montoneros tomó conciencia de la importancia que significaba ocupar espacios de poder en el seno del Estado. No mucha conciencia si tomamos en cuenta los hitos cruciales en los cuales Montoneros se negó a ejercer el poder que le confería el acceso al manejo de determinadas

instituciones, sin ir más lejos y a modo de ejemplo, la policía Federal y la policía de la Provincia de Buenos Aires en el caso de Ezeiza. Pero esta falta de conciencia se remontaba a más de un año atrás, cuando antes de la realización de las internas partidarias por los puestos electorales, se abrió la afiliación de los ciudadanos a los partidos políticos. En ese momento, en la Organización, a pesar de que sostenía una política movimientista en contraposición con la alternativa independiente de las Fuerzas Armadas Peronistas y las dudas de la Fuerzas Armadas Revolucionarias, confrontaron dos posiciones. Que tenían que ver, no con apoyar y participar de las elecciones sino con la afiliación al Partido Justicialista. Un sector, que motorizábamos Hobert, Tato Laffleur, Dante Gullo, yo y unos pocos más, sostenía que los compañeros -combatientes, aspirantes o responsables de frentes de masas- de la Organización que tuvieran las condiciones legales para hacerlo (esto es, que no fueran clandestinos), se afiliaran al Partido.

El otro sector, mayoritario, consideraba que la afiliación de estos compañeros podía facilitar su identificación y por lo tanto, en un más o menos improbable futuro, podían constituirse en víctimas de la represión.

Obvio: pocos compañeros relacionados de una u otra forma con Montoneros llegaron a afiliarse. No obstante lo cual, constituyeron agrupaciones, elaboraron listas de candidatos y participaron en las elecciones internas del Partido. Listas que en incontables casos ganaron las elecciones internas y cuyos miembros, en consecuencia, resultaron candidatos para ocupar intendencias, diputaciones provinciales y concejalías. Pero que, a la hora de hacerse cargo de los puestos obtenidos, fueron desplazados por la justicia electoral con la ley en la mano: los compañeros elegidos no estaban afiliados.

Fue el caso de Moreno donde, con una lista que llevaba al frente a los gordos Busico y Gómez -quienes por indicaciones de la Organización no se habían afiliado al Partido-, ganamos una intendencia que el 25 de mayo del '73 no pudimos ocupar. Entonces, ¿cómo demostrábamos nuestra existencia, nuestro poder? Moreno era un gran dormitorio para trabajadores que se desempeñaban en otras partes. Sólo había un frigorífico privado, un par de escuelas y tres albergues transitorios, a los cuales les cobrábamos peaje. Y claro, el Hospital Vecinal.

Busico y Gómez, cuadros de la Resistencia y filósofos políticos, dijeron que estábamos en pedo, que los muchachos de la Jotapé de Moreno estaban en pedo, pero los muchachos decidieron ocupar el Hospital, y lo ocuparon. Sin saber para qué y sin que entre ellos hubiera un médico, ni siquiera un enfermero. Para esa época yo estaba ocupado en organizar la columna del lejanísimo oeste. Pero como había sido su primer jefe, alquilaba una casa operativa en la zona donde pernoctaba de vez en cuando, mantenía firmes lazos de amistad con ellos y era su referente político (informal) de última instancia, decidieron consultarme respecto de la toma. Y di mi visto bueno para la ocupación. No sé por qué. Porque, supongo, los vi plenos de entusiasmo, la atención del hospital era un desastre y los vecinos estaban hartos, nada podía empeorar y los muchachos quedaban contentos, tenían un objetivo, algo concreto en lo que ocupar su tiempo y construir organización política. No me faltó, por supuesto, tampoco una dosis de demagogia. Di mi visto bueno y los Gordos, luego de echarme una mirada cuya traducción era algo así como "qué boludo", dijeron que yo no solamente estaba en pedo sino que era loco y que me hiciera cargo de mis desatinos. Razón por la cual durante un mes, en mis tiempos libres, oficié como sub-interventor -algo así como un "comisario político"-del Hospital Vecinal de Moreno. Como Interventor designamos al otorrinolaringólogo del Hospital, un gordo buenazo quien simpatizaba, sin comprometerse, con la Jotapé y cuya única participación "revolucionaria" duró tanto como los pocos meses que fue interventor. Motivo más que suficiente para que durante la dictadura se pasara varios años en la cárcel.

Mientras tanto, la ocupación no estuvo mal, fue divertida: rompimos unos cien metros de vereda y asfalto para obtener, gratis, gas natural; hicimos una conexión clandestina con la red de electricidad para no pagar luz; en la entrada de los hoteles alojamiento y a la hora de mayor afluencia de parejas armamos masivas batucadas para que nos proporcionaran insumos; apretamos al frigorífico para que los enfermos pudieran comer carne todos los días; robamos una camioneta para transformarla en ambulancia y organizamos festivales para obtener recursos pero, aún más, para que tanto nosotros como el pueblo de Moreno la pasáramos bien. Ah, y controlamos el horario de los médicos lo cual dio lugar a una huelga médica que dejó sin servicios asistenciales a los vecinos de Moreno durante una semana. El tiempo que tardó la Juventud Universitaria Peronista en mandarnos unos cuantos estudiantes de medicina chochos de practicar sus escasos saberes científicos en aras de la militancia y a costa del pueblo.

El otro poder en disputa pasaba por los cargos no electivos y el manejo político de las instituciones estatales y para-estatales. Incluidos los medios de comunicación audio visual que eran propiedad del Estado. En tal sentido, después de las elecciones del 11 de marzo, Montoneros mandó a Perón una nómina de trescientos o cuatrocientos nombres "con indicaciones acerca de los cargos que podrían ocupar en la función pública"⁶⁹. La inmensa mayoría de los cuales no sólo carecía de experiencia en la función pública -lo cual era lógico después de un par de décadas de gobiernos gorilas-sino también de capacitación técnica para los cargos propuestos. Por supuesto, Perón poco y nada tomó en cuenta la lista montonera. Lo cual contribuyó al desmadre que significaron las tomas y contratomas de instituciones de cualquier índole.

Desmadre que culminó con una orden de Perón para poner fin a las tomas la cual, rara vez, fue cumplida sin grandes objeciones por casi todos los sectores involucrados. Tomas y contratomas durante las cuales no se registraron atentados anónimos y, cuando corrió sangre, no sólo fue escasa sino que sucedió en enfrentamientos cara a cara. Circunstancia que siguió vigente hasta la masacre de Ezeiza y el asesinato de Rucci.

Más allá de los atentados de la Triple A, los cuales tomaron real magnitud después de la muerte de Perón, aquí

⁶⁹ Jorge Luis Bernetti, "El peronismo de la victoria", Editorial Legasa, BS. As., 1983.

comienza la discusión del huevo y la gallina. ¿Los atentados de la derecha fueron precedidos por "autoatentados"? Esto es ¿necesitaba la Organización aparecer como víctima a modo justificatorio o encubridor de la barrabasada cometida con Rucci?

Algunos compañeros afirman que los autoatentados dieron a la derecha la idea de su factibilidad, la idea de cometer atentados de verdad, atentados que otros, pares suyos, ya realizaban, suponían ellos, con plena impunidad. Afirmación que yo tomo con pinzas, en principio porque en el contexto de la columna del lejanísimo oeste jamás existieron auto atentados, ni siquiera se nos pasó por la cabeza.

Recién a mediados de 1974, cuando volví a Buenos Aires, tomé conocimiento de su existencia y, en medio de la vorágine sangrienta desatada por la Triple A, no le di importancia. En ese momento, acotadas las posibilidades de lucha por parte de los sectores de la izquierda movimientista, acosados un poco por nuestros viejos compañeros y mucho por la derecha que no hacía diferencias entre unos y otros, para mí el orden de importancias pasaba: primero por sobrevivir y, segundo, por encontrar, en un peronismo hegemonizado por la derecha delincencial, un espacio desde el cual desarrollar una actividad política progresista.

El tema de los autoatentados, además, fue manejado culposamente por todos los compañeros. Y con suma discreción en gran medida por aquello que afirma en su mail el compañero Jorge: "Las acciones (aprietes) de Perón eran "funcionales" a la línea de pensamiento de la conducción. A que se impusiera hacia " adentro", a eso me refiero. Tal vez fuera bueno, pero sólo en el contexto de explicar los criterios que se impusieron porque puede dar pie a mucho puterío, "tocar" la política de los autoatentados. Para mí, esto se vincula muy fuertemente con el punto anterior".

Coincido con Jorge en que los hechos de auto-victimización, en un contexto caracterizado por las objeciones que hacía el movimientismo montonero a la política de la conducción, tenían una fuerte connotación afectiva y decantaban las dudas de muchos militantes a favor de una estrategia confrontativa con Perón y el sindicalismo. La conducción alucinaba, además, que favorecían la imagen de la Organización frente a la opinión pública la cual, a su vez -alucinaba la conducción-, condenaría a los supuestos autores del atentado. Por ejemplo, un atentado anónimo contra un obrero o delegado de la Juventud Trabajadora Peronista en medio de un conflicto intersindical, en forma automática señalaría como autores a miembros de la burocracia sindical.

Sobre los enfrentamientos internos, Perdía escribe: "Nosotros, como Montoneros, participamos plenamente de ese enfrentamiento que incrementó el progresivo deterioro de la situación hasta terminar abriendo las puertas a la tragedia y sirviendo de excusa a los que desencadenaron los crímenes que luego padeceríamos nosotros mismos".

La cuestión era que era lo que la opinión pública opinaba en un país donde había trabajo, salarios aceptables, políticas exteriores nacionalistas, democracia y un presidente admirado, amado y elegido por más del 60 % de los votos. Y, en consecuencia, estaba un poquito cansada del desmadre político que atribuía a contradicciones entre sectores peronistas que disputaban espacios de poder. O los pedazos de la torta, en palabras del vulgo. Razón por la cual, más allá de la conmoción mediática, frente a los atentados de los unos contra los otros, reaccionaba entre la indiferencia y el hartazgo. Sí, como lo señala Jorge, fueron funcionales a la estrategia de la conducción nacional.

Aunque ello retrajera las actividades de muchos militantes de base en el nivel territorial quienes, frente a los atentados, tenían miedo y se sentían desamparados. Al punto de abandonar su militancia. Pero, ya se dijo, estos militantes eran desprolijos, ideológicamente "confusos", no tenían preparación militar y, para una organización que planeaba achicarse para mejorar, carecían de trascendencia. Además, ya volverían cuando el ejército revolucionario avanzara, a paso redoblado e impulsado por la inexorabilidad de la historia, hacia el triunfo final.

Sin embargo, cuando empecé a escribir este libro, no pensaba mencionar los auto-atentados. Ni siquiera recordaba su existencia. Hasta que en una oportunidad Marcela Durrieu -su nombre de guerra era "La Hormiga" e ingresó a Montoneros desde el sector movimientista de las Fuerzas Armadas Peronistas, ex-jipi y proto fundadora de la Juventud Universitaria Peronista, bellísima mujer... ¿quién de nosotros no la amó alguna vez?-me dio a leer algunos de sus cuentos. Uno de ellos se titula "Diez días de gloria" y está basado en un hecho real acaecido allá por octubre o noviembre de 1973: un autoatentado.

Capítulo 37 -Diez días de gloria...

Llamó a la posta telefónica y el mensaje le resultó extraño. En principio no se trataba de ninguno de los nombres de las personas con que habitualmente se comunicaba, y desconfió. Ese teléfono sólo debía ser utilizado por los cuatro médicos de la Organización y el responsable del grupo.

Imaginó que alguno podría haber caído en cana y entonces, la extraña llamada podía ser una trampa de la policía.

Preocupada, probó la contraseña. Fingían ser un grupo de ventas que había contratado una secretaria telefónica para comunicarse entre ellos, por lo que los mensajes siempre se referían a costos, calidades y fechas de entrega, y cada cosa tenía una clave. Las fechas eran cierta cantidad de días antes o después, igual que las horas, las esquinas estaban cambiadas tantas cuadras antes o después, y así sucesivamente, de modo

tal que la única posibilidad de que alguien mandara un mensaje descifrable era que alguno de ellos hubiera cantado los códigos.

Resolvió dejar un mensaje pidiendo precisiones, no concurrir a la cita y esperar la respuesta, mientras pensaba si debía avisar a su compañero y levantar la casa. Imprevistamente le avisaron que F., su pareja de entonces, la esperaba en el hall de su oficina. Se había anticipado a explicar en la recepción que la requería un urgente problema familiar por el cual Laura debía retirarse antes de hora.

El gesto ansioso no era común en un hombre normalmente tranquilo.

Por razones de seguridad trataban de que no los vieran juntos en los lugares en los que desarrollaban sus tareas habituales, por lo que su aparición era un mal presagio. Laura lo siguió sin demasiadas preguntas, y así continuó durante el largo trayecto en auto, cuidando de no registrar hacia donde se dirigían, hasta que llegaron a una casa humilde no muy diferente de cualquier vivienda pobre del conurbano.

Los esperaban, un muchacho moreno y robusto, de gesto duro, que vagamente identificaba con alguien importante de la conducción de la Organización, y un hombre joven cuyo rostro le resultaba familiar y parecía francamente atemorizado.

Tardó unos minutos en reconocer a éste último. Su foto aparecía en las primeras planas de todos los diarios del país y llenaba las pantallas de los noticieros de los canales de televisión. Denunciaban el secuestro de un joven dirigente gremial que encabezaba la oposición al oficialismo y postulaba un duro plan de lucha de los trabajadores del sindicato. Desde hacía unos días no había regresado del trabajo a su casa ni se había comunicado con nadie. Los medios de comunicación adjudicaban su desaparición al enfrentamiento con la burocracia sindical y sus familiares habían declarado que temían por su vida.

Con un niño en brazos y otros dos prendidos de su pollera, la posible viuda lloraba desconsolada rodeada de indignados compañeros. Era intensamente buscado por la policía de todo el país.

Laura apenas había pasado la adolescencia, se le notaban los sesenta en el espíritu libertario, en el pelo largo hasta la cintura y el aire hippie en general. Estudiaba medicina, acababa de aprobar las primeras materias y había trabajado de asistente de un médico amigo de su familia con quien había adquirido algunos conocimientos básicos de enfermería, y eso era todo.

El Dogor, el único cirujano de la Organización, era un católico sincero y practicante, más bueno que el pan, le costaba mucho asumir la violencia. Sólo podía participar vulnerándose a sí mismo, inspirado en esa fe que permite a los creyentes aceptar el martirio como un mandato divino si se trata de una causa justa. Parecía estar siempre pidiendo perdón a Dios por un pecado de soberbia: creer que había sido elegido por ÉL para esa tarea. Tenía un título recién estrenado.

Les explicaron que, asustado por las amenazas que había recibido de los matones del oficialismo, el Delegado se había ocultado en la casa de unos amigos del barrio y recurrido a sus contactos con la Organización para que lo protegieran. Mientras ellos discutían como resolver su situación, los compañeros de la fábrica y sus familiares habían avisado a los medios de comunicación y, visto el resultado, le habían prohibido contactarse hasta evaluar el mejor rédito político del quilombo que se había armado. Después de una reunión de emergencia, la conducción había decidido que la manera de profundizar el conflicto gremial y obtener una victoria rotunda consistía en que las amenazas se hubiesen cumplido y el joven dirigente combativo apareciera ferozmente torturado. Después de todo no lo habían hecho simplemente porque se les había escapado.

El morocho comenzó hablando en el tono firme de quien da una orden intrascendente pero que debe cumplirse sin discusión, y a la primera resistencia se transformó en un energúmeno que gritaba que no aceptaría debate alguno sobre una decisión tomada. Laura y el Dogor trataron de explicarle que la única manera de que alguien pasara por torturado era torturarlo, que las lesiones no se podían pintar ni maquillar porque serían descubiertos de inmediato, que deberían ser lesiones reales y para eso, obviamente, había que lastimarlo.

Sin pensar ni un instante en las objeciones, el Energúmeno, primero vociferando exaltado, y luego con un brillo acuoso y emocionado en los ojos, explicó que la Organización no podía de ningún modo desprestigiarse frente a los trabajadores, continuó elogiando la conciencia de clase de los obreros que habían salido a defender a sus verdaderos representantes sindicales y, casi lagrimeando, que era impensable desilusionarlos de ese modo.

Definitivamente, el Delegado debía aparecer torturado, muerto tendría más impacto, pensó, aunque no lo dijo, y dio la orden de comenzar, porque había que llegar a tiempo para que la noticia saliera en la edición matutina de los diarios.

F. no hablaba, miraba desde un rincón, como si la situación le resultara incomprensible sin emitir sonido alguno.

El Dogor, que apenas se había recuperado de la súbita palidez marmórea, y Laura, que trataba desesperadamente de creer que el Energúmeno no los entendía, hicieron un pequeño conciliábulo en un costado, explicándole que se trataba de algo así como una junta médica. Este tipo está rematadamente loco, dijo el Dogor, despacio para que no lo escuchara, ¿y ahora que hacemos?

Pensemos qué podemos hacer que no le duela mucho, que parezca serio y sean lesiones superficiales, que no le queden marcas ni daños graves, que sangre, que se hinche... qué sé yo...

Laura recordó una estrategia que usaba con sus hermanos para faltar a la escuela. Se golpeaban el dorso de la mano con un objeto duro, lo suficientemente despacio como para que no doliera, durante un rato largo, y a las horas aparecía un moretón considerable y el edema apenas les permitía mover los dedos. Bueno, a ver, dijo, y

sacó del valijín el martillo de los reflejos, andá pegándote lo más fuerte que puedas, le dijo al Delegado, y no pares, así, suavemente pero constante.

El Dogor pensó que debería tener marcas por haber estado atado y pidió que le consiguieran una sogá de nylon que quemara con la fricción, y le indicó no parara con el martillo y, mientras tanto, que girara las muñecas sobre la sogá lo más rápido que pudiera. Hagámosle un tajo pequeño en algún lado que sangre mucho, dijo Laura, así le mancha la ropa. Pará, mejor en la ceja así no le queda marca y además ese es un lugar que se edematiza mucho. Aguantate el pinchazo que es anestesia y no te va a doler. Démosle con el martillo arriba del corte así se hace un hematoma más grande y parece un golpe, agregó el Dogor contento con su aporte. Casi siempre los quemán con puchos, dijo el Energúmeno, acercando la colilla. Pará que me duele hijo de puta, dijo el Delegado a los gritos, y el aire se inundó de olor a pelo quemado. Ponele anestesia a este maricón, y vos callate que van a escucharnos, le gritó el Energúmeno al Delegado. ¿Así te duele? No, contestó y cuando vio que efectivamente no lo sentía insistió que así era poco y casi no se verían las quemaduras por el pelo.

Háganme más que tiene que parecer serio, con el quilombo que se armó, dale que me la aguanto. El chirrido del pelo y el olor a carne quemada impresionaron a Laura que advirtió, mirá que ahora no te duele por la anestesia y los analgésicos pero las quemaduras duelen mucho.

No aprietes mucho el cigarrillo, animal, le dijo el Dogor al Energúmeno que se había dedicado a esa tarea con vocación de artesano, le van a quedar marcas, pelotudo. No importa, igual soy bastante feo, dijo el Delegado, haciéndose el canchero.

Laura insistió preocupada mirando al Dogor, ahora no lo sentís nada pero mañana vas a estar destruido, gordo, enchufémosle un Valium. Mejor así dijo el Energúmeno y apurensé que queda poco tiempo.

Aguantá un poco que más rápido no podemos, dijo el gordo que observando el resultado de las erosiones en las muñecas procedía a atarle los tobillos. Ahora el Delegado seguía golpeándose la mano con el martillo y giraba las muñecas y los pies con frenesí, frotándolos contra la sogá.

De verdad que parece que hubiera estado tratando de desatarme, dijo con orgullo el Delegado mirando las marcas marrones en las articulaciones, y acelerando el ritmo. Se nos acaba el tiempo, tenemos que ir saliendo, hay que tirarlo en algún lado, avisar a los diarios... ¡y este hijo de puta no parece ni resfriado!. No seas bestia, dijo Laura, los hematomas tardan en aparecer, y no alcanzó a atajar el cross de derecha sobre el ojo del corte, con que el Energúmeno supuso que resaltaba la tarea, o aprovechó para sacarse la mufa. Ahora sí, dijo, cuando el ojo colorado, inyectado de sangre comenzaba a cerrarse, vamos, y subieron los cuatro al auto, que partió a toda velocidad.

Para ahorrar tiempo, subieron al Delegado, que atado como estaba apenas pudo treparse tambaleando, y cuando cruzaron un zanjón, el Energúmeno aminoró la marcha y le dio a F La orden de empujarlo.

Paren, paren que se ahoga, dijo Laura, que por suerte había escuchado los gemidos, y el Energúmeno se bajó del auto puteando, y arrastrando al Delegado por el barro lo corrió hasta el borde del agua podrida.

A la vuelta, el Energúmeno daba indicaciones a F para organizar al día siguiente la movilización de repudio al brutal atentado. Debía ser una marcha con antorchas, con carteles, había que convocar a mucha gente, convergerían columnas de todos los puntos cardinales, esa noche no dormirían.

Al despedirse, Laura y el Dogor, conmovidos, quedaron en encontrarse a la mañana en un café. La foto del Delegado torturado ocupaba la primera plana de todos los diarios. En el noticiero, contaba con detalles su secuestro y mostraba a las cámaras su cara desfigurada. Tenía el ojo tapado con una venda detrás de la que se asomaba un hematoma que le llegaba hasta el cuello. Con un auténtico gesto de dolor se abría la camisa para mostrar las quemaduras y apenas podía desabrochar los botones con las manos tumefactas que, según dijo, le habían querido fracturar a golpes. De paso agregó que lo habían arrastrado tirando de las ataduras, que lo habían arrojado en la zanja y que reptando con un esfuerzo sobrehumano había logrado salvarse de morir ahogado. En el informativo del mediodía, mostraban las escenas del rescate, cuando lo subían a la ambulancia embarrado y ensangrentado, poniendo cara de valeroso sobreviviente. Se miraron un rato en silencio. Laura comentó compungida, le debe doler todo, pobre, y el Dogor dijo muy serio, lo que hicimos es una barbaridad imperdonable. Tenés razón, contestó Laura, pero sin nosotros el Energúmeno lo mandaba al otro mundo de puro bestia. Para ese entonces, la pantalla comenzaba a mostrar las escenas de la multitudinaria marcha y, enseguida, el enfrentamiento con gases y palos entre la policía y los obreros de la fábrica del Delegado. Los estudiantes se plegaron a la protesta y las escaramuzas duraron varias horas con un saldo de cientos de presos, heridos leves en ambos bandos, un obrero y dos policías hospitalizados con heridas de bala.

Laura volvió a su casa, ni F ni ella hicieron ningún comentario, ni entonces ni nunca.

Tampoco mencionaron más el tema con el Dogor. Era un pacto de avergonzado silencio. El golpe militar los desparramó y nunca más vieron al Delegado, ni tuvieron noticias de él, salvo que lo habían despedido de la empresa al comienzo de la dictadura junto con todos los delegados.

Durante un tiempo, ocupados por la supervivencia, se olvidaron del asunto, pero a Laura la historia nunca dejó de reverberarle en un rincón del alma. Se perdonaba a veces y en otros momentos se lastimaba pensando en que otras cosas podía ser capaz de hacer, que monstruo desconocido albergaba.

Caminaba desprevenida por la calle Florida, mirando las vidrieras al pasar, y se sobresaltó al escuchar que alguien la llamaba a los gritos por su nombre de guerra. Un hombre desconocido corría atropellando a los transeúntes mientras la saludaba y le sonreía en una expansiva muestra de afecto. Sin notar la aprehensión de Laura, la abrazó, la besó en ambas mejillas mientras, con lágrimas en los ojos repetía que alegría volver a verte, siempre quise encontrarte y no sabía como buscarte, yo sabía que alguna vez iba a volver a encontrarlos. Tengo

guardados todos los recortes de los diarios y las revistas de esa época, cada tanto las muestro en mi casa, a mis hijos, sabés, y a veces en el bar y mis amigos se las muestran a sus amigos ¡qué época!, después me compré una chata y de eso vivo, hago changas, no, no soy más sindicalista, nunca más me dieron trabajo en una fábrica, por los antecedentes, claro, pero que lío que armamos, y toda esa gente pidiendo por mí, ¿te acordás de la multitud en mi casa esperándome? Me llevaron en andas, en el laburo me recibieron como a un héroe, fueron los mejores días de mi vida, los mejores.

Disimulando, el Delegado se limpió la nariz con la manga de la camisa.

Si por casualidad llegás a ver al gordo y a F mandales un abrazo enorme, deciles que nunca me olvidé ellos, que ante todo soy un tipo agradecido.⁷⁰

⁷⁰ “Diez días de gloria”, de Marcela Durrieu y publicado en www.bitacoraglobal.com.ar. Marcela Durrieu es autora del ensayo Se dice de nosotras y de la novela La vida es una sentencia, ambos títulos publicados por el Fondo Editorial Otras Voces con la Editorial Catálogos. El Dogor, en la actualidad, dirige un hospital en la Patagonia.

**HEROES O MUERTOS,
PERO...¿VENCEDORES?**

Capítulo 38 -Menos que muchos pero, ¿mejores que quiénes?...

En un ítem anterior afirmé que el período de transición entre las dos etapas coincidió con el proceso de fusión entre las dos organizaciones. Desde el momento en el cual se concretó la fusión en el nivel de conducción nacional en los primeros meses de 1973 hasta que se integraron la totalidad de los cuadros intermedios de las dos organizaciones en una sola estructura, lo cual culminó a principios de 1974.

Este proceso se realizó sobre la base del modelo organizativo de Montoneros. Un modelo que se basó en la forma organizativa que se dio el "grupo Sabino" en 1969 y que, de hecho, subordinaba las acciones armadas al desarrollo político de la Organización. El proceso consistió en insertar los cuadros de FAR en la conducción nacional y en las direcciones de las regionales, de las columnas, de las UBC y de las UBR y, a partir de allí, redefinir las responsabilidades y funciones de cada cuadro en cada nivel. Para ello, la conducción diseñó un sistema de evaluaciones mediante el cual se calificaba a los compañeros de las dos organizaciones.

En enero o febrero de 1974, los compañeros de la dirección regional a la cual pertenecía mi columna, encabezados por Horacio Mendizábal -ex descamisado y jefe de la regional-y una compañera de FAR cuyo nombre de guerra, creo, era Elvira, me visitaron en Bragado. Para esa época la discusión entre "guevaristas" -aunque todavía no se habían definido como tales con claridad-y "movimientistas" estaba al rojo vivo y preanunciaba una ruptura de la organización. Yo, si bien me definía como movimientista, no estaba dispuesto a irme de la organización: pesaba en mí la lealtad a la Iglesia Montonera de la cual me reivindicaba como uno de sus apóstoles, me sentía dueño, profeta. Además, a diferencia de muchos movimientistas, no sentía un especial cariño por el Viejo y criticaba en voz alta muchas de sus actitudes.

Un ejemplo: después de Ezeiza, cuando pergeñamos la teoría del cerco, estuve a cargo del equipo de seguridad de la manifestación que avanzó sobre Olivos para romper el cerco. Los compañeros que dirigían la Juventud Peronista, respaldados por la manifestación, se reunieron con Perón y al finalizar la entrevista salieron alborozados: está todo resuelto, el Viejo nos da la razón, etc., etc. Allí mismo, en medio de la avenida Maipú, me agarré en una feroz discusión con el Gordo Lizaso, hermano menor del Nono: los compañeros te van a dejar de estampilla sobre el asfalto, le grité.

Oscar Anzorena en "Tiempos de violencia y utopía" escribe: "Sólo una delegación de cuatro dirigentes de JP, Juan Carlos Dante Gullo, Miguel Lizaso, Juan Carlos Añón y Roberto Ahumada pueden ingresar a entrevistarse con Perón, quien los recibe en compañía de López Rega y Lastiri. Antes que los jóvenes puedan retornar nuevamente a sus hogares, se conoce un cable de la agencia Télam, donde se informa que Perón ha designado a López Rega para mantener la relación orgánica con la juventud". El Canca Gullo afirma que López Rega no estuvo durante la reunión: apenas si apareció al final: "para saludar" fue la excusa que esgrimió. Y en ningún momento Perón le otorgó la relación con la Jotapé. Doy absoluto crédito a las palabras del Canca y doy por sobreentendido que el cable de marras fue una "operación" de Lopecito. Operaciones que nosotros, por inexperiencia en el manejo político de la cosa estatal y cierta falta de picardía que siempre nos caracterizó, no concebíamos.

En todo caso, del cable nos enteramos al día siguiente. En ese momento estaba vigente la discusión entre el gordo Lizaso y yo. Discusión sobre la que Hobert puso paños fríos y, en forma más calma, continuó en un bar de las intermediaciones.

Ellos, Hobert y los dirigentes de la Jotapé, sostenían que se había cumplido el objetivo y había que disolver la manifestación. Yo, en cambio, sostenía que el Viejo era un pícaro, escribía con la mano y borraba con el codo, y en ese momento estaba aterrorizado de que pusiéramos un millón de personas en torno a Olivos y usáramos cabeza de López Rega para jugar a la pelota: Perón se había mostrado cariñoso con nosotros para desactivar la manifestación, pero al día siguiente todo sería igual, dije. Y propuse quedarnos para esperar a las decenas de columnas que recién comenzaban a organizarse en todo el país para avanzar sobre Olivos y mantener nuestro cerco hasta salir con la cabeza de López Rega bajo el brazo: no íbamos a tener otra oportunidad. Entre los presentes se encontraba Galimberti, el único que apoyó mi propuesta pero sin jugarse a fondo. Aunque al tiempo, en un encuentro casual, el mismo Hobert me dio la razón, esa noche -cuando nos quedamos solos, luego de que se decidiera levantar la manifestación-con la sincera tristeza de un viejo amigo obligado a recriminar los errores de un compañero que, si persistía en ellos, iba a dejar de serlo, saldó la discusión con una sugerencia cruel: "tenés la posibilidad de irte a la Sabino Navarro", un pequeño grupo disidente cercano al Peronismo de Base. Una sugerencia que no puedo dejar de relacionar con cierta actitud de ciega confianza en el Viejo a pesar de que, poco tiempo después, como segundo en la jerarquía de la conducción nacional, Hobert fue uno de los responsables políticos del asesinato de Rucci. Involuntariamente, porque no estaba de acuerdo. Pero sí fue responsable. En su caso por omisión: habida cuenta su forma de pensar -movimientista de cabo a rabo tal como lo muestra la anécdota anterior-y el lugar de influencia interna que ocupaba, tendría que haber roto el cerrado círculo de la conducción y abierto el debate a los cuadros de la Organización. No lo hizo. Supongo que por temor a que un debate de tales características quebrara la Organización y, en el contexto del peronismo, la subsistencia de una organización poderosa, era la garantía del cumplimiento de los objetivos revolucionarios. No puedo criticarlo: desde treinta años de distancia todo es muy fácil. Es probable que, frente a la alternativa, en aquel tiempo yo hubiera procedido igual. La experiencia llega tarde... Pero, si lo hubiera hecho, no puedo dejar de pensarlo, la inmensa mayoría de los cuadros habría apoyado a Hobert, habríamos

llegado a un acuerdo razonable (sensato) con Perón y otro habría sido el desenlace de la historia argentina. Tal vez, tal vez, hoy seríamos una Nación, completa, íntegra, justa, soberana. Tal vez. O, tal vez, nos habríamos atomizado, como Organización nos habríamos atomizado, sin pena ni gloria. También es probable que, más allá de lo que hiciéramos o dejáramos de hacer, la historia hubiera tenido el mismo desenlace. Yo de Hobert, de mi querido Leandro de los primeros tiempos, el que me cuidó en la enfermedad y me contuvo en la salud, conocí y aprendí la sensatez.

Y conociéndolo como lo conocí, siempre me negué a considerar que hubiera aprobado el asesinato de Rucci o el posterior pase a la clandestinidad de Montoneros, al menos sin graves dudas ni resistencias. No sé en cuanto al pase a la clandestinidad. Respecto de Rucci ya lo conté. En todo caso, la anécdota demuestra las contradicciones políticas interiores -esto es, hacia el interior de cada uno de nosotros-que padecíamos los montoneros en 1973.

Contradicciones que se veían expresadas en actos que carecían de sentido para quienes no fuéramos nosotros mismos.

De hecho, los más confiados en Perón, los que experimentaron la necesidad de justificar sus críticas en un supuesto desconocimiento, por parte del Viejo, de la realidad originado en el entorno que lo cercaba, lo enfrentaron de una manera insensata. Y muchos de quienes desconfiábamos de Perón, en cambio, pensábamos, y lo sosteníamos también en voz alta, que enfrentar al Viejo y apartarse del movimiento, era un suicidio político. Y, por consiguiente, un suicidio en todos sus términos.

Nuestra única alternativa, después del asesinato de Rucci, era bajar los decibeles, acatar la conducción del Viejo y llegar a un acuerdo con el sindicalismo lo cual significaba, en concreto, bajar el perfil de la Juventud Trabajadora Peronista. Dar dos pasos atrás para poder dar uno hacia adelante, Lenin dixit.

Fue lo que yo sostuve durante la visita que me hizo la dirección regional en Bragado. No recuerdo los términos de la discusión. En todo caso fue una reunión amable, distendida. Pero la compañera de FAR, Elvira, hizo algunos comentarios críticos respecto de mi cita a Lenin y de la columna del lejanísimo oeste dijo que no se la podía considerar como poco más que una UBC: los cuadros estaban reclutados de cualquier manera, carecían de solidez ideológica y, en realidad, éramos nosotros, los del farfarwest, quienes teníamos que dar dos pasos atrás, disolver varias UBR y achicarnos para consolidar nuestra identidad ideológica lo cual era, en esos momentos, uno de los objetivos estratégicos de la organización en todo el país. "¿Sabés jugar al truco, Elvira?", pregunté. "No", respondió. "Qué lástima: los jugadores de truco aprecian cuándo se tienen que ir al mazo, barajar y dar de nuevo", dije. Pero Elvira ignoró mi comentario y, como si yo no hubiera dicho nada, agregó que estaba previsto trasladar al interior del país, para que se hicieran cargo de las regionales y las columnas, a cuadros bien formados y de la mayor experiencia -tal como era yo, dijo-. Y sugirió la posibilidad de mi traslado a Tucumán como segundo jefe de la regional. En silencio, con su gestualidad Mendizábal aprobaba el discurso de Elvira. "Y vos ¿qué pensás?", me preguntó Elvira.

Un despropósito, pensé. Pero me limité a citar a Guillén o a Mao, quién sabe: el revolucionario debe estar donde pueda moverse como un pez en el agua, y de Tucumán yo, ¿no fue el lugar donde se declaró la independencia?, no sabía otra cosa. Era una propuesta interesante pero para discutir más adelante porque, dije, todavía me quedaba mucho por hacer en el farfarwest.

Bueno, también se había previsto que alguien me tendría que reemplazar al frente de la, por ahora, columna informal del lejanísimo oeste y, en el marco del proceso de fusión, se había decidido que un compañero de las FAR, Guido⁷¹, se trasladase a Bragado para dirigir, a mi par, la columna. Era lo que se hacía en todas partes mientras se evaluaba cuadro por cuadro y, en función de dicha evaluación, se definía su nivel de responsabilidad futura.

Al respecto, reitero y completo un párrafo que Perdía escribió: "Nuestro espacio político estaba presionado por dos fenómenos confluyentes. Uno era la presión militar del PRT-ERP, con sus críticas y su accionar militar. Otro, el de los grupos peronistas más duros como el peronismo de base, la revista 'Militancia' y fracciones de la FAP. El efecto de este conjunto de influencias provocaba que toda posición que corriera el riesgo de ser tildada de 'moderada' fuera rápidamente descartada. Eso tuvo su peso a la hora de hacer las evaluaciones que sirvieron de base, en los distintos niveles, para la constitución de las nuevas estructuras fusionadas. En el marco señalado obviamente influyeron las tendencias más militaristas y de mayor afinidad con la 'izquierda' provenientes de buena parte de los militantes encuadrados en las FAR".

La evaluación consistía en asignarle un puntaje a la "capacidad" demostrada por el compañero en diferentes áreas, entre ellas, la organizativa, la militar, la política, la formación ideológica, la disciplina, la moral y el compromiso personal con la organización. Desde 1968 hasta el momento de la evaluación yo había realizado alrededor de cien operativos armados, había superado la tortura sin que me sacaran una palabra, había organizado hacia fuera agrupaciones en todos los frentes y hacia adentro ubeerres, unidades de combate y una columna, y traía una trayectoria política ininterrumpida de diez años. Por su parte el currículum de Guido se limitaba a unos pocos años de militancia universitaria previa a su ingreso a FAR y a la participación en un operativo armado: el robo de un auto.

Yo perdí puntos por (la negligencia de) caer preso en el '71, por el fracaso del operativo en el cual me hirieron en el '72 (Santa Rosa), por desprolijidades cometidas en la organización del farfarwest, por prácticas "liberales" (infidelidad conyugal, individualismo), por indisciplinas varias y por carencias en mi formación ideológica

⁷¹ El nombre real de Guido era Carlos María Frigerio. Según un obituario publicado recientemente por P12, Guido fue "desaparecido" el 19 de enero de 1977. Según la mala memoria que poseo de un suelto periodístico que leí durante mi exilio así como la mala memoria de algunos compañeros del farfarwest, Guido murió, en combate y junto a Zapatías, en la ciudad de Rosario.

(nunca pasé de la página trece de “Miseria de la filosofía” de Marx de quien, por otra parte, no había leído otra cosa).

Guido me superó en disciplina, moral, formación ideológica, capacidad política (que, de acuerdo al criterio de esta particular evaluación, se subordinaba a la formación ideológica) y, como consecuencia de ello, en el puntaje final Guido, cuya única experiencia militar radicaba en haber robado un auto, quedó como responsable de la farfarwest, una columna integrada por más o menos treinta combatientes, más o menos doscientos aspirantes y miles de colaboradores. Una columna perteneciente a una organización cuya conducción se había propuesto construir el socialismo después de derrotar mediante procedimientos de guerra a unas fuerzas armadas y de seguridad que en hombres la superaban veinte a uno, para no hablar de logística y tecnología. No fueron los cuadros militares quienes pasaron a disputar la conducción política, como escribe Matilde. Los cuadros con mayor experiencia militar eran, tal vez, quienes tenían más en claro que ir a un enfrentamiento armado sin el amparo masivo del pueblo, sin su activo protagonismo político, constituía un suicidio. Muchos de estos cuadros podían, sí, imaginar que, ante un supuesto fracaso del peronismo o ante la usurpación del poder por parte de la derecha, el pueblo se reconocería en el heroísmo de los combatientes y se sumaría a un proceso de lucha armada. Muchos suponían que la masiva adhesión de activistas durante 1973 era representativa de la adhesión popular a Montoneros. Suponían, también, que el avance de la derecha sobre las estructuras de poder que detentaba el peronismo, les restringía el espacio de lo político.

En todo caso, el avance definitivo -su hegemonía, su poder político-de una derecha, a la cual insisto en calificar como delincuencial porque existía otra derecha peronista que jamás se sumó al lopezreguismo, se concretó después de la muerte de Perón, después de julio del '74.

Un avance que, en el libro de Matilde Ollier, grafica Emilio: “Cuando la autodefensa fue tan necesaria como que de ello dependía tu supervivencia física, lo militar adquirió una preeminencia por encima de lo político. Cuando empezaron a tirar contra las unidades básicas, cuando te mataban por la calle, no tenías otra opción. Ahí nos quitaron la opción política y nos llevaron a su terreno”⁷².

Reitero la mención de Emilio porque deseo resaltar que esto sucedió, de manera creciente, entre la segunda mitad del '74 y el golpe de estado del '76. Y el ejercicio de la violencia hacia el interior del peronismo -al margen de la masacre de Ezeiza que fue protagonizada por la derecha delincuencial, insignificante en términos de organización política-fue iniciada por Montoneros con el asesinato de Rucci.

Cabe aclarar que los sucesos de Ezeiza no sólo podrían haberse evitado sino que, por el contrario, la manifestación despojada de violencia -y me consta que no estaba en las intenciones de Montoneros ni del Vandorismo, que sucedieran actos de violencia al margen de algunos encontronazos de consecuencias no mayores a trompeaduras y palazos-habría revertido en una victoria política montonera. Entonces, ahora cabe preguntar ¿porqué no se evitó la violencia? Y, tal vez algunas especulaciones al respecto, contribuyan a esclarecer las causas del fracaso de nuestro proyecto revolucionario.

Capítulo 39 -Ezeiza: desgracias inevitables y tragedias inexorables...

Julio Bárbaro afirma que el Jefe de Policía y el Ministro del Interior eran aliados de Montoneros pero ellos... “con ese poder en sus manos no quisieron usar a la policía pensando que era parte del enemigo (...). Si querían el palco lo podrían haber obtenido a tiros el día anterior; de lo contrario podrían haber evitado la provocación y, finalmente, si la buscaban deberían haber llevado las armas necesarias para enfrentarla” (Pasiones Razonadas, Biblos, 2003).

A la afirmación de Julio, me permito agregar que tanto el gobernador de la provincia de Buenos Aires como el subjefe de la Policía Bonaerense, Julio Troxler, coincidían con Montoneros y, en cuestiones de seguridad, tenían competencia sobre la zona de Ezeiza. Por su parte, el general Lñiguez, jefe de la policía federal, como cualquier cuadro proveniente de la Resistencia, era permeable a las sugerencias de Montoneros. Sin embargo, la conducción de Montoneros tenía “alergia” al uso del poder institucional. No existía en la conducción conciencia de que éramos parte del poder y de que teníamos poder. De que se habían cumplido los objetivos que dimos a conocer con la muerte de Aramburu. La vuelta de Perón y el peronismo en el poder.

Se había cumplido una etapa -cuyas reglas de juego se basaban en un enfrentamiento total con el poder militar mediante todas las herramientas de lucha posibles: la “guerra integral” preconizada tanto por Montoneros como por Perón-, durante la cual había sido necesario usar nuestras armas. Y ahora se abría otra etapa con nuevas reglas de juego las cuales exigían, de nuestra parte, que usáramos las armas institucionales que nos había otorgado el poder obtenido durante la primera etapa. Las armas institucionales, por otra parte, eran mucho más eficaces que el precario arsenal acumulado a lo largo de los años anteriores. ¿Porqué no se hizo? Al respecto, Verbitsky escribe que la izquierda peronista “no se detuvo a consolidar los avances conseguidos entre 1968 y 1973 ni a estudiar las reglas de juego de la nueva etapa. Imaginó que su mayor capacidad de movilización y organización de masas bastaría para inclinar la balanza en su favor frente a

⁷² Matilde Ollier, op. cit.

la dirigencia sindical burocrática. Creyó que sería posible compartir la conducción con Perón en cuanto éste reparara en su poder. Se acostumbró a interpretar la realidad política en términos de estrategia militar, pero no previó que se recurriría a las armas para frenar su marcha impetuosa. Fue a un tiempo prepotente e ingenua” (“Ezeiza”, Contrapunto, 1985). Coincido con Verbitsky pero en su texto yo reemplazaría el calificativo de “ingenua” por el de “infantil” identificándolo con el infantilismo de la izquierda al que aludía Lenin. Desde otra mirada, más íntima, un comentario de Dante Gullo, contribuye a dar una respuesta: “Lo mejor que le podía pasar a un joven era ser militante. Entonces, entre estar militando en la villa, en los barrios, en las columnas, en las tareas de solidaridad o un cargo de diputado, se elegía sin dudar lo primero. Al compañero que se le ofrecía un cargo era como una ofensa... porque todavía no habíamos hecho una síntesis entre lo que era el partido y nuestra práctica como movimiento. El movimiento nos brindaba la posibilidad de estar con la Argentina y los argentinos en cualquier lugar. Era una tarea de militancia, noble, solidaria, desinteresada. Lo otro era como que de repente te obligaban a ponerte corbata, a vestirse de funcionario. Una anécdota: se estaban discutiendo los cargos y le pido a un compañero, Pietragala, que vaya a las reuniones y pelee el 25 % de los cargos que le correspondían a la Jotapé. Aceptó a regañadientes pero, en lugar de ir a discutir los cargos en el partido, se iba a militar a los barrios o al gremio telefónico. Entonces, los otros sectores interpretaron que la juventud no concurría como forma de presionar por más cargos. A la semana me vienen a ver. ‘Nos entregamos’, me dijeron. ‘¿Se entregan por qué?’. ‘Porque si ustedes quieren más cargos, estamos dispuestos a darles el 25 % y algunos cargos más’. Yo, no sólo no entendía nada sino que me decía en qué problemas nos ponen estos tipos, si apenas podemos cubrir el 25 %”.

Lo cierto es que en 1973, muy pocos compañeros estaban preparados para pensar un futuro político desde un lugar de poder que no fuera el de la movilización popular o, en su caso, “el que surge de la boca de un fusil”. Para la mayoría resultaba inconcebible la posibilidad de construir poder desde las instituciones. En nuestra experiencia, el poder se tomaba: desde nuestro lado, como el Palacio de Invierno o la entrada en la Habana y, desde el otro, como los militares con sus golpes de estado.

Capítulo 40 -Las necesidades disciplinarias de una guerra en ciernes...

En síntesis, durante la transición entre las dos etapas y la fusión de las organizaciones, para la conducción lo que importaba no era poner en los niveles intermedios de conducción a cuadros con experiencia militar, a cuadros militares. Lo que importaba era poner cuadros sólidos en lo ideológico, cuadros convencidos de que el guevarismo era la estrategia correcta, cuadros en condiciones de acatar el verticalismo y la disciplina propios de la lógica militar, cuadros que no cuestionaran las decisiones y, a partir de ello, pudieran poner en peligro el devenir de la guerra que se avecinaba. De esta manera, cuadros que habían sido de la mayor eficacia durante la primera etapa, más allá de su competencia militar, debían ser reemplazados.

Guido me reemplazó al frente del farfarwest por uno o dos meses. Luego, ignoro la razón, fue trasladado a Rosario y yo continué como antes. Pero ya estaba decidido que eso no durase mucho tiempo: el proceso de consolidación ideológica exigía el achicamiento del farfarwest lo cual implicaba que perdiera su estatus de columna. Ello era inevitable. Y a mí me daba mucha bronca aunque en lo personal me ofrecieran la sub-jefatura de la Regional Tucumán.

Lo cual, con tal de quedar dentro de la Organización, con o sin dudas, estaba dispuesto a aceptar. Más aún, si tal como me habían comentado, el jefe de la Regional sería el gordo Fernando Saavedra. Pero mis diferencias con la Conducción Nacional eclosionaron, irreversibles más allá de las exigencias del alma, el 1º de mayo de 1974.

Capítulo 41 -Para decir adiós...

En 1974, la organización decidió participar en la movilización convocada por Perón para conmemorar el Día del Trabajo. Perón había solicitado que los diferentes sectores que decidieran acudir a la convocatoria en la Plaza de Mayo prescindieran de identificarse mediante carteles; sólo se permitían banderas argentinas y carteles sindicales. Lo cual, más allá de cualquier suspicacia, tenía su lógica: no era el 17 de octubre, día del movimiento peronista; era el día de los trabajadores y, te guste o no, el protagonismo correspondía a sus representantes.

Cuando la dirección regional de Montoneros me pidió que movilizara la columna del farfarwest y sus frentes de masas para ir a la plaza, yo manifesté que lo haría siempre y cuando se respetase la consigna de no llevar carteles.

En nuestra zona nosotros movilizábamos pocos militantes juveniles: la mayoría de los jóvenes en edad de militar, por cuestiones de trabajo o estudio, emigraban de los pueblos del interior hacia las grandes ciudades. Nosotros movilizábamos familias: abuelos, padres, nietos. Gentes que tenían ganas de ver a Perón y, de paso, darse una vueltita por Buenos Aires. Gentes que no sólo no estaban preparadas para ningún tipo de enfrentamiento sino que eran, además, las víctimas propiciatorias de los mismos. Y, si Montoneros se movilizaba con carteles, yo infería que podía haber tiros: el recuerdo de Ezeiza estaba fresco y yo no estaba dispuesto a que mi gente sufriera daños. No eran militantes; eran simples hombres, mujeres y niños ajenos a las disputas internas del peronismo, humildes en su mayoría, cuya única aspiración consistía en saludar a Perón.

Explicué nuestra situación a los compañeros de la regional: era injusto arriesgar la integridad de gente que no tenía conciencia del potencial peligro y, para que lo entendieran mejor, agregué que si teníamos un sólo herido liquidaríamos de un sopetón el capital político acumulado durante más de un año de trabajo. El farfarwest sólo asistiría a la Plaza si los Montoneros respetábamos la solicitud de Perón. Los emisarios de la dirección regional me aseguraron que así sería.

Crearles fue una ingenuidad de mi parte. De hecho, tengo frente a mí un editorial de "El Peronista", fechado el 19 de abril de 1974, que dice: "Sabemos bien que existen proyectos contrapuestos entre nosotros y la burocracia. Pero mucho más nos interesa que el pueblo demuestre lo que piensa de todo este proceso y que allí, en la plaza, frente a Perón y Perón frente al pueblo, se pongan las cosas en claro".

El párrafo permitía prever que Montoneros aprovecharía el 1º de mayo para confrontar con el Viejo. Y resulta imposible pensar hoy, aunque no lo recuerde, que el editorial de El Peronista en ese momento se me hubiera pasado por alto. Pero negarme a que el farfarwest asistiera a la plaza habría significado la definitiva ruptura con la Organización. Yo pertenecía a la Organización y la Organización me pertenecía: no me quería ir y, a pesar de que las diferencias se profundizaban día a día, cualquier excusa me servía para dilatar la decisión. De hecho, esta situación se repetía en muchos compañeros que compartían las ideas movimientistas -pongo a Gullo y Dardo Cabo como ejemplos-. Ellos dilataron la decisión de discutir a fondo sus ideas con la conducción lo cual, para el disidente, significaba hacer las valijas ya que, el verticalismo de la Orga y el aislamiento de los compañeros, impedía lograr la sumatoria de fuerzas suficiente como para imponer un cambio de rumbo.

Dilataron su decisión siempre con la idea de esperar el momento oportuno.

Pero la prisión y la muerte llegaron antes.

El 1º de mayo el farfarwest avanzó a lo largo de las rutas siete y cinco en decenas de ómnibus y colectivos que se reunieron en Escobar. Bajo el resplandor del sol la hilera de micros parecía no tener fin. Yo estaba exultante: saltaba de un micro a otro para arengar a la gente, no recuerdo qué decía.

Pero estaba confiado y feliz: nuestra movilización era un éxito. Tenía la seguridad de que iba a ser una de las columnas más nutridas: si el resto de la Organización emulaba lo nuestro desbordaríamos la Plaza de Mayo. Y si ello era así, el panorama político podría dar un vuelco cualitativo el cual, a su vez, nos permitiría renegociar con Perón nuestro lugar dentro del Movimiento.

La alegría me duró hasta que descendimos de los micros en la explanada de la facultad de Derecho donde debíamos reunirnos con el resto de las columnas: no había mucha gente⁷³ y, la inmensa mayoría, eran militantes de la Jotapé. Además, se respiraba un clima de guerra: las columnas, formadas de manera militar, ordenadas y encuadradas por sogas, hacían marchas y contramarchas, conversión a la izquierda, conversión a la derecha. Por su parte, los militantes carecían de ese aire festivo que siempre había caracterizado a las movilizaciones de la Jotapé.

La historia había cambiado antes: con la fusión, con Ezeiza, con el asesinato de Rucci. Pero fue en la explanada de la Facultad de Derecho donde, como una súbita luz que se enciende en la oscuridad, una ráfaga de lucidez se abrió paso entre mis contradicciones y supe que había cambiado la historia y los montoneros estábamos solos: el pueblo había dado un paso al costado y, en medio de las columnas juveniles, ordenadas para el combate y alucinadas de utopías, el farfarwest parecía un sapo de otro pozo: una multitud desordenada y alegre con bolsos, sánguches, termos, mates y chiquilines bochincheros que, hartos de viajar en micro durante horas, correteaban por ahí, se infiltraban entre las columnas de militantes perseguidos por los padres o los abuelos, alteraban el orden, imposibles de controlar. Los compañeros de seguridad nos gritaban: "che, los del lejano oeste, pongan orden con sus compañeros, fórmenlos, háganlos formar de una vez por todas, che". Qué despiste, qué locura.

No sé si fue adrede, aunque estoy seguro de que no fue fruto de la casualidad: cuando se inició la marcha el farfarwest fue ubicado al frente de la misma. Todo lo contrario de lo que yo pretendía. El clima belicista que reinaba me daba mala espina y yo hubiera preferido que nos quedáramos atrás, que cerráramos la marcha: de haber enfrentamientos, atrás quedábamos resguardados, podíamos rajar con facilidad. Pero entramos a la Plaza al frente de las columnas montoneras y quedamos entre la espada y la pared: delante las columnas

⁷³ Los diarios de la época estimaron que las columnas juveniles sumaron 60.000 personas, las cuales provenían de todo el país. La movilización contra el "cerco", organizada sobre la marcha, casi espontánea y que, al momento de ser disuelta, no había llegado a su techo ni mucho menos, sumó 80.000 personas, las cuales provenían sólo de capital y de algunos sectores del conurbano: no logro imaginar la multitud que se hubiera reunido mediante el simple expediente de aguantar unas horas alrededor de la quinta presidencial. Entre una y otra movilización habían transcurrido diez meses. Diez meses a lo largo de los cuales Montoneros había rifado su capital político. Pero había alcanzado su principal objetivo: la "homogeneización" ideológica de su militancia. Eran menos, pero "sólidos".

sindicales, detrás la Jotapé. Sobre nuestras cabezas, entrecruzadas, atronaba la guerra de consignas: "Montoneros, Montoneros", "Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical", por un lado. Y "Perón, Perón", por otro. En algún momento, le pedí a un compañero que me subiera sobre sus hombros con el objeto de apreciar la magnitud de la manifestación y de observar las ventanas y los techos de los edificios en busca de francotiradores.

Encontré a mis espaldas un horizonte oscurecido de banderas montoneras. "Cagamos, puta madre, cagamos", pensé. Y sentí que una puñalada me atravesaba el estómago cuando, frente al Viejo en el balcón, comenzaron las consignas contra Isabel, "No rompan más las bolas, Evita hay una sola". No por Isabel que me caía tan mal como a todo el mundo. Por miedo: sentí que el enfrentamiento se hacía inevitable: "Rucci traidor, saludos a Vandor", se impuso sobre las palabras del Viejo cuando, a poco de comenzar su discurso, elogió al sindicalismo. Y cuando, al compás de "aserrín aserrán, este es el pueblo que se va", las columnas montoneras comenzaron a marcharse de la plaza, di la orden de quedarnos y gritar "Perón, Perón": estábamos pegados a los sindicalistas y consideré que esa era la única forma de proteger al pueblo real, a ese pueblo de los pueblos del lejano oeste cuya única solidez ideológica radicaba en la fe y el amor que sentía por el General. Que tal vez yo no sentía o, por lo menos, no sin dudas ni con tal intensidad. Pero era mi pueblo. Y yo los había convocado en nombre de Perón. Y era mi responsabilidad protegerlos de una potencial masacre, de un nuevo Ezeiza. Al respecto de la posibilidad de una masacre, Fernando Vaca Narvaja cuenta: "Cuando estábamos bajando por Callao hacia el Bajo, hago parar la columna para que los compañeros vean la dimensión de los que nos estábamos yendo, que era impresionante. Y al mirar hacia arriba, veo a la gente de los balcones de Callao y Alvear contenta, sonriendo. Digo, 'si estos tipos están contentos, es porque está todo mal'. Bueno, nos fuimos muy precavidos porque de hecho temíamos una emboscada en la Facultad de Derecho, que era donde estaba el punto de concentración de todas las columnas del interior. Cosa que era efectivamente así, y eso lo paró Perón.

Luego, hablando con Oscar Alende, nos cuenta que después de que Perón concluye su discurso y entra a la Casa de Gobierno, Alende le dice: 'Pero, General, ¿qué pasó con la juventud?'. 'Bueno -le dice Perón-, de vez en cuando hay que darle un tirón de orejas a los jóvenes, pero no es nada'. Y lo agarra a López Rega y le dice: 'No quiero que ocurra absolutamente nada y usted es el responsable'. Si Perón no le hubiera dicho eso a López Rega, nos esperaba una masacre, se repetía en la Facultad de Derecho la masacre de Ezeiza".⁷⁴ Cuando terminó el discurso de Perón, no mucho después de la retirada montonera, di la orden de que nos fuéramos, tranquilos pero a paso vivo. A las pocas cuadras, no recuerdo si sobre Rivadavia o Callao, alcanzamos las columnas montoneras -ahora, en este instante, dudé entre escribir "alcanzamos a nuestros compañeros" o "alcanzamos las columnas montoneras", pero lo cierto es que, a medida que nos acercábamos yo me sentía más lejos-. En la explanada de la facultad de Derecho, mientras abordábamos los micros que nos devolverían al lejano oeste, un par de compañeros me increparon por nuestra retirada tardía, uno me llamó traidor. Un compañero de la dirección regional puso paños fríos en la controversia y propuso una reunión, para evaluar mi actitud, en un par de semanas. Carlos Lorges, mi segundo, a quien en ese momento recuerdo cerca, no recuerda el incidente. Pero la reunión se hizo dos semanas después. En ella manifesté mi voluntad de abandonar la Organización y mis razones políticas para hacerlo. Una compañera, proveniente de FAR, Elvira⁷⁵, la misma que había cuestionado la existencia del farfarwest como columna unos meses antes, inquirió si detrás de mis razones lo que existía no era, en realidad, miedo. "¿Miedo de qué?", pregunté. "De caer, de morir", dijo. "Sí, tengo miedo de morir", respondí. "Hace seis o siete años que tengo miedo de morir, todos los días, las veinticuatro horas de cada día tengo miedo de morir", respondí. Y lo dejé estar. Era muy triste, no había nada que agregar, nada que ellos pudieran entender. En 1969, en una oportunidad en la cual el Negro Sabino había propuesto, desde mi punto de vista, una insensatez, le dije "Negro, yo estoy aquí para hacer la revolución, no para morir por ella". El Negro aceptó mi punto de vista, y seguimos vivos. El Negro, a quien apenas un par de años más tarde, otra insensatez lo llevó a desangrarse en un ignoto paraje de Córdoba llamado Aguas Negras. Inlocalizable: en 1997, cuando quise reconstruir su muerte para un cuento que jamás terminé de escribir, durante días recorrí la zona y no pude localizar Aguas Negras. Quince meses después de que mataran al Negro, otra insensatez me puso al borde de la muerte y me dejó cuatro balazos en el cuerpo. En mayo de 1974, a mis veintiocho años, casi la edad que tenía el Negro cuando murió, yo era un hombre experto en insensateces y muertes gratuitas. Y también sabía que los suicidios heroicos están en las antípodas de cualquier revolución. Fue muy triste aquella reunión con Elvira. Una reunión de despedida, de despedida final, definitiva. No hubo

⁷⁴ Entrevista realizada por Felipe Pigna y publicada por la revista "3 Puntos" en el suplemento No. 3 de Reportajes a la Historia.

⁷⁵ Cuenta el Bigote Vázquez: "En 1975 participé de una evaluación en Mercedes que condujo la negra Elvira. Elegían a un compañero para promoverlo y (no sabíamos) trasladarlo. Yo iba adelante en todos los ítem hasta que Elvira me preguntó sobre la actividad militante de mi compañera. Le dije que consistía en acompañarme y cuidarme las espaldas y las de mis hijas. Me acusó de machista le dije que sí, que yo era un hombre de los pajonales (por Chivilcoy) y que era una cuestión cultural de mi generación. Se enojó un poco (no entendí por qué) y comenzó en el grupo una discusión interminable sobre el machismo, todos contra mí. Dije que no entendían nada de lo popular, que mi señora también era machista y disfrutaba de eso. Como ejemplo conté que todos los domingos (al igual que mi madre y mi suegra) amasaba los tallarines. Elvira se enojó más y me cansó. Le dije que como llovía apurara la reunión porque en mi casa seguro estaban amasando las tortas fritas y me gustaba comerlas calientes. Me quitó el seguro ascenso y me dejó en la zona. Me fui con la impresión que con cuadros (muy valientes y con total entrega) pero tan lejos del pueblo era imposible hacer la revolución. El compañero elegido fue enviado a Tucumán y perdió a los pocos días".

juicio revolucionario. Me dejaron mis armas. Me pidieron que no volviera al lejano oeste. "Si cambiás de idea, las puertas de la Orga para vos siempre están abiertas", dijo Elvira. Nos dimos un abrazo, flojo, desganado, con dolor.

Adiós.

Ana, mi mujer, tenía sus ojos maravillosos cuajados de lágrimas: se veía obligada a abandonar la unidad de combate de Luján a la cual ella misma había organizado y a cuyos compañeros amaba con toda su alma. También al Bigote Vázquez en Chivilcoy. A Lorges y Liliana en Bragado. A tantos y tantos hermanos. Vamos, era abandonar la familia, el refugio del amor. Ana lloraba cuando empacamos nuestras pocas cosas, cargamos a nuestros hijos y nos despedimos de los amigos de Bragado. Y aún lagrimeaba cuando, a las pocas horas, ya en Buenos Aires, nos sumergimos en los clasificados de Clarín para buscar trabajo. Días después murió Perón: el país quedó en manos de la derecha delincencial y, en apenas cuestión de meses, los montoneros -cuya decadencia venía de antes, de mucho antes-dejaron de ser una opción de poder, una posibilidad de cambio. El golpe de estado del '76 y el genocidio subsiguiente, para Montoneros no fue otra cosa que una anécdota siniestra: las paladas de tierra que arroja el sepulturero sobre una tumba abandonada.

Capítulo 42 -Nuestros hijos...

A veces, cuando veo al Gordo Lorges o al Bigote Vázquez, casados con sus compañeras de toda la vida y rodeados por sus hijos, siento nostalgia por lo no vivido y por lo que ya jamás viviré. El Gordo y Bigote, cuando yo me fui, se quedaron en Montoneros aunque resistieron todos los intentos, por parte de la Organización, de ser trasladados a otras provincias: permanecieron en el lejantisimo oeste hasta que los sorprendió el golpe del '76. Habían establecido una cadena telefónica entre los compañeros que vivían en los diferentes pueblos del lejantisimo oeste. Cuando el Ejército, en Junín, fue a buscar al primero de ellos, el resto se enteró de inmediato y con lo puesto se mandaron mudar. Zafaron del secuestro por minutos, lograron huir rumbo a Buenos Aires, sobrevivieron a los saltos, de milagro. Pero esa es otra historia. Lo que para ésta importa es que durante su militancia y a lo largo de las peripecias de su fuga, mantuvieron la unidad de sus familias. Me pregunto: ¿existió en ellos una particular vocación familiar de la cual yo carecía? No sé. Es más, me han interrogado: ¿cómo se les ocurrió a ustedes tener hijos a sabiendas de que podían morir en cualquier momento? Y la respuesta es la misma: no sé. Al menos, del resto de mis compañeros, no sé. Y de mí, apenas, un poco.

Lo cierto es que, antes de ir a parar a la cárcel de Olmos, jamás se me cruzó la idea de tener hijos. Ni siquiera de formar una familia. Tenía una pareja: Hilda Rosenberg. La conocí en el '68, mientras hacía el servicio militar. Era pintora, independiente, cinco años mayor que yo, capaz de contenerme en muchos sentidos: cobijarme en su casa me dio cierta paz, una sensación de amparo. Además me hizo sentir amado y me enseñó a hacer el amor: mi agradecimiento hacia Hilda siempre será insuficiente. Pero no estaba enamorado de ella, siempre fui renuente a establecer un compromiso definitivo y, para 1970, propuse nuestra separación. En eso estábamos cuando nos sorprendió el desastre posterior a La Calera. A partir de allí, cambió todo. Las contradicciones personales debían relegarse al olvido para que no interfiriesen con las necesidades de la Organización. Entre ellas, alquilar la casa de La Lucila en la cual convivíamos con Firmenich y otros compañeros. Sin embargo, cuando a comienzos del '71 las cosas comenzaron a encarrilarse, le dije a Hilda "lo nuestro no va más, lo siento, se terminó". Pero ni Hilda ni yo nos podíamos ir a otro lugar. En mi caso porque era el titular de la casa y, en el de ella, por razones de seguridad: era una casa operativa y, además de nosotros, en ella vivían cuatro compañeros. Fue el argumento de Firmenich quien, además me acusó de individualismo, de déficits en mi conciencia revolucionaria. Y no sólo prohibió la separación sino que también me sancionó: un día de aislamiento, ayuno y la consabida autocrítica por escrito. No se rían.

Era así. Y lo más terrible fue que escribí la autocrítica. También seguí con Hilda, pero dejamos de tocarnos. Así habría continuado quién sabe por cuánto tiempo. Pero, de un día para otro, yo fui a parar a la cárcel de Olmos. En Olmos, entre varios miedos, el de no salir vivo de la cárcel me acosaba con mayor intensidad. Pensaba: mi vida se termina aquí adentro y afuera no dejé nada, ni siquiera un hijo. Una hija. Así. Sin proceso previo, de repente sentí el deseo de tener una hija. No con Hilda, claro. Es más, también sentí el deseo de enamorarme: no puedo dejar la vida sin haber experimentado un amor loco, arrebatador, me dije. Y, en la soledad del cubículo que me habían asignado en el pabellón de máxima seguridad, me lo repetí hasta el cansancio. Si salgo de aquí, me prometí, lo primero que hago es terminar la relación con Hilda: Firmenich me importaba tres velines y, si por separarme de Hilda me querían echar de la Orga, que me echaran. Por supuesto, sabía que como mucho me sancionarían, echarme jamás. Después de todo, Ana Valle, mi abogada, me había dicho que afuera me consideraban un "héroe".

Al salir de Olmos, pasé unos pocos días en la casa de Hobert. Quien me comunicó que había pasado a ocupar el primer lugar en la conducción nacional de recambio y se me había puesto a cargo del frente universitario. Allí fue donde me enteré lo que había pasado con el Negro y donde leí el artículo de "Crónica" que daba cuenta del cadáver encontrado en Aguas Negras. También trajeron a Hilda para que me visitara: le dije que en la cárcel había pensado mucho y, sin desmedro de que en otra oportunidad lo discutiéramos a fondo, quería que nos

separásemos. Hilda mostró su dolor pero dijo que algo imaginaba. De hecho, cuando a través de Ana Valle yo mandaba mis mensajes afuera de la prisión, nunca la había mencionado, ni siquiera un saludo.

Al día siguiente del encuentro con Hilda, me trasladaron a la casa de Luis en la cual, sorpresa, encontré instalada a Hilda. Luis, en aquel tiempo, era aspirante y el segundo del frente universitario. Programó, entonces, una cita con Ana, la aspirante que hasta ese momento estaba a cargo del frente universitario. En la Perla del Once. Y, de un día para otro, me encontré con los ojos más maravillosos del mundo. Separados de mí tan sólo por una minúscula mesa de café. Separados por nada: en el instante supe que había encontrado el amor loco, arrebatador, con el cual había soñado en Olmos. Hice mi bolso, dejé a Hilda en casa de Luis -a quien se le notaba el deseo de que me partiera un rayo-, me mudé al departamento de Inés y el Bocón Arias, íntimos amigos y compañeros de militancia de Ana y, un par de días más tarde, hicimos el amor por primera vez. Estoy seguro: esa fue la oportunidad en que se embarazó.

Dije "quiero que sea una nena y tenga tus ojos": se llama Eva, y tiene sus ojos. Maravillosos. Yo quería llamarla "Sonsoles". Pero Ana -maestra, al fin y al cabo-dijo "en la escuela le van a decir Sonsa". Y cada tiempo es cada tiempo y la historia impone sus nombres: fue Eva, qué karma.

Hobert y la Renga Graciela Maliandi tuvieron dos hijos, Diego y Alejandra. Entre mediados y fines de 1976, Alejandra tenía un año y medio. Me contó Perdía que la tarde previa a la noche de su muerte, Hobert buscó un lugar donde se quedarán los chicos hasta el día siguiente. Diego quedó en la casa de Perdía. Y Hobert se marchó al atardecer con Alejandra en brazos sin haber encontrado un lugar donde ubicarla: fue la última vez que Perdía lo vio con vida. Perdía supone que un compañero pasó por casualidad frente a la casita de Paso del Rey en la cual vivían los Hobert en el instante en que éste entraba en ella. El compañero cayó preso, cantó a Hobert y el ejército lo fue a buscar. En realidad, no se sabe con certeza cómo lo encontraron. Quizás alguna vez aparezca un archivo secreto que de cuenta del caso: los milicos, burócratas al fin y al cabo, escribían todo. Mientras tanto, más que imaginar estoy seguro, que Hobert, mi querido Leandro, presentía su muerte. Frente a la derrota de la Organización, la muerte sucesiva e inacabable de los compañeros -sin ir más lejos, para la misma época murieron Tato Lafleur y el Nono Lisazo-, Leandro no podía dejar de sentirse responsable y tal vez no sólo presentía su muerte, sino que también la deseaba.

Cuatro años después, en México, Pepe Ledesma y Ernesto Jauretche, con retazos dispersos de información, reconstruyeron los momentos finales de Hobert y la Renga. Los reconstruyeron cada uno por su cuenta, y cada uno por su cuenta me los contaron. La similitud entre ambos relatos era asombrosa. Y yo, más como un epitafio a la tumba desconocida de un viejo amigo que por cualquier otra causa, decidí escribir la historia. Tal como me la contaron. Mi imaginación, apenas se limitó a cubrir algún hueco en la información que me proporcionaron Ledesma y Jauretche.

Capítulo 43 -Adonde vos vayas...⁷⁶

Leandro y la Renga se casaron en la capilla de un barrio marginal en el '69 o en el '70, después del Cordobazo y antes de lo de Aramburu. La ceremonia fue sencilla: unos pocos compañeros, guitarras y un cura obrero vestido de Grafa. El cura recitaba pasajes sueltos relacionados con las parejas bíblicas, más o menos alterados por las inexactitudes de su memoria, y cuando llegó a ese en el cual Ruth dice "adonde vos vayas", la Renga gritó "¡yo iré contigo!", y se puso a llorar. Algunos compañeros también lagrimearon pero al rato, vino y canto mediante, empezaron las cargadas y a la Renga, como nombre de guerra, le quedó Ruth por el resto de su vida. Apenas unos años.

Diáfanos aunque efímeras victorias al principio. Una paulatina, anunciada e inexorable derrota al final. En el transcurso de los años de la derrota nació la piba. Para finales de 1976, Leandro, Ruth y la piba vivían en una casita precaria ubicada en los alrededores de Merlo o de Paso del Rey, y estaban cenando la noche en que los militares rodearon su manzana: estacionaron dos blindados sobre la vereda de enfrente y por un megáfono les ordenaron rendirse.

Ruth, intuitiva, escuchó el barullo antes de que se oyera y, cuando el megáfono habló, ellos ya habían amartillado sus armas: un fusil automático, una metralleta y dos pistolas cuarenta y cinco. No tenían granadas, y Leandro pensó que era una suerte, por la piba. A la piba la cubrieron con colchones y ellos se apostaron en la ventana del único ambiente de la casita. Leandro dijo "menos mal que la casa no tiene entrada trasera", y a los ojos de Ruth asomó una sonrisa: no quedaba otra, de cualquier manera estaban muertos. El futuro pasaba por si se dejaban torturar antes de que los tirasen al Río de la Plata y "ya que estamos que a ellos también les cueste, bajarles uno por lo menos", dijo Ruth. No resulta difícil imaginar que también quisieron decirse otras cosas. Las que nunca tuvieron tiempo o necesidad o ganas de decir. Pero los disparos del ejército ya destrozaban la ventana y el ruido no les permitía oírse.

No resistieron mucho: Leandro cayó de espaldas, atravesado por varios proyectiles, tal vez agonizante, pero aún vivo. No se quejó, ni dijo nada, no con palabras, aunque hubiese querido era inútil. Sólo miró a Ruth y con los ojos mandó su último mensaje. Y Ruth se arrastró hasta donde él había caído, amartilló su pistola, susurró

⁷⁶ La primera versión de este texto, titulada "Tiroteo en Castelar", en 1981 obtuvo un premio del Instituto Nacional de Bellas Artes de México y fue publicado en la revista de la institución.

unas palabras -una oración o, quizás, una despedida-y le pegó un tiro en la cabeza. Después arrojó una pistola, el fusil y la metralleta por la ventana.

Los militares dejaron de tirar: de momento los preferían vivos, y el megáfono ordenó: “todos los de la casa, de a uno, salgan con los brazos en alto”.

La voz quebrada de Ruth gritó que Leandro estaba muerto y el bebé herido: “conmigo hagan lo que quieran pero para la nena quiero garantías”.

Además pidió una ambulancia. El megáfono ordenó que hiciera llorar al bebé, y ella le dio el gusto y más: desde afuera a ambos los escucharon llorar.

Los militares habían dejado una ambulancia a cincuenta metros, lista para el caso de que ellos la necesitaran. No la necesitaron, y en menos de un minuto la ambulancia estacionó a unos pasos de la casita.

Ruth usó un toallón blanco para limpiar la sangre de la cara de Leandro, lo besó en la boca y musitó “esperame compañero, esperame”. Después envolvió a la piba con el toallón, la apretó contra el pecho, salió a la puerta, tambaleó un par de pasos y se quedó quieta. Lloraba. La piba también.

“Avance, qué está esperando para avanzar”, ordenó el megáfono. Pero Ruth lloraba, también gritó algo que no se entendió y, con la piba arrebujada en el toallón blanco, señaló la ambulancia.

El megáfono la insultó hasta que ella, rota la voz, dijo que tenía miedo de que la mataran, por favor no con la nena en brazos, después sí, lo que quieran, pero ahora no: “que un oficial me lleve a la ambulancia”. Tuvo que repetirlo varias veces para que ellos la entendieran.

Echándose cuerpo a tierra cada dos pasos, un cabo corrió hasta la casita y miró por la ventana: “sólo un tipo y está muerto, mi coronel”, gritó el cabo y se quedó junto a la ventana, el fusil apuntado hacia el interior.

El coronel, un hombre gordo y canoso, se despegó de los blindados y caminó despacio en dirección a la casita. En la mano derecha sostenía una pistola y apuntaba a Ruth. De la otra mano pendía el megáfono, inútil. Pero cuando escuchó llorar a la piba y la vio envuelta en el toallón manchado de sangre, dijo “puta madre”, dejó caer el megáfono, guardó la pistola en la cartuchera y abrió la puerta trasera de la ambulancia. De adentro del toallón, cuidadoso, sacó a la piba que no paraba de llorar y se la entregó a un enfermero: “rajen carajo, rajen”, ordenó.

Ruth sollozaba, intentaba reprimir el llanto, se tapaba la boca con el toallón. Y con los ojos siguió a la ambulancia hasta que el coronel la encaró: “pelotudos, inconscientes, todos ustedes son unos pendejos inconscientes de mierda, y ahora tranquila que si llora así no puede estar muy grave”, dijo el coronel. Y unos segundos después de mirarla fijo y en silencio, cuando con brusquedad extendió una mano para agarrarla del brazo y llevársela, Ruth dejó caer el toallón y le vació la cuarenta y cinco encima.

“No me ruegues que te deje y me aparte de ti porque dondequiera que tu fueres yo iré contigo” Libro de Ruth.

Capítulo 44 -Los que fuimos montoneros...

La historia de Montoneros es, también, la historia de sus controversias, de sus desgarros. Tal vez en ellos, en su análisis, pueda leerse con nitidez nuestro destino, nuestro fracaso. Sin embargo, más allá de las historias personales y de las diferencias ideológicas, de los motivos individuales, públicos y / o políticos que nos llevaron desde compartir una identidad hasta la fractura y el fracaso, quiero insistir en la característica común que en el nivel internacional diferenció al fenómeno montonero de los otros proyectos revolucionarios contemporáneos: la abrupta y masiva ruptura política de una clase social -la clase media-entre una generación y la generación subsiguiente. La lucha montonera fue -en lo que hace a la clase media, protagonista mayoritaria aunque no única del fenómeno montonero-una lucha entre padres e hijos que, en su extremo perverso, dio lugar a que el dedo consciente o inconsciente de algunos padres signara la muerte de sus hijos. Pero no fue solamente un fenómeno de clase media ni tan solo un hecho generacional. Los primeros cuadros montoneros (montoneros originales, Descamisados y FAP), sobre todo después de la ejecución de Aramburu pero en algunos casos desde antes, se vincularon con cuadros sindicales y dirigentes peronistas barriales -protagonistas de la Resistencia Peronista-que posibilitaron la apertura de un auténtico trabajo de masas sin el cual hubiera sido muy difícil, sino imposible, la organización política del fenómeno montonero. A modo de ejemplo: en 1971 el Gordo Gómez, secretario general de la Asociación Obrera Textil de Moreno, vinculó su trabajo político barrial a Montoneros y se generó un grupo juvenil que, liderado por Dante Gullo, se extendió a todo lo largo del Oeste del Gran Buenos Aires y dio lugar, un año después, a la existencia de la Juventud Peronista de las Regionales. Era el Canca Gullo quien tendría que haber ocupado el lugar de Galimberti como referente nacional de la Jotapé. Pero el Canca hacía política: era un torbellino, construía alianzas, avanzaba en forma desprolija, pensaba y se movía por la propia, hablaba el lenguaje del pueblo y había insistido, desde el primer momento, en que nuestros activistas se afiliaran al Partido Justicialista y participaran de su vida institucional. Algo que no fue bien visto por la conducción hasta que los resultados del fenómeno montonero, organizado por Gullo a través de la Jotapé, desbordaron todas las expectativas de crecimiento.

Si bien la Jotapé fue, en gran medida, el resultado del accionar montonero, al principio fue un poco resistida por un sector de la conducción montonera. Había una cierta “desconfianza” justificada con la excusa de la

seguridad pero, en realidad, basada en el hecho de que los frentes de masas tienen su propia dinámica, no son controlables como los grupos pequeños y disciplinados.

“Desconfianza” que se extendía, era inevitable, a la figura del organizador de la Jotapé. Lo cual explica el hecho de que Gullo no fuera promovido al lugar que le correspondía: era un tipo polémico, difícil de “controlar”⁷⁷.

Con relación a ello, treinta años después, en un reportaje realizado por Felipe Pigna para la Revista “3 Puntos”, Firmenich dice: “Hay dos famosos boletines internos posteriores a Ezeiza que plantean que el objetivo de Perón era aniquilarnos y están las charlas a los frentes que doy en el 73, en el mes de septiembre, una de las cuales se desgrabó y se distribuyó como boletín interno muy profusamente. Yo planteé los ejes de contradicciones que teníamos con Perón. A raíz del boletín interno número dos, Perón citó a Juan Manuel Abal Medina y le dijo: ¿Lea esto usted, donde me están tratando a mí como enemigo? Nosotros no lo tratábamos a Perón como enemigo, sino que él nos trataba como enemigos a nosotros. Por un lado, estaba esto, y por otro lado, había una línea que negaba la realidad políticamente o quería disimularla”.

F. Pigna: “¿Pero la quería disimular porque no le gustaba y le dolía, o porque no era políticamente correcto en ese momento?” Firmenich: “Creo que por las dos cosas, con argumentos de las dos cosas. Y esta línea tiene nombre y apellido propios: Gullo y Obeid... Digamos que no tenían jefatura, pero tenían autonomía”.

Firmenich no se da cuenta. Pero, cada vez que abre la boca, dice “todo”.

Capítulo 45 -Los indiferentes...

Hay, sí, un hecho para el cual no tengo explicación alguna, ni siquiera he podido elaborar una hipótesis. Si bien el fenómeno cultural montoneros incluyó, en forma activa o pasiva a, tal vez, una primera minoría de los jóvenes de clase media y no pocos de origen obrero o aristocrático, no fue la totalidad de los jóvenes ni mucho menos.

Hubo muchos que se mantuvieron indiferentes, siguieron adelante con su proyecto personal con total prescindencia de los avatares políticos. Ni a favor ni en contra. Sus opiniones respecto de nuestra lucha no pasaban por consideraciones políticas sino por cuestiones de carácter personal que iban desde el “no te metás boludo, podés vivir tranquilo, vas a joder a tu familia” hasta el “está todo bien pero yo hago la propia”. Recuerdo, en términos anecdóticos, el paradójico caso de un indiferente que quería participar a toda costa. Lo conocí en 1971, en la cárcel de Olmos.

Tenía mi edad, la mirada fija, dura y distante de los pesados, y su especialidad era asaltar bancos. Nos dejaron en libertad una media noche helada a principios de agosto. Pero antes de que nos soltaran coincidimos en una leonera durante varias horas: las que se toman los carceleros para regalarse con tu angustia, para generarte incertidumbre, “parece que no salís pibe, parece que te encontraron otra causa”, hasta un minuto antes de la última hora del día que el juez ordenó tu libertad. El pesado estaba al tanto de donde venía yo, de que me había bancado la picana sin denunciar a nadie -Olmos, a mediados del '71, sólo albergaba a cuatro guerrilleros y los pesados que dominaban la población carcelaria tenían hacia nosotros una actitud entre admirativa y protectora-, y luego de charlar unos minutos, impasible el gesto, la mirada fija en mis ojos, me propuso: “quiero trabajar con ustedes, ustedes trabajan bien, y si algo sale mal no hablan, arreglamos un porcentaje y yo hago lo que haya que hacer”. Era un indiferente que quería participar, por un porcentaje.

Pero hubo otros indiferentes que nos ayudaron sin pedir nada, por amistad, aunque esa ayuda implicaba para ellos un riesgo considerable. Luego de la emboscada de 1972 en las inmediaciones de la fábrica Santa Rosa, la cual narro al comienzo del libro y en la que resulté herido de cuatro balazos, me refugié en un barrio marginal de Merlo donde había un grupo de la juventud peronista y me hicieron las primeras curaciones. Esa noche la policía hizo una razzia en el barrio pero yo, con la ayuda de los compañeros, logré llegar a la estación de Paso del Rey y tomé el tren que iba a Once. Por el momento estaba a salvo, pero eran las diez de la noche y había quedado desconectado de la Organización hasta, por lo menos, el día siguiente. Esto significaba que, en el mejor de los casos, iba a tener que pasar la noche en la calle, en constante movimiento para no llamar la atención. Y lo cierto es que casi no me sostenía en pie. Recordé entonces al Negro, un incipiente despachante de aduana, socio de Tadeo Kopistinski, mi mejor amigo de la infancia. El Negro alquilaba un departamento en la calle Castelli, a tres o cuatro cuadras de la estación de Once. Me recibió con los brazos abiertos y durante dos días, el tiempo que tardé en conectarme con la Organización, me cuidó como si fuera su hermanito menor aún cuando estaba al tanto de lo que había pasado y de que me buscaba la policía. “Ay, José, en que quilombos se meten ustedes”, fue su único comentario. Era indiferente a la política, le daba lo mismo si estaban los militares, los radicales o los peronistas. Pero era un hombre solidario por amistad, a su manera, individualista a rabiar.

En lo puntual, el individualismo, el criterio de salvarse solo y lo demás importa poco, explica la existencia de un sector juvenil que se mantuvo al margen del fenómeno montonero (o el de la izquierda revolucionaria en general). Existe en todas las sociedades y no nos debe extrañar: el individualismo es inherente a la condición

⁷⁷ Dante Gullo estaba en el grupo original de militantes de Moreno cuando yo me hice cargo del mismo en 1971. Jamás le tuve “desconfianza”. Por el contrario, siempre lo alenté y lo respaldé; desconfiar del Canca hubiera sido como desconfiar de mí mismo: compartíamos la frecuencia, funcionábamos de manera similar y, creo, aprendimos el uno del otro. Y hoy, aún hoy, somos buenos amigos.

humana, punto. De acuerdo a las circunstancias históricas que experimenta cada sociedad, habrá un mayor o un menor porcentaje de gente individualista y de gente solidaria al margen de que, en nuestro interior, todos albergamos diferentes dosis de egoísmo que, también en función de diversas circunstancias, se pone de manifiesto con mayor o menor intensidad.

Capítulo 46 -La perversidad del poder y los jóvenes pervertidos...

Lo que me resulta difícil entender son las causas que llevaron a otro grupo de jóvenes, no a disentir con nosotros en términos políticos o ideológicos -encuadrados, por ejemplo, en Guardia de Hierro o el Partido Comunista aunque también ellos fueron cruzados por el fenómeno montonero-, sino a odiarnos al punto de poner en práctica la tortura y el asesinato o aplaudir su práctica.

Los jóvenes oficiales de las fuerzas armadas, por ejemplo. ¿Que fueron criados en el ambiente cerrado de la milicia? No es una explicación suficiente: unos cuantos montoneros eran hijos de altos oficiales de las fuerzas armadas o egresados de liceos militares y, aún más, oficiales en actividad. ¿Eran psicópatas? No lo creo: sin desmedro de que coincido con Roberto Curi -"los psicoanalistas llamamos psicópatas a los que no están de acuerdo con nosotros"-, fueron demasiados como para endosarles una calificación tan estrecha que, por otra parte, no explica nada.

De lo que sí estoy seguro es que los torturadores (y asesinos e infanticidas y ladrones de niños) -psicópatas, perversos o como nos guste calificarlos-, no actuaron por la propia. Todo lo que hicieron respondía a una necesidad del poder económico para maximizar su enriquecimiento sin la perturbadora molestia de los oprimidos organizados, dispuestos a defender sus derechos. Y, lo peor de todo, es que tuvieron el consenso de un sector de la

sociedad argentina, de un sector que hoy, agosto de 2004, aún tiene vigencia no tanto política -por falta de representantes válidos- sino ideológica y mediática. Un sector que, con relación al fenómeno Blumberg, Nicolás Casullo⁷⁸ describe en el siguiente párrafo: "*El dato Blumberg remite a la actualización de una 'clase' Argentina desde siempre protagónica, antipolítica, mitificadora del sentido común, de la frase hecha, del cualquierismo compartido, educada a puro narcisismo, a irreconocimiento del otro, a querer y despreciarse en un mismo gesto en relación a valores. La 'familia tipo', por derecha e izquierda. Una materia que, de cerca o más lejos, conocemos todos los del 'medio' o 'medio abajo'. Una zona amplia y como nunca atemorizada del país que no quería ningún gobierno progresista con el fin del uno a uno. Que produjo en lo sustancial y cosechó como nadie el 'que se vayan todos' de hace tres años, leído entonces básicamente como libertario, cuando en realidad era el ganar la calle de un rumor de fondo menemista neofascista todavía sin figuras ni nuevos programas*".

Para volver a los torturadores y a pesar de que entre un hecho y el otro transcurrieron casi cuarenta años, quiero transcribir un párrafo de Eduardo Galeano⁷⁹ relacionado con la invasión norteamericana a Irak y las torturas realizadas por sus tropas a ciudadanos iraquíes: "*Cuando se publicaron las fotos y estalló el escándalo, las cumbres del poder político y militar cantaron a coro los salmos de su auto-absolución:*

-Son casos aislados;

-Son casos patológicos;

-Son unas cuantas manzanas podridas;

-Son perversos que deshonran el uniforme.

Como de costumbre, el asesino ha echado la culpa al cuchillo.

Pero esos soldados o policías que enloquecen al prisionero disparándole descargas de electricidad, o sumergiéndole la cabeza en la mierda, o partiéndole el culo no son más que instrumentos: funcionarios que se ganan el sueldo cumpliendo su tarea en horario de oficina. Algunos trabajan a desgano y otros meten fervor, como esas entusiastas señoritas que se han fotografiado mientras humillaban a sus torturados iraquíes y los exhibían como trofeos de cacería. Pero todos, los apáticos y los fervorosos, son burócratas del dolor que actúan al servicio de una gigantesca máquina de picar carne humana. ¿Locos?

¿Perversos? Puede ser; pero la coartada patológica no absuelve al poder imperial que necesita la tortura para asegurar y ampliar sus dominios, porque ese poder está mucho más loco y es mucho más perverso que los instrumentos que utiliza. Y nada tiene de anormal que un poder atrozmente injusto utilice métodos atroces para perpetuarse".

Jack Fuchs también se pregunta acerca de la génesis del torturador y, al respecto, escribió: "*Los verdugos en cambio tienen un saber articulado en la preparación metódica de sus tareas, en la organización, en la anticipación y en el rasgo estratégico de sus objetivos (...) Para saber qué ocurrió en aquella densa tormenta de oscuridad sería de enorme valor rescatar los testimonios personales de los victimarios, el relato confesional de sus experiencias, sus planes*"⁸⁰.

⁷⁸ "Una clase antipolítica y mitificadora", Nicolás Casullo, P12, 24 de agosto de 2004.

⁷⁹ "La confesión del torturador". Eduardo Galeano. Página 12, 4 de julio de 2004.

⁸⁰ "El crimen de la guerra", Jack Fuchs, P12, 9 de mayo de 2005.

Podemos encontrar en la interacción de factores que hacen a la vida privada, a la vida pública y a la vida política de quienes participaron de los montoneros (y de la izquierda revolucionaria en general), una explicación de su radicalización política y de su decisión de luchar también con las armas para lograr su objetivo. ¿Qué interacción de factores privados, públicos y políticos llevó a los *otros jóvenes* a un odio tan péfido? ¿A una obediencia al poder que se plasmó en un sadismo sin límites? ¿De qué manera se imbricaron los sucesos de sus vidas para llevarlos a un ejercicio común del sadismo sin límites? ¿O a aplaudirlo? ¿Será parte de la condición humana? Y si así fuera ¿porqué algunos torturan y otros reniegan de ella? ¿Existirá un gen egoísta, un gen de la maldad?

En 1978, cuando exiliado en México cursaba la maestría en Salud Pública, en la materia de sociología analicé un experimento realizado por un equipo de investigadores sociales en los Estados Unidos. Un grupo de jóvenes fue contratado para torturar a un semejante mediante descargas de electricidad crecientes que podían llevarlo a la muerte. El semejante era un actor y las descargas eléctricas fingidas. Pero los potenciales torturadores no lo sabían.

Unos pocos de ellos se negaron a continuar luego de apreciar las consecuencias de la primera descarga. Pero la mayoría continuó hasta el final, hasta la última descarga, la que daba "muerte" al actor. La mayoría de los jóvenes contratados, quienes habían sido seleccionados aleatoriamente y, por lo tanto, eran representativos de todos los jóvenes, obedecieron las órdenes del experimentador y torturaron hasta la muerte a otro hombre. Insisto: ¿será parte de la condición humana? ¿de la condición de una parte de los humanos?

En todo caso, en lo que hace a nuestra generación, los que hoy tenemos entre 50 y 64 años, esa parte de los humanos que aprobó la tortura, no fue escasa sino todo lo contrario. Y lo deduzco a partir de una extrapolación estadística.

El 28 de marzo de 2004, Página 12 publicó los resultados de una encuesta realizada por Zuleta Puceiro y relacionada con la creación del Museo de la Memoria. La primera pregunta era: "*¿Cómo evalúa la iniciativa del Gobierno de establecer el Museo de la Memoria en las instalaciones de la Esma?*". Y contenía seis categorías de respuesta: muy buena, buena, regular, mala, muy mala y Ns/Nc. Observemos que la categoría *regular*, luego de tanta historia y en los tiempos que corren, no sólo es ambigua sino que permite a muchos que no están de acuerdo con el Museo *en la Esma* (paradigma de los tormentos, si lo hay) una salida que, hoy día, no resulta tan políticamente incorrecta como responder que no está de acuerdo. En el grupo de 50 a 64 años, la sumatoria de las categorías que iban de *regular* a *Ns/Nc* superó el 55% de los encuestados. Suponer, a partir de esta respuesta, que más de la mitad de los argentinos nacidos entre 1940 y 1955 aprobaban (¿aprueban?) las torturas de los '70, podría resultar, como poco, una traspolación aventurada. Sin embargo, este resultado, se ratifica con las respuestas a otra de las preguntas: "*¿En que medida contribuye esa postura (la creación del Museo) a evitar que se repitan experiencias como las que vivió el país en los '70?*". El 56.3% de los encuestados pertenecientes al grupo de edad de 50 a 64 años respondió nada.

La estadística anterior no pretende explicar la "génesis del torturador".

Pretende, apenas, inferir en forma incierta, aproximada, la cantidad de jóvenes argentinos (jóvenes en los '70) que se identificaron o identifican con el accionar de la dictadura militar. Tal vez usar una encuesta relativa a la aprobación del Museo de la Memoria para estimar la magnitud (y vigencia) de un sector social que aprobó el genocidio realizado por los militares sea descabellado. Sin embargo, resulta interesante transcribir unos renglones que, respecto del *dato Blumberg* como lo define Casullo, escribió Sandra Russo:

"...¿Los derechos humanos son sólo para los delincuentes? Un año después de aquella pregunta zorra -"¿Se viene el zurdaje, señor Presidente?"-, preguntó Mirtha Legrand quien, afirma Sandra, *hace las preguntas que se hacen los demás-, toma cuerpo otra pregunta: ¿para cuándo un museo de la memoria para las víctimas de los secuestros extorsivos? ¿Qué pregunta esa pregunta? Nada. Esa pregunta afirma, desde la inimputabilidad del dolor que se le reconoce a una víctima de un secuestro extorsivo, que estas víctimas de hoy son inocentes. ¿Y qué afirma sobre los muertos del pasado? Esa pregunta es vacilante. Y la duda. En este caso, la duda en sí, es terrible (...). Esa pregunta, más allá de la intención con que fue pronunciada, ancla y es recogida por quienes siempre sostuvieron que los muertos de los '70 se la buscaron*".⁸¹

Las causas de por qué aprobaron o aprueban -sin ser parte del poder, instigador último de la represión al pueblo- esas metodologías aberrantes, para mí, siguen sin explicación. Como tampoco tiene explicación la capacidad de un ser humano para ejercitar la tortura sobre otro: la génesis del torturador.

Recuerdo niños, cuando yo era niño, a quienes vi torturar un gato en la Plaza Irlanda. Sin pensarlo un instante me agarré a trompadas con ellos. Yo salí malparado, y el gato no sé cómo terminó. Pero durante días -y aún hoy día: de hecho pasaron cincuenta años y el recuerdo jamás se borró- me pregunté: ¿porqué maltrataban al gato? ¿cómo *eso* les podía gustar? No lo supe. No lo sé. No me lo explico. Como dije antes, carezco de hipótesis al respecto.

Si sé que cinco lustros después de hacer lo que hicieron y de ser supuestamente los vencedores, no pueden comentar lo que hicieron con nadie, ni siquiera con sus propias conciencias. ¿Qué hacías vos en la guerra papá? Secuestraba niños como vos, hijito. ¡Pero qué clase de vencedor es usted, amigo, que de tan a las escondidas que anda por la vida ni siquiera puede hablar con su propio hijo!, dirían los Jauretche, los dos, el viejo y el joven. El joven Jauretche es, en realidad, un viejo montonero (los que sobrevivimos, hoy casi todos ya somos casi viejos) que hace más o menos lo mismo, en relación con su historia, que hacemos no todos pero sí unos cuantos viejos montoneros: nos reconocemos en público como tales, al público explicamos nuestros actos como en su momento se los explicamos a nuestros hijos, nos critican y nos autocriticamos (algunos no mucho y

⁸¹ "Preguntas en falso", Sandra Russo, P12, 24 de agosto de 2004.

otros nada, pero eso pasa en todas las familias), hacemos reportajes y nos reportean, hacemos películas y las hacen sobre nosotros, y sobre nosotros escriben libros y nosotros también los escribimos.

Capítulo 47 -Porque son también las palabras de los que ya no pueden hablar...

Como este libro, que yo ahora escribo. Porque recuerdo a mis muertos, los pienso, los sueño, los veo. En la mirada del Negro hay una nostalgia infinita por la vida, destellos de malicia en la de Leandro, memorias de amor en la de Ilana, comprensión en la de Tato, tristeza en la de la Renga, y mi deseo por y para siempre insatisfecho se refleja en la mirada de Julia. Extraño hasta el dolor tener la posibilidad de charlar una vez más con ellos. Contarles lo que pasó, lo que hice, lo que podríamos haber hecho. A veces, al despertar de alguno de mis sueños, de alguno de esos sueños en los que ellos están vivos y tan jóvenes como cuando murieron, me pregunto ¿por qué yo estoy vivo y ellos no? ¿qué hizo la diferencia? ¿qué justifica mi vida?... ¿Para qué sobreviviste, Petiso?, me pregunta el Negro. Tal vez, respondo, porque se me atragantan el resto de las palabras que nunca pudiste decir. Tal vez, respondo, me respondo, para escribir este libro. Para que ustedes sepan quiénes fueron y porque yo también quiero saber quiénes éramos. Para que se nos conozca y se nos comprenda. Para que se nos pueda despojar de estigmas satánicos o representaciones heroicas: simplemente para que puedan vernos en nuestra condición humana.

Y también porque quiero transmitirlo en la forma más veraz y objetiva (nuestra subjetividad incluida porque la objetividad pura siempre es incompleta) a los que hoy empiezan, a los que luchan por la Justicia, a los que están o estarán dispuestos a dar la vida por los humildes, a los que estén decididos a darla por intentar un cambio en las relaciones de poder, dispuestos a terminar con el poder de los poderosos. En fin, para transmitir nuestra experiencia a los que mañana les tocará el turno de hacer historia. Y de escribirla. Si así no fuera, la experiencia montonera habrá servido de poco: no servirá para que nuestros hijos o nuestros nietos puedan llevar adelante su propia lucha por el cambio, por la revolución posible. O, lo que es lo mismo, para realizar su epopeya: tocar el cielo con las manos, conquistarlo y, desde allí, cambiar la tierra. Así sea.

**UNA BREVE HISTORIA DEL PERONISMO
COMBATIVO Y LOS ANTECEDENTES
POLÍTICOS DE MONTONEROS**

Montoneros y montonerismo: nación peronista y aristocracia montonera...

En los últimos veinte años numerosas publicaciones versaron, directa o indirectamente, sobre la *historia de Montoneros*. O, en su caso, de *los montoneros*. Pocas de ellas diferencian con claridad a la *Organización Montoneros del montonerismo, de la Jotapé* o de la *Tendencia Revolucionaria*. Algunas confrontan a *Montoneros* con el peronismo y ninguna analiza que, tal vez, Montoneros nació en el '55 y fue la hija natural y deseada de una corriente histórica. Ni casualidad ni voluntad de acero. Sino la necesidad de muchos y la decisión de pocos. Tal vez nadie reflexiona acerca de que este país albergaba una patria embarazada y *ese vástago* algún día iba a nacer. Claro está, como cualquier hijo, puede salir doctor o delincuente. Bien criado o tiro al aire. Piola o boludo. Los hijos piolas, dicen los que saben, se nos van de las manos y hacen macanas. Inevitable. Los montoneros las hicimos.

Existen libros, ensayos y artículos escritos por científicos sociales y periodistas que militaron en Montoneros y que, desde su lugar en la actualidad y / o desde su trayectoria militante, intentan respuestas. He leído muchos de sus trabajos y no pude apreciar en ellos una autocrítica⁸² que apunte a reconocer en forma exhaustiva los errores políticos y las actitudes personales que hicieron fracasar el proyecto del sector más combativo de una generación. Del sector de la misma que comprometió su vida en una lucha destinada a lograr un cambio político y socio-cultural signado por la Justicia. El sector que, de una u otra manera, pretendió constituirse como una nueva aristocracia. Una aristocracia cuyas características fundamentales fueran la austeridad y la vocación de servicio: la primera aristocracia de una Argentina que a lo largo de casi toda su historia estuvo dominada por una oligarquía de orígenes y prácticas delincuenciales e incapaz de construir una *Nación*⁸³. La endeble Nación que hoy nos alberga nació, en realidad, el 17 de octubre de 1945 cuando a través del peronismo se incorporó la clase trabajadora a la práctica política y se constituyó como un factor de poder. A lo largo de medio siglo, las fuerzas oligárquicas intentaron destruir la Nación. Y, aunque la deterioraron en todos los sentidos y la desprestigiaron en el nivel internacional, no lograron su objetivo: construir una Nación es difícil; destruirla también.

Este criterio de "nación peronista", como muchas de las afirmaciones que hago con relación a la historia montonera, son polémicas, erróneas tal vez. Pero hoy se impone el sinceramiento y, a partir de él, la profundización de un debate franco y definitivo que le permita al conjunto social sacar sus conclusiones y aprovechar la experiencia. Un debate que *no sea como*, en palabras de Mario Wainfeld, "*los debates en estas pampas (que) suelen ser descalificadores, amnésicos y maniqueos (porque) nada habrá cambiado si todos se obstinan en ver sólo la paja en el ojo ajeno*"⁸⁴.

Al respecto, J. Bárbaro escribe: "*...es toda una historia que cargamos sobre nuestras espaldas que el libro "La voluntad" de Caparrós y Anguita recupera en la infinita cantidad de documentos y detalles, que varios escritos de Bonasso y Verbitsky ponen en un lugar de explicación para mí erróneo, que todavía falta debatir (...)*" y que "*tienen un silencio con la necesaria autocrítica de la etapa que es preciso cubrir*".⁸⁵

Montoneros, esta hija de la historia, nuestra breve historia argentina, era una organización político-militar y, en consecuencia, verticalista, autoritaria, inflexible, elitista, estrecha de miras y, de alguna manera, amarga, sombría. No sé si se puede ser de otra forma cuando se sueñan sueños de poder que asemejan delirios. Cuando se vive con el alma en la boca. Cuando el balazo te espera inesperado a la vuelta de la esquina.

Cuando todos somos parte del todo, y tus partes se caen, se van: se mueren los amores, y no tiene retorno. No había mucho espacio para la alegría. Ni para la libertad. La Iglesia, nuestra Iglesia Montonera, nos salió gótica. Sin embargo, para la misma época surgió el *fenómeno montonero*. Esto es, por un lado el *montonerismo*, una forma de construcción políticomilitar anárquica, arrolladora y a la que se subordinaban las acciones armadas, la cual fue puesta en práctica por un amplio sector de combatientes que albergaban años de experiencia política y que caracterizó y diferenció, entre 1971 y 1973, a la Organización Montoneros de otras organizaciones político-militares.

Y por otro lado, la *jotapé*: un hecho político-cultural -ligado en forma indisoluble y desde su origen a Montoneros- masivo, trasgresor, creativo, abierto, alegre y protagonizado por una parte de la generación nacida entre 1940 y 1960. Un ejemplo: mientras la mayor parte de los combatientes reprimían cualquier manifestación de libertad sexual y observaban con cierto desprecio el nacimiento del rock nacional, los jóvenes

⁸² Las principales excepciones son los libros "Organizaciones político-militares" de Carlos Flaskamp, quien desde las ciencias políticas aborda críticamente el fracaso de Montoneros, y "La creencia y la pasión" de Matilde Ollier. Otro libro importante es "La otra historia" de Roberto C. Perdía quien, como miembro de la conducción de Montoneros desde 1972 hasta su final, escribe sus memorias acerca de la Organización. Si bien critica aspectos políticos y funcionales, más allá de ciertas actitudes auto justificatorias - comprensibles por el rol que le tocó actuar en la historia montonera- omite relatar y / o explicar hitos fundamentales en el fracaso montonero, entre los cuales no son un tema menor el asesinato de Rucci, la competencia con Perón sustentada más en ambiciones y desbordes personales que en razones políticas, y las diferencias internas existentes en los más importantes niveles de conducción. Aún así, el libro de Perdía es una obra importante para el debate.

⁸³ Diferencio el concepto moderno de Nación, cuya entidad integra política y culturalmente a *todos* quienes habitan en su territorio, del concepto de País como territorio. Los principales intentos de construir una Nación -morenismo y artiguismo- fueron frustrados. La generación del '80 consolida un país -aquella nación frustrada de la cual se excluyen indígenas, gauchos, etc.-, de cuyo territorio se apropió y estructuró un Estado al servicio de sus intereses.

⁸⁴ Mario Wainfeld, P12, 5/1/05.

⁸⁵ Julio Bárbaro, Pasiones razonadas, Biblos, 2003.

peronistas -adherentes incondicionales de Montoneros- hacían el amor en los claustros universitarios y frecuentaban los sótanos donde imperaban Charlie García, Nebbia y Tanguito.

En palabras de Horacio González: *“El espíritu del '73 se componía de un núcleo duro que suponía, y lo diré rápidamente, el recurso a las armas insurgentes. Pero había una compleja cultura moderna, un entramado diríamos hoy, en la que con multicolorido sazamiento, convivían Piero o Marilina Ross (“para el pueblo lo que es del pueblo”) con el Frente de Liberación Homosexual, donde no era raro ver repartir volantes “camporistas” al gran poeta Néstor Perlongher... de la sumaria pero juglaresca jotapé, el saludo en ve de los efebos, el fervor de los lectores de la novela Megafón o la guerra de Marechal, las dulces chicas movilizadas con ponchos facúndicos que perfectamente podían ser las descendientes de las chicas de Oliverio Girondo”*⁸⁶.

Tampoco las publicaciones diferencian, y hasta no pocas de ellas confunden, a la *Tendencia Revolucionaria* del Peronismo con la Organización Montoneros. La *Tendencia* fue la última etapa en el devenir político-ideológico y organizacional del Movimiento Peronista, Movimiento que muere con Perón y es sucedido, con pena y sin gloria, por el Justicialismo que actualmente mal llamamos *peronismo*. Si bien Montoneros hegemonizó los últimos momentos políticos de la Tendencia, en realidad nació de su seno y, tal vez, jamás habría surgido si la Tendencia no hubiera existido. A su vez, los antecedentes de la Tendencia se remontan al origen del peronismo. El *suceder* le llaman. Un *suceder* con el cual disientirán muchos expertos y compañeros. Disenso y debate: es la única forma de prender la lamparita. Esa berreta y vacilante que ilumina la historia.

¿Fascista Perón?...

En realidad, la Argentina es un país de paradojas. Sin ir muy lejos en la historia, los nacionalistas de los últimos treinta y primeros cuarenta, enemigos acérrimos del imperio británico, presionaron para que la Argentina se mantuviera neutral durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, los principales beneficiarios de la neutralidad argentina no fueron los países del Eje -a quienes apoyaban los nacionalistas- sino los ingleses a quienes les resultaban imprescindibles las materias primas argentinas: los cargueros que ostentaban la bandera de una Argentina neutral no podían ser hundidos por los alemanes y, en consecuencia, las materias primas llegaban sin obstáculos a Liverpool. Por su parte, los liberales -aliados de Inglaterra durante más de un siglo- presionaron a fondo para que Argentina declarase la guerra al Eje caso en el cual se interrumpiría el abastecimiento de

materias primas argentinas y los británicos se debilitarían. Además, convengamos: el aporte militar argentino no podía ir más allá de algún regimiento integrado por soldados conscriptos con lo cual su contribución al esfuerzo bélico aliado sería insignificante, tan simbólico como, en la práctica, lo fue el brasileño. Si queremos entender el comportamiento argentino durante la segunda guerra, el escenario base sobre el cual situar a los actores, analizar sus actitudes e interpretar el argumento, pasa por una controversia no tomada en cuenta -al menos en toda su dimensión- por la mayoría de los autores. Argentina, en sí misma, era un campo de batalla sobre el cual se desarrollaba una guerra interna entre dos potencias:

Norteamérica, deseosa de asentar su dominio neocolonial sobre nuestras pampas, y Gran Bretaña, necesitada de mantener toda o parte de su influencia sobre los territorios australes de Latinoamérica.

Perón, por su parte, según quienes lo han calificado y aún lo califican como nazi-fascista, tenía modales mussolinianos y pertenecía a un ejército modelado a la prusiana. Para quienes no sepan, los modos de Perón eran típicamente *campechanos* al igual que su particular concepto de la "elegancia": recordemos su cinturón a la altura del pecho y los zapatos bicolor. Cuenta Luis De Echandía que en cierta oportunidad señaló su atuendo y le preguntó a Arturo Jauretche: "¿Qué le parece, doctor?". "Y, si sólo se trata de parecer, parece un gringo con plata, general", respondió don Arturo. De más está decir que jamás fue perdonado. En cuanto al ejército argentino, sólo tenía de prusiano el casco y los máuseres de la primera guerra. Sí es cierto, como han determinado los más lúcidos analistas del peronismo, que sus oficiales estudiaban al estratega alemán von Clausewitz. Cuyas ideas e innovaciones acerca del arte de la guerra, escritas durante el siglo XIX, aún hoy son objeto de estudio por parte de los oficiales de todos los ejércitos del mundo. En fin, lo real es que este coronel "pro-nazi" llamado Perón, tomaba muchas de sus decisiones luego de consultarlas o negociarlas con la embajada británica. Que durante la guerra dio crédito ilimitado al gobierno de Su Majestad para comprar en Argentina. Que después de la guerra y desplazado Churchill del gobierno por el Partido Laborista Inglés, fue un Partido Laborista, denominado y fundado ad hoc, quien llevó a Perón al gobierno. Un partido laborista que sostenía los mismos principios que su homónimo inglés, inspirados en el "fabianismo" británico de principios del siglo XX: una especie de socialismo no marxista que pretendía avanzar en forma gradual hacia la igualdad social y cuya "columna vertebral" -una vez que, a partir de aliarse con otras fuerzas políticas, se estructura en forma partidaria- era la clase trabajadora... ¿suena familiar?.

⁸⁶ Horacio González, P12, 25/5/03.

El primer peronismo y los precursores montoneros...

El Peronismo es uno de los pocos movimientos políticos en el mundo -si no el único- que logró, sin sangre, sudor ni lágrimas, una transformación en las relaciones de poder: la clase trabajadora y su aliada, la incipiente burguesía nacional, reemplazaron en lo que hace al poder *político* a los sectores representativos de las empresas extranjeras y la oligarquía. Digo, el peronismo es uno de los pocos movimientos políticos que logró hacer una revolución sin un largo proceso previo de organización política popular y lucha, sin una confrontación más o menos violenta con el establishment y, aún más, sin un partido político como tal, esto es una organización en la cual la discusión, las luchas internas y los consensos posibilitaron una selección de cuadros dirigentes auténticamente comprometidos con el proceso de cambio que lideraba Perón.

Más allá de una intentona golpista rápidamente abortada en 1951, el peronismo continuó con su proyecto de construcción nacional e igualdad social hasta 1952. Pero a partir de allí se deterioró el crecimiento económico lo cual afectó, sobre todo, la rentabilidad empresaria que bajó del 40 % al 17 %. Esto, para la gran burguesía, resultaba intolerable y actuó en consecuencia. Sumó, con excepción de la clase obrera, a los diferentes sectores políticos y corporativos (en particular a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas) lo cual, aunado a los errores políticos y personales de Perón -tan bien metaforizados por don Aristóbulo Barrionuevo⁸⁷-, aisló y debilitó al peronismo.

Es en este momento que comenzó a perfilarse dentro del peronismo una corriente política que podría definirse como *nacionalista revolucionaria*. No eran pocos los cuadros políticos que se identificaron con ella desde el primer momento del peronismo como movimiento, pero -en un contexto de bienestar generalizado y atenuación de las contradicciones- no encontraron espacios políticos comunes que les permitieran agruparse y constituirse como factor de poder interno. Esta corriente abogaba por una profundización del proceso peronista lo cual pasaba por apropiarse de la rentabilidad empresaria a favor del Estado y la clase trabajadora, y en contraposición de las exigencias de los sectores del capital. Cuando las contradicciones políticas se agudizaron, en particular luego de la intentona golpista de junio de 1955, Perón recurrió a esta corriente -entre cuyos cuadros más notorios aunque desorganizados figuraban Jauretche, Marcos, Oliva, Lagomarsino y Puiggros- lo cual se personificó en la nominación de John Willam Cooke como jefe del peronismo de la Capital. El **peronismo combativo** posterior al '55 es el heredero directo de esta corriente. Y, a su vez, Montoneros constituyó la última expresión político-militar del Peronismo Combativo.

La contrapartida de esta corriente la encontramos en las primeras líneas de la burocracia sindical -depurada, a lo largo de una década, de sus cuadros más combativos por el propio peronismo-, y en la burocracia estatal y política que, después del '55, dan lugar al "**peronismo conciliador**" cuyos herederos tardíos hoy se nuclean en el Partido Justicialista.

El Peronismo Combativo, entre el '55 y hasta la muerte de Perón, experimentó tres etapas sucesivas: 1) el Peronismo de la Resistencia (hasta 1960); 2) el Peronismo Revolucionario (hasta la creación de la CGTA) y 3) la Tendencia Revolucionaria del Peronismo -caracterizada por la incorporación de sectores de la izquierda nacionalista, del cristianismo y de la juventud universitaria al peronismo- en cuyo contexto surgieron las Organizaciones Armadas Peronistas y otros sectores -también revolucionarios en el sentido de que su objetivo era una inversión de las relaciones de poder- que no acordaban con la lucha armada como método, al menos en las circunstancias y momentos en los cuales esta se llevó a cabo.

El mito del peronismo "puro" y los montoneros...

Los montoneros estábamos unidos por la *fe*. La fe en una iglesia, la *iglesia montonera*, que tenía una serie de preceptos, valores y prosélitos que los compartían y que, a su vez, de muy buena fe también se consideraban militantes peronistas. Esto, para todos los analistas extranjeros y para no pocos compatriotas, resulta contradictorio o, por lo menos, difícil de entender. Entonces, para explicarlo, me remonto al origen del peronismo y de la militancia peronista.

En realidad el origen del peronismo -esto es, del sistema económico y de la burocracia estatal que encuentra años después su representación político-partidaria en el Movimiento Peronista- se remonta a la década del treinta con el auge de la industrialización sustitutiva de importaciones: una economía cerrada que requería de un Estado poderoso, propietario de grandes medios de producción, regulador de la misma y del salario y, en consecuencia, dotado de una amplia, compleja y fuerte burocracia. Esta

burocracia -en general de orígenes conservadores y cuyo principal sustento ideológico pasaba por mantener y acrecentar el poder del Estado y, desde luego, ciertos privilegios personales- fue una de las vertientes de donde surgieron, en gran medida, cuadros dirigentes del peronismo. La otra vertiente de cuadros provino de diversos sectores sindicales y, en menor medida, de algunos partidos de izquierda y del nacionalismo de derecha y de izquierda, básicamente FORJA y unos pocos radicales.

⁸⁷ Ver en la Primera Parte el capítulo "Lecciones acerca de Perón..."

De esta manera, el peronismo del '45 se integró con gente de diferentes trayectorias político ideológicas. Y por gente sin historia política previa, gente que *entró a la política en el peronismo*. Al respecto, señala Ricardo Sidicaro: “...dirigentes partidarios y sindicales que procedían de disímiles, y enfrentadas, tradiciones y que libraron importantes conflictos antes y al iniciarse el gobierno. Las aspiraciones de ocupar puestos públicos y de distribuir cargos para sus séquitos fueron expectativas compartidas por todas las agrupaciones adheridas a la candidatura de Perón y que, a la hora de las designaciones, unos expresaron de manera más directa y en otros combinadas con puntos de vista ideológicos para dar más legitimidad a sus reclamos”⁸⁸.

Esto es, ni siquiera en sus inicios existió un “peronismo puro” ni, por lo tanto, peronistas-peronistas o peronistas “puros”. Por el contrario, existía un mayor o menor grado de tensión entre los cuadros y sectores que integraron el peronismo original. Una tensión que se podría haber agudizado hasta degenerar en contradicciones insalvables tal como sucedió en la década del setenta. Al respecto, Gerchunoff y Llach han escrito una frase que me impactó: “Los conflictos internos en el partido nacido junto a la industrialización sustitutiva de importaciones y en parte gracias a ella, están en el corazón de la lucha armada”.⁸⁹

Sin embargo, estas tensiones -entre 1946 y 1955- se sublimaron a partir del ejercicio burocrático del poder. La tarea burocrática define espacios delimitados de actividad, rutinas de mediano y largo plazo, y genera una serie de beneficios políticos económicos y sociales, entre los cuales los referidos al prestigio no son menores. Mantener el statu quo exigió, a la heterogénea burocracia política peronista, desarrollar modalidades de convivencia que atenuaran sus contradicciones. En palabras de Sidicaro: “El proyecto estatal y la aceptación de la autoridad carismática de Perón, en el contexto de la movilización social que respaldaba a la nueva etapa política, conformaron una situación de cohesión de los dirigentes peronistas que no fue significativamente resquebrajada por las disputas internas de poder y que permitió conjugar los intereses en conflicto: individuales, de grupos políticos y de representantes de sectores sociales (...) Los peronistas de 1946-55 constituyeron un partido político estatista por su modo de organización y por su ideología”⁹⁰.

Resulta claro que un partido político de tales características no podía sobrevivir al golpe de estado del '55. No sobrevivió el Partido, sobrevivió el *peronismo*, esto es, las *bases*, la clase obrera que se identificaba con el peronismo y, en lo que hace a la militancia, el Peronismo de la Resistencia.

Un Peronismo que en forma anárquica respondió a la violencia con la violencia y, desde la clandestinidad, generó un nuevo Movimiento multiforme y heterogéneo al cual se incorporó, otra vez, gente sin trayectoria militante previa así como militantes provenientes de diversos sectores políticos e ideológicos.

Reitero, y lo voy a reiterar cuantas veces sea necesario, *el peronismo puro nunca existió*, excepto en el imaginario o la mala voluntad de múltiples sectores que se reivindicaron como tales para avanzar sobre espacios internos de poder. Sí, dos grandes corrientes o tendencias preexistentes al golpe del '55: una conservadora, burocrática, sin tradición ni voluntad de lucha, cuyos militantes o funcionarios, luego del golpe, se mandaron guardar. Y otra, combativa, que desde adentro presionaba al gobierno para avanzar en las conquistas populares y que luego del golpe conformó el Peronismo de la Resistencia.

El Peronismo de la Resistencia...

Después de “Laica y Libre” y durante los primeros sesenta hasta no mucho antes del golpe de estado a cuyo frente figuraba su majestad la morsa, Onganía, si bien existían coincidencias entre militantes provenientes de los diferentes sectores políticos y sociales, recién a partir de 1967 tomaron contacto en función de proyectos que, potencialmente, podrían ser comunes. Contactos a partir de los cuales comenzaron a gestarse los primeros grupos armados posteriores a la Resistencia, cuya ulterior fusión dió lugar a que uno de estos grupos - originalmente denominado Montoneros y ejecutor de Aramburu- pudiera sobrevivir, desarrollarse y construir la organización político-militar urbana de mayor envergadura en América.

Sin embargo, la lucha armada no era un fenómeno nuevo, ni siquiera lejano, en la historia de la militancia revolucionaria argentina. Existió después del golpe militar que derrocó a Irigoyen -en forma de alzamientos cívico-militares y a cargo de militantes radicales quienes de una u otra manera se asumían como nacionalistas revolucionarios y entre los que destacaron Orestes Neri, Arturo Jauretche, el teniente coronel Pomar, el coronel Cattaneo y los hermanos Kennedy-.

Después de la Revolución Libertadora, también se realizaron alzamientos cívico-militares -la revolución del general Valle y, posteriormente, la asonada del general Iñiguez- y se experimentaron, además, otras formas de lucha que hoy, en su conjunto, denominamos Peronismo de la Resistencia e incluyeron experiencias insurreccionales -la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre, encabezada por Sebastián Borro, que puso en pie de guerra al barrio de Mataderos durante una semana-, y experiencias guerrilleras rurales como fue la de los Uturuncos desarrollada en Tucumán y Santiago del Estero entre octubre de 1959 y junio de 1960 o, para la misma época, la de Ciro Ahumada en Mendoza.

⁸⁸ Ricardo Sidicaro, “Los tres peronismos”, Siglo XXI Editores, Bs. As., 2002.

⁸⁹ “Entre la equidad y el crecimiento”, citado por Julio Nudler en P12, 18/04/04.

⁹⁰ Ricardo Sidicaro, op. cit.

Ernesto Salas⁹¹ señala que *“falta mucho para cubrir la ausencia historiográfica que abarca desde el golpe militar de 1955 hasta el surgimiento de las guerrillas de fines de la década del 60... dado que se toma solamente el período de auge y pleno desarrollo de las formaciones guerrilleras y no la historia completa, terminando por soslayar no sólo los orígenes de las guerrillas sino algunas de las causas principales de la violencia en la Argentina de aquellas décadas”*. Salas desarrolla en sus libros una hipótesis que vincula directamente -no como antecedente sino como *continuidad*- el origen de la lucha armada peronista de los 70 con la Resistencia Peronista. Yo, al respecto, coincido aunque en forma parcial. Si reconocemos que después del golpe del '55, el *peronismo en lucha* experimentó tres etapas -el Peronismo de la Resistencia (hasta 1960), el Peronismo Revolucionario (hasta 1967/68) y la Tendencia Revolucionaria (a partir de la creación de la CGT de los Argentinos y en cuyo contexto surgieron las Organizaciones Armadas Peronistas)-, entre la segunda y la tercera etapa se incorporó una variable independiente que, de alguna manera, hizo una irrupción en el proceso revolucionario: se trató de la incorporación de jóvenes en su mayoría de clase media quienes -politizados en el cristianismo post conciliar, el nacionalismo o la nueva izquierda e influenciados por las teorías del Peronismo Revolucionario de John Willam Cooke- impusieron una impronta de lucha diferente a las experimentadas hasta ese momento por el peronismo. Mientras tanto reconozco que Salas es uno de los historiadores que, con seriedad y profundidad, ha estudiado el fenómeno de la Resistencia. Por ello, considero importante, a los efectos de describir el Peronismo de la Resistencia, transcribir uno de sus textos:

“...en la Argentina las tendencias a ubicar las causas de las insurrecciones urbanas y el auge de las guerrillas en los años inmediatamente previos -generalmente desde la dictadura del general Juan Carlos Onganía- reside en que una parte de la opinión, aquella que en general apoyó el derrocamiento por la fuerza del peronismo, concibe a los gobiernos que lo sucedieron como gobiernos moderados y, en muchos casos, hacen poco hincapié en los crímenes cometidos entre 1955 y 1966, hayan sido realizados por gobiernos militares o por gobiernos civiles débiles y acosados por la sombra del golpe de estado. Pero desde el punto de vista de los que sufrieron la exclusión y la represión, la llamada “primera resistencia”, o sea la que se desarrolló entre 1955 y 1960, dejó una huella que se transformó e integró en la tradición combativa de la década siguiente. Las bases peronistas, liberadas de la tutela ejercida por el Estado y su partido y fogueadas por las intensas luchas de la segunda mitad de los 50, se radicalizaron hacia ideas nacionalistas revolucionarias, tanto en los sindicatos como en los comandos. Las prácticas de sabotaje en las fábricas, los importantes atentados con explosivos a empresas extranjeras o a las fuerzas represivas, el estallido de miles de bombas caseras y las largas huelgas defensivas de casi todos los gremios industriales se extendieron por todo el país. La experiencia se adquirió en el camino. En esos primeros años las fuerzas militares y policiales detuvieron a miles de personas; muchos de ellos fueron torturados y asesinados, otros fueron enviados a las cárceles del extremo sur del país. La policía disparó contra las movilizaciones de trabajadores y asesinó a varios obreros del surco, del puerto, metalúrgicos; decenas de miles de personas fueron inhabilitadas para ejercer cargos gremiales y políticos, miles figuraron en las listas negras y no pudieron trabajar, otros tantos fueron “presos Conintes”.⁹² Para ellos, ese fue el significado de la proscripción. Cuando en 1960 estas formas de resistencia fueron desbaratadas, muchos de sus componentes simbólicos se transformaron en experiencia, tradición y memoria viva en los barrios obreros y en las fábricas, aunque luego ellas fueran diversamente interpretadas por las variadas coloraciones ideológicas del peronismo”.

Salas ubica el fin de la Resistencia para 1960. Recordemos que para el momento en el cual Perón fue derrocado, el peronismo estaba constituido por tres sectores: la burocracia estatal y político partidaria, los sindicatos y un grupo de *cuadros políticos “duros”* provenientes en su mayoría del nacionalismo revolucionario y de la izquierda, con muy poco peso dentro del movimiento peronista y cuyos representantes más conspicuos eran Cooke, Oliva, Marcos y Lagomarsino. A quienes se sumaban cuadros sindicales de segunda y tercera línea, algunos de ellos -como por ejemplo Vandor- influenciados por la organización trotskista Palabra Obrera. Estos sectores sólo coincidían con la obra de gobierno y el liderazgo de Perón, liderazgo imprescindible para mantener la unidad de un movimiento que, en términos político-ideológicos, se caracterizaba por su heterogeneidad.

Después de la Libertadora, la burocracia política se llamó a cuarteles de invierno y la dirigencia sindical, despojada de sus estructuras orgánicas, se dedicó a girar en el vacío. Sólo reaccionaron los cuadros “duros” caracterizados, en palabras de Eduardo L. Duhalde, *“por la búsqueda estratégica de una sociedad igualitaria, con el cuestionamiento del modo de producción capitalista y el rechazo de la dominación imperialista”*,⁹³ lo cual no significaba una asunción del marxismo-leninismo como ideología: “modo de producción” es un concepto muy amplio y el reemplazo del capitalismo se puede dar a partir de un sistema económico caracterizado por el monopolio estatal de los medios de producción o de un sistema caracterizado por el mutualismo, el cooperativismo y / o el control obrero de las empresas privadas. Además, el sector duro, en lo internacional, reivindicaba la Tercera Posición y, en lo político, un movimiento políticopartidario policlasista y la democracia

⁹¹ Ernesto Salas ha escrito dos libros -La Resistencia Peronista, La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre y Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista- que constituyen un obligado material de consulta para aquellos que quieran conocer con amplitud acerca de la Resistencia. Los materiales extractados aquí corresponden a “Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista”, Editorial Biblos, 2003.

⁹² “Conintes” significa “Comoción Interna del Estado” y se trataba de un plan represivo basado en una ley, la 13.234, sancionada durante el gobierno de Perón pero que recién se aplicó a partir de los primeros meses de 1960. El plan consistía en otorgar a las fuerzas armadas el manejo total de las operaciones represivas así como el juzgamiento y condena de las personas acusadas de terrorismo. Durante el mes de marzo de 1960, al amparo del Conintes, se realizaron miles de allanamientos a domicilios particulares y fueron detenidos una gran parte de los dirigentes de los Comandos de la Resistencia.

⁹³ “De Taco Ralo a la Alternativa Independiente”, Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, Editorial “de la campana”, 2003.

representativa. Lo importante, para ellos, era incrementar lo máximo posible el pedazo de la torta correspondiente a los asalariados, y si fuera toda la torta todavía mejor. Y su consigna estratégica era el retorno de Perón a la patria y al poder. No por oportunismo sino porque, al igual que en su momento los montoneros, consideraban que era el único medio de lograr el propósito de una sociedad igualitaria y un país independiente.

Dijimos: después del golpe este sector es el único que reaccionó, y lo hizo de inmediato. En enero de 1956, el "Comando Nacional de la Resistencia", dirigido por César Marcos y Raúl Lagomarsino, difundió un documento titulado "DIRECTIVAS GENERALES PARA TODOS LOS PERONISTAS" con la firma, jamás desmentida, de Perón. Aunque algunos viejos peronistas atribuyen su autoría a Enrique Oliva lo cual, para quienes conocen al viejo Oliva y a la querida Resistencia, no resulta descabellado.

El documento afirmaba: *"Hemos cometido el error de creer que una revolución social podría realizarse incruentamente... este lapso de tiranía... nos devolverá la dinámica revolucionaria... La muerte de miles de trabajadores, asesinados por la reacción, nos está demostrando el camino en esta lucha... A nosotros ya no nos interesan las elecciones sino como un medio más... Debemos estar decididos y prepararnos minuciosamente para una nueva acción"*.

¿Y cómo se concretaba esa "nueva acción"? A través de cinco conjuntos de actividades: 1) la Resistencia Civil que incluía cualquier medida capaz de dañar a la dictadura, desde la difusión de rumores o "matar a un gorila" hasta las huelgas y el sabotaje; 2) la organización clandestina del pueblo que pasaba por transformar al movimiento peronista

en una organización celular y secreta; 3) el paro general revolucionario como hecho insurreccional para obligar a los gorilas a abandonar el gobierno; 4) la guerra de guerrillas y 5) las acciones especiales como la intimidación, esto es, (a los gorilas) *hacerles sentir el terror* ya que los gorilas han *tenido por objeto aterrorizar a la población*. Estas fueron las "Instrucciones generales para los dirigentes peronistas", emitidas pocos meses después de las "Directivas", por el Comando Superior Peronista el cual finalizaba el comunicado con la siguiente indicación: *"Cumpla, donde y como pueda, las presentes instrucciones, Saque copias y hágalas circular"*.

Estos documentos fueron las bases programáticas que dieron sustento al Peronismo de la Resistencia. Caracterizado por su entrega, su heroísmo, su desorganización, su personalismo y la anarquía de su accionar (*Cumpla, donde y como pueda...*). Un peronismo que se extinguió como tal, afirma Salas y creo que tiene razón, en 1960. En parte por su propia anarquía la cual, en un comienzo favoreció su accionar y, después, lo hizo vulnerable a la represión. Pero, más aún porque, en los cinco años que mediaron desde la Libertadora, habían cambiado las circunstancias políticas en el país.

Cuando ganó las elecciones Frondizi -gracias al apoyo del peronismo, aunque muchos "resistentes" promovían el voto en blanco-, retornó una democracia representativa (limitada por la proscripción del peronismo como partido político), se dieron ciertas condiciones de legalidad o semi-legalidad para el accionar político de la dirigencia peronista tradicional y, hasta cierto punto y con reservas, mejoraron las condiciones de vida de muchos sectores de la clase trabajadora respecto de la debacle socio-económica que produjo la Libertadora.

De hecho, Frondizi promovió una Ley de Anistía que limitó las persecuciones originadas en el golpe del '55, implementó el Plan de Transformación Agraria en la provincia de Buenos Aires con lo cual permitió acceder a la propiedad de la tierra a los pequeños chacareros y sancionó la Ley de Asociaciones Profesionales que permitió a los gremialistas peronistas recuperar la mayoría de los sindicatos intervenidos por la Libertadora.

Nuevos dirigentes sindicales -forjados al calor de la Resistencia pero, luego de recuperar sus sindicatos, limitados por sus objetivos gremiales específicos y el relativo fracaso de varias huelgas generales- ahora rechazaban arriesgar sus organizaciones en función de proyectos insurreccionales. Retornaron, tal vez sin saberlo, al pensamiento anarcosindicalista de los '20 y los '30: primero el sindicato, después la revolución.

Pensamiento usufructuado hasta las últimas consecuencias, entre el '43 y el '45, por el propio Perón con el objeto de construir su movimiento. El mismo pensamiento que, en los '60 y llevado hasta sus últimas consecuencias por Vandor, se metaforizó en la frase *"hay que estar contra Perón para salvar a Perón"*. Frase que en su momento -los momentos, en términos cronológicos, son un caos en la historia peronista- Perón respondió: *"hay que avanzar con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes"*. Vandor perdió la cabeza. Pero eso sucedió más tarde, años, en 1969, después del Cordobazo. El peronismo puede navegar con banderita de boludo hasta el cansancio, pero jamás pierde la memoria. A la medida de Perón.

Al amparo del posibilismo frondizista, caudillos peronistas del interior organizaron partidos neo-peronistas y levantaron las banderas de un peronismo sin Perón. Y muchos burócratas partidarios, que habían apoyado desde afuera a la Resistencia, no por convicción sino porque la dictadura de Aramburu no les dejaba otra posibilidad, encontraron espacios políticos en los cuales desarrollarse sin riesgo: siempre y cuando no insistieran con el retorno de Perón.

El retorno de Perón, precisamente. Nada más y nada menos. El objetivo estratégico del Peronismo de la Resistencia. El cual, ante las circunstancias descritas, quedó aislado. Aislado entre sí, cada cual en su carreta, sin brújula y para cualquier lugar, de alguna manera siempre lo estuvo. Pero durante unos años, a pesar de su propio caos, fue representativo -líder, vanguardia, conducción, albergue de la esperanza, constructor de subjetividad revolucionaria- del conjunto peronista. Sin embargo, en 1960 no sólo sangraba por cien heridas sino que también se vio aislado de un *otro* peronismo, conciliador y semi-institucionalizado en la precaria legalidad democrática de Frondizi. Cuyo proyecto, el desarrollismo -si sacamos los contenidos populares del peronismo y, en

consecuencia, su capacidad revolucionaria-, no tenía grandes diferencias con el del peronismo del '55.

Más de una vez gracias a la perspectiva, o retrospectiva, que nos dio el paso de los años, especulamos con mi viejo amigo Amílcar Fidanza, cuán diferente habría sido el devenir argentino, si el peronismo y el desarrollismo hubieran logrado un consenso político. Pero ello no era posible. En principio porque Perón y Frondizi pretendían ocupar el mismo espacio, y éste era demasiado estrecho para albergar a dos personajes de tamaña envergadura. Y, por otra parte, tal vez más importante, porque el peronismo -en su conjunto, en su inmensa mayoría-, hasta la muerte de Perón, jamás renunció ni siquiera un tranco de pollo en lo que hace a sus reivindicaciones clasistas.

Ni siquiera la después conocida como “burocracia sindical” resignó su lucha por defender o mejorar las condiciones laborales de los trabajadores sino que, además, sostuvo económicamente la lucha del peronismo en su conjunto. Sostuvo incluso a los diferentes sectores que integraban el Peronismo Revolucionario. Los sostuvo, puso plata. Pero también les puso condiciones. Eran peronistas al fin y al cabo. Al fin y al cabo, eran políticos: si pongo, quiero. Y allí veremos a los bronce -Rearte, El Kadri, Rulli, Caride, Cabo, esta noche se me escapan tantos nombres-, bronce en serio, enfrentados entre sí a partir de las contradicciones existentes entre los diferentes grupos de la burocracia sindical.

A ello sumemos que Frondizi, lúcido como pocos pero débil hasta el hartazgo frente a las amenazas de los gorilas, agachaba la cabeza y transaba sin límites frente al establishment. Nuestros gorilas, aterrorizados, aún en su imaginario, por el peronismo y esos *negros de mierda* gracias a los cuales el peronismo fue poder y gracias al cual ellos, los negros, dejaron de ser de mierda para transformarse en protagonistas de la historia. Nuestros gorilas siempre fueron unas bestias. Pero, si avizoramos el futuro, si trasladamos la mirada un par de lustros hacia adelante, si la gracia del Señor en 1970 nos develó al cadáver de Aramburu mientras se pudría en Timote y a las masas del '73 cuando vociferaban venganza y justicia en la Plaza Bombardeada, confirmaremos que nuestros gorilas sin dejar de ser bestias poseían el talento de la premonición. En todo caso, Frondizi arrugó, ya exterminada la Resistencia, con relación al Peronismo. Y los militares lo condecoraron. En la prisión de la isla Martín García.

Lo cierto es que, en tal contexto, se extinguió el Peronismo de la Resistencia. Se extinguió como fundamental representante del pueblo peronista y como potencial interlocutor tanto con Perón como con el Poder.

En cuanto representante del pueblo peronista porque, después de cinco años de sangre, sudor y lágrimas, de cinco años de esfuerzos sin límite y de quilombos sin medida, no había logrado una sola victoria, nada que el peronismo y el pueblo peronista en su conjunto, pudiera reivindicar como una derrota del enemigo. La ejecución de Aramburu fue la primera victoria, y de ella deriva el fenómeno montonero. Pero, para 1960, sobraron los balazos y todas las bajas fueron propias.

Al respecto, hay una anécdota ilustrativa que narra Eduardo M. Pérez quien, en 1999, le preguntó a Amanda Peralta cuándo, para ella, terminó la Resistencia. Amanda respondió: “*Termina en el '59 o en el '60, con el levantamiento de la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre, con el Conintes, con el golpe de Iñiguez. Yo lloré el día del levantamiento de la huelga, pero además, nos preguntábamos más adelante: resistir, resistir, resistir ¿y cuándo vamos a pasar a la ofensiva?*”.⁹⁴ Como ya escribí, la ejecución de Aramburu simbolizó o ritualizó el pase a la ofensiva del Peronismo, y por ello el éxito inicial de Montoneros en las bases peronistas y su capacidad para reclutar la militancia anterior y posterior a la Resistencia.

El Peronismo de la Resistencia también fracasó como interlocutor de Perón: de última, la lealtad de la clase obrera y su *unidad* como único factor de su poder, radicaba en la figura de Perón. El Peronismo de la Resistencia fracasó porque, en razón de las nuevas circunstancias políticas, no constituía una pieza importante en el ajedrez político argentino. Tal vez, para Perón, sobre el tablero de los '60, el Peronismo de la Resistencia ni siquiera era un alfil, peón apenas: no se regalaba, pero podía sacrificarse sin problemas de conciencia.

Perón no se definía ni como político ni como revolucionario sino como *conductor estratégico*: por lo tanto manejaba todas las variables pasibles de posibilitar su triunfo, su victoria, sin dejarse influenciar por connotaciones valorativas, morales o ideológicas. En consecuencia, impulsaba aquellas que pudieran ser exitosas, y pasaba a la “reserva” a

aquellas que habían fracasado o podían hacer fracasar al conjunto. En términos estratégicos, debilitado como estaba, el Peronismo de la Resistencia no tenía la más mínima posibilidad de darle jaque a nadie. De “mate” ni hablemos.

El mismo Perón estaba debilitado: fuera de lo protocolar, de las visitas de “cortesía” que la variopinta parafernalia peronista ritualizaba en Puerta de Hierro, para 1960 Perón manejaba poco y nada. Dante Gullo opina lo contrario: dice, me dijo hace unos días en un bar de Caballito Norte, que no se puede ver la situación de Perón fuera del contexto, al margen de las variantes que el régimen inventaba para aislar a Perón.

Perón, dijo el Canca, nunca estuvo más fuerte que en Puerta de Hierro: débiles eran Onganía, la Revolución Argentina y las variantes pseudodemocráticas inventadas por el Partido Militar. Coincido con Gullo en que Perón tuvo su máxima fortaleza mientras vivió fuera de la Argentina pero: *cuando Dios baja a la Tierra...* En todo caso, para 1960, existía un sindicalismo emergente de la relativa legalidad democrática que, de una u otra manera, hostigaba al Poder y tenía la capacidad de negociar con él. La táctica, para Perón, ahora pasaba por utilizar esas piezas las cuales, jugadas con *prudencia y sabiduría*, le posibilitaban definir una nueva estrategia de poder.

Al margen de Perón, lo cual era imposible para cualquier peronista que entendiese el protagonismo del Viejo como sinónimo de Revolución, el Peronismo de la Resistencia jamás se había planteado ser un interlocutor con

⁹⁴ “De taco Ralo a la Alternativa Independiente”, Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, Ediciones De la Campana, 2003.

el Poder, con el *stablishment*. No se puede ser interlocutor de alguien cuando el único y excluyente objetivo de uno es aniquilarlo. Al menos, cuando no existe la más remota posibilidad de concretar su aniquilación.

Y por último, lo más importante. Más importante que cualquiera de las circunstancias que condicionaron la derrota del Peronismo de la Resistencia, más importante aún que la suma de todas ellas: el Peronismo de la Resistencia carecía de una teoría revolucionaria, de una estrategia para la toma del poder. Y ello, tal como sucedió desde Espartaco en adelante, más tarde o más temprano, habría acabado con la Resistencia. Precisamente, la gran diferencia, el hito que separa al Peronismo de la Resistencia del Peronismo Revolucionario, fue la construcción de una teoría revolucionaria.

En síntesis, en 1960 se extinguió el Peronismo de la Resistencia *como tal*. Esto es, como conjunto, como sector político, como opción de lucha para la toma del poder. Los que no se extinguieron, ni mucho menos, fueron los cuadros formados en su práctica. Esos cuadros, que ya no eran tantos y estaban, en cuanto grupos, bastante atomizados, analizaron, cuestionaron, hicieron autocríticas y abrevaron su pensamiento en múltiples y diversas fuentes. Argelia y Fanon, Castro y Cuba, el Che.

Paradojalmente, en este momento de debilidad del peronismo en cuanto potencial poder revolucionario, sectores de izquierda -por ejemplo, el Vasco Bengochea, desde el trotskismo o algunos grupos "izquierdizados" del nacionalismo católico, de Tacuara en particular- *comenzaron* a mirar al peronismo con cariño. Surgió también, el Movimiento de Liberación Nacional, liderado por Ismael Viñas el cual, desde el marxismo, se planteó una revisión de lo nacional, la necesidad de tener en cuenta al peronismo (al pueblo peronista, en realidad) para la construcción de una estrategia revolucionaria. Y, casi no hace falta mencionarlo, el triunfo de la revolución cubana y su radicalización, su definición anti-imperialista a escasos metros del imperio y el romanticismo revolucionario que ello implicaba.

A las exequias del Peronismo de la Resistencia, en 1960, se sucedió el nacimiento del Peronismo Revolucionario, en 1961. Cuyo mojón simbólico fue la toma de un cuartel aeronáutico en Ezeiza por parte de un grupo dirigido por Gustavo Rearte, paradigma militante, si los hay, de la revolución peronista. O de gozar y sufrir, y también morir, en el intento.

El peronismo Revolucionario...

En política, la voluntad para la toma del poder, resulta imprescindible. Pero, por sí misma, la voluntad nunca alcanza: es necesario que las circunstancias históricas posibilitem el ejercicio eficaz de esa voluntad. Cuando en 1961, el grupo integrado por Rearte, El Kadri, Spina y Caride, entre otros, tomaron el cuartel de guardia establecido por la Aeronáutica para custodiar unos monobloques en Ezeiza, les sobraba voluntad. Pero tenían en contra las circunstancias históricas: aún no se daban las condiciones ni para la lucha armada ni para la construcción de un partido u organización revolucionaria con peso propio para disputar el Poder. Disputarlo hacia el interior del peronismo y, menos aún, hacia afuera.

El Peronismo Revolucionario era, en lo esencial y en sus inicios, una idea: no existe Revolución sin partido revolucionario. Una teoría y una práctica, que no descartaba la lucha armada, pensadas e impulsadas, de diferente manera, por diversos grupos caracterizados por desconfiar los unos de los otros cuando, directamente, no estaban enfrentados entre sí.

Sin embargo, no fueron su debilidad numérica ni su incapacidad para unirse y organizarse, quienes condicionaron el rol secundario -que desempeñaron tanto dentro del movimiento peronista como en la política argentina- entre 1961 y 1967. Su opacidad se debió al rol protagónico que jugó el sindicalismo durante ese período. Rol que no siempre, ni mucho menos, fue antipopular o contra-revolucionario. Hasta 1965. Y después, no nos confundamos, no existió un solo sindicalismo. Existió, después, un importante sector del sindicalismo que colaboró, sin quejas ni penas, con la dictadura de Onganía: sus máximos dirigentes lo pagaron con la vida. Y otro sector del sindicalismo que apostó todas sus fichas a la Revolución: muchos de sus dirigentes, también lo pagaron con la vida. Fue, también y precisamente, un ex-dirigente de los obreros metal-mecánicos, Sabino Navarro, quien orientó el destino de Montoneros en el peor momento de su historia. Y murió en la patriada.

En el capítulo anterior vimos como durante el gobierno de Frondizi, los dirigentes sindicales recuperaron sus organizaciones y se fortalecieron. Al punto que, a inicios de los '60, fueron hegemónicos en el Movimiento: no sólo planteaban reivindicaciones concretas en favor de los trabajadores que representaban; además, en su propio nombre y en el de Perón, negociaban con el gobierno y las otras fuerzas partidarias o, llegado el caso, movilizaban o amenazaban con la movilización de las bases peronistas. Y obtenían resultados concretos, visibles: indudable manantial de prestigio e influencia en relación al conjunto del peronismo. Constituían una herramienta imprescindible en la estrategia política del General de quien, sólo hasta cierto punto, podían ser independientes en tanto manejaban sus propios recursos económicos y organizacionales. Como sólo hasta cierto punto eran independientes en relación a los alcances de sus objetivos, reivindicaciones y la forma de luchar por ellos.

Hasta cierto punto: los objetivos o reivindicaciones gremiales y sus luchas tenían un límite intrínseco: el Partido Militar seguía vigilante detrás de cualquier gobierno de turno. Y, si bien existían controversias al interior del

Partido Militar, los militares estaban indisolublemente unidos frente a la más mínima posibilidad de que el peronismo conquistara el gobierno o de que Perón pisara suelo argentino. Vigilantes respecto de cualquier posibilidad que hiciera a una distribución más justa de la riqueza o de cualquier actitud de independencia en relación a Norteamérica. Y, hasta cierto punto independientes de Perón porque, en última instancia, la contradicción política principal pasaba por peronismo versus antiperonismo en un país donde, para la clase trabajadora, el prestigio y liderazgo de Perón no sólo se mantenía sino que se había acrecentado. En última instancia, la fuente de poder del sindicalismo -tal como una década después ocurrió con Montoneros- abrevaba en la figura de Perón. Más allá de cualquier mérito, era un poder prestado. Daniel James escribe⁹⁵: "*Cuando la independencia de los dirigentes sindicales se acentuaba demasiado y estos empezaban a usar sus poderes en formas que Perón reprobaba, él no dejaba de recordarles la índole relativa de ese poder (...) Uno de los resultados de tal situación fue el frecuente fenómeno de que, forzado Perón por las circunstancias a utilizar y promover la rama sindical del movimiento, cuando ésta parecía a punto de alcanzar alguna expresión formal él se volviera deliberadamente contra ella y provocara su deposición*". Entendamos que esas "expresiones formales" a las que se refiere James, son las que apuntaban a la integración

del peronismo al sistema, a la subordinación de los trabajadores a los intereses políticos y económicos del establishment, al peronismo sin Perón.

En todo caso, el espacio controversial que se abría alternativa y sistemáticamente entre Perón y los dirigentes sindicales, era el que ocupó, en los primeros '60, el Peronismo Revolucionario. Además, los dirigentes sindicales, más allá de lo reivindicativo y de buscar la unidad en el seno de una Confederación General del Trabajo con identidad peronista, carecían de un pensamiento y de una política homogéneos. No eran lo mismo Vandor y Alonso -pragmáticos y posibilistas-, que Di Pascuale y Amado Olmos -identificados con el Peronismo Revolucionario-, o Andrés Framini y Avelino Fernández quienes, sin identificarse con el Peronismo Revolucionario, entendían que para lograr el bienestar de los trabajadores no había otra salida que la política y ésta pasaba por el retorno de Perón al país y del Peronismo al poder. Sin embargo, durante el primer lustro de los '60, tanto los dirigentes sindicales como los peronistas revolucionarios, coincidieron en los dos principales hitos que, desde el peronismo, marcaron el período. Con diferencias e idas y vueltas, así como con sus propias formas de acumulación política, coincidieron en el "Plan de Lucha" y en el "Operativo Retorno".

En 1962, fueron anuladas las elecciones que, con diferentes denominaciones, había ganado el peronismo y un golpe militar volteó a Frondizi: el presidente del Senado, Guido, fue puesto a cargo del Poder Ejecutivo, e implementó medidas económicas anti-populares, intervino los sindicatos más combativos y encarceló a unos cuantos cuadros peronistas.

Las elecciones realizadas en 1963 incluyeron la proscripción del peronismo. Entre 1963 y 1964, Gustavo Rearte fundó el Movimiento Revolucionario Peronista con la propuesta de "*que esclarezcamos nuestros objetivos, nos organicemos para la acción y dominemos y pongamos en práctica todas las formas de lucha. Para ello el pueblo deberá oponer al ejército de ocupación del régimen, sus propias fuerzas armadas...*". Jorge Rulli, en el marco del Movimiento Revolucionario Peronista, organizó la primera versión de las Fuerzas Armadas Peronistas, las cuales realizaron pequeños operativos armados que no firmaron. Surgió a la luz pública, con el asalto al Policlínico Bancario, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Se implementó el Plan de Lucha de la C.G.T. en cuyo contexto, durante mayo y junio del '64, se tomaron miles de fábricas.

El general De Gaulle visitó la Argentina y los homenajes en su honor fueron copados por la militancia peronista al grito: "Degól, Perón, Tercera Posición". Y, por último, en diciembre, Perón fue obligado a descender en Brasil del avión que lo traía a la Argentina.

Las luchas del '63 y el '64 se caracterizaron por la visualización de un peronismo que accionó en conjunto más allá de los diferentes pensamientos que existían en su seno. Pero el fracaso del retorno de Perón, impuso una línea divisoria -esta vez sin retorno- en el peronismo. Los diarios argentinos reprodujeron la opinión de la revista "Time", según la cual el fracasado retorno de Perón terminaba con su carrera política. Y no faltaron quienes adjudicaron a Vandor la responsabilidad de haber embarcado a Perón en una aventura sin destino con el único objeto de heredarlo.

Durante el '65, el peronismo se volcó sobre sí mismo. Fue una etapa de luchas intestinas, caóticas, en las cuales se armaron y desarmaron alianzas y bandas cuyos protagonistas, a su vez, se pasaron de un lado a otro con la misma frecuencia que se cambiaban la camiseta. En este período, y hasta un año después del golpe de estado de Onganía, 1967,

existieron sólo dos hechos destacables. Uno de ellos fue que los cuadros que se identificaban con el Peronismo Revolucionario, abandonaron la tutela que hasta ese momento ejercían sobre ellos ciertas organizaciones sindicales. Y, el Peronismo Revolucionario en su conjunto, aún desorganizado como estaba y siempre estuvo, comenzó a sumar, en cantidad (militantes, cuadros y grupos, tanto territoriales como universitarios y sindicales) y en calidad: debate, definiciones políticas e ideológicas, perspectivas estratégicas. A esta sumatoria no fue ajeno Perón. En parte por sus definiciones teóricas de carácter combativo y renovador. Pero, sobre todo, con la nominación de Bernardo Albarte como su delegado personal quien -desde su lugar, el segundo luego de Perón en el movimiento- apoyó sin vacilaciones la construcción del Peronismo Revolucionario en su conjunto.

El otro: el advenimiento del onganiano encontró al peronismo conciliador a los abrazos con la dictadura, champán en mano. Brindis inolvidable que protagonizaron Alonso y Vandor. Nada tenía de contradictoria tal actitud. La propuesta de Onganía, en sus inicios, consistía en reemplazar la democracia representativa por

⁹⁵ Daniel James, "Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976". Editorial Sudamericana, 1990.

acuerdos entre corporaciones: entre otras, la Iglesia, las Fuerzas Armadas y, ¿porqué pensar que no?, la C.G.T. Y esto en un contexto, si no de apoyo, de confusión y expectativa popular. Los argentinos habían sido bombardeados, mediática e ideológicamente, por aviones negros y por aviones blancos. Después de la Libertadora y a lo largo de diez años de lucha, los peronistas demostramos la inviabilidad de la democracia representativa para restablecer la justicia y los plenos derechos de los trabajadores. Los aviones blancos, el liberalismo vernáculo, por su parte, tiró las bombas de siempre. Además... ¿alguien dijo que los pueblos nunca se equivocan?.

La Tendencia Revolucionaria del Peronismo...

A fines de 1968 y en enero de 1969 se realizaron dos Congresos del Peronismo Revolucionario. El tema central que cruzaba a ambos pasaba, en primer lugar, por la metodología de lucha para enfrentar a la dictadura de Onganía. Y, secundariamente, hacia el interior del movimiento peronista, cómo imponerse o desplazar a los sectores proclives a conciliar con el Poder para lograr espacios políticos y convivir con dicho Poder sin cuestionarlo como tal.

En el Congreso del '68 participaron el recién destituido delegado de Perón -Bernardo Alberte-, el máximo referente y teórico del Peronismo Revolucionario -Cooke-, el fundador del Movimiento Revolucionario Peronista y de la Juventud Revolucionaria Peronista -Gustavo Rearte-, varios dirigentes de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos y algunos futuros montoneros como Sabino Navarro, Hobert y Gustavo Lafleur. Todos los participantes coincidían en que al estar cerradas las vías legales de expresión política había que desarrollar la lucha armada.

Ello, con excepciones, estaba fuera de discusión. Lo que se discutía era en qué condiciones desarrollar esta lucha. Si era o no el momento de tomar las armas, si estaban dadas las condiciones, si no era menester desarrollar previamente una fuerte organización popular que diera sustento -político e infraestructural- a la lucha armada, o si la misma lucha armada generaría las condiciones para desarrollar la organización popular.

Al finalizar el Congreso quedaron establecidas dos posiciones: una postulaba que, aunque la lucha armada iba a ser imprescindible en el futuro y había que tenerla presente en cualquier desarrollo estratégico, las condiciones objetivas y el nivel de organización popular no eran todavía suficientes para implementarla. La otra sostenía que las condiciones objetivas estaban dadas. En todo caso, no lo estaban las subjetivas, las cuales consistían en la adhesión anímica del pueblo y, consiguientemente, su apoyo y compromiso con quienes protagonizaran la lucha armada. Pero, esas condiciones subjetivas se iban a generar, precisamente, a partir de iniciar la lucha armada. El Congreso no logró unificar o sintetizar las posiciones encontradas, y concluyó en la necesidad de realizar una nueva convocatoria para saldar la discusión pendiente. Ello se plasmó en el Congreso del '69.

Al respecto del Congreso de 1969, Carlos Hobert, en agosto de 1974 escribió⁹⁶: *“En enero de 1969 se hace otro Congreso en Córdoba. Pero ese ya fue más amplio, incluso quiso asistir Brito Lima pero lo sacamos a patadas porque ya en aquel entonces era un elemento policial. De este Congreso salen tres posiciones. Una que sustentaba fundamentalmente el Movimiento Revolucionario Peronista y que sostenía la necesidad de profundizar la organización de la clase trabajadora y que mientras esas condiciones no estuvieran dadas no se podía iniciar la lucha en el plano militar. La segunda posición sostenida por los sindicalistas que proponían el fortalecimiento de la estructura sindical, fundamentalmente de la CGT de los Argentinos que en aquel entonces era el único foco de resistencia real que había en el seno del movimiento peronista y la clase trabajadora, pero más allá de eso nada... La tercer posición sostenida por el Negro Sabino Navarro, era que se hacía necesario lanzar la lucha armada para crear esas condiciones de conciencia y organización del pueblo peronista. Luego, de todos estos sectores unos se fueron por la derecha y otros por la izquierda. La posición del Negro fue la de la mayoría. Pero si bien se estaba de acuerdo con llevarla adelante, no se hacía. Entonces nosotros sacamos una consigna que provenía del peronismo que decía mejor que decir es hacer”.*

Y así fue: durante este Congreso se pusieron de acuerdo Sabino Navarro y Gustavo Lafleur y se organizó el grupo armado después conocido como “grupo Sabino”, el cual constituyó una de las pequeñas organizaciones originales que dio lugar a la existencia de Montoneros.

Destaquemos la escueta mención que Hobert hizo en su texto a la CGTA: cuando escribió el párrafo antes transcrito -después de la muerte de Perón, durante el segundo semestre de 1974-, Montoneros se hallaba en pleno proceso de militarización y la Organización se cerraba sobre sí misma. Lo cual incluía a su propia historia y, por lo tanto, minimizaba una serie de hitos organizativos y sucesos políticos sin cuya existencia Montoneros, probablemente, no hubiera surgido. Tal vez sí como Organización Político- Militar. Pero no como fenómeno generacional masivo, como fenómeno de masas.

Para que los montoneros existiéramos, tuvo que existir primero la **Tendencia Revolucionaria del Peronismo**, afirmación controvertida ya que no pocos afirman que fue al revés. Lo cierto es que, al margen de los Congresos y del surgimiento de las pequeñas organizaciones armadas, el hito fundamental que dio existencia a la Tendencia Revolucionaria del Peronismo -en cuyo contexto político nació la organización Montoneros-, pasó por la creación y el funcionamiento de la CGT de los Argentinos.

⁹⁶ “Volverás en brazos de tu pueblo”, La Causa Peronista, N° 4, agosto de 1974.

En marzo de 1967, el Gobierno, entre una serie de medidas de neto corte liberal que favorecían al capital concentrado, prohibió la libre discusión de los Convenios Colectivos de Trabajo, aumentó la edad de la jubilación, disminuyó el monto indemnizatorio por despidos y decretó el congelamiento de salarios. La Confederación General del Trabajo, en el mismo mes de marzo, reaccionó tibiamente con un Plan de Acción que no dio ningún resultado. La mayor parte de la dirigencia sindical -la cual, hasta ese momento, apoyaba o era neutral respecto del gobierno militar- se encontró paralizada, sin respuesta frente a las necesidades y demandas de los trabajadores que vieron avasalladas sus conquistas.

Es entonces cuando bajo el impulso del sindicalista Amado Olmos -apoyado por el mayor Bernardo Alberte quien en ese momento era delegado de Perón-, una serie de dirigentes sindicales (azucareros, ferroviarios, plásticos, gráficos, prensa, portuarios, químicos, farmacia, telefónicos, etc.) organizó una corriente interna en la CGT que se propuso ganar su conducción para ponerla al servicio de los intereses de los trabajadores. De más está mencionar que la mayoría de ellos eran cercanos o se sentían identificados con el Peronismo Revolucionario de cuyos grupos, a su vez, tuvieron pleno apoyo.

Una serie de maniobras vandoristas de dudosa legalidad dejó fuera de la CGT a esta corriente interna y se apoderó de su sede -a partir de allí fueron conocidos como la CGT Azopardo-. Por su parte, la corriente interna expulsada por el vandorismo y, bajo la conducción de Raimundo Ongaro (Amado Olmos había muerto en un accidente), se instalaron en la sede del sindicato gráfico y formaron la CGT de los Argentinos. Cuyo periódico fue dirigido por Rodolfo Walsh quien posteriormente fue el responsable del mal llamado "servicio de inteligencia" de Montoneros, Organización de cuya conducción supo ser un lúcido crítico pero de la cual nunca pudo separarse.

Al respecto de la CGTA, Oscar Anzorena escribe: *"La CGT de los Argentinos (CGTA) surge con connotaciones que superan ampliamente el marco reivindicativo. Tiene un claro contenido antiburocrático y antidictatorial. Revaloriza la conducta moral y ética de los dirigentes sindicales. El Programa del 1º de mayo, de neto corte progresista, levanta banderas de liberación nacional y social y cuestiona la esencia misma del sistema capitalista (...). Si bien Ongaro y la mayoría de los dirigentes de la CGTA tienen una clara definición peronista, impulsan el pluralismo político y la unidad de los trabajadores en torno a sus objetivos e intereses (...). La CGTA hace converger a toda la militancia progresista y revolucionaria y abre una perspectiva en sectores medios y estudiantiles que comienzan a participar junto a los obreros en los actos y movilizaciones organizados en las principales ciudades del país (...). Se da un hecho de real importancia. Es la primera vez, desde el surgimiento del peronismo, que los estudiantes se movilizan junto a los obreros. Del 45 al 55, toda actividad política universitaria había tenido un neto corte antiperonista. Ser estudiante universitario era prácticamente inaccesible a los sectores populares y por esto había surgido un resentimiento hacia los estudiantes y una incompreensión de éstos al proceso político de los trabajadores"*.

En la CGT de los Argentinos confluyeron desde el Partido Comunista hasta la Democracia Cristiana, desde el Frente Estudiantil Nacional de Grabois (nueva izquierda en proceso de peronización) y la Federación Universitaria Argentina presidida por Salvarredy (de hegemonía marxista) hasta la Unión Nacional de Estudiantes de Julio Bárbaro (social cristiana), desde los curas del Tercer Mundo hasta los "francotiradores" remanentes del anarquismo de los años treinta. Cuadros de todo origen, tanto político como social, tomaron contacto, debatieron, articularon, se formaron, se reprodujeron y se ampararon en la CGTA. Por su parte, la CGTA aprobó, explícitamente, a la lucha armada como uno de los más importantes métodos para lograr las conquistas populares e, indirectamente, reconoció las limitaciones del sindicalismo al respecto.

Fueron claros los conceptos que, en un reportaje de febrero o marzo de 1969 realizado por la revista Cristianismo y Revolución, expresó Raimundo Ongaro: *"Todos admiten ya que ciertas formas de lucha, para responder a la violencia con la violencia, van a ser muy necesarias... Si acá hoy estuvieran los auténticos próceres de nuestra nacionalidad, estarían dando batalla con los cañones que habrían sacado al enemigo. No estarían dando la batalla desde los sindicatos"*⁹⁷.

Podría afirmarse que la CGTA fue el espacio político más importante -en el cual y desde el cual- se incorporaron los jóvenes provenientes de la clase media a un emergente proceso revolucionario y asumieron, con o sin contradicciones, al peronismo como expresión política representativa de los intereses de los trabajadores y movimiento potencialmente revolucionario.

Este conjunto humano, y sus posteriores consecuencias políticas y organizativas, fue llamado Tendencia Revolucionaria del Peronismo. La Tendencia, tuvo expresiones político-militares y expresiones no armadas. Y albergó a la totalidad del Peronismo Revolucionario muchos de cuyos miembros protagonizaron ásperas disputas con las organizaciones políticomilitares.

Tendencia que se diferenció del Peronismo Revolucionario -en términos sociológicos- por la masiva incorporación de jóvenes con o sin tradición peronista previa y en su mayoría proveniente de la clase media.

Tendencia Revolucionaria, por último, en cuyo contexto nacimos los montoneros, como Organización y como fenómeno político-cultural.

La expresión "Tendencia Revolucionaria" se escuchó por primera vez en el Plenario Nacional de Consulta a las Bases, tal el nombre del Congreso realizado en Córdoba en enero del '69, posterior a la publicación -1 de mayo de 1968- del "Programa de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos". Del mismo, uno de los tres últimos miembros de la conducción nacional de Montoneros, dice: *"Sus banderas fueron la base de todas nuestras propuestas programáticas. Al mismo tiempo se constituyeron en la propuesta política opositora a los gobiernos de turno y al sindicalismo de tinte 'vandorista' hegemonizado por la Unión Obrera Metalúrgica"*⁹⁸.

⁹⁷ "Cristianismo y Revolución", N° 13, Bs. As. Marzo de 1969.

⁹⁸ Roberto Cirilo Perdiá, op. cit.

**DESCRIPCIÓN DE LAS ORGANIZACIONES
ARMADAS PERONISTAS
(1969-1971)**

Descripción de las Organizaciones Armadas Peronistas (1969-1971)

Entre 1967 y 1969 se generaron los pequeños grupos (protoorganizaciones armadas o político militares gran parte de las cuales desapareció con mucha pena y sin nada de gloria) que posteriormente dieron lugar a Montoneros. Es en este período que muchos de los protagonistas del intento revolucionario de los '70 aceptaron, con diferentes interpretaciones, la lucha armada como principal herramienta para concretar la revolución. Y se nuclearon en diferentes grupos cuya fusión total o parcial dio lugar a la Organización Montoneros.

En el transcurso del período que abarcó desde la realización del segundo Congreso del Peronismo Revolucionario (principios de 1969) y hasta la ejecución de Aramburu (mediados de 1970), estos grupos fueron: El **grupo Abal Medina** que en 1970 salió a la luz con la ejecución de Aramburu y estableció el nombre de Montoneros. Sus miembros eran mayoritariamente de origen y militancia social-cristiana. Abal Medina dirigía en forma directa un grupo en Buenos Aires integrado, entre otros, por Firmenich, Ramus y Arrostito. Los tres primeros participaron –Norma Arrostito era varios años mayor y provenía de la izquierda- de la Juventud Estudiantil Católica, e imbuidos por las ideas post-conciliares se conectaron con “Cristianismo y Revolución” y con el Peronismo Revolucionario.

Pero el grueso de la organización que dirigía Abal residía en la ciudad de Córdoba y provenía de los sectores universitarios socialcristianos de esa ciudad: la mayor parte de sus militantes se agruparon en el seno de la Universidad Católica y del *Integralismo*, corriente universitaria surgida del viejo Humanismo Demócrata-Cristiano y que a nivel nacional se asoció a la Unión Nacional de Estudiantes cuyo dirigente más representativo fue Julio Bárbaro. El grupo de Córdoba, a su vez, albergaba dos sectores que se diferenciaban en sus concepciones acerca de cómo abordar la lucha armada. Uno de ellos, tal vez minoritario, estaba dirigido por Emilio Maza quien daba prioridad al desarrollo del aparato militar y se oponía a que los combatientes realizaran tareas políticas abiertas ya que, según su criterio, ello podía facilitar la infiltración policial. En cambio el otro grupo, "Agrupación Peronista Lealtad y Lucha", desarrolló un fuerte trabajo político de base a partir de las parroquias católicas establecidas en los barrios populares. Este grupo, dirigido por Alberione, Rodeiro y Molina, entendía que no era incompatible para los combatientes desarrollar tareas políticas y acciones armadas en forma simultánea. Esta postura era similar a la del "Grupo Sabino" y, si bien algunos de sus cuadros se conocían de sus años previos de militancia, no existía contacto alguno entre ambos grupos. En todo caso, las diferencias de concepción entre Maza y Alberione los llevaron a una ruptura transitoria. Sin embargo, cuando Maza, a fines del '69, asaltó con éxito por primera vez la ciudad de La Calera, la mayoría de los cuadros que integraban el sector de Alberione, se reintegraron al grupo de Maza y aceptaron su conducción.

Con Lucas Lanusse⁹⁹ nos hemos preguntado cómo era posible que el grupo de Córdoba, notoriamente superior tanto en términos políticos como militares al grupo de Buenos Aires, se subordinara a la conducción de Abal Medina. Lucas, además, me preguntó por qué un cuadro con la trayectoria -ampliamente conocida y admirada en el universo del Peronismo Combativo- del Negro Sabino Navarro, se subordinó a la conducción de Abal. Más aún, si tomábamos en cuenta que en Buenos Aires el Grupo Sabino tenía una fuerte inserción en diversos frentes de masas (universitario, sindical y político-territorial) -de lo cual el grupo Abal carecía en absoluto- y un número de combatientes superior. Esto último no era tan así: para la época de la integración entre los dos grupos, nosotros teníamos diez combatientes y ellos seis, incluido Capuano quien había sido importado de Córdoba. La respuesta fue sencilla: ellos fabricaban granadas y tenían ametralladoras. Nosotros no. Después supimos que las granadas estallaban en el instante de sacarles la espoleta (así murió Ramus) y las ametralladoras eran solamente dos: una vieja e insegura PAM y una UZI.

En todo caso, ello no era lo más importante. Lo importante era que el grupo Abal tenía alcance nacional y nosotros apenas local. "Entonces, ¿qué le 'vendió' Abal a Maza para ocupar el primer lugar?", se preguntó Lucas. Y decidió que ello constituirá una parte de su próxima investigación.

Por último, la organización de Abal incluía un grupo, dirigido por Mario Ernst, en Santa Fe. Este grupo realizaba, fundamentalmente, trabajo político y, en tal sentido, se perfilaba muy bien. En cambio, su capacidad militar era más que precaria. Por su parte, Roberto Cirilo Perdía –quien años antes había compartido el sector de la juventud demócrata-cristiana integrado por los futuros fundadores de Descamisados y orientado por Julio Bárbaro-, en el norte de Santa Fe había logrado formar una agrupación que intentaba encarar la lucha armada aunque también daba prioridad al trabajo político.

El **grupo Sabino Navarro**: se integró con el anterior poco antes de la ejecución de Aramburu y sus miembros eran de origen peronista revolucionario y/o de la izquierda nacional aunque algunos de ellos tenían, simultáneamente, militancia cristiana. Sabino Navarro reunió en su figura tres de los aspectos más importantes que caracterizaron la Tendencia Revolucionaria del Peronismo: era peronista de toda la vida, había sido dirigente sindical combativo, participó -en realidad, fue un protagonista decisivo- de los Congresos del Peronismo Revolucionario y perteneció a la Juventud Obrera Católica. Además, mantenía contactos con “Cristianismo y Revolución” y con la Acción Revolucionaria Peronista de Cooke.

⁹⁹ Lucas Lanusse es abogado e historiador. Durante cuatro años investigó el origen de Montoneros, trabajo que plasmó en una tesis de maestría titulada "Montoneros y el mito de los doce".

Gustavo Lafleur, quien también participó de los Congresos del Peronismo Revolucionario donde tomó contacto con Sabino, provenía de la Juventud Revolucionaria Peronista y había quienes lo consideraban un alter ego juvenil de Gustavo Rearte: *Gustavo y Gustavito*, les decían. Yo provenía de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional de la Universidad de La Plata de la cual era uno de sus fundadores luego de un efímero pasaje por la izquierda independiente o *nueva izquierda*. Julia e Hilda Rosenberg provenían de la nueva izquierda aunque la militancia de Hilda, hasta integrarse con nosotros, había sido superficial. Hobert, además de ser un joven sensato, era discreto: yo lo conocí de la mano del Negro y, en ese momento, desconocía sus antecedentes políticos. Ahora sé que era estudiante de Historia en la UBA donde organizó una agrupación cristianoperonista de la cual participó Dante Gullo.

El grupo **Acción Peronista** (posteriormente **Descamisados**), conformado por cristianos revolucionarios con afinidad peronista previa a 1967. Gran parte de sus miembros provenía de la Liga Humanista que, en conjunción con otros sectores del humanismo universitario -entre ellos el Integralismo cordobés de donde provenía Maza-, conformaron la Unión Nacional de Estudiantes dirigida por Julio Bárbaro. Es precisamente Bárbaro quien impulsó el salto del cristianismo al peronismo. La mayoría de sus miembros participaron de los Campamentos Universitarios de Trabajo organizados, en 1968, por un cura obrero, Llorens. Ellos consistían en un mes de convivencia con sectores humildes del interior. Luego organizaron un seminario, "Marcha", coordinado por Julio Bárbaro, el cabezón Habegger, Oscar De Gregorio y Horacio Mendizábal quienes a principios de la década del sesenta militaban, junto con Perdía, en la Juventud Demócrata Cristiana. De "Marcha" surgió un grupo, Acción Popular, para desarrollar trabajo de base, y se integraron a la Confederación General del Trabajo de los Argentinos. En 1969 asumieron que debían transformarse en una organización político-militar: "Descamisados". Julio Bárbaro consideró que no era el momento oportuno para iniciar la lucha armada y se separó del grupo aunque siempre mantuvo lazos de amistad con sus viejos compañeros a quienes amparó en situaciones peligrosas. Por su parte, Habegger y el resto tomaron contacto con las Fuerzas Armadas Peronistas pero mantuvieron su independencia orgánica. Ya en 1971 comenzamos a desarrollar acciones conjuntas tanto en el ámbito de los frentes de masas como en el plano militar. En 1972 se integraron a Montoneros.

Las **Fuerzas Armadas Peronistas**, el mayor en términos numéricos e infraestructura armada, estaba integrado por militantes que provenían del Peronismo Revolucionario, e incluso de la Resistencia Peronista (El Kadri y Caride fueron fundadores de la Juventud Peronista en 1958 y se los podría definir, al igual que al grupo Sabino, como *izquierda peronista*).

Algunos de sus cuadros, antes de involucrarse con el Peronismo Revolucionario, habían pasado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara y por Palabra Obrera. O por el social-cristianismo como Ferré Gadea y Ferrari. Es el primer grupo en surgir a la luz pública en 1968 con el fracasado intento de guerrilla rural de Taco Ralo. Sin embargo, entre 1964 y 1966 existió una versión previa de las Fuerzas Armadas Peronistas, organizada y dirigida por Jorge Rulli con la pretensión de transformarse en el brazo armado del Movimiento Revolucionario Peronista. Entre los fundadores de las FAP del '68, además de Cacho el Kadri y Caride, encontramos a Ernesto Villanueva, Alejandro Peyrou, Santiago Moreno y el Petiso Miguel, jefe histórico de las FAP después de Cacho. Recién en 1970 se incorporaron los grupos que respondían a Raymundo Villaflor - hombre del Peronismo Revolucionario formado a la sombra de Domingo Blajakis cuyo asesinato a manos de Vandor fue narrado por Rodolfo Wlash- y a Cafatti y Amílcar Fidanza -provenientes de la Tacuara Revolucionaria- quienes, imbuidos por el clasismo, resultaron decisivos en la opción que hicieron las FAP por el "alternativismo". Esto, ya a mediados del '70, provocó una primera fractura que dejó fuera a los movimientistas quienes, luego de unos meses de actuar en forma independiente, emigraron unos hacia Montoneros y otros hacia Descamisados.

El quinto grupo fueron las **Fuerzas Armadas Revolucionarias**, cuyos miembros traían una larga trayectoria de militancia en la izquierda leninista, principalmente del Partido Socialista de Vanguardia y del Partido Comunista: protagonistas de la Nueva Izquierda en sus diferentes versiones, reivindicaron el foquismo guevarista y, desde ese lugar, se asumieron inicialmente como izquierda nacional y, posteriormente, como peronistas. El grupo original de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en el cual figuraron Olmedo, Maestre, Quieto y Osatinsky, comenzó entre 1965 y 1966 con el intento de formar una organización guerrillera que se encuadrara en la estrategia del Che Guevara para América Latina. En 1965 yo fui contactado en La Plata, junto a mi gran amigo y compañero Pedrique -al igual, según me cuentan, que Roberto Grabois en Buenos Aires- por esta organización cuya definición política, en tal momento, era el nacionalismo revolucionario. Pedrique y yo - quienes ya en la práctica habíamos asumido como ideología al peronismo pero estábamos fascinados con la lucha armada como método- aceptamos sin pedir grandes precisiones. Cuando se nos propuso viajar a Cuba para entrenarnos y se nos reveló el nombre adoptado provisoriamente por la organización, "Partido Revolucionario Argentino", se profundizaron las discusiones y salió a la luz el antiperonismo de los compañeros que nos habían contactado. Hice mis objeciones por escrito. Las mismas ocuparon por lo menos la mitad de un cuadernito escolar. Pero, en síntesis, decían: el Partido había comprado un traje de confección (su bagaje político-ideológico) cuyas medidas no calzaban con el sujeto a vestir (el pueblo argentino); pero para tener éxito en una revolución el traje tenía que ser a medida, esto es, teníamos que asumir el peronismo. Entregué el cuadernito, y jamás obtuve respuesta. No obstante lo cual, años después y de la mano de Olmedo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias avanzaron hacia el peronismo y se fusionaron con Montoneros en 1973.

El sexto grupo que adquirió cierta dimensión para la época, fue la **Guerrilla del Ejército Libertador**. Este grupo, que aún no se identificaba como GEL, en 1968 recibió cierta instrucción militar por parte de Carlos Caride de las

FAP, e inició sus actividades armadas en 1969 bajo la conducción de Ramón Torres Molina secundado por Carlos Flaskamp.

Tenían presencia en Buenos Aires (precaria) y en La Plata. Si bien Torres Molina se asumía como peronista el grupo consideraba que "*salir a la lucha con la bandera peronista sectarizaba el frente, ya que también habría sectores ajenos al peronismo dispuestos a apoyar la lucha armada contra la dictadura si la misma llevaba adelante una definición más amplia*"¹⁰⁰. Apostaron, entonces, a lograr una unidad acrítica entre las organizaciones armadas peronistas y no peronistas. No sólo fracasaron en esta iniciativa sino que, además, recibieron duros golpes desde el inicio. De hecho, Torres Molina fue detenido en 1969. Sin embargo, posteriormente, lograron consolidarse y crecer en La Plata donde se fusionaron con un grupo dirigido por dos peronistas históricos: Miranda y Logiurato. De esta fusión surgió el nombre definitivo de la Organización: GEL. En 1971 protagonizaron un importante operativo militar en La Plata que culminó en un serio enfrentamiento con la policía bonaerense. Muy poco tiempo después fueron detenidos, torturados en forma más que salvaje y encerrados en la cárcel de Olmos, tres de sus principales dirigentes, entre ellos, Carlos Flaskamp. Y la mayoría de los cuadros del GEL decidió integrarse a las FAR.

A modo de recordatorio: para 1969, el peronismo estaba fragmentado política e ideológicamente. No existía un peronismo puro ni peronistas puros -para ser peronista bastaba con identificarse con la única consigna en la cual se identificaban todos los que se sentían peronistas: Perón Vuelve-. Sí cabe destacar que subsistían las dos grandes corrientes del Peronismo que, si bien nacieron en sus orígenes, tomaron forma con el golpe del 55: el Peronismo Conciliador (proclive a ocupar cualquier espacio que le dejara el enemigo y al precio que fuere sin cuestionar, en consecuencia, las relaciones de poder) y el Peronismo Combativo cuyo objetivo siempre fue el cambio de las relaciones de poder, la inversión de la fórmula dominantes-dominados, el cual para 1969, luego de haber pasado por las etapas de Peronismo de la Resistencia y de Peronismo Revolucionario, se constituyó como la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, denominación acuñada por Alberte y hecha realidad en el espacio político que posibilitó la existencia de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos. En esta tendencia se encuadraron las seis organizaciones armadas peronistas que describimos anteriormente. Y muchas otras organizaciones, también revolucionarias, que no estaban de acuerdo con la lucha armada tal como el Movimiento Peronista Revolucionario 17 de Octubre de Gustavo Rearte o Guardia de Hierro de Alejandro Alvarez.

¹⁰⁰ Carlos Flaskamp, "Organizaciones político-militares", Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2002.

Indice

PARTE I NOSOTROS

Capítulo 1 – Nosotros	3
Capítulo 2 - Los compañeros del "grupo Sabino"...	4
Capítulo 3 - Cosas increíbles que pasan en Montreal...	5
Capítulo 4 - La artera senda de la angustia...	8
Capítulo 5 - Lecciones acerca de Perón sobre una cama de hospital...	14
Capítulo 6 - ¿Por qué sos montonero?	16
Capítulo 7 - Murió por Perón...	17
Capítulo 8 - Mu-Mu, Meinvielle y la manzana del mal...	26
Capítulo 9 - ¿Nosotros?: nosotros peronistas...	29
Capítulo 10 - La Tendencia Revolucionaria del Peronismo...	30
Capítulo 11 - Porque la suerte también existe...	31
Capítulo 12 - La noche del alunizaje...	33

PARTE II EL ARAMBURAZO Y DESPUES

Capítulo 13 - El aramburazo	47
Capítulo 14 - Aramburu y después: ¡qué después!...	48
Capítulo 15 - Montoneros y Fuerzas Armadas Peronistas: diferencias y solidaridad...	51
Capítulo 16 - Las teorías conspirativas...	53
Capítulo 17 - Gillespie: errores, varios e importantes, en un ensayo honesto...	54
Capítulo 18 - El Flaco que obedeció al General...	56

PARTE III LA IGLESIA MONTONERA

Capítulo 19 - La iglesia montonera	60
Capítulo 20 - La herejía de Sabino Navarro: por el amor de una mujer...	61
Capítulo 21 - La versión "oficial" acerca de Sabino Navarro o cómo despojar a los valientes de su condición humana ...	64
Capítulo 22 - La cárcel de Olmos y los presos guerrilleros...	67
Capítulo 23 - Inexperiencia, autoritarismo y despecho...	69
Capítulo 24 - La ideología de las Fuerzas Armadas Revolucionarias	69
Capítulo 25 - La Nueva Izquierda: los antecedentes políticos de las FAR...	70
Capítulo 26 - FAR y Montoneros: dos modelos diferentes de construcción política...	73
Capítulo 27 - La vocación de unidad: entre el deseo y las diferencias	75

PARTE IV LA TRANSMUTACION DE LA FE

Capítulo 28 - La transmutación de la Fe...	78
Capítulo 29 - Entre la realidad y la omnipotencia: de la política a lo militar...	79
Capítulo 30 - Y lo que vino fue peor...	82
Capítulo 31 - El asesinato de Rucci: causas y circunstancias...	83
Capítulo 32 -El asesinato de Rucci: otras voces...	84
Capítulo 33 -Menos pero mejores: ¿cuadros "políticos" y cuadros "militares"?...	86
Capítulo 34 -De los pibes alucinados a los errores de Perón, breve pero inestimable aporte al debate... 87	
Capítulo 35 -Si Firmenich se hubiera dedicado a tocar la flauta...	89
Capítulo 36 -Atentados y autoatentados: la dialéctica imprevisible...	89
Capítulo 37 -Diez días de gloria...	91

PARTE V HEROES O MUERTOS, PERO...¿VENCEDORES?

Capítulo 38 -Menos que muchos pero, ¿mejores que quiénes?...	96
Capítulo 39 -Ezeiza: desgracias inevitables y tragedias inexorables...	98
Capítulo 40 -Las necesidades disciplinarias de una guerra en ciernes...	99
Capítulo 41 -Para decir adiós...	99
Capítulo 42 -Nuestros hijos...	102
Capítulo 43 -Adonde vos vayas...	103
Capítulo 44 -Los que fuimos montoneros...	104
Capítulo 45 -Los indiferentes...	105
Capítulo 46 -La perversidad del poder y los jóvenes pervertidos...	106
Capítulo 47 -Porque son también las palabras de los que ya no pueden hablar...	108

ANEXO I UNA BREVE HISTORIA DEL PERONISMO COMBATIVO Y LOS ANTECEDENTES POLÍTICOS DE MONTONEROS

Montoneros y montonerismo: nación peronista y aristocracia montonera...	110
¿Fascista Perón?...	111
El primer peronismo y los precursores montoneros...	112

<i>El mito del peronismo “puro” y los montoneros...</i>	112
<i>El Peronismo de la Resistencia...</i>	113
<i>El peronismo Revolucionario...</i>	117
<i>La Tendencia Revolucionaria del Peronismo...</i>	119

ANEXO II DESCRIPCION DE LAS ORGANIZACIONES ARMADAS PERONISTAS (1969-1971)

<i>Descripción de las Organizaciones Armadas Peronistas (1969-1971)</i>	122
---	------------